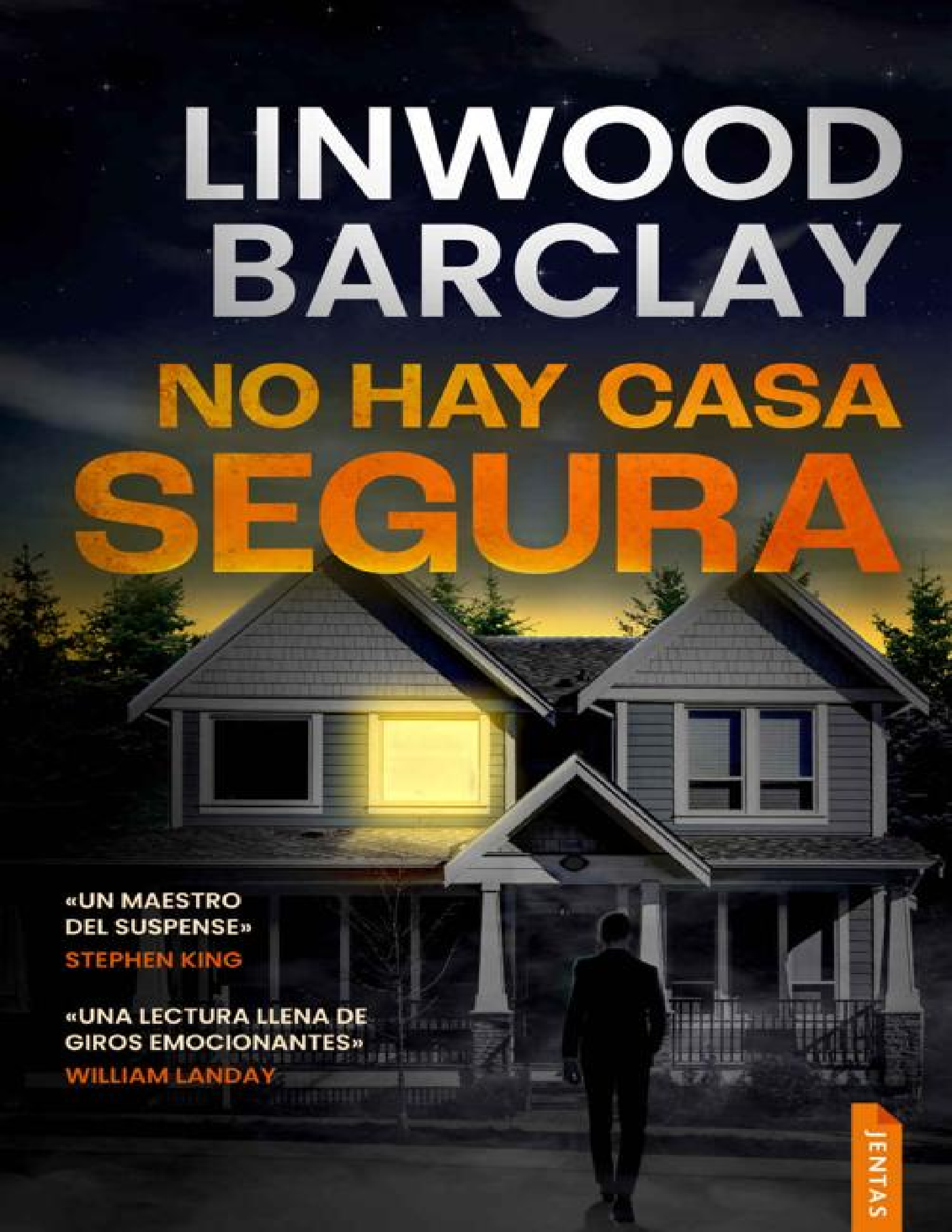
LINWOOD BARCLAY

NO HAY CASA SEGURA



«UN MAESTRO DEL SUSPENSE»
STEPHEN KING

«UNA LECTURA LLENA DE GIROS EMOCIONANTES»
WILLIAM LANDAY

JENTAS

No hay casa segura

Linwood Barclay
No hay casa segura

Título original: *No Safe House*
© 2014, Linwood Barclay. Reservados todos los derechos.
© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Jorge de Buen © Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1390-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.
Published by agreement with The Marsh Agency Ltd. and The Helen Heller Agency.

A Neetha

Prólogo

Richard Bradley nunca se había considerado un hombre violento, pero en esos momentos estaba dispuesto a matar a alguien.

—No puedo más —dijo, y se sentó en pijama al borde de la cama.

—No vuelvas a salir —le dijo Esther, su esposa—. Déjalo estar.

No solo oían la música del vecino a todo volumen, sino que también podían sentirla. Los bajos profundos retumbaban como latidos por todas las paredes de la casa.

Richard encendió la lámpara de su mesilla de noche.

—Por el amor de Dios, son las once —dijo—. Y es miércoles. No viernes ni sábado por la noche. Miércoles.

Los Bradley llevaban casi treinta años viviendo en aquella modesta casa de Milford, en aquella centenaria calle de árboles maduros. Habían visto vecinos llegar y marcharse. Buenos y malos, pero nunca les había tocado nada tan malo como eso, y el problema ya llevaba un tiempo. Hacía dos años, el propietario de al lado había empezado a alquilar su casa a estudiantes del Housatonic Community College de Bridgeport. Desde entonces el barrio se había ido —así lo proclamaba a diario Richard Bradley— derecho al infierno.

Algunos estudiantes habían sido peores que otros, pero ese grupo se llevaba la palma. Casi todas las noches ponían la música muy alta, el olor a marihuana se colaba por las ventanas y dejaban botellas de cerveza rotas en la acera.

Aquella solía ser una parte agradable de la ciudad: parejas jóvenes que disfrutaban de su primera casa y algunas que empezaban a formar una familia. Y, sin duda, también había habido adolescentes en la calle; aunque, si alguno se portaba mal, si se quedaba solo y montaba una fiesta ruidosa, lo delatabas al día siguiente ante sus padres y la cosa ya no volvía a ocurrir. Al menos, no durante un

tiempo. En esa calle también había personas mayores, muchas de ellas jubiladas. Entre ellos los propios Bradley, que, desde los años setenta, habían dado clases en escuelas de Milford y sus alrededores.

—¿Para esto hemos trabajado tanto toda la vida? —preguntó Richard a Esther—. ¿Para tener de vecinos a un puñado de malditos agitadores?

—Seguro que pararán pronto —dijo ella, y se sentó en la cama—. Suelen dejarlo en algún momento. Nosotros también fuimos jóvenes. —Hizo una mueca—. Hace mucho.

—Es como un terremoto que no cesa —afirmó él—. Ni siquiera sé qué tipo de música es. ¿Qué es eso?

Richard se levantó, cogió su albornoz, que había dejado caer sobre una silla, y se lo anudó por delante.

—Te va a dar un infarto —dijo Esther—. No puedes ir cada vez que pasa algo así.

—Vuelvo en un par de minutos.

—Por el amor de Dios —dijo ella mientras su esposo salía del dormitorio. Esther Bradley echó atrás las mantas, se puso su propia bata, metió los pies en las zapatillas que había dejado en el suelo, junto a la cama, y bajó corriendo las escaleras.

Cuando alcanzó a su marido, este ya estaba en el porche. Se dio cuenta entonces de que no se había puesto nada en los pies. Intentó agarrarlo del brazo para detenerlo, pero él la apartó de un empujón. Esther sintió una punzada de dolor en el hombro. Richard bajó los escalones, caminó hasta la acera, giró a la izquierda y siguió hasta llegar a la casa de al lado. No podía acortar a través del césped porque aún estaba húmedo tras el chaparrón de la tarde.

—Richard —dijo ella en tono suplicante, unos cuantos pasos por detrás de él. No iba a dejarlo solo. Suponía que, si la veían allí, las probabilidades de que esos jóvenes le hicieran algo a su esposo se reducirían. ¿Golpearían a un anciano mientras su mujer estaba mirando?

Era un hombre con una misión. Subió los escalones hasta la

puerta principal de la casa victoriana de tres pisos. La mayoría de las luces estaban encendidas, y muchas de las ventanas, abiertas. Con ese volumen, todos los vecinos podían oír la música. Aunque no sonaba lo bastante fuerte como para ahogar los sonidos de los gritos y las carcajadas.

Richard aporreó la puerta mientras su mujer, al pie de los escalones del porche, lo observaba ansiosa.

—¿Qué les vas a decir? —preguntó.

Él no le hizo caso y volvió a llamar. Estaba a punto de aporrear la puerta a puñetazos por tercera vez cuando esta se abrió de golpe. De pie, frente a él, había un hombre delgado, de unos veinte años y poco más de metro ochenta. Vestía vaqueros y camiseta azul oscuro. En la mano llevaba una lata de Coors.

—Hola —dijo.

Mientras evaluaba a su visitante, el joven parpadeó un par de veces. Los escasos mechones de pelo gris de Bradley brotaban en todas las direcciones. El albornoz del viejo de ojos desorbitados había empezado a abrirse por delante.

—¿Qué demonios os pasa? —gritó.

—¿Perdone? —dijo el joven, desconcertado.

—¡Tenéis despierto a todo el maldito vecindario!

El joven abrió la boca, como si intentara asimilar lo que estaba ocurriendo. Miró más allá del viejo y descubrió a una Esther Bradley con las manos juntas, casi rezando.

Ella habló en un tono que era casi una disculpa:

—La música está un poco alta.

—Ah, sí, mierda —dijo el hombre—. Ustedes son los de ahí al lado, ¿verdad?

—Madre de Dios —exclamó Richard, y sacudió la cabeza—. ¡Vine la semana pasada, y la anterior! ¿Te queda alguna neurona?

El joven parpadeó un par de veces más. Luego se volvió hacia la casa y gritó:

—Eh, baja el volumen. ¡Carter! ¡Oye, Carter! ¡Bájalo! ¡Sí, bájalo de una puta vez!

Tres segundos más tarde, la música se detuvo. El repentino silencio era discordante.

El joven se encogió de hombros, como disculpándose, y dijo:

—Lo siento. —Extendió la mano desocupada—. Me llamo Brian. ¿Ya se lo había dicho?

Richard Bradley desdeñó la mano que el otro le tendía.

En un gesto alegre, Brian levantó la botella.

—¿Quiere entrar a tomar una cerveza o algo? —preguntó—. También tenemos pizza.

—No —dijo Richard.

—Gracias por el ofrecimiento —dijo Esther en tono jovial.

Brian señaló la casa.

—Ustedes son algo así como los habitantes de ahí, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Esther.

—Vale. Bueno, perdón por el ruido y tal. Hoy todos hemos tenido un examen y estábamos como relajándonos, ¿saben? Si la cosa se nos volviera a ir de las manos, solo vengan a llamar e intentaremos calmarnos.

—Eso es lo que he estado haciendo —dijo Richard.

Brian se encogió de hombros, volvió a entrar en la casa y cerró la puerta.

Esther dijo:

—Parece un joven agradable.

Richard gruñó.

Volvieron a casa. Al salir corriendo a toda prisa, habían dejado la puerta entreabierta. Ya dentro, solo después de haberla cerrado y echado el cerrojo, se dieron cuenta de que había dos personas sentadas en el salón: un hombre y una mujer. Tendrían alrededor de cuarenta años. Los dos iban bien vestidos, con vaqueros (¿había alguna arruga en los pantalones de la mujer?) y chaquetas ligeras.

En cuanto los vio, Esther soltó un aullido de sorpresa.

—¡Madre mía! —dijo Richard—. ¿Cómo demonios…?

La mujer se levantó del sofá.

—No deberían dejar la puerta abierta —dijo. No medía más de uno sesenta, y llevaba el pelo negro y corto recogido—. No es una idea muy inteligente, incluso en un barrio tan bonito como este.

—Llama a la policía —dijo Richard Bradley a su mujer.

La orden tardó un momento en hacer efecto. En cuanto Esther la comprendió, se dirigió a la cocina. Casi ni se había movido cuando el hombre saltó disparado desde el sofá. Era medio metro más alto que ella, corpulento y rápido. En un instante cruzó la habitación y le bloqueó el paso.

Con brusquedad, la agarró por los hombros huesudos, la hizo girar y, con fuerza, la arrojó contra una silla del salón.

Ella soltó un gemido.

Ahora que lo tenía de espaldas, Richard Bradley cargó contra él.

—¡Hijo de puta! —gritó. Apretó el puño y lo golpeó en la espalda, justo debajo de la nuca. El hombre se dio la vuelta y apartó a Richard de un manotazo, como si fuera un niño. Y, mientras el viejo retrocedía a trompicones, bajó la mirada, vio el pie descalzo de Richard y le clavó el tacón.

Bradley gritó de dolor y se desplomó sobre el sofá. Aunque alcanzó a cogerse del borde, fue a dar contra el suelo.

—Basta —dijo la intrusa, y se volvió hacia su compañero—. Cariño, ¿quieres bajar algunas luces? Hay mucha luz aquí.

—Claro —dijo él. Buscó el interruptor y lo pulsó.

—Mi pie —gimoteaba Richard—. Me has roto el maldito pie.

—Déjenme ayudarlo —dijo Esther—. Déjenme traerle una bolsa de hielo.

—No se mueva —dijo el intruso.

La intrusa posó las nalgas en el borde de la mesita, desde donde podía dirigirse a Esther y mirar al suelo para ver a Richard.

Habló así:

—Les voy a hacer una pregunta a los dos, pero solo la haré una vez, así que quiero que *escuchen* con mucha atención y que luego *piensen* muy bien la respuesta. Lo que no quiero es que respondan a

mi pregunta con otra pregunta. Eso sería muy muy inútil. ¿Entienden?

Los Bradley se miraron entre sí, aterrorizados, y luego volvieron a mirar a la mujer. Movieron la cabeza arriba y abajo en señal de que habían comprendido.

—Muy bien —dijo la mujer—, en ese caso, presten atención. Es una pregunta muy sencilla.

Los Bradley seguían esperando.

La mujer preguntó:

—¿Dónde está?

Las palabras se quedaron durante un momento en suspenso, sin que nadie pronunciara ni un sonido siquiera.

Tras varios segundos, Richard habló:

—¿Dónde está…?

Cerró la boca al notar la mirada de la mujer.

Ella sonrió y le hizo un gesto con el dedo.

—Vaya, vaya, se lo advertí. Y ha estado a punto de lograrlo, ¿verdad?

Richard tragó saliva.

—Pero…

—¿Puede responder a la pregunta? De nuevo, debería saber que Eli nos ha dicho que está aquí.

A Richard le temblaron los labios. Sacudió la cabeza y tartamudeó:

—Yo no… Yo no…

La mujer levantó una mano para hacerlo callar y volvió su atención hacia Esther.

—¿Quiere responder a la pregunta?

Esther construyó su frase con mucho cuidado.

—Le agradecería que fuera más específica. Tengo que decirle que ese nombre… ¿Eli? No conozco a nadie con ese nombre. Lo que sea que usted quiera, si lo tenemos, se lo daremos.

La intrusa suspiró y volvió la cabeza hacia su compañero, que estaba de pie, a medio metro de distancia.

—Les hemos dado una oportunidad —dijo—. Y les hemos dicho

que se lo pediríamos una sola vez. —Justo en ese instante, la música a todo volumen empezó a retumbar en la casa de al lado. Las ventanas de los Bradley se pusieron a vibrar. La mujer sonrió—. Ese es Drake. Me cae bien. —Miró a su compañero y dijo—: Mata al marido.

—¡No! ¡No! —gritó Esther.

—¡Madre mía! —gritó Richard—. Solo díganos qué…

Antes de que el profesor jubilado pudiera terminar la frase, el intruso ya tenía la mano en la chaqueta y estaba sacando una pistola. Apuntó hacia abajo y apretó el gatillo.

Esther quiso gritar de nuevo, pero de su boca no salió ningún sonido claro. Fue poco más que un chirrido agudo, como si alguien hubiera pisado un ratón.

La intrusa le dijo:

—Supongo que de verdad no lo sabe. —Hizo una seña de asentimiento a su socio y este volvió a disparar. Habló con voz cansada—: Pero eso no significa que no esté aquí. Tenemos una larga noche por delante, cariño, a menos que esté en el tarro de las galletas.

—Ojalá tuviéramos esa suerte —dijo él.

Uno

Terry

No sé de dónde he sacado la idea de que, una vez superada una época muy oscura, después de haberte enfrentado a los peores demonios posibles y haberlos vencido, todo va a ir bien.

Ahora sé que las cosas no funcionan así.

En realidad, nuestra vida no fue a mejor, al menos durante un tiempo. Hace siete años, las cosas estaban bastante mal por aquí. No podían estar peor. Murió gente. Mi mujer, mi hija y yo estuvimos a punto de contarnos entre los muertos, pero, cuando aquello acabó y descubrimos que estábamos enteros, que todavía nos teníamos los unos a los otros, bueno, pues hicimos como dice la canción: nos levantamos, nos sacudimos el polvo y volvimos a empezar.

Más o menos.

El problema era que las cicatrices seguían ahí. Atravesamos nuestra propia versión del estrés postraumático. Así fue, sin duda, para Cynthia, mi esposa. A los catorce años, ella había perdido a toda su familia. Y, cuando digo «perdido», lo digo de veras: una noche, sus padres y su hermano desaparecieron. Cynthia tuvo que esperar veinticinco años para saber lo que les había ocurrido. Después, todo terminó sin reencuentros festivos.

Hubo más. En su intento de arrojar algo de luz sobre un secreto de décadas, la tía de Cynthia pagó el más alto de los precios. Y luego estuvo Vince Fleming, un delincuente profesional que, siendo apenas un niño, había estado con Cynthia la noche en que desapareció su familia. Veinticinco años después, en contra de su propia naturaleza, nos ayudó a averiguar la verdad de lo sucedido. Como se suele decir, ninguna buena acción queda impune. Le

pegaron un tiro. Estuvo a punto de morir por haberse tomado la molestia.

Quizás hayas oído la historia. Salió en todas las noticias. Incluso se iba a hacer una película sobre el tema, pero nunca se rodó, lo cual, en mi opinión, fue lo mejor que pudo haber pasado.

Nos creímos capaces de cerrar ese capítulo de nuestras vidas. Y hubo respuestas, se resolvieron misterios. Los malos habían muerto o habían ido a dar a la cárcel.

Como dicen por ahí, caso cerrado.

Pero esto ha sido como un horrible tsunami. Uno cree que ha terminado, pero los despojos siguen llegando a las playas, años después y a medio mundo de distancia.

Para Cynthia, el trauma nunca terminó. Cada nuevo día lo enfrentaba con el temor de que la historia volviera a repetirse con su nueva familia. Conmigo. Y con nuestra hija, Grace. El problema fue que lo que hizo para asegurarse de que no volviera a ocurrir nos sometió a la ley de las consecuencias imprevistas: lo que haces para lograr una cosa suele producir el resultado opuesto, ni más ni menos.

Los esfuerzos de Cynthia por mantener a Grace, nuestra hija de catorce años, a salvo del mundo grande y malo estaban forzando a la niña a experimentarlo lo antes posible.

Yo tenía la esperanza de que conseguiríamos abrirnos paso a través de la oscuridad y de que saldríamos por el otro lado, pero no veía que eso fuera a ocurrir pronto.

* * *

Grace y su madre peleaban a gritos casi a diario.

Siempre eran variaciones sobre el mismo tema: Grace no respetaba la hora de llegada. Grace no llamaba al llegar a donde iba. Grace decía que iba a casa de una amiga, pero acababa yendo a otra sin antes haber puesto al corriente a su madre. Grace quiso ir a un concierto en Nueva York, pero no llegaría a casa hasta las dos de la madrugada. Mamá dijo que no.

Yo trataba de mediar en esas disputas, casi siempre con poco éxito. En privado, le decía a Cynthia que entendía sus motivos, que yo tampoco quería que le pasara nada malo a Grace, pero también le señalaba que, si no le permitíamos ninguna libertad a nuestra hija, ella nunca aprendería a desenvolverse en el mundo por sí misma.

Las peleas solían acabar con una de las dos abandonando la habitación hecha una furia y dando un portazo, o con Grace derribando una silla al salir de la cocina mientras le decía a Cynthia que la odiaba.

—Madre mía, es igual que yo —se quejaba Cynthia a menudo—. A esa edad, yo era un espectáculo terrorífico. No quiero que caiga en los mismos errores que yo he cometido.

Incluso en esos momentos, treinta y dos años después, Cynthia arrastraba mucha culpa por aquella noche en que su madre, su padre y Todd, su hermano mayor, desaparecieron. En parte, ella creía que, de no haber salido con un chico llamado Vince —sin el permiso de sus padres y sin haberles dicho nada—, de no haberse emborrachado y luego perdido el conocimiento en su propia cama, se habría dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y, de algún modo, habría podido salvar a sus seres queridos.

Aunque los hechos no podían confirmarlo, Cynthia se creía castigada por su mal comportamiento.

No quería que Grace terminara adjudicándose la culpa por algo tan trágico. Eso significaba inculcarle la importancia de resistir la presión de grupo, de no dejarse nunca poner en una situación difícil, de escuchar esa vocecita en su cabeza que le decía: «Esto está mal y tengo que largarme de aquí».

O, como habría dicho Grace, «bla, bla, bla».

De nada sirvió que yo le dijera a Cynthia que casi todos los chicos pasaban por un periodo así. Por otra parte, aunque Grace metiera la pata, las consecuencias lógicas no podían ser tan graves como las que había padecido Cynthia. Nuestra hija, Dios nos ampare, era una adolescente. Si seis años después Cyn y yo no nos habíamos

suicidado, veríamos a Grace madurar y convertirse en una joven sensata.

Pero entonces era difícil creer que ese momento llegaría.

Recuerdo una noche en la que Grace, a los trece años, estaba pasando el rato con sus amigos en el centro comercial Post. De causalidad, mi esposa andaba por allí buscando unos zapatos. Cuando vio a nuestra hija compartiendo un cigarrillo a la salida de Macy's, la encaró delante de sus compañeros y la obligó a subirse al coche. Cynthia estaba tan alterada, tan metida en su sermón, que se saltó una señal de *stop.*

Un camión de basura estuvo a punto de embestirlas.

—Pudo habernos matado —me contó Cynthia—. Perdí el control, Terry. Lo perdí por completo.

Después de ese incidente decidió, por primera vez, descansar de nosotros durante un tiempo. Solo una semana. Por el bien de los tres, pero, sobre todo, por el bien de Grace y el suyo propio. Un tiempo muerto, lo llamó. Le propuso la idea a Naomi Kinzler, la terapeuta a quien Cynthia llevaba años acudiendo, y a esta le pareció una idea sensata.

«Aléjate de la situación problemática —dijo Kinzler—. No es una huida, no estás desatendiendo tus responsabilidades, pero te tomarás un tiempo para reflexionar, para reorganizar tus ideas. Puedes darte el permiso. A Grace esto también le dará tiempo para pensar. Podría no gustarle lo que vas a hacer, pero también es posible que llegue a entenderlo. Cuando perdiste a tu familia sufriste una herida horrible. Esa herida nunca cicatrizará del todo. Y, si bien es posible que tu hija no lo aprecie en este momento, creo que algún día lo hará».

Cynthia consiguió alojamiento en el Hilton Garden Inn, detrás del centro comercial. Para ahorrar dinero, se había planteado alojarse en el Just Inn Time, pero le dije que ni hablar. No solo era un vertedero, sino que, pocos años antes, en ese sitio había habido un negocio de trata de blancas.

Apenas estuvo fuera una semana, aunque me pareció un año. Lo

que más me sorprendió fue lo mucho que Grace echó de menos a su madre.

—Ya no nos quiere —dijo una noche mientras comíamos una lasaña de microondas.

—No es cierto —le dije.

—Vale, entonces, ya no *me* quiere.

—Si tu madre se está tomando un descanso es porque te quiere mucho. Sabe que se excedió, que exageró y que necesita una pausa para recuperar la compostura.

—Dile que se dé prisa.

Cynthia regresó y las cosas mejoraron durante un mes, incluso seis semanas, pero el tratado de paz empezó a desmoronarse. Al principio eran incursiones menores, pequeñas escaramuzas.

Luego, guerra sin cuartel.

Cuando se enfrascaban en una de sus batallas, acababan hiriendo sus sentimientos y podían pasar varios días hasta que nuestra vida volvía a la normalidad, en caso de que pudiera hablarse de algo así. Yo intentaba mediar, pero aquello tenía que seguir su curso. Cualquier cosa importante que Cynthia tuviera que decir se la comunicaba a Grace a través de notas que firmaba «C. c., Mamá», tal y como solía hacer su propia madre cuando se cabreaba y no estaba de humor para escribir «Con cariño».

Pero, en un momento dado, las notas pasaban a llevar la firma «Con cariño, Mamá» y comenzaba el deshielo. Grace encontraría algún pretexto para pedirle consejo a su madre. ¿Este top va bien con estos pantalones? ¿Me ayudas con estos deberes? Se abriría un diálogo vacilante.

Las cosas empezarían a marchar bien, pero terminarían estropeándose.

Y aquel día estaban muy mal.

Grace quería ir con dos amigas a New Haven, a un enorme bazar de ropa usada que se celebraba a mediados de semana, pero solo podían ir de noche, pues tenían clases durante el día. Igual que con aquel asunto del concierto en Nueva York, esto significaba regresar a

casa en tren y tarde. Me ofrecí a llevarlas, a matar el tiempo por ahí y traerlas de vuelta, pero Grace se opuso. Ella y sus amigas no tenían cinco años. Querían ir por su cuenta.

De pie, delante de los fogones, Cynthia le dijo:

—De ninguna manera. —Si mal no recuerdo, eran chuletas de cerdo empanadas y arroz silvestre—. Terry, dime que me apoyas. No puede hacer eso, es imposible.

Antes de que yo pudiera dar mi opinión siquiera, Grace dijo:

—¿Es coña? No es que nos vayamos a la puta Budapest, es New Haven.

Aquí había un giro más o menos inesperado: el uso de lenguaje soez. Supongo que no podíamos culpar a nadie que no fuéramos nosotros mismos. No era raro que Cynthia o yo soltáramos tacos cuando estábamos enfadados o frustrados. De haber tenido un frasco de palabrotas, uno de esos en los que pones una moneda cada vez que sueltas una, nos habría alcanzado para ir a Roma una vez al año.

De todas formas, amonesté a Grace:

—No vuelvas a hablarle así a tu madre —le dije con severidad.

Sin duda, a Cynthia la reprimenda le pareció poca cosa.

—Estás castigada dos semanas —dijo.

Grace, estupefacta, replicó:

—¿Cuánto más vas a desquitarte *conmigo* por no haber podido salvar a tu familia? Yo ni siquiera había nacido, ¿vale? Yo no tengo la culpa.

Fue una puñalada en pleno corazón.

En el rostro de Grace pude notar el arrepentimiento instantáneo. Y algo más: miedo. Se había pasado de la raya, y lo sabía. De haber podido, quizás habría retirado el comentario y se habría disculpado, pero la palma de Cynthia se había levantado tan rápido que nuestra hija no tuvo ninguna oportunidad.

Abofeteó a nuestra hija en toda la cara, tan fuerte que lo sentí en mi propia mejilla.

—¡Cyn! —grité.

Pero Grace ya se tambaleaba hacia un lado. Por instinto y para frenar la caída, extendió la mano.

Golpeó un costado de la olla en que se estaba cocinando el arroz. La olla volcó y la mano aterrizó sobre el fogón.

El grito. Madre mía, el grito.

—¡Ay, Dios! —dijo Cynthia—. ¡Ay, Dios mío!

Cogió el brazo de Grace, lo hizo girar sobre el lavabo y abrió el grifo del agua fría. Dejó que el chorro constante corriera sobre la mano quemada. Con el dorso había tocado la olla caliente, y con el borde del meñique, el fuego. Había sido, tal vez, un contacto de un milisegundo en cada caso, pero lo suficiente como para abrasar la carne.

Las lágrimas empezaron a correr por el rostro de Grace. La abracé con fuerza mientras Cynthia seguía bañándole la mano con agua fría.

La llevamos al Hospital Milford.

—Puedes decirles la verdad —le dijo Cynthia—. Puedes decirles lo que hice. Merezco el castigo. Si han de llamar a la policía, que la llamen. No voy a pedirte que les digas nada más que la verdad.

Grace le contó al médico que había puesto agua a hervir para cocer unos macarrones mientras escuchaba *Rolling in the Deep,* de Adele, con los auriculares del Ipod puestos y bailando como una idiota. En eso, estiró el brazo, golpeó el asa de la olla y la derribó del fogón.

Cuando la trajimos a casa, Grace tenía la mano bien vendada.

Al día siguiente, Cynthia se mudó por segunda vez.

No ha vuelto.

Dos

—Reggie, Reggie, ven, entra.

—Hola, Ti.

—¿La has encontrado?

—Cielos, déjame quitarme el abrigo.

—Perdona. Es que…

—No. No la he encontrado. Todavía no. Ni el dinero.

—Pero yo creí… Dijiste que habías encontrado la casa y…

—No cuajó. Era una pista falsa. Eli nos mintió, Ti. Y no es como si pudiéramos volver e interrogar de nuevo al tipo.

—Ah, pero me dijiste…

—Sé lo que te dije. Y te lo estoy explicando: ha sido un fracaso.

—Perdona. Supongo que me había hecho ilusiones. Parecías muy segura la última vez que hablé contigo. Estoy decepcionado, eso es todo. Ahí hay café, si quieres.

—Gracias.

—Sigo agradeciéndote todo lo que haces por mí.

—Está bien, Ti.

—En serio. Sé que estás harta de que te lo diga, pero es así. Eres todo lo que tengo. Eres como la hija que nunca tuve, Reggie.

—Ya no soy una niña.

—No, no, te has hecho mayor. Has crecido rápido, y antes de tiempo.

—No tenía alternativa. El café está bueno.

—Solo lamento no haber podido ayudarte antes.

—Nunca te he culpado, y bien lo sabes. No tenemos que seguir dándole vueltas a esto. ¿Me ves obsesionada?, ¿eh? Y es *a mí* a quien le ocurrió todo. Así que, si yo puedo seguir adelante, tú también deberías poder.

—Es difícil para mí.

—Vives en el pasado. Ese es tu problema, Ti. Dios, de eso va toda esta última mierda. Te cuesta superar las cosas.

—Es que… tenía esperanzas de que la encontraras.

—No pienso rendirme.

—Y, sin embargo, lo veo en tu cara: crees que todo esto es una estupidez. Crees que no tiene la menor importancia.

—Yo no he dicho eso. Eso último no. Mira, entiendo por qué esto es tan importante, por qué ella es tan importante para ti. Y tú eres importante para mí. Eres una de las dos únicas personas que me importan, Ti.

—¿Sabes qué es lo que no comprendo de ti?

—¿Qué?

—Que entiendes a la gente. Captas cómo piensan los demás, qué sienten; puedes verlos por dentro y, sin embargo, no sientes… ¿cómo se dice?

—¿Amor?

—No, no eso.

—¿Compasión?

—Sí, supongo que sí.

—Porque te quiero, Ti. Mucho, pero ¿compasión? Supongo que sí, que entiendo lo que estimula a las personas. Sé lo que sienten. Necesito saber lo que sienten. Si tienen miedo, necesito saberlo. Tengo una gran necesidad de sentir que lo tienen, pero no me siento mal por ellos. De lo contrario, no podría hacer nada.

—Sí, vale. Yo sería mejor si fuera más como tú. Supongo que era compasión lo que sentía por ese maldito Eli. Parecía un niño perdido… Bueno, no era ningún niño. Tenía veintiún años o veintidós. Algo así. Pensé que era por su bien, Reggie. De verdad. Y luego el hijo de puta viene y me apuñala por la espalda.

—Creo que tuvo un acercamiento con la otra parte.

—Mierda, no.

—No pasa nada. Ha sido solo un primer contacto. Se estaba reservando los detalles hasta que hubiera un careo; y eso, por supuesto, ya no ocurrirá. Creo que nos dijo la verdad sobre lo que

hizo con ella, pero mintió sobre el lugar; la casa de los profesores ha sido un fiasco. Y hay algo más: empiezo a preguntarme si hay alguien que lo sepa. Si alguien ha dado su consentimiento.

—No lo entiendo.

—Y está bien, pero lo que quería decirte es que voy a necesitar más gente; esto va a costar mucho más, y habrá que pagar por adelantado.

—Eli se llevó todo lo que yo tenía guardado, Reggie.

—Vale. Puedo poner dinero de mi bolsillo. Lo de la devolución de impuestos está en marcha. Tengo reservas. Y, cuando esto termine, no solo habré recuperado mi inversión y tu dinero, sino también mucha más pasta. Resulta que todo esto tiene su lado bueno.

—Sigo sin entender.

—Vale. No hace falta que lo entiendas. Déjame hacer lo mío.

—Es que no puedo creerlo… Después de todos estos años, haberla recuperado por fin para perderla de nuevo. Eli no tenía derecho, y lo sabes. No tenía derecho a quitármela.

—Confía en mí, Ti. La recuperaremos.

Tres

Terry

Que Cynthia ya no viviera con Grace y conmigo no significaba que nos hubiéramos convertido en unos extraños. Hablábamos a diario. A veces quedábamos para comer. En su primera semana fuera, los tres fuimos a cenar a Bistro Basque, en River Street. Las chicas comieron salmón; yo, pollo relleno de espinacas y champiñones. Nos comportamos lo mejor que pudimos. No dijimos una sola palabra sobre nuestra visita al hospital, aunque Cynthia no podía apartar los ojos de la mano vendada de Grace. La fantasía de nuestra comida juntos se rompió solo al final de la velada, cuando Grace y yo dejamos a Cynthia en su piso y nos fuimos a casa solos.

La verdad era que Cynthia había tenido suerte con el apartamento. Una de sus compañeras de trabajo se iba a Brasil la última semana de junio y no pensaba volver hasta agosto, o quizá incluso hasta septiembre. Mi esposa se acordó de que su amiga estaba buscando quien subarrendara la casa durante el verano, necesitaba conseguir a alguien que se hiciera cargo del alquiler mientras estaba fuera, y no había encontrado ningún interesado. La víspera del vuelo, Cynthia le anunció que se quedaba con el apartamento. Así que la amiga habló con el casero, un viejo llamado Barney, y este le dio el visto bueno.

No pensé que mi esposa se quedaría en ese lugar hasta el Día del Trabajo, pero, a medida que pasaban los días y ella no mostraba la menor intención de volver, empecé a hacerme preguntas. A veces pasaba la noche despierto, con media cama vacía a mi lado, preguntándome si Cynthia se pondría a buscar otro sitio en caso de que esto se alargara hasta principios de septiembre, que era cuando su amiga planeaba volver.

Una semana y media después de que se marchara, me pasé por su casa a eso de las cinco. Supuse que ya estaría allí después de su jornada en el Departamento de Sanidad Pública de Milford, donde se ocupaba de todo: desde inspecciones de restaurantes hasta promover la buena alimentación en las escuelas.

Y yo tenía razón. Primero vi su coche. Estaba aparcado entre un Cadillac de aspecto deportivo y una vieja camioneta azul, que reconocí como la de Barney. El viejo estaba cortando la hierba a un lado de la casa. Cojeaba con cada paso, casi como si tuviera una pierna más corta que la otra. Cuando me detuve frente a la casa, vi a Cynthia sentada en el porche. Tenía los pies apoyados en la barandilla y estaba bebiendo una cerveza.

Tuve que admitir que el lugar era bastante agradable: una antigua casa colonial en North Street, justo al sur de Boston Post Road. Habría pertenecido, sin duda, a alguna familia prominente de Milford, años atrás, antes de que Barney la comprara y la convirtiera en cuatro apartamentos. Dos en la planta baja, dos arriba.

Ni siquiera había saludado a mi mujer cuando Barney ya me había visto y apagado su cortacésped.

—Hola, ¿qué tal? —gritó.

Barney nos veía a Cynthia y a mí como celebridades menores, aunque la nuestra no era la clase de fama que cualquiera desearía. Parecía disfrutar del contacto con nosotros.

—Bien —dije—. No quisiera interrumpir tu trabajo.

Él se secó la frente con el dorso de la mano.

—Tengo dos casas más que hacer después de esta.

Barney poseía, al menos, una docena de casas entre New Haven y Bridgeport. Las había convertido en viviendas de alquiler y, por lo que me había contado en conversaciones anteriores, sabía que aquella era una de las más bonitas y, por eso, le dedicaba más tiempo a su mantenimiento. Me preguntaba si tendría planes de ponerla a la venta en breve.

—Tu señora está ahí, en el porche —dijo.

—Ya la veo —dije—. Tengo la impresión de que te vendría bien un

refresco.

—No hace falta. Espero que todo vaya bien —me dijo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Entre tú y tu esposa. —Me guiñó un ojo, se dio la vuelta y volvió a su cortacésped.

Al verme subir los escalones del porche, Cynthia dejó su cerveza en la barandilla y se levantó de su asiento.

—Hola —me dijo. Creí que me iba a ofrecer una cerveza fría, pero no lo hizo. Me pregunté si habría llegado en mal momento. La culpabilidad bañó su rostro—. ¿Va todo bien?

—Todo bien —dije.

—¿Y Grace? —preguntó.

—Te he dicho que todo está bien.

Ya sosegada, volvió a sentarse y apoyó los pies en la barandilla. Me di cuenta de que su teléfono estaba en el brazo de la silla de madera, bocabajo, haciendo de pisapapeles sobre un folleto del Departamento de Sanidad titulado «¿Tiene moho en casa?».

—¿Puedo sentarme?

Inclinó la cabeza hacia la silla de al lado.

Señalé el folleto.

—¿Tienes problemas con tu nueva casa? No se lo enseñes a Barney, podría darle algo.

Cynthia echó un vistazo al folleto y negó con la cabeza.

—Es una nueva campaña de sensibilización. En estos días he hablado tanto del moho doméstico que tengo pesadillas en las que los hongos me persiguen.

—Como en aquella película —dije—: *El terror no tiene forma.*

—¿Era un hongo?

—Un hongo del espacio exterior.

Apoyó la cabeza en el respaldo, con los pies aún sobre la barandilla. Suspiró.

—Nunca hice nada como esto en casa. Al terminar la jornada, estiraba un poco y ya está.

—Quizás porque no tenemos un porche con barandilla —dije—. Si

quieres, te construyo uno.

Eso le provocó una carcajada.

—¿Tú?

La construcción no era una de esas artes varoniles en las que yo destacaba.

—Bueno, podría hacer que alguien lo construyera. Mi falta de habilidad con el martillo la compenso extendiendo cheques.

—Es que…, en casa, justo en estos momentos, siempre tengo algo que hacer, pero aquí, cuando llego del trabajo, me siento a ver pasar los coches. Y eso es todo. Me da tiempo para pensar, ¿sabes?

—Me lo imagino.

—O sea, tú tienes el verano para relajarte.

Nada que discutir. Como profesor, yo contaba con julio y agosto para recargar las pilas. Cynthia llevaba trabajando para el ayuntamiento apenas lo suficiente para disfrutar de un par de semanas de vacaciones al año.

—Así que mis vacaciones son una hora al final de cada día. Me siento aquí a no hacer nada.

—Estupendo —dije—. Si esto te funciona, me alegro.

Se volvió y me miró.

—No, no te alegras.

—Solo quiero lo mejor para ti.

—Ya ni siquiera sé lo que me conviene. Me siento aquí pensando que me he alejado de la fuente de mi ansiedad, de todas las peleas y tonterías en casa con Grace, y entonces me doy cuenta de que la fuente de mi ansiedad soy yo misma y de que no puedo poner distancia.

—Hay un chiste de Garrison Keillor —le dije—. Habla de una pareja de ancianos que, como no pueden llevarse bien, se preguntan si deberían irse de vacaciones. Entonces, el hombre dice: «¿Por qué soltar una buena pasta para ser desdichado en otro sitio cuando puedo ser perfectamente desdichado en casa?».

Ella frunció el ceño.

—¿Crees que somos una pareja de ancianos?

—El chiste no va de eso.

—No me voy a quedar aquí para siempre —dijo Cynthia. Tuvo que elevar un poco la voz cuando Barney trasladó su actividad de siega al jardín delantero. Nos llegó el olor a hierba recién cortada—. Cada cosa en su debido momento.

Por mucho que la quisiera ver de nuevo en casa, no iba a rogárselo. Ella tenía que hacerlo cuando estuviera lista y bien.

—¿Qué le has dicho a Teresa? —preguntó.

Se refería a Teresa Moretti, la mujer que venía a limpiar nuestra casa una vez a la semana. Cuatro o cinco años atrás, cuando Cynthia y yo estábamos tan ocupados que no podíamos hacer las tareas domésticas más elementales, buscamos a alguien que nos hiciera la limpieza. Encontramos a Teresa. A pesar de que yo estaba libre en verano y era muy capaz de poner en orden una casa, Cynthia pensó que era injusto despedir a Teresa durante julio y agosto.

«Necesita el dinero», dijo Cynthia en su momento.

Por lo general, yo ni siquiera veía a esa mujer. Lo normal, para mí, era estar en la escuela, pero seis días antes estaba en casa cuando ella entró con su propia llave. Y no se le escapó ni un detalle. Después de que se diera cuenta de que el maquillaje de Cynthia y otros de sus objetos personales no estaban por allí, después de que no hubiera visto la bata de mi mujer echada sobre la silla del dormitorio, preguntó si no estaba.

En ese momento, en el porche con mi esposa, le conté:

—Le he explicado que estabas disfrutando de un poco de tiempo a solas. Y pensaba que con eso bastaría, pero luego quiso saber adónde habías ido, si me reuniría contigo, si Grace vendría también, cuánto tiempo estaríamos fuera…

—Le preocupa que reduzcamos su jornada a cada dos semanas o una vez al mes.

Asentí.

—Viene mañana. Ya la tranquilizaré.

Cynthia se llevó la botella a los labios.

—¿Conocías a esos profesores? —preguntó.

Se refería a dos maestros jubilados asesinados en su casa unos días atrás, a no más de un kilómetro de allí.

Por lo que había leído y lo que había visto en las noticias de la televisión, los policías estaban desconcertados. La investigadora principal era Rona Wedmore, una detective con la que nos habíamos relacionado siete años atrás. Ella había llegado a decir que no podían dar con el motivo y que no había sospechosos. Al menos, ninguno del que la policía local tuviera algo que decir.

La idea de que pudieran masacrar en su propia casa a una pareja de jubilados, gente sin conexiones conocidas con ninguna actividad delictiva, había provocado una sensación de inquietud en todo Milford. Algunos —los noticiarios, sobre todo— lo llamaban el «Verano del Miedo» en nuestra comunidad.

—Nunca nos cruzamos —le dije a Cynthia—. No enseñábamos en las mismas escuelas.

—Es horrible —comentó—. No tiene sentido.

—Siempre hay un motivo —opiné—. Quizá uno sin mucha lógica, pero uno, al fin y al cabo.

Había gotas de sudor en la botella de cerveza de Cynthia.

—Hoy hace calor —dije—. Me pregunto si hará bueno este fin de semana. Quizá podríamos hacer algo todos juntos.

Yo iba a coger su teléfono para abrir la aplicación del tiempo y consultar la previsión, algo que solía hacer en casa cuando no tenía cerca mi propio móvil, pero, antes de que pudiera cogerlo, Cynthia lo puso en el otro brazo de la silla, fuera de mi alcance.

—He oído que hará bueno —dijo—. ¿Qué tal si hablamos el sábado?

Barney apareció por el otro lado con su cortacésped a gasolina.

—Me ha dicho que espera que solucionemos las cosas —le conté.

Cynthia cerró los ojos durante un par de segundos y suspiró.

—Te juro que no le he dicho nada, pero ha sumado dos más dos. Ve que vienes y no te quedas. Le gusta dar consejos. «Aprovecha el momento» y cosas por el estilo.

—¿Qué sabes de él?

—No mucho. Tiene más de sesenta años, nunca se ha casado, vive solo. A todo el mundo le cuenta que se rompió la pierna en los años setenta, en un accidente de coche, y que desde entonces no camina bien. Da un poquillo de pena, en realidad. Es un buen tipo. Lo escucho e intento no herir sus sentimientos. Puede que una noche se me atasque el váter y necesite que venga.

—¿Vive aquí?

Cynthia negó con la cabeza.

—No. El del otro lado del pasillo es un chico joven. Tiene una gran historia que algún día te contaré. Y en el primer piso vive Winnifred (Winnifred, te lo juro), que trabaja en la biblioteca. Al otro lado del pasillo está Orland, otra triste figura. Es mayor que Barney, vive solo y casi nadie viene a verlo. —Fingió una sonrisa—. La Casa de los Malditos, ya te digo. Todos viven solos. No tienen a nadie.

—Tú sí que tienes —le dije.

Cynthia apartó la mirada.

—No me refería a eso…

De improviso, se oyó un ruido en la casa. Alguien bajaba un tramo de las escaleras a toda velocidad.

Se abrió la puerta y salió un hombre de entre veinte y treinta años, delgado y moreno. Vio a Cynthia antes que a mí.

—Hola, guapa —dijo—, ¿qué pasa?

—Hola, Nate —dijo Cynthia, con una sonrisa incómoda—. Quiero presentarte a alguien.

—Ah, hola —dijo él, y sus ojos se posaron en mí—. ¿Ha venido a verte otro amigo?

—Te presento a Terry, mi marido. Terry, te presento a Nathaniel, mi vecino de enfrente.

Las cejas del joven se alzaron por un instante cuando me miró. Aquel era el tipo de la gran historia.

Se sonrojó en un instante y tardó otra décima de segundo en decidirse a tenderme la mano.

—Encantado de conocerlo. He oído hablar mucho de usted.

Me volví hacia Cynthia, pero ella no me estaba mirando.

—¿Adónde vas? —preguntó mi esposa—. No sueles pasear a los perros tan tarde, ¿verdad? ¿No está todo el mundo en casa?

—Solo voy a comer algo —dijo Nathaniel.

—¿Tienes perros? —pregunté.

Sonrió con timidez.

—Aquí no, y no son míos. Me dedico a eso. Tengo un negocio de pasear perros. Voy de casa en casa a lo largo del día y saco a pasear a los chuchos mientras mis clientes están en el trabajo. —Se encogió de hombros—. Mi carrera ha tenido que dar un pequeño giro, pero estoy seguro de que Cyn… Estoy seguro de que su mujer se lo ha contado todo.

Volví a mirar a Cynthia; esta vez, expectante.

—No se lo he contado —dijo ella—. No te entretengas por nosotros.

—De nuevo, encantado de conocerlo —me dijo. Luego bajó las escaleras a trote, se puso al volante del Cadillac y arrancó por North Street.

—¿Un paseador de perros con un Cadillac? —pregunté.

—Es una larga historia, pero esta es la versión corta: le fue muy bien en el negocio de las aplicaciones telefónicas, pero el mercado se vino abajo durante un tiempo. Lo perdió todo, tuvo una crisis nerviosa y ahora, mientras rehace su vida, pasea perros todos los días.

Asentí. Esa casa parecía ser un lugar donde la gente iba a rehacer su vida.

—Muy bien —dije.

Ninguno de los dos habló durante casi un minuto. Cynthia vigilaba la calle todo el tiempo.

En un momento dado, dijo:

—Me siento avergonzada.

—Ha sido un accidente —dije—, un accidente de locos. Nunca quisiste que pasara.

—Hago todo lo posible para protegerla y soy yo quien acaba

enviándola al hospital.

No supe qué decir.

—Quizás deberías ir a casa y hacerle la cena a Grace —dijo Cynthia—. Dale un abrazo de mi parte. —Hizo una pausa—. Dile que la quiero.

—Lo sabe —dije, y me levanté—, pero se lo diré.

Me acompañó al coche. El olor a hierba recién cortada inundó mi nariz.

—Si algo pasara, si Grace tuviera problemas, me lo dirías —dijo Cynthia—, ¿verdad?

—Claro.

—No tienes por qué andar de puntillas a mi alrededor. Puedo soportarlo.

—Todo está bien. —Sonreí—. Si me vigila es, sobre todo, para que no me meta en líos. Si intentara hacer fiestas bestiales, ella lo cortaría todo de raíz.

Cynthia apoyó la palma de la mano en mi pecho.

—Volveré. Solo necesito un poco más de tiempo.

—Lo sé.

—Cuídala. Este asunto, el de los profesores asesinados, ha hecho que mi mente se imagine cosas que no debe.

Fingí una sonrisa.

—Quizá ha sido algún antiguo alumno que, después de años, ha ido a vengarse de los profesores que le echaron la bronca por no hacer los deberes. Debería vigilar mis espaldas.

—No lo digas ni de broma.

Mi sonrisa se apagó. Me daba cuenta de que no había sido gracioso.

—Perdona. Estamos bien, de veras. Estaremos mejor cuando vuelvas, pero ahí vamos. Y la estoy vigilando como un halcón.

—Más te vale.

Me subí a mi Ford Escape y lo puse en marcha. De camino a casa, no podía quitarme de la cabeza dos cosas que había dicho Nathaniel.

La primera, aquel «oye, guapa», y la segunda, «¿ha venido a

verte otro amigo?».

Cuatro

—¿Quieres divertirte *de verdad*? —preguntó el chico.

Eso puso a Grace en alerta. No mucho, quizás, pero sí un poco.

Tenía una idea bastante clara de lo que Stuart quería decir. Dentro del viejo Buick del padre de Stuart, aparcado detrás del Walmart, ya se habían estado divirtiendo (aunque solo de cintura para arriba). Vaya coche. Era un portaaviones. El capó y el maletero eran gigantescos, y el interior, bueno, no tenías más que meterte en el asiento trasero. El delantero, que se extendía a todo lo ancho, sin guantera ni palanca de cambios en medio, era del tamaño de un banco de parque, pero mucho mucho más mullido. Era un coche de los años setenta. Cuando cogías las curvas, parecía que estuvieras en un enorme barco, en el Atlántico o algo así, al otro lado del estrecho, dejándote llevar por las olas.

Grace estaba conforme con lo que habían hecho entonces: lo había dejado meterle mano en un par de sitios, pero no estaba segura de querer ir más lejos. Todavía no.

Al fin y al cabo, solo tenía catorce años. Y, aunque sabía con absoluta certeza que eso significaba que *ya no* era una niña, no tenía más remedio que admitir que Stuart, a sus dieciséis años, podría saber algo más sobre todo aquel asunto del sexo. Y lo que la atemorizaba no era hacerlo por primera vez, sino parecer una completa novata. Todos sabían, o creían saber, que Stuart ya había estado con muchas chicas. ¿Y si ella acababa haciéndolo todo mal? ¿Y si terminaba dando la impresión de que era una completa idiota?

Así que prefirió actuar con cautela.

—No lo sé —dijo. Se apartó hasta apoyarse en la puerta del copiloto—. Esto ha estado…, o sea, bien, ¿no? Pero no estoy segura de querer dar el siguiente paso.

Stuart se rio.

—Joder, no estoy hablando de eso. Aunque, si crees que estás lista, vengo equipado. Empezó a meterse la mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros.

Grace le dio una palmada juguetona en la mano.

—¿A qué te refieres?

—A algo brutal. Te juro que te vas a mear.

Grace ya se hacía la idea. Marihuana, tal vez, o éxtasis. ¿Y qué diablos? Podía probar. En realidad, era un poco menos aterrador que dejar a ese chico meterle la mano bajo las bragas.

—¿De qué hablas? He probado algunas cosas. Y no solo marihuana. —Mentira, pero había que guardar las apariencias.

—No, esto no se parece en nada —dijo Stuart—. ¿Alguna vez has conducido un Porsche?

Eso la cogió por sorpresa.

—Nunca he conducido nada, idiota. No tendré carné hasta dentro de dos años.

—Quiero decir, ¿alguna vez te has subido a un Porsche?

—¿Como… uno de esos coches deportivos?

—Madre mía, ¿no sabes lo que es un Porsche?

—Claro que lo sé. Vale. ¿Por qué me preguntas si alguna vez me he subido a un Porsche?

—¿Lo has hecho?

—No —dijo Grace—. Eso creo, al menos, pero tampoco es que preste mucha atención a los coches en los que me meto. A lo mejor he subido en uno y no me he enterado.

—Creo que, si hubieras estado en un Porsche —dijo el chico—, lo sabrías, más o menos. No es un coche normal, que digamos. Es todo bajo y aerodinámico y es tan veloz que te cagas.

—Vale. Entonces, no.

Stuart era un chico bastante atractivo, uno de los más guays, aunque no en el mejor de los sentidos. Tenía ese aire de «me importa tres cojones» que atraía a cualquier chica harta de tener que ir sobre seguro, pero, después de tres salidas con él, Grace empezaba a pensar que ese chico no tenía gran cosa en la cabeza.

En casa, Grace no le había dicho a nadie que salía con Stuart, puesto que su padre sabía a la perfección de quién se trataba. Podía recordar a su padre sacando el nombre a colación más de una vez, hacía dos años, en los tiempos en que Stuart era su alumno de inglés. Por la noche, cuando corregía los trabajos en la mesa de la cocina, decía que ese tal Stuart era más tonto que una mata de habas. No hacía ese tipo de comentarios con frecuencia, pues los consideraba poco profesionales. Decía que no estaba bien hablar de los trabajos de sus alumnos, chicos a quienes su hija podía conocer, pero, de vez en cuando, si el estudiante era lo bastante cateto, dejaba escapar algo.

Grace recordó un chiste de su padre: durante mucho tiempo, incluso hasta ese año, ella había querido ser astronauta y viajar a la Estación Espacial Internacional. Su padre, entonces, había soltado que Stuart también podría ser astronauta, porque en clase no hacía otra cosa que ocupar el espacio.

Esa noche, sin poderlo remediar, Grace se preguntaba si su padre estaba en lo cierto.

Un día, Stuart le preguntó qué pensaba hacer al terminar la escuela. Ella le contó aquello y él le dijo: «¿En serio? Al espacio solo envían tíos».

«¿Qué me estás contando? —le respondió ella—. ¿Y Sally Ride? ¿Y Svetlana Savitskaya? ¿Y Roberta Bondar?».

«No inventes nombres», había dicho él.

Bueno, vaya, no era como si tuviera que casarse con él. Solo quería divertirse un poco. Tenía ganas de correr algunos… riesgos. ¿Y no era justo lo que él le estaba preguntando si quería hacer?

—No, en definitiva, nunca me he subido a un Porsche.

Stuart sonrió.

—¿Quieres?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, claro. ¿Por qué no?

Un teléfono móvil empezó a zumbar.

—Es el tuyo —dijo Stuart.

Grace sacó el móvil del bolso y miró la pantalla.

—Ay, Dios.

—¿Quién es?

—Mi padre. Se supone que ya debería estar en casa. —Eran casi las diez.

Stuart adoptó una profunda voz de barítono y dijo:

—A casa ahora mismo, jovencita, y haz los deberes.

—Para.

Sí, su padre podía ser un puto fastidio, pero no le gustaba que los demás se burlaran de él. En el colegio detestaba que otros niños lo menospreciaran. Eso de ir al mismo instituto donde tu padre daba clases no era un campo de rosas, que digamos. Cargabas con expectativas de más, como ser una buena chica o sacar notas por encima de la media. Después de todo, dirían por ahí, era hija de un profesor. Menuda cruz. No es que sus notas fueran malas. Le iba bastante bien, sobre todo en ciencias, aunque a veces metía un par de respuestas incorrectas para no sacar la calificación más alta y que los chicos terminaran llamándola Amy Farrah Fowler, como aquella científica empollona de la televisión.

—¿Le vas a contestar o no? —preguntó Stuart mientras el teléfono de Grace seguía zumbando.

Ella lo miraba con fijeza, deseando que parara, lo que por fin ocurrió tras una docena de timbrazos.

Sin embargo, segundos después, ya le estaba llegando un mensaje.

—Mierda —dijo—. Quiere que llame a casa.

—Te tiene atada en corto. ¿Tu madre también es una controladora desquiciada?

«Si ella estuviera en casa», pensó Grace. Si no los hubiera abandonado dos semanas atrás, después del asunto de la olla de agua hirviendo. Hacía apenas tres días que le habían quitado el vendaje.

Ignoró su pregunta y volvió al tema que traían entre manos:

—Vale, ¿tu padre te ha comprado un Porsche?

—¿Qué? No, joder, ¿crees que estaría dando vueltas en este tanque de mierda si lo hubiera hecho?

—¿Entonces?

—Sé dónde puedo coger uno para ir a dar la vuelta.

—¿De qué hablas?

—Puedo conseguir uno en unos diez minutos, uno prestado.

—¿Qué? ¿Vas a ir a un concesionario de coches o algo así? —preguntó Grace—. ¿No están cerrados? ¿Quién te dejaría probar uno a estas horas de la noche?

Stuart negó con la cabeza.

—No, en casa de alguien.

—¿A quién conoces que tenga un Porsche? —Sonrió—. ¿Y cómo de tontos tendrían que ser para prestártelo?

—No, no se trata de eso. Se trata de una casa y esta semana está vacía. Está en la lista.

—¿Qué lista?

—Una lista, ¿vale? Una que tiene mi padre. Intentan mantenerla actualizada. Es de la gente que se va de vacaciones y tal. Yo suelo echar un vistazo a esos lugares para ver qué coches tienen. Una vez saqué un Mercedes. No fueron más que veinte minutos, pero nadie se enteró. Y ni un rasguño. Volví a meterlo en el garaje, tal y como estaba.

—¿Quién lleva una lista así? —preguntó Grace—. ¿A qué se dedica tu padre? ¿Hace ese tipo de cosas, como de seguridad, también? —El caso era que ella tenía una idea de lo que hacía el padre de ese chico, y se habría sorprendido de saber que tenía algo que ver con hacer que la gente se sintiera más segura en sus casas.

—Sí —dijo él con indiferencia—, a eso se dedica: a la seguridad.

Grace seguía pensando en la llamada y el mensaje de su padre. Al salir de casa, le había dicho que iba al cine con otra chica de su clase. Las llevaría la madre de su amiga. La función empezaba a las siete, así que terminaría sobre las nueve. Después la llevarían a casa.

¿Qué haría su padre si descubriera que le había mentido? Porque,

en lo que a mentiras se refería, aquella era un horror. Grace no estaba con esa chica, no estaba en el cine. Era Stuart, y no la madre de su amiga, quien la dejaría a una manzana de casa. Su padre jamás la habría dejado salir con un chico que tuviera la edad suficiente para conducir.

Y, desde luego, menos con ese, que en su clase había sido un tocapelotas y un pasmarote; alguien cuyo origen (Grace sospechaba que su padre lo sabía) era como poco cuestionable.

—Lo que me estás diciendo suena a robo —dijo.

Stuart negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Robar es coger un coche y quedártelo; o bien, vendérselo a alguien para que lo empaquete en un gran contenedor y se lo envíe a un tipo en Arabia o algo así. Este solo vamos a *tomarlo prestado.* Ni siquiera voy a probar lo que es capaz de hacer, porque, cuando le pides prestado el coche a alguien, lo último que quieres es que te pongan una multa por exceso de velocidad, ¿no crees?

Grace esperó un buen rato antes de decir:

—Supongo que será divertido.

El chico puso en marcha el coche, grande como un barco, y se dirigió al oeste.

Cinco

La detective Rona Wedmore estaba a punto de meterse en la cama cuando recibió una llamada en que le decían que habían encontrado un cadáver.

Lamont ya estaba bajo las sábanas, durmiendo, pero empezó a revolverse al sentir que su mujer volvía a vestirse.

—¿Nena? —dijo, y se dio la vuelta.

Ella nunca se cansaba de oír su voz, aunque fuera una sola palabra, como esa. Lo que él dijera no tenía la menor importancia, no después de que ella hubiera tenido que soportar aquel período en el que él no decía nada. A su vuelta de Irak, traumatizado por las cosas que había visto, se había quedado como catatónico ante ella. Dejaron de hablarse durante meses, hasta una noche, tres años atrás, en la que a ella le pegaron un tiro en el hombro. Entonces se presentó en urgencias y le preguntó: «¿Estás bien?».

Casi había merecido la pena recibir un balazo con tal de oír esas dos palabras. Bueno, sin el «casi». En realidad, sí había merecido la pena.

—Tengo que salir —dijo ella—. Siento haberte despertado.

—*Passsa* nada —dijo él, con media cara aún pegada a la almohada. Sabía que no debía preguntar cuánto tiempo estaría fuera. Tardaría lo que tuviera que tardar.

Wedmore cerró la casa, se subió al coche y, mientras conducía hacia el lugar de los hechos, iba pensando que eso era justo lo que Milford necesitaba: otro asesinato. Como si la gente de allí no tuviera ya los nervios de punta. Iba con la esperanza de que se tratara de algo sencillo, como algún tío apuñalado en una pelea de bar. Si la gente moría en peleas de bar, no sembraba el miedo en las comunidades. Un idiota mata a otro idiota en un bar y la mayoría de la gente se encoge de hombros y piensa: «¿Qué puede uno esperar

de un par de patanes que han bebido de más?». En la seguridad de sus hogares, las buenas gentes de Milford no se sentían amenazadas por un crimen así.

Pero el doble homicidio de Bradley era harina de otro costal, como le gustaba decir al difunto padre de Wedmore. ¿Dos viejos jubilados tiroteados en el salón de su casa? ¿Sin motivo manifiesto?

Una cosa así asustaba a la gente.

Qué putada que Wedmore no tuviera ni idea. Ni Richard ni Esther Bradley tenían antecedentes penales. Contra ninguno de los dos había una sola multa de aparcamiento sin pagar. Tenían una hija casada en Cleveland, que también estaba limpia. No había cultivos de marihuana en el sótano, no había un laboratorio de metanfetamina en un viejo remolque.

Sí, esa noche, un poco antes, Richard Bradley había irrumpido en la casa de al lado para pedirles a los estudiantes que no hicieran ruido. Al principio, Wedmore no tenía más sospechosos que esos chicos, pero, cuanto más los investigaba, más se convencía de que no tenían nada que ver con el asesinato de los Bradley.

Entonces, ¿quién demonios los había matado? ¿Y por qué?

La hija había llegado en avión desde Cleveland y, en los ratos en que no estaba llorando por la pérdida de sus padres, pudo ayudar a Wedmore a registrar la casa en un intento de descubrir si faltaba algo. Por lo que la hija pudo notar, no les habían robado nada; además, los padres no tenían cosas de valor. Y el asesino (o asesinos) ni siquiera se habían molestado en sacar el dinero ni las tarjetas de crédito de la cartera de Richard Bradley ni del bolso de Esther Bradley.

Eso descartaba a drogadictos que hubieran ido en busca de una forma de pagar su próxima dosis.

Así que podrían haberlos asesinado por el placer de matar.

Pero en aquel crimen no había habido ningún ritual. En las paredes del salón no había inscripciones desquiciadas hechas con la sangre de las víctimas.

Rona se preguntaba si el hecho de que ambos hubieran sido

profesores tenía algo que ver. Había un posible escenario: un chico a quien uno de ellos había suspendido años atrás estaba convencido de que Richard o Esther le habían arruinado la vida, y había vuelto para vengarse. A Wedmore le parecía algo exagerado, pero, a falta de otra teoría, se encontró intentando llegar a ella… y pasándose de rosca, pero los homicidios por venganza no solían ser tan pulcros.

Richard y Esther Bradley habían sido asesinados de un solo tiro en la cabeza. Un doble crimen frío y eficaz. No había huellas. La gente que mataba por venganza tendía a exagerar: veinte puñaladas en lugar de tres. Seis balas en lugar de una.

Así que, vale, si este había sido un golpe profesional, ¿por qué? ¿Quién demonios pagaría por asesinar a dos profesores jubilados?

Esa pregunta estaba volviendo loca a la detective Rona Wedmore.

Si bien a la ciudad de Milford no le venía bien un solo asesinato más, quizás ella sí que lo necesitaba. Era algo con lo que mantener su cabeza alejada del caso Bradley. Para centrarla en otra cosa. A veces le funcionaba. Podría significar que, al volver al doble homicidio, fuera capaz de notar algo que no había visto antes.

Pero resultó que Wedmore no tenía que acudir a un bar, sino al parque estatal Silver Sands, diecinueve hectáreas de playas arenosas, dunas, marismas, humedales y bosques a orillas del estrecho. Siguió hacia el sur por Viscount, pasó un edificio de apartamentos para personas mayores que tenía a la derecha y fue hasta el final de la calle. Luego giró a la izquierda por la calzada que discurría paralela a la playa y el paseo marítimo, que la llevó hasta el fondo, donde encontró aparcados tres coches de la policía de Milford con las luces del techo encendidas.

Un agente uniformado vio su coche sin señales de identificación y se acercó.

—¿Detective Wedmore? —le preguntó mientras ella se bajaba.

—Sí. ¿Qué pasa, Charlie?

—Lo de siempre. Mi mujer y yo acabamos de tener un hijo.

—¿Cómo, en serio? Felicidades. ¿Niño, niña? ¿Otra cosa?

—Una niña. La llamaremos Tabitha.

—Bueno, ¿y qué tenemos aquí?

—Hombre muerto. Blanco, veintipocos. Parece que le pegaron un par de tiros por la espalda. Tal vez estaba huyendo.

—¿Testigos?

El agente Charlie negó con la cabeza.

—Ni siquiera estoy seguro de que haya ocurrido aquí. Me parece que lo han tirado sin más.

Wedmore ya se estaba poniendo un par de guantes.

—Llévame.

Siguió al policía a lo largo del paseo marítimo. Si bien el huracán Sandy le había dado una buena paliza, como a todo lo demás por esos pagos, ya estaba bastante reparado.

—Por aquí. —Charlie señaló las hierbas altas a la izquierda del paseo marítimo, en dirección contraria al estrecho.

En el lugar ya se reunían otros policías. Habían puesto unos soportes con luces.

Wedmore se abrió paso entre hierba que le llegaba a la cintura. Percibió un olor a descomposición, pero, como corría la brisa que venía del mar, no le pareció necesario untarse un poco de Vicks bajo la nariz.

Mientras sacaba una linterna del bolsillo de su chaqueta, preguntó a nadie en particular:

—¿Quién lo ha encontrado?

Habló una agente uniformada:

—Un par de chicos estaban deambulando por aquí, buscando dónde besarse. Han salido corriendo, nos han llamado y se han quedado esperando nuestra llegada en el malecón.

—¿Los habéis dejado ir?

—Tenemos los nombres y todo. Sus padres han venido a por ellos.

El cuerpo estaba boca abajo. El hombre, que pesaba unos noventa kilos, llevaba el pelo rubio corto. Vestía una camiseta azul de gran tamaño y pantalones cortos de color caqui con media docena de bolsillos; calcetines blancos y zapatillas de correr. Wedmore se arrodilló y alcanzó a distinguir algo en un bolsillo inferior. Sacó una

billetera, la abrió y alumbró con la linterna un permiso de conducir que estaba puesto debajo de un plástico transparente.

—Eli Richmond Goemann —dijo, y se puso a estudiar los dos agujeros de bala en la parte trasera de la camisa empapada en sangre—. Dadle la vuelta.

Un par de agentes hicieron el trabajo sucio.

—Apenas hay sangre —dijo—. No se desangró aquí. Así que es cierto. ¿Dónde está Charlie? Como sea, eso que ha dicho de que lo han trasladado aquí parece probable. ¿Habéis llamado a Joy?

La forense.

Alguien dijo que sí.

Wedmore echó un vistazo a la cartera. Sesenta y ocho dólares en efectivo. Recibos de pagos con tarjeta de crédito en bares y licorerías. Eso le daría un punto de partida.

Volvió a mirar el carné de conducir de Connecticut. El joven había nacido en marzo de 1992, así que tenía veintidós años.

—Vaya —dijo.

—¿Qué? —preguntó alguien.

Wedmore seguía estudiando la licencia: la dirección de Eli Goemann.

—Qué hijo de puta —dijo.

Conocía la calle. Acababa de estar ahí. La dirección de Eli quedaba a solo dos números de la casa donde Richard y Esther Bradley habían sido asesinados.

Wedmore estaba bastante segura de que era la casa donde vivían los estudiantes.

Seis

—Tienes cara de susto —le dijo Stuart a Grace de camino a la casa donde iban a buscar un Porsche—, pero, créeme, todo irá bien. No hay el menor riesgo.

—¿Cómo lo vas a arrancar? ¿Como en la tele, que conectan unos cables debajo del volante?

—No, joder, eso es totalmente irreal. Un tipo se mete ahí debajo, encuentra los cables y, en dos segundos, tiene el coche en marcha. Eso no sucede. Y, aunque consiguieras arrancarlo, ¿cómo ibas a desbloquear la columna de dirección? Necesitas la llave para eso. En las pelis, venga, *quizá* se podría poner el coche en marcha, pero solo para conducirlo en línea recta. Odio esas estupideces de las películas.

—¿Así que tienes la llave?

—Todavía no. —Le acarició el muslo con la mano derecha—. Vale. Está justo aquí, al final de la calle, pero caminaremos media manzana.

Ella no había prestado mucha atención por el camino, pero ahora estaban en un callejón sin salida de un barrio elegante: césped bien cuidado, árboles maduros, casas alejadas de la acera. Amplios caminos de entrada a las casas.

Sin prisa, Stuart se bajó del coche.

—Venga —dijo. No se habían alejado más que unos cuantos pasos cuando se detuvo de repente—. Espera aquí un segundo. He olvidado algo.

Volvió al Buick, abrió la puerta del copiloto, apoyó una rodilla en el asiento y se inclinó hacia delante, como si rebuscase algo en la guantera. Encontró algo, se lo metió en la cintura, en la parte delantera de los vaqueros, y se puso la chaqueta por encima.

—¿Qué has traído? —preguntó Grace en cuanto volvieron a estar

juntos.

—Una linterna —dijo.

Iba leyendo los números de las casas. Se detuvo frente a una residencia colonial de dos pisos.

—Aquí es. Ven. No podemos quedarnos a mirarla. La gente se daría cuenta.

Aunque que no había nadie alrededor.

La cogió de la mano y tiró de ella hacia el camino de entrada. Había una luz encendida sobre la puerta principal y otra en un lateral de la casa, pero Stuart estaba bastante seguro de que desde las casas vecinas nadie podía verlos.

—¿De quién es la casa? —preguntó ella.

—De un tipo que se apellida Corro o algo así. Vaya nombre. Imagina que alguien te preguntara «¿cómo te llamas?» y tú le dijeras «Jaime Corro». Te dirían: «¿Tan contento estás de verme?». —Resopló—. Comprobemos primero el garaje. Asegurémonos de que está ahí, de que no hemos venido en balde. —Le apretó la muñeca con más fuerza.

Al otro lado del edificio, pegado a la casa, había un garaje con capacidad para dos coches. A lo largo de la puerta corrían cuatro ventanas rectangulares a la altura de los ojos.

—Solo quiero asegurarme —dijo.

Buscó su móvil en la chaqueta, activó la linterna y lo acercó a una ventana.

—Creía que habías vuelto a por una linterna —dijo Grace.

—Bingo —dijo el chico sin dejar de mirar dentro del garaje—. ¿Lo ves? Mira, ahí está.

Ella miró.

—Veo un coche. Dos, en realidad. Un sedán blanco de cuatro puertas y un deportivo rojo, bajo y de dos puertas.

—Eso no es un coche —dijo el chico—. Es un 911. Un puto Carrera. Ahora solo tenemos que entrar y coger las llaves.

Por primera vez, Grace empezaba a creer que aquello era una muy muy mala idea. Su estómago se puso a flotar.

—No creo. Esto no me está gustando.

—Ya te lo he dicho: está bien. No están en casa. Entraremos sin activar la alarma. Dicen que esta gente tiene un perro. Lo han llevado a una guardería o algo así durante la semana, pero eso quiere decir que no han de tener detectores de movimiento dentro. Las estúpidas mascotas los activan todo el tiempo.

Ella soltó su muñeca, que el chico agarraba con fuerza.

—No, de ninguna manera.

Él se dio la vuelta.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Volver a casa caminando? ¿Sabes siquiera dónde estamos? ¿Vas a sentarte en la acera hasta que yo vuelva? Ven. No he podido conseguir la llave ni encontrar el código de acceso entre las cosas de mi padre, pero no hay ningún problema: entraremos por una ventana del sótano.

El teléfono de Grace volvió a sonar. Otro mensaje de su padre.

—¿Tu viejo otra vez?

Ella asintió y se guardó el móvil. Entretanto, Stuart se apartó de ella para arrodillarse junto a una ventana del sótano.

—El sensor debería estar aquí, en esta esquina —dijo. Pateó el cristal. Grace dio un respingo y se llevó ambas manos a la boca—. Si ha sonado fuerte es porque estás aquí. Nadie más lo ha oído. Y el suelo del sótano tiene moqueta. —Había fragmentos de cristal alineados en el borde del marco, como dientes de tiburón—. Podría pasar por aquí, pero moriría desangrado.

Se llevó la mano al bolsillo de los vaqueros y sacó una tarjeta de crédito que tenía pegados un par de trozos cortos de cinta, así como algo brillante del tamaño de una caja de cerillas. Volvió a mirar a la chica, desplegó el objeto brillante y sonrió.

—Papel de aluminio. Lo deslizamos sobre el contacto y lo mantenemos en su sitio… —Tenía la mano metida por la ventana para hacer algo en la esquina superior derecha— … y, ahora, cuando abramos esto, la alarma no… no… se… activará. —Con el brazo todavía dentro de la casa, dio un tirón a la ventana. La abertura se hizo más grande sin que a Stuart lo tocara ningún fragmento de

cristal—. Para serte sincero, esta es la parte que siempre me asusta. Estaba listo para huir en caso de que fuera necesario.

Metió primero las piernas, apoyado en los codos. Luego se dejó caer medio metro.

—Pan comido —dijo—. ¡Venga!

Ella sentía frío, aunque el aire de la noche veraniega no había bajado de los veintiún grados. Echó la cabeza hacia atrás y observó el cielo. A pesar de la contaminación lumínica, podía distinguir las estrellas. Recordó el telescopio que había tenido de pequeña; cómo solía observar las estrellas desde la ventana de su habitación en busca de asteroides, temerosa de que uno de ellos chocara con la Tierra y acabara con ella y sus padres.

Y con todo el planeta también, pero, una vez que has perdido a toda tu familia, el resto del mundo parece accesorio.

Familias desaparecidas. Un tema habitual en casa.

Y en ese momento, con su madre viviendo en un apartamento en una vieja casa al otro lado de Milford, su familia estaba menos que completa. Grace había supuesto que, a esas alturas, su madre habría vuelto, pero no. ¿Intentaba demostrar algo manteniéndose alejada tanto tiempo? ¿Era verdad aquello de que necesitaba unos días para «recomponerse»? ¿No habría sido más que un cuento para ocultar que no quería a Grace y que no tenía ganas de compartir la casa con ella?

No era que las cosas fueran más tranquilas esos días, con solo su padre en casa.

Su madre era muy intensa, estaba demasiado preocupada de que a su hija le ocurriera una calamidad. Siempre en estado de pánico, tratando de averiguar dónde estaba cada segundo del día y con quién salía. Obligándola a llamarla cada dos horas. ¿No se suponía que todo aquello había terminado hacía *años*? ¿Después de que se descubriera, por fin, la verdad de lo que había ocurrido cuando *su madre* era adolescente?

«Bah, ya tengo catorce años», pensó Grace. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquello? ¿Querría su madre obligarla a llevar, también en la

universidad, uno de esos brazaletes de rastreo para poder vigilar todos sus movimientos?

A veces, Grace pensaba que su madre estaba tan convencida de que algo horrible le iba a ocurrir que tan solo quería que sucediera de una vez. Provocarlo. La expectativa era siempre peor que el acontecimiento.

Grace se preguntaba si no sería esa la razón por la que estaba con ese chico en ese momento, a punto de cometer una estupidez. Al desencadenar una crisis de algún tipo, ¿obligaría a su madre a volver a casa?

«Qué locura. Como si yo quisiera que mi madre se enterara de esto».

—Oye —susurró Stuart, con la ventana enmarcando su cabeza—, ¿vienes o qué?

Ella se puso de rodillas, de espaldas a la ventana, y pasó las piernas. El chico la agarró y la bajó con suavidad.

—No enciendas ninguna luz —dijo.

—Como si fuera a hacer algo así.

Estaban en el sótano, en una sala de recreo. Un sofá de cuero, dos sillones reclinables y un gran televisor de pantalla plana atornillado a la pared. Avanzaron por la alfombra, con el crujido de los cristales bajo los pies, y se dirigieron a las escaleras.

Por lo que ella alcanzaba a ver, era una casa bonita: mobiliario y decoración modernos, mucho cuero y aluminio y cristal. No como la suya. Sus padres compraban cosas de segunda mano. A veces iban al Ikea de New Haven.

—Y cuando encuentren la ventana rota, ¿estas personas no van a saber que alguien ha estado aquí? —preguntó Grace.

—¿Y qué? ¿Qué va a importar entonces? —El chico aún se guiaba por la casa con el teléfono en modo linterna—. La gente suele dejar las llaves del coche en algún lugar cercano a la puerta principal: un cajón, un plato o algo así.

Acababan de llegar al vestíbulo. Arrimada a la pared había una mesa larga y estrecha con cuatro cajones.

—Sí —dijo—. Ahí es. Te lo aseguro.

Abrió el primer cajón y sostuvo el teléfono por encima para iluminarlo.

—Solo guantes y otras mierdas.

Tiró del asidero del segundo cajón, que estaba atascado. Cuando al fin pudo soltarlo, Stuart se llevó un golpe en la mano.

Algo pesado cayó sobre el suelo de mármol.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Grace.

—Algo que se me acaba de caer.

—Pero ¿qué…? ¿Eso es una pistola?

—No, es un sándwich de atún. ¿Qué demonios crees que es?

—¿Llevas una puta pistola en el coche?

—No es mi coche y no es mía. Es de mi padre. Sujétala mientras hago esto.

—No voy a coger…

—¡Cógela de una puta vez! —dijo Stuart, y empujó el arma hacia ella—. Empiezas a ser un coñazo, ¿sabes?

—¿Qué piensas hacer?, ¿matar a alguien?

—No, pero si alguien intentara meterse con nosotros, al ver esto se lo pensaría dos veces.

Ella seguía resistiéndose, y él no dejaba de empujar la pistola hacia ella. Grace se daba cuenta de que Stuart se estaba enfadando. ¿Le haría daño si se negaba a coger la pistola? ¿La golpearía en la cara? ¿Cómo explicaría algo así al llegar a casa, con la nariz ensangrentada o un ojo amoratado?

—De acuerdo —dijo.

El arma pesaba. La sentía tibia y extraña en su mano. No recordaba haber cogido una nunca. Era como si quince kilos tiraran de su brazo hacia el suelo.

—No toques el gatillo —dijo él—. Antes de ponerte a disparar, tienes que saber lo que estás haciendo.

—Como tú —dijo ella—. Como si fueras un experto o algo.

—No te hagas la lista conmigo, ¿vale? Mierda, las llaves tampoco están en este cajón. —Abrió el tercero y sacudió la cabeza—. Joder,

¿dónde guardan las putas llaves del Porsche? Lo único que tiene sentido es que…

—¿Has oído eso? —preguntó Grace.

Stuart se quedó helado.

—¿Qué?

—Cállate —dijo ella—. Escucha.

Los dos contuvieron la respiración durante unos diez segundos.

—No oigo nada —susurró el chico—. ¿Qué ha sido?

—Me ha parecido oír que alguien se movía. Como un crujido en el suelo o algo así. —Sin pensárselo, apretó con fuerza la pistola, aunque seguía apuntando al suelo.

—Te estás imaginando…

Cerró la boca. También él acababa de oír algo.

—Mierda —dijo, y echó un vistazo hacia la cocina.

Grace dirigió sus pasos hacia la puerta principal. En la pared, justo a un lado, estaba el teclado de seguridad con una pequeña luz verde encendida.

—¿Verde? ¿Eso no significa…?

—¡No! —siseó Stuart—. ¡Si abrieras esa puerta, sonaría la alarma!

—Pero la luz es…

—El ruido ha sonado como si estuviera aquí —dijo él en voz baja, y empezó a caminar de puntillas hacia la cocina.

—¡No! —susurró Grace a sus espaldas—. Vámonos.

Ella pensaba que, al salir por la puerta principal, aun con la alarma activada, podrían llegar al coche antes de que apareciera la policía o la empresa de seguridad.

—A lo mejor no es nada. No voy a salir corriendo de aquí sin un buen motivo. Vamos a encontrar esas llaves.

Seguía sujetando el teléfono con el brazo extendido, proyectando luz sobre el suelo que tenía delante.

—Por favor —le pidió Grace.

—No te alejes de mí —dijo él. Se le acercó y le tendió una mano alentadora.

—Tengo miedo.

Stuart sonrió.
—La pistola la tienes tú, Grace. ¿Qué podría preocuparnos?

Siete

Terry

Un mensaje de voz y otro de texto. Ninguna respuesta.

Hice un esfuerzo por recordar el nombre de la chica con la que Grace había dicho que iría al cine. ¿Sarah? ¿Sandra? Estaba casi seguro de que era Sandra Miller. Al terminar la película, la madre de Sandra iba a traer a Grace a casa, pero yo no tenía el número de Sandra ni el de su madre, y ¿cuántos Miller podría haber en el listín de Milford? Ni siquiera tenía que mirar. Hoy en día, en vista de que todos los niños del planeta tienen móvil, hemos bajado la guardia a la hora de informarnos acerca de cómo ponernos en contacto con sus amigos.

Cynthia sí que lo habría sabido. Habría sido capaz de decirme quién era Sandra Miller, dónde vivía, cuál era su estrella popular favorita y cuánto tiempo hacía que Grace y ella eran amigas. Y, tal vez, en algún momento del pasado, habría hablado con la madre de Sandra y tendría a la mujer en la lista de contactos de su teléfono. Cada vez que Grace conocía a alguien, Cynthia se las arreglaba para conseguir todos sus datos, por si pudiera necesitarlos más adelante.

Y, si yo hubiera pasado por lo mismo que Cynthia, quizás estas minuciosidades también serían algo natural para mí.

Me gustaba creer que estaba vigilando de cerca a Grace, pero no había duda de que no la custodiaba tan bien como su madre. La había dejado más suelta. Si llegaba diez minutos más tarde de lo debido, no le echaba encima la Santa Inquisición. La ahogaba lo menos posible. Quería confiar en ella. O quizá sería más justo decir que quería confiar en que Grace tuviera algo de sentido común, pero ningún adolescente era digno de confianza. Yo no lo era a esa edad, y Cynthia era la primera en admitir que ella tampoco.

Ser padre consiste en contener la respiración y esperar que todo salga bien.

Así que sí: le estaba dando más libertad a Grace. Hice tratos con ella. Le dije que le daría más margen si me prometía que, aunque su madre estuviera viviendo en otro sitio, bajaría el tono cuando estuviéramos todos juntos en familia. No todo tenía que terminar en una discusión.

Grace dijo que sí.

Pero en esos momentos me estaba enfureciendo.

Podía sentarme y esperar a que apareciera o podía salir a buscarla. El problema era que no tenía ni idea de por dónde empezar. Y había muchas probabilidades de que, en cuanto yo hubiera salido de la casa, ella apareciese. Tendría que hablar con ella en el momento la viera entrar por la puerta.

Estaba en la cocina cuando sonó el teléfono. Y no bien había terminado de sonar el primer timbrazo cuando yo ya tenía el auricular en la oreja. Sin embargo, antes de decir una sola palabra, en el identificador de llamadas alcancé a ver que no era Grace.

—Hola —contesté.

—Has de haber estado pegado al teléfono —dijo Cynthia.

—Estoy en la cocina, comiéndome una galleta a escondidas —le dije—. ¿Qué haces?

—Nada. Solo… Es que me he sentido mal por lo de la cerveza.

—¿Por lo de qué?

—Cuando has venido. No te he ofrecido una cerveza.

—Ni siquiera me he dado cuenta.

—En cuanto te has ido, yo sí me he dado cuenta de lo que había hecho. Tenía una justo delante de mí. Ha sido una grosería.

—No te preocupes —le dije.

Cynthia titubeó.

—Ha sido adrede.

—Ah.

—Necesitaba ese tiempo para mí sola. Pensaba que, si te ofrecía una cerveza, tú tendrías… Me siento mal.

—No hay problema —le dije.

—El caso es que, en cuanto te has ido, me he echado a llorar y me he detestado por no haberte ofrecido una. Porque en ese momento me he dado cuenta de que no quería que te fueras. Madre mía, Terry, soy un desastre. De verdad.

—¿Has ido a ver a Naomi esta semana?

—Sí. A veces la miro y pienso que debe de estar harta de mí, escuchando mis quejas después de todos estos años.

—Lo dudo.

—Es que no puedo quitarme de encima este problema postraumático. Eso es lo que me ha estado convirtiendo en un infierno para Grace. —Pausa—. ¿Ya ha vuelto del cine?

—No —le respondí con la verdad.

Aunque no estuviera viviendo con nosotros, Cynthia, antes de irse a dormir, a menudo necesitaba saber que Grace estaba a salvo en casa.

—¿Cuándo se suponía que iba a volver?

—Cyn —dije.

—Lo sé, lo sé. Solo estaba pensando que, como mañana tiene que ir a trabajar, me enfada que salga hasta muy tarde y que vaya a trabajar cansada. En una cocina puedes hacerte daño si no prestas atención.

Grace tenía un trabajo de verano en el club náutico de Milford. Hacía de camarera.

—No te preocupes. Solo se retrasa un poco. Hace un par de minutos le he enviado un mensaje. Todo está bien.

No era una completa mentira.

—De acuerdo —dijo Cynthia.

—¿Qué has hecho esta noche?

—He ido a ver a Barney. Me había olvidado de que hoy se vencía el pago del alquiler y, como a él le gusta el dinero en efectivo, hace un par de horas he salido al cajero automático y después he conducido hasta su casa.

—¿Te ha ofrecido algún consejo matrimonial?

Cynthia se rio, aunque no mucho.

—Me dice: «He estado solo toda mi vida, nunca he tenido a nadie. No sabes lo afortunada que eres de tener a alguien, así que no lo desperdicies». Eso ha dicho.

Y se quedó callada.

—¿Cyn?

Nada.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien —dijo.

—No estás desperdiciando nada. Lo sé.

A menos que me equivocase. ¿Había malinterpretado las cosas? Creí a Cynthia cuando dijo que necesitaba espacio por la manera en que había estado tratando a Grace. ¿Sus inquietudes iban más allá de esa cuestión? ¿Estaba cambiando de manera de pensar con respecto a mí?

Eso me llevó a recordar las palabras de Nathaniel sobre el «otro amigo» que había ido a visitarla. Estaba a punto de preguntarle de quién se trataba cuando en la línea sonó un bip. Era el móvil de Grace.

—Espera un segundo. Es nuestra chica en la otra línea.

—Claro.

Apreté el botón.

—¿Grace? —pregunté, ya con un deje de nerviosismo en la voz—. ¿Sabes qué hora es? —Y, con todo, no le estaba gritando. Era como si, de alguna manera, Cynthia fuera capaz de oírme en la otra línea.

—¿Papá? ¿Papá? Tienes que venir.

Hablaba de prisa, con voz temblorosa.

Al instante me di cuenta de que algo no iba bien, así que pasé de Papá Enfadado a Papá Preocupado.

—Cariño, ¿estás bien? Pensaba que la madre de no sé quién iba a traerte a casa.

—Tienes que venir. Tienes que venir *ahora mismo.*

—¿Dónde estás? ¿Qué ocurre?

—Ha pasado algo, papá, ha pasado algo.

Ocho

Terry

Me había dicho que la encontraría en una pequeña tienda anexa a una gasolinera, en la esquina de la calle Gulf y la avenida New Haven. Yo le había pedido que me contara lo que estaba pasando, pero lo único que decía era que me diera prisa.

Y una última cosa:

—No se lo digas a mamá.

—Voy para allá —le dije, y luego volví con Cynthia.

—Hola.

—Ya me estaba preguntando si alguien vendría a decirme «su llamada es importante para nosotros». ¿Va todo bien?

—Sí —le dije—. Ha habido un problema con su transporte, así que me ha pedido que la recoja.

—Si quieres, puedo recogerla yo y llevarla a casa.

—No —dije, quizá demasiado rápido—. Está bien.

Estaba pensando en esas tres palabras de Grace: «Ha pasado algo». Justo lo que un padre necesita oír. La mente se pone a cien. Si ella tuviera edad para conducir, mis suposiciones irían de un golpe a una multa por exceso de velocidad, pero eso lo podía descartar, dado que solo tenía catorce años; a menos, claro, que hubiera decidido romper las reglas y ponerse al volante del coche de uno de sus amigos.

«Dios mío, que no sea eso».

Quizá la policía la había detenido por beber o por posesión de alcohol siendo menor de edad. Habría metido cerveza de contrabando en el cine. Yo no era tan ingenuo como para pensar que mi hija era un ángel en ese sentido. Un año antes, cuando Grace apenas tenía trece, su madre, que estaba haciendo la colada,

descubrió en el bolsillo delantero de sus vaqueros el tíquet de una licorería. A raíz de eso, tuvo que intervenir un equipo de pacificación de la ONU. Al final, logramos que confesara. Había conseguido que el hermano de una amiga, un chico mucho mayor, le comprara un poco de crema irlandesa Baileys, pues las chicas se sentían muy refinadas añadiéndola al café. Él le había entregado el tique para que ella supiera cuánto dinero tenía que devolverle.

Sí, era posible que esa noche hubiera sucedido algo por el estilo.

Y, aunque Cynthia alegaba que no necesitaba mi protección, que podía arreglárselas en caso de que surgiera algún problema con nuestra hija, esa noche sonaba frágil, no necesitaba aquello. De haber aceptado la oferta de Cynthia de recoger a Grace, en una hora estaríamos entrando en la Tercera Guerra Mundial.

—¿Estás seguro? —preguntó—. No me importaría.

Pensé en inventar algún pretexto, en decirle que podíamos estar cogiendo la gripe y que no tenía sentido exponerla, pero, si ese fuera el caso, ¿por qué iba a permitir que Grace fuera al cine? Cualquier excusa me parecía inverosímil por lamentable, y no quería empezar a urdir toda una red de mentiras sobre algo que, por lo que sabía y esperaba, no era para tanto.

Además, necesitaba ponerme en marcha enseguida. Aunque solo habían pasado unos segundos desde la llamada de Grace, sentía la urgencia de coger el coche e ir a buscarla.

—No —dije con firmeza—, yo me encargo. Gracias de todos modos.

—De acuerdo, entonces —dijo Cynthia, que sonaba un poco enfadada.

—Hablaremos mañana —le dije.

—Claro, vale, como quieras. Ve a por nuestra chica.

Colgó.

Cogí las llaves del plato y salí corriendo por la puerta principal. Abrí el Escape con el mando a distancia, me puse al volante y di marcha atrás sobre la calle Hickory. Desde allí había una corta distancia hasta Pumpkin Delight. Conduje por esa calle hacia el

norte, hasta la avenida Bridgeport, y luego hacia el este. Bajé por Milford Green y, en apenas unos cinco minutos, ya estaba en New Haven y Gulf. Encontré la gasolinera en la esquina noreste.

En cuanto entré en el aparcamiento, Grace se apresuró a salir de la tienda. Venía con la cabeza gacha y el pelo castaño colgando sobre sus ojos. Vino corriendo. Antes de que yo pudiera abrirle la puerta, ya estaba tirando de la manilla. Apreté el botón, pero ella se había agarrado demasiado deprisa del tirador y, por segunda vez, no pudo entrar.

—Espera —grité a través del cristal.

Bajó el brazo, esperó el clic, abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto. Ni siquiera me miró, aunque me bastó un breve vistazo a su cara para ver sus mejillas húmedas.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté.

—Vámonos y ya está.

—¿Dónde está tu amiga? ¿Cómo has acabado aquí? ¿Por qué estás sola?

—Arranca —volvió a decir—. Solo conduce. Por favor.

Salí entre los surtidores, volví a New Haven y me dirigí al oeste.

—Grace —le dije, con firmeza pero también amabilidad—, no puedes esperar que conduzca hasta una gasolinera para recogerte en mitad de la noche sin que me ofrezcas algún tipo de explicación.

—No es medianoche —dijo—. Apenas pasan de las diez. Las diez *y cuarto.* Siempre exageras.

—Vale, son las diez. ¿Qué ha pasado? Has dicho que había pasado algo.

—Solo quiero llegar a casa. Entonces… Tal vez entonces… pueda decírtelo.

Hicimos el resto del camino en silencio. Yo no dejaba de mirarla. Grace tenía la cabeza gacha y las manos en el regazo. Parecía estudiarse los dedos. Los entrelazaba, los separaba y los volvía a unir. Me dio la impresión de que estaba intentando evitar que temblaran.

Antes de que yo pudiera aparcar el coche, se bajó y fue a la

entrada de la casa. Cuando la alcancé, estaba tratando de abrir la puerta con su llave, pero le temblaba tanto la mano que no acertaba a la cerradura.

—Déjame —le dije. La aparté y usé mi propia llave.

En cuanto la puerta estuvo abierta, subió las escaleras lo más rápido que pudo.

—¡Grace! —grité. Si pensaba esconderse en su habitación y cerrar la puerta para evitar un interrogatorio, estaba muy muy equivocada. La perseguí escaleras arriba; sin embargo, Grace no había corrido a su habitación. Estaba en el baño, de rodillas frente al retrete.

Intentaba echarse el pelo atrás mientras vomitaba una y otra vez. Yo estaba confundido; no sabía si ayudarla o no. Cuando tus hijos experimentan con la bebida, lo mejor es que soporten las consecuencias sin compasión. Por otra parte, si Grace hubiera bebido, sin duda yo lo habría detectado en su aliento desde el momento en que se había subido al coche. Y no había notado nada.

Quiso vomitar por tercera vez, pero apenas salió nada. Le entregué un grueso fajo de pañuelos para que se secara la cara, me puse en cuclillas a su lado y puse la mano en la manivela para tirar de la cadena. Mi hija se deslizó hacia atrás y se apoyó en la pared.

Era la primera vez que la veía con claridad, y no tenía buen aspecto.

—¿Estás bien? —le pregunté.

No hubo respuesta.

—¿Qué has tomado? No he notado nada en tu aliento.

—Nada —susurró.

—Grace.

—¡Nada! ¿Vale?

A lo mejor estaba con gripe de verdad o algo así, y yo allí, echándole la bronca por estar enferma.

—¿Te encuentras mal? ¿Has comido algo malo?

—No me encuentro mal —dijo en voz tan baja que apenas pude oírla.

Me quedé callado durante casi un minuto. Cogí los pañuelos de

papel que ella tenía en la mano, los tiré a la cesta y puse una toallita bajo el grifo de agua fría.

—Toma. —Volvió a limpiarse la boca y se puso el paño frío en la frente—. Ahora cuéntame —dije. Grace fijó en mí sus ojos húmedos. Me pareció ver su miedo—. No estabas con Sarah.

—Sandra.

—Vale. No estabas con Sandra, ¿verdad?

Su cabeza se movió un centímetro de lado a lado.

—Y no has ido al cine.

—No.

—¿Con quién estabas? —pregunté y, como no respondía, añadí—: ¿Cómo se llama?

Grace tragó saliva.

—Stuart.

Asentí.

—¿Stuart qué?

Mi hija murmuró algo.

—No te he entendido.

—Pollard.

Tuve que pensarlo solo un segundo.

—¿Stuart Pollard?

Una mirada furtiva y se dio la vuelta.

—Sí.

—Le di clases a un Stuart Pollard hace un par de años. Dime que no es ese Stuart Pollard.

—Quizás sí —dijo ella—. O sea, sí, sí es él. Estaba en Fairfield, pero tuvo que abandonar las clases.

Ese era el Stuart que yo conocía.

—Madre mía, Grace, ¿cómo has terminado con él? —Intentaba hacerme a la idea. Stuart Pollard era uno de esos chicos que no sabían ni cómo escribir *alcohol.* Un fracasado crónico donde los hubiera—. ¿Dónde lo conociste?

—¿Eso es importante?

—Es un perdido, un inútil, un chico sin rumbo. Te lo digo con toda

franqueza.

Me lanzó una mirada.

—¿Qué me estás diciendo, entonces? ¿Que no valía la pena salvarlo porque no era una chica?

Grace tiraba a dar.

Se refería a una alumna que había tenido hacía siete años. Se llamaba Jane Scavullo. Una niña problemática, siempre metida en peleas. Entre el personal de la escuela nadie quería saber nada de ella, pero yo pensaba que tenía algo. Lo notaba en sus trabajos escritos. Poseía un verdadero don, así que terminé apoyándola. Por supuesto, había también algunas circunstancias atenuantes, pero aparte de eso, Jane me había parecido una chica capaz de llegar más lejos de lo que ella misma había imaginado. Acabó yendo a la universidad y no hacía mucho que me la había encontrado.

De vez en cuando hablaba con Grace acerca de ella, así que mi hija conocía la historia.

—No se trata de eso —me defendí—. Jane tenía… potencial. Si Stuart tiene alguno, en ese momento, al menos para mí, no resultó evidente. —Titubeé—. Y, si lo he juzgado mal, no dudes en contradecirme.

Ella no tenía nada que decir al respecto, así que lo dejé pasar. Mi intuición me hablaba de un problema más inmediato en relación con ese chico. ¿Estaban saliendo? Y, en ese caso, ¿cuándo empezó todo? ¿Cuánto tiempo llevaban saliendo sin que yo lo supiera? ¿Se habían peleado esa noche? ¿Habían terminado?

—¿Qué estabas haciendo en esa gasolinera?

—He llegado allí a pie —dijo, y se secó una lágrima de la mejilla—. Llevaba caminando unos diez minutos o así. Al llegar he pensado que sería un buen lugar para que vinieras a buscarme.

—¿Stuart iba conduciendo? —Asentimiento—. Pero ¿te ha dejado sola, caminando de noche hasta esa gasolinera? Eso habla muy bien de él.

—No se trata de eso —dijo—. No lo entiendes.

—No lo entiendo porque no me has contado nada. ¿Stuart te ha

hecho daño? ¿Ha hecho algo indebido?

Sus labios se entreabrieron, como si estuvieran a punto de decir algo, y luego se cerraron.

—¿Qué? —pregunté—. Grace, sé que hay cosas que quizás te sería más fácil hablarlas con tu madre, pero ¿ha intentado…? ¿Quería fortzarte a hacer cosas que te incomodan?

Un asentimiento lento y tortuoso.

—Ay, cariño.

—No es lo que piensas —dijo—. No eran… ese tipo de cosas. Él sabía de un coche.

—¿Qué coche?

—Un Porsche. Sabía dónde había uno y quería llevarme a dar una vuelta.

—Pero ¿no era su coche?

Grace negó con la cabeza.

—¿Era de algún conocido suyo?

—No —susurró—. Iba a robarlo. Quiero decir, no para siempre, sino solo por un rato, y luego iba a devolverlo.

Me llevé una mano a la frente.

—Madre mía, Grace, dime que tú y ese chico no habéis cogido un coche ajeno para dar un paseo. —En un nanosegundo, mi mente ya había dado varios saltos. Habían robado un coche. Habían tropellado a un peatón y huido de la escena y…

—No lo hemos robado —dijo, pero no de un modo que me diera motivos para sentir alivio.

—¿Os han pillado? ¿Lo han pillado? ¿intentando coger el coche?

—No —dijo Grace.

Bajé la tapa del retrete y me senté.

—Tienes que ayudarme, Grace. No puedo jugar contigo a las adivinanzas. Dime que cuando Stuart ha ido a coger el coche tú te has marchado de ahí.

—No del todo —dijo, y sorbió la nariz.

Le di más pañuelos y se sonó. Aun sin estar enferma, tenía un aspecto terrible: los ojos rojos, inyectados en sangre, la piel pálida,

el pelo enmarañado. Pasó ante mis ojos una imagen de ella cuando tenía cinco o seis años y Cynthia y yo la habíamos llevado a Virginia Beach. Estaba cubierta de arena, de pies a cabeza, mientras construía un castillo a la orilla del agua y mostraba una sonrisa a la que le faltaban tres dientes.

¿Aún existía esa niña? ¿Aún estaba ahí, encerrada en lo más profundo de esa chica que se encogía sobre sí misma delante de mí?

Esperé. Podía sentir cómo trataba de coger firmeza. Se preparaba para decírmelo y luego afrontar las consecuencias, en cuanto yo supiera lo que había hecho.

—Creo que…

—¿Qué crees?

—Creo que…

—Santo Dios, Grace, ¿qué crees?

—Creo que… Creo que puedo haber disparado a alguien.

Nueve

Gordie Plunkett empezaba a pensar que todo el mundo iba a llegar tarde a la reunión de esa noche. El jefe incluido.

Habló con el recepcionista del motel y alquiló la habitación, aunque no por el precio ordinario, puesto que no iban a ensuciar las sábanas. Era uno de esos lugares que cualquier otro cliente habría ocupado solo durante una hora, y Gordie sabía que Vince no iba a necesitarlo mucho más, a menos que sus últimos clientes se retrasaran.

Pero, incluso en ese caso, no sería un problema. Si las personas con quienes habías quedado no llegaban a tiempo, no te quedabas a esperarlas. Eso te hacía parecer débil. Vince se lo había enseñado a Gordie. No te quedabas esperando a que alguien te faltara al respeto. Te levantabas y te marchabas. Además, que los otros llegaran tarde podía significar algo malo. Que se los había llevado la policía, tal vez. No te quedabas esperando hasta averiguarlo.

Lo único que Gordie deseaba era que el jefe, Bert y Eldon consiguieran llegar antes que sus últimos clientes.

Bert Gooding fue el primero en aparecer.

Se bajó del coche y fue al pasillo donde lo esperaba Gordie, fuera de la habitación doce:

—¿Dónde está Eldon la Polla? —preguntó.

—¿Eldon? ¿Y qué me dices de ti? ¿Dónde has estado? ¿Y dónde está Vince?

—Creo que tenía una cita con el médico esta tarde, y eso le ha afectado mucho —dijo Bert.

—Estos días ha estado hecho una mierda.

—Sí. Primero su mujer, luego él, pero llegará en cualquier momento. De Eldon, en cambio, no sé nada.

—Joder —dijo Gordie—. Eldon debería estar cubriendo la entrada

principal. Y se supone que tú deberías estar en la parte de…

—Sé dónde se supone que debería estar.

—Y yo dentro. Así es como le gusta a Vince.

—Sí, bueno, digamos que el barco que Vince dirige ya no es tan sólido como antes —observó Bert.

Gordie entornó los ojos.

—¿Qué coño quieres decir con eso? ¿Lo dices por su enfermedad?

—Eso es solo una parte —dijo Bert—. Ya no chasquea el látigo. Las cosas han perdido firmeza. Deberíamos estar robando coches, parando camiones…, lo que solíamos hacer.

—Vince ya no tiene energía para eso —dijo Gordie.

—Debería someterse a la quimio.

—No quiere.

—No se somete a la quimio y solo se está haciendo daño.

—No vamos a discutir eso —dijo Gordie—. ¿Dónde coño está Eldon?

—Lo único que digo es que no me gusta cómo están marchando las cosas.

—Tal vez deberías planteárselo al jefe, entonces —dijo Gordie en un tono que era casi un desafío para Bert, aunque sabía que su compañero no lo haría nunca—. Es posible que Vince Fleming ya no sea el mismo de antes, pero nadie se atrevía a cabrearlo. Y, de todos modos, ¿qué pretexto tienes?

—¿Para qué?

—Para haber llegado tarde.

Bert se encogió de hombros.

—Jabba. —Como Jabba el Hutt. Era el apodo cariñoso de Janine, su mujer; al menos, fuera de casa.

Gordie no necesitaba preguntar los detalles. Janine tenía una cara capaz de provocar que un toro de Pamplona se diera la vuelta y volviera atrás, además de que ostentaba cierta disposición para la pelea. Gordie pensaba que no haberla matado era todo un testimonio del carácter de Bert. Bien sabía Dios que el hombre tenía los medios para deshacerse de los cadáveres, además de mucha

experiencia. Podría llevársela a la granja y alimentar a los cerdos por un par de días. A diferencia de Bert, Gordie nunca se había casado. Siempre había pensado que pagarle a alguien una vez a la semana era la forma más sencilla de atender las necesidades personales. Lo irónico era que Bert hacía lo mismo.

—Ahí está Vince —dijo Bert, y señaló una camioneta Dodge Ram que estaba entrando en el aparcamiento. El tipo aparcó, se bajó y se acercó a los dos hombres.

—¿Dónde está la Polla? —preguntó Vince. Eldon tenía la mala suerte de que su apellido, aunque no con las mismas letras, podía sonar casi igual al nombre del miembro masculino.

—No lo sé —dijo Bert.

Vince Fleming ladeó la cabeza.

—¿Y cómo es que no lo sabes?

Bert respondió con parsimonia:

—Porque no le he llamado.

—¿Y por qué no lo llamas, entonces?

Mientras Bert sacaba su teléfono, Vince le preguntó a Gordie:

—¿Esta es la habitación?

—Sí. Me he pasado por un Dunkin'. Ahí hay algo de café y otras mierdas.

Vince refunfuñó algo ininteligible mientras se dirigía a la habitación. Gordie se acercó a Bert, que seguía esperando a que Eldon le cogiera la llamada, y le dijo:

—Yo estaba seguro de que ibas a preguntarle al jefe por qué había llegado tarde.

—Vete a la mierda. —Bert sacudió la cabeza, frustrado—. Eldon no me coge la llamada. Ha saltado el buzón de voz… Oye, imbécil, soy Bert. Ya deberías estar aquí. Si no apareces en los próximos dos minutos, será mejor que llames con una buena excusa. —Colgó y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo—. Voy a dar la vuelta —dijo. Era su procedimiento estándar: vigilar los lugares de reunión desde todos los ángulos.

Gordie entró en la habitación del motel. Vio que tenía todo el

encanto que cabía esperar de veinte dólares por hora. Vince estaba vertiendo nata en uno de los cafés mientras cogía un donut relleno de fresa. Cuando lo estaba masticando, dijo:

—Dicen que estas cosas matan.

Gordie no supo si debía reírse, así que fue a lo seguro y no dijo nada.

—¿Qué pasa con Eldon?

—Bert le ha dejado un mensaje.

Vince se acercó a la ventana y, con dos dedos cubiertos de azúcar, apartó las persianas rajadas y mugrientas.

—Antes de que lleguen esos gilipollas, necesito a alguien ahí fuera.

—¿Quieres que cubra la parte delantera, que le diga a Bert que entre?

Vince dio otro mordisco.

—No, vamos a esperar. A ver, alguien viene.

Un par de faros barrieron el aparcamiento cuando un coche giró desde la calle. Era un viejo y oxidado VW Golf que sonaba como un cortacésped. Eldon iba al volante. Calvo como una bola de billar, tenía la cabeza del tamaño de una pelota de baloncesto. Vince había esperado verlo llegar en su enorme y viejo Buick.

Gordie estaba sacando otro café de la bandeja de cartón:

—Salgo —le dijo Vince.

Vio que Eldon hacía retroceder el Golf hasta una plaza frente al edificio para tener una buena perspectiva de cualquier cosa que pudiera llegar, pero quien llegaba era Vince, y parecía cabreado. Caminaba hacia él a pasos lentos pero decididos. Llevaba tiempo sin poder correr: siete años, desde un día en que le pegaron un tiro. La bala le había dañado, entre otras cosas, algunos músculos viscerales. Le dificultaba hacer movimientos rápidos.

Eldon bajó la ventanilla. Vince se inclinó y lo encaró.

—¿Dónde coño has estado?

—Lo siento —dijo—, me he retrasado. Aquí no ha pasado nada, ¿verdad?

—No han llegado.

—Entonces no he jodido nada —dijo. Forzó una sonrisa y se encogió de hombros—. Ya estoy aquí. Todo va bien.

Vince sacó la cabeza del coche y regresó a la habitación del motel. Al entrar, vio que Gordie salía del baño. Iba ajustándose el cinturón y comprobando la cremallera.

—Qué puta pandilla que no sabría disparar a derechas —dijo Vince. Zumbó el móvil que llevaba en la mano.

—¿Ha llegado? —le preguntó Bert.

—Ya está aquí —dijo Vince, y colgó. Cansado, se sentó en el borde de la cama.

Gordie le dijo:

—¿He oído bien? ¿Eldon ha llegado?

—Sí, así que estamos listos.

Gordie se dio cuenta de que Vince respiraba con dificultad.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

En la mano izquierda de Vince, el móvil volvió a zumbar.

—¿Sí?

—Nuestros chicos están aquí —dijo Eldon—. Están acercándose en un todoterreno Lexus.

—¿Cuántos son?

—A menos que tengan a alguien escondido detrás, solo los dos, como les dijiste, pero… espera. Hay otro coche. Es un BMW y se está quedando atrás, calle abajo. No puedo ver quién va dentro.

—¿El BMW se ha quedado ahí, nada más?

—Sí.

—¿Policías?

—No lo sé —dijo—. No, espera. Se marcha.

—¿Estás seguro? —preguntó Vince.

—Sí, se ha ido. Vale. El conductor está saliendo del Lexus… Ahora sale el otro tipo. Es el que trae la bolsa. Una mochila negra. Voy a salir. Les diré en qué habitación estáis.

Vince Fleming cortó la conexión y le dijo a Gordie:

—Ya están aquí.

Gordie asintió. Sus funciones se limitaban, al menos en esa ocasión, a permanecer en el lugar, observar y custodiar. Sacó entonces la pistola que llevaba metida bajo el cinturón y la empuñó. Quería estar preparado en caso de que las cosas se les fueran de las manos. En el tiempo que llevaba trabajando para Vince, Gordie había herido a mucha gente, y Vince también. Aunque el jefe ya no tenía la energía de antes.

Sonaron cinco golpes rápidos en la puerta. Nudillos sobre metal.

Vince se levantó del borde de la cama y abrió. Los hombres se parecían entre sí. Blancos y fornidos. Ninguno de los dos superaba el metro setenta. Ambos tenían el pelo negro y grasiento, si bien uno lo llevaba más corto que el otro. Un par de mocetones. Daban la impresión de que, si querías derribar a uno, tenías que inclinarte y apoyar la espalda en él.

En cuanto estuvieron dentro, Vince cerró la puerta.

—Hola —les dijo—, ¿cuál de vosotros es Logan?

—Yo —dijo el del pelo más corto, quien también parecía unos cinco años mayor. Señaló con la cabeza al que sostenía la mochila—. Él es Joseph.

—¿Sois parientes? —preguntó Vince.

—Es mi hermano —dijo Logan.

Joseph se acercó y, sin que nadie lo invitara, examinó el contenido de la caja de Dunkin' Donuts. Seleccionó una pieza rellena de mermelada, la mordió y frunció el ceño.

—Mierda, cereza. —Devolvió a la caja el donut mordido y eligió uno de chocolate. Lo mordió y sonrió.

—Esto está mejor.

—¿Qué coño? —dijo Gordie.

Vince le dedicó una mirada, pero no dijo nada.

Después de dos mordiscos, Joseph pudo meterse en la boca el resto del donut. Vince miró la mochila y dijo:

—¿Qué nos habéis traído?

Joseph tenía la boca demasiado llena para hablar. Su hermano

Logan intervino:

—Primero tengo que aclarar un par de cosas. ¿Cómo saber que podemos confiar en vosotros?

Vince lo miró con ojos gélidos.

—Si no me hubierais investigado, no estaríais aquí.

Logan se encogió de hombros.

—Sí, vale, lo hemos hecho.

—Si quieres hacer negocios, estoy listo. ¿No estás seguro? Si no estás seguro, coge al cerdo de tu hermano y lárgate.

—¿Qué has dicho? —preguntó Joseph mientras se chupaba los dedos.

Vince tenía la mirada fija en Logan.

—¿Sí o no?

El otro intentó devolverle la mirada, pero, a los cinco segundos, desvió los ojos.

—Sí, quiero hacer negocios.

—¿Vas a dejar que me hable así? —preguntó Joseph a su hermano.

—Cállate —dijo Logan—. Dame la mochila.

Joseph se la entregó.

—Aquí tengo mucho con lo que tenerte ocupado —dijo Logan.

—¿Solo efectivo? —preguntó Vince.

Logan ladeó la cabeza.

—Pensaba que solo te interesaba eso.

—Lo que quepa en esa mochila nos lo llevaremos.

—¿Una cabeza, digamos? —preguntó Joseph.

Ahora fue Vince quien se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—Una cabeza. Eso cabría en una bolsa así. Supongamos que tenemos la cabeza de un tipo y necesitamos guardarla para un poco más tarde. ¿Podrías guardárnosla? —Joseph sonrió—. ¿Si la envolviéramos para que no apestara?

Logan habló:

—No hemos traído una cabeza.

Vince dijo:

—Empecemos a contar. —Señaló la cómoda barata, de encimera laminada y cajones muy desconchados. Encima de ella, junto a un viejo televisor de tubo, que debía pesar ciento cincuenta kilos, había una máquina para contar billetes. A simple vista, parecía una impresora de ordenador demasiado grande.

—¿Qué necesidad tienes de comprobarlo? —preguntó Logan.

—Cuando entras con un montón de dinero en efectivo en tu sucursal del Bank of America y les dices cuánto es, ¿te dicen «vale»?

Logan gruñó. Puso la mochila sobre la cama, abrió la cremallera, metió las manos y se puso a sacar montones de billetes sujetos con gomas elásticas.

—Cada pila son mil —dijo—, y hay setenta.

—Setenta mil —dijo Vince, tajante—. Me había parecido que decíais que era mucho.

Sacudió la cabeza y cogió tres montones al azar. De haber mil dólares en cada uno, Vince no se molestaría en seguir usando la máquina para contar el resto. Quitó las gomas elásticas y colocó las pilas en la máquina, una tras otra. Ya puesto el dinero, apretó el botón y los billetes se abrieron en abanico, como hierba al viento.

Después de haber comprobado la tercera pila, Vince dijo:

—De acuerdo. Ahora veremos si hay setenta pilas.

Formados siete montones de diez, Vince no tardó mucho en contarlos. Gordie no ayudó. Como le habían indicado, estaba allí para vigilar. Además, era difícil ponerse a contar billetes con una pistola en la mano.

—¿Y ahora qué? —preguntó Logan.

—Cobro mi servicio —dijo Vince, y se embolsó cinco montones de mil dólares—. Con esto quedas cubierto durante seis meses.

—Qué cabrón. Es mucho. ¿Y si yo quisiera recuperar el dinero antes de que pasen los seis meses?

Vince negó con la cabeza.

—Cargo mínimo.

—Vale —murmuró Logan—, me dejas sin opciones. La policía

podría estar vigilándonos. La semana pasada llegaron con una orden judicial a registrar nuestro almacén. Esos hijos de puta no encontraron nada, pero saben cuáles son nuestras propiedades. Y los bancos suizos tampoco son lo que solían ser.

—No —coincidió Vince—. Creo que hemos terminado.

Logan no parecía tan seguro.

—¿No se supone que tendríamos que llevarnos algo?

Vince inclinó la cabeza a un lado.

—¿Una tostadora?

—¿Un recibo?

Vince negó con la cabeza. Vince había traído unas bolsas de papel marrón de Whole Foods para meter el dinero, pero Logan le señaló la mochila y le dijo:

—Puedes quedarte con eso.

Joseph le dijo a su hermano:

—Mira esto. —Señalaba la entrepierna de Vince—. El tipo se acaba de mear.

Vince agachó la cara para examinarse. Vio la mancha oscura y húmeda a un lado de la cremallera.

—Hijo de puta —dijo en voz baja.

Gordie se mordió el labio. Ocurría de vez en cuando, pero no era el tipo de cosas que querrías señalarle al jefe. Al menos, no delante de los demás.

Joseph dio un paso hacia Vince.

—Oye, me he pasado de la raya al señalar eso. Lo siento mucho. No te avergüences. Mi tío es ahora mayor que tú, pero a veces ha tenido el mismo problema. La cosa es que cuando esto le ocurría, tenía tres años.

Volvió a mostrar aquella sonrisa. Vince apartó la mirada de Joseph y fijó los ojos en Logan.

—¿Tu madre sigue viva? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Logan.

—Tu madre. La tía que os expulsó por el coño a ti y a tu hermano. ¿Sigue viva?

Logan parpadeó.

—Sí, está viva.

—¿Y qué le vas a decir?

—¿Qué le voy a decir sobre qué?

—¿Qué le vas a decir cuando te pregunte por qué no hiciste algo más por ayudar a tu hermano? ¿Por qué no conseguiste que controlara la boca? ¿Cómo es posible que hayas dejado que lo mataran por gilipollas?

Los ojos de Logan se desviaron hacia la izquierda, más allá de su hermano, hasta Gordie, que, con los brazos levantados y extendidos, apuntaba la pistola a la nuca de Joseph.

Tragó saliva poco a poco y luego se dirigió a su hermano:

—Discúlpate con este hombre.

Joseph se dio la vuelta lo suficiente para evaluar su situación. Luego miró a Vince y dijo:

—A lo mejor me he pasado de la raya. Le ofrezco mis más sinceras disculpas.

—Dejarme tu alijo te costará otros cinco —dijo Vince.

Logan asintió, captó la mirada de su hermano e inclinó la cabeza hacia la puerta. Los dos salieron de la habitación.

Cuando la puerta estuvo cerrada, Gordie bajó el arma y dijo:

—No tenías más que hacerme una señal.

Vince volvió a mirarse los pantalones.

—Tengo una muda de ropa en el coche.

—Yo voy —se ofreció Gordie. Estaba acostumbrado.

Antes de que Gordie llegara a la puerta, el teléfono de Vince volvió a sonar. Lo consultó para ver quién era y frunció el ceño. No decepcionado, sino curioso. No era uno de los hombres que tenía vigilando afuera.

Se acercó el teléfono a la oreja.

—Hola, cariño —dijo—, ¿qué pasa?

Mientras escuchaba, su rostro iba ensombreciéndose.

—Dime otra vez qué casa. —Escuchó unos segundos más—. Vale. Gracias por avisarme. Bien hecho.

Vince se guardó el teléfono en la chaqueta y habló con Gordie.

—Necesitamos a Bert. Dile a Eldon que se encargue del dinero. Después, que se tome el resto de la noche libre.

—¿Por qué? ¿No vamos a tu casa a tomar una copa o…?

—Hazlo. Deshazte de él.

—¿Qué pasa?

Para coger equilibrio, Vince extendió una mano hasta la cómoda.

—Puede que nos hayan dado.

—Madre de Dios —dijo Gordie.

—Es peor que eso —dijo Vince.

Diez

Terry

Pensé que había oído mal a Grace. Era imposible que ella hubiera dicho lo que yo creía haber oído.

—¿Que tú qué?

—Creo… No estoy muy segura, pero creo que le he disparado a alguien —dijo.

Así que había oído bien, pero eso no tenía ni pies ni cabeza. Me sentí como si acabaran de empujarme desde el tejado de un edificio alto y no hubiera nadie abajo con una red. La acera venía hacia mí muy muy rápido.

—Grace, no lo entiendo. ¿Cómo puedes pensar que le has disparado a alguien?

—Él me ha dado la pistola.

—¿Quién te ha dado la pistola?

—Stuart.

«Qué mala pinta tiene esto».

—Quería que la sujetara. Entonces nos ha parecido oír algo. Estaba oscuro y no sé bien qué ha pasado, pero se ha oído un ruido fuerte, como si alguien hubiera disparado un arma. Algo así como una fuerte explosión. Y no creía que hubiera sido yo, que yo hubiera provocado que el arma se disparara, pero era yo quien la sostenía, no Stuart. Pero no estoy segura, porque todo estaba muy oscuro, y era una cosa muy loca, y yo nunca había tocado un arma. Estaba muy asustada. Luego me ha parecido oír un grito, pero ahora ni siquiera sé si quien ha gritado era otra persona o yo misma. Solo he echado a correr. Iba a salir por la puerta principal, aunque saltara la alarma. La lucecita estaba verde, solo que, al girar el pomo, la puerta estaba cerrada y yo no sabía cómo abrirla, así que ha vuelto

al sótano y salido por la ventana. Al principio, no sabía qué hacer; estaba como paralizada o en estado de choque o algo así, no lo sé. He sacado mi teléfono y he corrido sin parar hasta que he llegado a la gasolinera, y no estaba segura de cómo actuar. Al final, he decidido que la persona a la que tenía que llamar eras tú, aunque sabía que mamá y tú os enfadaríais mucho, pero no sabía qué más hacer, y no ha sido culpa mía. Quiero decir, tal vez ha sido mi culpa, pero no lo sé. No sé qué ha pasado.

Y entonces se echó a llorar. No solo lágrimas, sino sollozos enormes y desgarradores.

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios —dijo. Se abrazó y empezó a mecerse contra la pared. Levantó la cabeza y, aunque sus ojos miraban hacia mí, era como si no me viera.

—Estoy muerta —dijo—. Mi vida se ha acabado por completo.

Me senté en el suelo, a su lado, la rodeé con los brazos y la abracé tan fuerte como pude.

—Vale, vale —le dije—. Vamos a resolver esto. Vamos a resolverlo.

Aunque sabía, incluso mientras pronunciaba las palabras, lo improbable que era. Aquello no era un golpecito con el coche. No era un arresto por beber siendo menor de edad. Aquello no era algo que pudiéramos borrar a toda prisa.

—Si alguien ha recibido un disparo, ¿me estás diciendo que ha sido Stuart? —le pregunté entre sus sollozos—. ¿Has tenido la sensación de que había alguien más? ¿Una segunda persona que hubiera podido disparar un arma? ¿Y no es posible que Stuart hubiera tenido una segunda pistola, que te hubiera dado una a ti y se hubiera guardado otra para él?

—Él… Estoy muy segura de que solo tenía una. Ha vuelto al coche a por ella. Yo… He llamado a Stuart y él no ha dicho nada. Creo que… Creo de hecho lo he llamado a gritos, pero, entonces, me ha parecido oír que algo se movía. Me he tapado los ojos con las manos un segundo y he vuelto a gritar. Estaba enloquecida por completo, y he sentido que alguien corría a mi lado o tal vez he oído a alguien correr… No lo sé. La casa estaba a oscuras. Él me había dicho que

no encendiera ninguna luz para que nadie supiera que estábamos allí. Creo que alguien me ha dado un empellón. Si Stuart estuviera bien, ¿no me habría contestado? Quizá lo que he oído ha sido un perro o algo que corría por la casa. Él me había dicho que la gente de allí tenía mascotas y que, por eso, no usaban de esas cosas, ya sabes, de las que pueden decir si hay alguien allí.

—Sensores de movimiento.

—Sí.

—¿Has oído un perro? ¿Algún ladrido?

—No, no he oído nada de eso.

—Vale. Grace, ¿dónde ha ocurrido esto?

—En una casa.

—¿Y dónde está esa casa?

—No lo sé. —Inspiró hondo varias veces—. Quiero decir, tengo cierta idea, pero no lo sé con exactitud. No muy lejos de la gasolinera. No he tenido que correr mucho.

Diez minutos, había dicho. Podría ser un radio de medio kilómetro o un kilómetro y medio alrededor de ese lugar, más o menos.

—¿Así que no era la casa de Stuart?

Ella sacudió la cabeza.

—No, era otra casa. Él me había dicho que estaba en la lista.

—¿Qué lista?

—No me lo explicó. Solo ha dicho que era una lista donde llevaban el registro de las cosas. Podría ser una lista de su padre.

—¿Qué hace su padre?

Grace resopló y sacudió la cabeza.

—No lo sé, cosas, pero Stuart sabía que la gente que vivía en la casa no estaba. Pensaba que, si se las arreglaba para entrar, podría coger las llaves y llevarse el coche a dar una vuelta.

—Joder —exclamé. Al parecer, estaba repitiendo eso un montón de veces.

—Lo siento mucho —dijo—. Lo lamento. De verdad, lo siento mucho mucho. Ha sido una verdadera estupidez. Lo siento mucho. Sé que estoy terminada. Estoy muerta. ¿Qué va a decir mamá

cuando se entere? Quizás termine suicidándose. Después de matarme.

—Grace, escúchame, ¿no podría ser que no le hayas disparado? ¿Estás segura de que le has dado? ¿Qué has visto?

—No lo sé. He oído el disparo, pero, en realidad, no he visto nada.

—¿Estabas apuntando con el arma? ¿La sostenías hacia delante o a un costado?

—Creo que no… no le estaba apuntando. Stuart me ha dicho que no pusiera el dedo en el gatillo, pero, cuando he empezado a seguirlo, tal vez he movido un poco el dedo, porque la pistola pesaba mucho, y tal vez lo he puesto ahí. Puede haberse disparado cuando yo estaba apuntando hacia abajo y la bala ha rebotado o algo así.

—Dime otra vez, ¿de dónde ha salido esa pistola?

—Estaba en la guantera.

—¿Guarda un arma en su coche?

—No es su coche. Es de su padre. Es un coche muy viejo.

—¿Es posible que su padre sea policía o algo así?

Grace negó con la cabeza.

—No, no es policía, eso desde luego. —Yo tenía la sensación de que ella sabía más sobre el padre de Stuart de lo que me estaba contando—. Es solo un coche viejo y destartalado, no uno de policía ni nada por el estilo. Es enorme.

—Vale, así que Stuart ha sacado la pistola de la guantera. ¿Por qué querría llevar un arma?

—En caso de que nos encontráramos con alguien. Decía que no iba a usarla para dispararle a nadie, solo para asustar a quien lo hiciera pasar un mal rato.

Yo estaba pegando gritos dentro de mi cabeza.

—¿Cómo ha acabado en tu mano? —pregunté.

—Se le ha caído mientras buscaba las llaves, así que me ha pedido que la sujetara. Le he dicho que no la quería, lo juro. Ni siquiera quería tocarla, pero se ha enfadado mucho conmigo.

—Al disparar, ¿tu brazo ha retrocedido con fuerza? —No sabía

mucho de armas, pero conocía el principio del retroceso.

—No lo sé. Me cuesta trabajo recordar.

Intenté que me mirara a los ojos.

—Grace —dije—, Grace, mírame.

Levantó la cabeza poco a poco.

—Si a este chico ha recibido un balazo, tenemos que conseguirle ayuda.

—¿Qué?

—Si está en esa casa, si está herido, tenemos que ayudarlo. Si tú le has disparado, y no sabemos si lo has hecho o no, pero, si lo has hecho, podría estar vivo. Y, si lo está, tenemos que llevarlo a un hospital. Tenemos que llamar a una ambulancia.

Volvió a inspirar.

—Sí, supongo.

—Piensa. ¿Conoces la dirección?

—Te lo he dicho. Ni siquiera sé dónde estaba. Stuart llevaba el coche, y, cuando yo he huido del lugar, ni siquiera he prestado atención a dónde estaba. Él ha dicho el nombre de quienes vivían allí, pero… —Grace estaba haciendo un esfuerzo por recordar—. No… No puedo acordarme.

—Entonces tendremos que encontrar esa casa —le dije.

—¿Qué?

—Tenemos que volver. Vas a tener que ayudarme a encontrarlo. Si conducimos por esa zona, quizá reconozcas la casa.

Se echó a temblar.

—No puedo. No puedo volver ahí.

—Mira —le dije—, llámalo. Trata de llamar a Stuart al móvil. Tal vez esté bien. Quizá esté bien.

—Ya lo he intentado —dijo—. Después de salir corriendo. He hecho algunas llamadas antes de llamarte a ti. Casi todas a Stuart. No ha contestado.

—Vuelve a intentarlo. Si pudieras comunicarte con él y descubrir que está bien, entonces resolveremos lo que tengamos que resolver, pero, si no pudieras comunicarte con él, tendríamos que encontrar

esa casa. Ahora mismo, si llamáramos a una ambulancia, no tendríamos ni idea de adónde enviarla.

Grace volvió a tragar saliva.

—Vale. —Señaló su bolso, que había dejado caer junto a la puerta del baño—. ¿Puedes alcanzármelo?

Me acerqué a gatas, cogí el bolso y lo puse junto a su rodilla. Ella hurgó y sacó el teléfono. Entró en las llamadas recientes, tocó la pantalla y se llevó el móvil a la oreja.

Esperó.

Me miró.

Esperó un poco más.

En la comisura de su ojo derecho se formó un lagrimón que fue dejando un rastro húmedo por toda la mejilla.

—Ha saltado el contestador —susurró.

Me puse de pie.

—Será mejor que nos vayamos.

Once

—¿Diga?

—He estado a punto de rendirme. Han sido diez timbrazos, Ti. ¿Te he despertado?

—Supongo que me había quedado dormido. ¿Qué hora…? Son casi las once. Estaba viendo la tele y me he quedado dormido. Creo que estaba soñando con tu padre, cuando éramos pequeños. Le gustaba poner petardos debajo de las tortugas. Mamá siempre decía que no estaba bien de la cabeza. ¿Ha pasado algo?

—Solo quería ponerte al día.

—¿Sí?

—En primer lugar, han mordido el anzuelo. Otra vez.

—Eso es bueno, ¿verdad, Reggie?

—Sí y no. Lo que estamos descubriendo es que no hay solo un escondite. Ella podría estar en cualquier parte. Su estrategia va de reducción de riesgos. Múltiples puntos. Comprendo su sensatez. Y, como te he dicho antes, aquí hay una oportunidad para una verdadera recompensa, algo que yo no esperaba al principio.

—Quiero que salgas bien de esta. Te lo mereces.

—Solo significa que quizá tenga que idear otra estrategia. No puedo estar en una docena de sitios a la vez. Tengo ayuda. He tenido que traer a otro par de tíos, pero no es como si contara con un ejército. En lugar de que nosotros averigüemos cómo llegar, quizá tengamos que encontrar la forma de que nos traigan eso, y también a ella.

—¿Estará bien? ¿Tú qué crees?

—No tengo motivos para pensar lo contrario, pero tenemos que movernos rápido, porque no somos los únicos que la están buscando.

—Él no puede recuperarla. No se lo permitiré.

—Lo sé.

—Me quedo traspuesto viendo la tele, pero, cuando me acuesto, no puedo dormir. No puedo dejar de pensar en ella. En cómo nos conocimos.

—Fue en un funeral, ¿no?

—Los dos fuimos al Instituto Milford. Fue antes de que lo cerraran y lo convirtieran en oficinas, pero ella iba un curso por delante de mí. Un par de años después de mi graduación, conocí a un chico llamado Brewster. Clive Brewster. No era muy listo, aparte de que se la pasaba borracho la mitad del tiempo. Una noche, Clive estaba haciendo el tonto y… ¿Conoces ese puentecito en el centro, más allá del jardín, el que tiene torretas en un extremo y unas piedras grandes con nombres de personas?

—Sí.

—Decidió saltar. El agua no era muy profunda en esa parte, pero eso casi no tiene importancia. El caso es que dio una pequeña voltereta y se golpeó la cabeza con una de esas piedras. Ahí se quedó. Vinieron muchos chicos a la iglesia y yo terminé sentándome a su lado, y ella me dio un codazo. Me dijo en susurros que el cura tenía un mechoncito de pelo muy gracioso, uno que sobresalía por un lado de su cabeza. Cada vez que el cura hacía un movimiento, el mechón se agitaba también, como si fuera una antena. Y a ella empieza a darle la risa floja.

—Vaya.

—Fue algo así como… ¿Recuerdas aquel episodio de *Mary Tyler Moore,* en el que murió el payaso Chuckles? Se suponía que estaba en un desfile, disfrazado de cacahuete, y lo aplastó un elefante.

—Yo no había nacido, Ti.

—Ella no podía mantener la compostura. Su cuerpo empezó a temblar, así que la rodeé con el brazo, como si la estuviera consolando, como si ella estuviera llorando y no riendo, y le susurré: «Sígueme el rollo. Actúa como si de verdad te sintieras mal». Estábamos justo en el extremo del banco, así que me puse de pie y me la llevé conmigo, todavía abrazándola, y ella iba haciendo unos

ruidos que parecían sollozos, pero, en realidad, se estaba riendo. La saqué de la iglesia y, cuando la puerta se cerró, estalló en carcajadas, pero me preocupaba que pudieran seguir oyéndola dentro de la iglesia, así que la atraje hacia mí, casi asfixiándola. Entonces la sentí agitarse entre mis brazos. Cuando se tranquilizó y pudo controlarse, me miró. Y yo no sé qué sucedió, pero, en ese momento, me fijé en ella y me di cuenta de que era la chica más guapa que había visto nunca, así que la besé. La besé, Reggie, justo en la boca.

—Menuda historia.

—Sí, y, en cuanto terminé de besarla, pensé: «Mierda, esto está mal, me va a abofetear», pero ella me echó los brazos al cuello y me devolvió el beso. ¿Sabes qué hicimos en ese momento?

—Cuéntamelo.

—Conduje hasta Mystic, nos metimos en un motel y no salimos de allí hasta el día siguiente.

—Qué perro.

—Nunca fui más feliz.

—Lo sé, Ti.

—Devuélvemela. Haz lo que tengas que hacer.

Doce

Terry

Antes de salir de casa, saqué de la nevera una botella de agua para Grace. Le abrí la puerta del coche. La estaba ayudando como si hubiera sufrido alguna lesión física. Mi hija iba en piloto automático, se movía como aturdida. Destapé la botella y le dije que bebiera. Eso hizo. Le abroché el cinturón y, cuando terminé de rodear el coche y acomodarme al volante, ya se había bebido un tercio.

—Necesito saber cómo te sientes —le dije.

Giró la cabeza.

—¿En serio?

—Sí, es una pregunta seria. Tu respiración parece estar bien. ¿Todavía te sientes mal del estómago?

—Supongo que no.

—¿Estás mareada?

—Solo siento… Me siento como en un sueño.

—¿Te duele el pecho?

—¿Me va a dar un infarto? —preguntó, alarmada.

—Necesito saber si estás en estado de shock —le dije.

Grace parpadeó un par de veces.

—Ni… Ni siquiera sé lo que es eso. Estoy, sobre todo, muy asustada. Y paralizada. Es como si no sintiera nada, como si todo esto le estuviera pasando a otra persona y yo solo lo estuviera viendo. No me puede estar sucediendo a mí.

Eso deseaba yo. Extendí la mano y le toqué la rodilla.

—Tú puedes hacer esto. ¿Por dónde empezamos?

—Supongo que por la gasolinera —dijo—. Tal vez sea capaz de volver atrás a partir de ahí.

Así que volvimos.

—Mamá no debe enterarse de nada de esto —dijo—. No puede estar en casa cuando vengan a detenerme y acusarme de asesinato, como en *Ley y orden.*

—Lo primero que vamos a hacer es averiguar a qué nos estamos enfrentando —dije—, pero, sea lo que sea, no va a ser algo que podamos ocultarle a tu madre. A menos que todo esto resulte ser una tremenda broma.

Aunque no creía que tuviéramos tanta suerte.

—Supongo que, si voy a dar a la cárcel, empezará a preguntarse qué me ha pasado, así que tendrá que saberlo. O me verá en la tele, cuando la asesina pase por delante de las cámaras y la metan en el asiento trasero de un coche de policía.

—No hables así.

—Eso es lo que pasará. Me enviarán a un reformatorio y me pondrán con otros chicos que hayan matado a gente. Y tal vez me apuñalen en la ducha. No voy a salir de esta.

Hice lo posible por mantener la voz tranquila.

—Grace —dije—, vamos a recopilar algunos datos antes de hundirnos, ¿vale? Necesito que pienses con claridad. ¿Entiendes?

—Supongo.

—No, no quiero suposiciones. Cuéntamelo otra vez. ¿Qué ha pasado justo antes del disparo?

Cerró los ojos un momento, como si intentara volver a meterse en aquella casa. Me daba la sensación de que iba a tener que contar esta historia muchas veces antes de que aquel lío llegara a su fin. A mí, a Cynthia.

A la policía.

A los abogados.

Tuve que pincharla un poco.

—Háblame de cuando Stuart te ha dado el arma.

—Vale. Como te he dicho, se le había caído mientras buscaba las llaves. Entonces me ha dicho que me la quedara, pero yo le he dicho que no.

—Pero al final la has cogido.

Asintió.

—Se estaba enfadando mucho conmigo. Así que la he cogido e intentado mantener el dedo lejos del gatillo, como él me ha dicho. La sujetaba solo por la empuñadura.

—La culata.

—Sí, supongo. Entonces me ha parecido oír algo. Luego a Stuart le ha parecido oírlo también, en la cocina. Lo que quiero decir es que supongo que el ruido venía de la cocina. Estaba oscuro y yo nunca había estado allí. Stuart quería comprobarlo, y yo lo que quería era irme, pero me ha dicho que lo siguiera.

—Aún tenías la pistola en la mano.

—Sí, puede ser que… Puede ser que me la haya cambiado de mano, y luego de vuelta, otra vez. No estoy segura. Todo está mezclado en mi cabeza.

Más adelante se veían las luces de la gasolinera.

—De acuerdo —le dije—. ¿Y después?

Ladeó un poco la cabeza, como si estuviera recordando detalles en los que no había pensado antes.

—Alguien ha dicho: «Tú». Me acuerdo de eso.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Quién lo ha dicho? ¿Stuart?

—No estoy segura. Podría haber sido él. Y entonces… —Grace se tapó la boca con la mano derecha—. Y entonces se ha producido el disparo. Y se ha oído un golpe como si alguien cayera.

—El disparo —repetí—, ¿de dónde venía el sonido?

—Parecía que de todas partes. Ahí he tratado de salir por la puerta, pero no he podido. Lo siguiente que he sabido es que estaba fuera. Había vuelto a salir por la ventana del sótano.

Mi mente ya se había figurado el peor de los escenarios: que los temores de Grace eran fundados, que de verdad había disparado esa pistola.

Que la bala había alcanzado a Stuart Pollard.

Que Stuart Pollard estaba muerto. En esa casa.

Si no podía hacer nada para salvarlo, tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano para salvar a Grace, para ayudarla a superar todo aquello de la mejor manera posible. No estaba pensando en las implicaciones morales. No estaba pensando que la justicia debería seguir su curso y que Grace debería recibir el castigo merecido.

Pensaba como su padre. Quería salvarla. Aunque ella fuera la culpable de algo horrible, quería mantenerla al margen. La visión general me tenía sin cuidado. La justicia no tenía cabida ahí. No quería que mi hija fuera a la cárcel y ya estaba pensando qué hacer para evitarlo.

«La pistola».

Tendría sus huellas. La policía podría hacerla coincidir con la bala que sacaran de Stuart Pollard si, de hecho, había recibido un disparo. Y si, de hecho, había disparado Grace.

Si pudiera encontrar el arma, si pudiera hacerme con ella antes que nadie, conduciría al oeste por la avenida Bridgeport, me detendría en el puente que cruza el río Housatonic y la arrojaría desde la barandilla.

Lo haría de puta madre. No tenía la menor duda.

—Grace —dije con voz suave—, hablando del arma…

Se giró y me miró.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde está? ¿Dónde has dejado la pistola?

Su rostro se quedó en blanco.

—No lo sé. No tengo ni idea.

Trece

A esas horas de la noche, la detective Wedmore no tenía que preocuparse por despertar a nadie. Solo la ofuscaba la posibilidad de que, bajo una música tan estruendosa, nadie la oyera golpear la puerta.

Cerró el puño y aporreó la puerta principal de la casa. Estaba dispuesta a entrar por su propia cuenta si alguien no acudía pronto. Y ya estaba cogiendo el pomo cuando la puerta se abrió. Se encontró con los ojos un tanto inyectados en sangre de un hombre de unos veinte años.

Supuso que se acordarían de ella. Después del asesinato de los Bradley en la casa de al lado, Wedmore había hablado con los tres jóvenes que vivían allí mientras estudiaban en alguna universidad de Bridgeport. Los había entrevistado a fondo, por separado, y había llegado a la conclusión de que no solo no tenían nada que ver con el doble homicidio, sino que no sabían nada útil. En realidad, no estaba segura de que esos chicos supieran nada útil sobre nada.

En ese momento estaba allí por una razón muy distinta, pero, en el fondo, no dejaba de preguntarse si habría una conexión.

A Rona Wedmore no le gustaban las coincidencias.

Cuando el joven la vio allí, parpadeó un par de veces y dijo:

—Hola, sí, me acuerdo de usted. ¿Alguien ha llamado a la policía por la música? —Se volvió hacia el interior de la casa y gritó—: ¡Apágalo!

Segundos después, la música cesó.

—¿Le parece bien? —preguntó a Wedmore.

—No suelen enviarme por quejas sobre el ruido —dijo—. Tú eres Brian, ¿verdad? —Brian Sinise, si no recordaba mal, y no era frecuente que recordara mal. Sabía que los otros dos que vivían aquí eran Carter Hinkley y Kyle Dirk.

—Sí, exacto.

—¿Carter y Kyle están aquí?

Él asintió.

—Están aquí —dijo—. ¡Chicos! ¡La policía negra quiere hablar con nosotros! ¡Y no por el ruido! —Sonrió y la condujo al salón de la casa. El lugar estaba lleno de botellas de cerveza vacías, ceniceros rebosantes y cajas de pizza—. Acabamos de cenar —añadió—. ¿Quiere una cerveza?

Wedmore negó con la cabeza.

—No, gracias.

Se oyeron las pisadas de cuatro pies que bajaban las escaleras. Carter y Kyle tenían más o menos la misma edad que Brian. Carter era el más pesado de los tres.

—Eh, tronco —le dijo Carter a Brian—, no se grita «policía negra». ¿Qué te pasa?

Brian hizo una mueca y miró a Wedmore a modo de disculpa.

—Lo siento.

Ella dijo:

—¿Podemos sentarnos los tres?

Kyle se apresuró a quitar una caja de pizza de una silla para que Wedmore pudiera sentarse. Ella primero le echó un buen vistazo al asiento y apartó algunas migas. Kyle habló:

—Entonces, ¿ya ha averiguado quién mató a esos viejos?

—Todavía no hemos detenido a nadie —dijo Wedmore—. Supongo que los tres os habéis sentido bastante nerviosos desde entonces.

Se miraron unos a otros. Era evidente que estaban ponderando su nivel de ansiedad. Al final, los tres se encogieron de hombros.

—Supongo que sí —dijo Kyle—. Ha sido jodidísimo, pero todos estamos algo ocupados.

Los otros dos asintieron. «Más tonto que escupir hacia arriba», pensó Wedmore.

—¿Así que ha venido con más preguntas sobre eso? —quiso saber Carter.

—Quería preguntaros por otra persona, alguien que creo que pudo

haber vivido aquí en algún momento.

—Ah —dijo Brian—, dispare.

—Qué bien eliges las palabras, idiota —apuntó Kyle.

—Nada de lo que digo está bien —dijo Brian—. Es la cerveza. A lo mejor tengo un problema. —Sus amigos se rieron.

—¿Vivió aquí alguien llamado Eli Goemann?

—Sí, Eli —dijo Kyle—. Estuvo aquí un par de años. Yo me mudé aquí durante su último año, al mismo tiempo que Brian. Y, luego, cuando Eli ya se había ido, llegó Carter.

—Yo no lo conocí —explicó Carter—. Solo he oído historias.

—Pero vosotros dos lo conocéis —dijo Wedmore a Brian y Kyle. Los jóvenes asintieron.

—¿Qué pasa con Eli? —preguntó Brian—. Porque digamos que se fue sin pagar su parte del alquiler del último mes que estuvo aquí.

—¿Asistía a la universidad mientras vivía en esta casa? —preguntó Wedmore.

—Sí, a la misma que nosotros.

—¿Por qué se mudó?

Sean se encogió de hombros.

—Era un poco imbécil. Yo no lo quería por aquí. Tampoco Kyle.

—¿Por qué?

Kyle explicó:

—No daba la talla. Nosotros hacemos lo posible por que la casa funcione bien, ¿sabe? Nos aseguramos de que haya cerveza en la nevera y de mantener el lugar en buen estado. —Los ojos de Wedmore recorrieron la habitación—. Pero Eli nunca colaboraba. Era como si las tareas domésticas estuvieran por debajo de su nivel.

—Sí —dijo Brian—. Y, si pedíamos pizza y teníamos que dividir el costo entre los tres, siempre decía: «Mierda, no he ido al cajero, ¿me dejáis pagaros mañana?». Y luego, cuando al día siguiente le pedías el dinero, te decía: «Bueno, ni siquiera comí tanta pizza, solo una porción; vosotros os la comisteis casi toda».

—Así que le dijimos: ¿Por qué no te buscas otro sitio donde vivir?

—intervino Kyle—. Empezamos a excluirlo. En un momento dado, entendió el mensaje y se marchó.

—¿Y cuándo ocurrió eso? —preguntó Wedmore.

—Hace un año —le dijo Brian.

—Pero su carné de conducir da esta casa como dirección.

—Sí, bueno. —Brian se encogió de hombros—. El mío aún tiene la dirección de hace dos mudanzas.

Wedmore le dirigió una mirada de reproche.

—Se supone que debes notificar cualquier cambio de dirección.

Él asintió con prudencia.

—Me pondré a ello, no lo dude.

—¿Adónde fue Eli después de irse de aquí?

Kyle y él se miraron.

—Ni idea —dijo el primero—. Le llegó algo de correspondencia cuando ya se había marchado, pero, como no nos dijo adónde iba, tiramos toda esa mierda.

Brian habló:

—No nos ha dicho por qué ha venido a hacer preguntas.

—¿Así que no habéis hablado con él desde que se mudó? ¿Ninguno de los dos?

—Yo no —dijo Brian.

—Yo tampoco —dijo Kyle.

—Y yo no reconocería a ese gilipollas aunque lo viera —dijo Carter.

—¿Alguna vez os enterásteis de que se hubiera metido en algún lío? ¿Fuera de esta casa? ¿Con otras personas o con la policía?

Las cabezas se movieron de un lado al otro.

—¿Sabéis algo de su familia? ¿Dónde están sus padres? ¿En Milford?

Brian dijo:

—Creo que están en Nebraska o Kansas o algo así.

—¿No sabes en cuál de los dos, Kansas o Nebraska?

Brian negó con la cabeza.

—Siempre pienso en esos dos estados como intercambiables.

Eso no preocupaba demasiado a Wedmore. Goemann no era un

nombre común. No era probable que, en una búsqueda de los números telefónicos de esos estados por internet, surgiera una lista demasiado desalentadora.

—Pero hay algo raro —dijo Brian.

—¿Qué es lo raro? —preguntó la detective.

—Que esta es la segunda vez que alguien ha venido a buscarlo en una semana o así.

Wedmore se inclinó hacia delante.

—¿Alguien más ha estado aquí? ¿Quién?

Brian se encogió de hombros.

—No lo sé. Al principio pensé que podía ser policía, ya sabe, igual que usted, pero no me enseñó su placa ni nada.

—¿Os dijo su nombre?

Brian negó con la cabeza.

—¿Por qué creíste que era policía?

—Daba el pego: tipo grande, de traje, pelo corto. Y no sé si puedo decirlo —lanzó una mirada a Kyle—, pero era negro. Parecía un detective salido de *Bajo escucha,* o algo así.

—¿Y qué quería?

—Dijo que estaba tratando de encontrar a Eli, que tenía asuntos con él, que habían estado en contacto, pero que ya no le había contestado. Pensaba que podía estar aquí. Yo le dije al tipo que hacía como un año que Eli no vivía en esta casa.

A Wedmore se le ocurrió algo. Si ese tipo hubiera sido policía, habría mostrado una placa, pero, si solo daba el pego, quizás era un expolicía que se había pasado al sector privado.

—El tipo que vino a hacer preguntas —dijo—, ¿cuánto medía?

Brian dijo:

—¿Más de uno ochenta? ¿Uno noventa? De joven podría haber jugado al fútbol americano.

—¿Qué edad dirías que tenía?

—Uf, era bastante viejo. Cuarenta y tantos.

Wedmore prefirió no comentar nada.

—Y tenía una especie de hueco entre los dientes, justo aquí. —

Brian se tocó los incisivos.

La detective enarcó una ceja.

—¿Estás seguro?

El joven asintió.

—¿Y la nariz? —preguntó ella—. ¿Parecía como si se la hubieran aplastado hacia un lado? ¿Como si se la hubieran roto hace mucho tiempo?

Otro asentimiento de Brian.

—Sí, eso creo. Incluso se lo pregunté.

—Eres muy capaz —dijo Kyle.

—Dijo que le sucedió cuando jugaba al fútbol.

Para la detective Wedmore, eso era una revelación. Sonaba muy parecido a Heywood Duran.

Solo que, cuando ese hombre trabajaba para la policía estatal y Wedmore y él dormían juntos, ella siempre lo llamaba Duro. Por más de un motivo.

Catorce

Terry

—Me he quedado en blanco, ¿sabes? —me dijo Grace. Estaba sentada en el coche, a mi lado, mientras intentábamos encontrar la casa en la que ella y Stuart se habían metido—. Lo siguiente que sabía era que estaba fuera de esa casa. Me imagino que la pistola se me ha caído en algún sitio. O tal vez dentro de la casa. Supongo que dentro, porque habría sido difícil sujetarla mientras me arrastraba para salir del sótano, ¿sabes? —Grace seguía pensando—. A menos que la hubiera puesto en el suelo, fuera de la casa, antes de trepar. Quizá la he recogido y luego la he tirado entre los arbustos de camino a la gasolinera.

—Piensa, Grace. Es importante.

Se dio la vuelta, agachó la cabeza y se estudió las manos.

—No lo sé. En la casa. Estoy bastante segura. Recuerdo que, cuando he intentado abrir la puerta principal, lo he hecho con las dos manos.

—Vale —le dije—. Eso está bien.

Pero luego añadió:

—Eso creo.

Cuando llegamos al cruce de New Haven y Gulf, reduje la velocidad.

—¿Por dónde has llegado?

Señaló a la derecha, hacia Gulf.

—Por ahí. Eso es todo lo que sé.

Puse las luces intermitentes y reduje la velocidad para que Grace pudiera familiarizarse con el barrio. La primera calle transversal a la que llegamos era George.

—¿Por aquí? —pregunté, y señalé a mi izquierda. Luego miré en la

otra dirección—. ¿O por ahí?

—No lo sé. No creo. Todo parece igual.

Eso era cierto. De noche, con solo unas pocas farolas para distinguir una casa de la otra, podía entender sus dificultades.

—Quizá cuando vea su coche —dijo—, entonces sabré si estamos en la calle correcta.

—¿Qué coche tiene?

—No lo sé, pero era viejo y muy grande. Y algo así como marrón. Creo que lo reconocería si lo viera. No lo ha aparcado delante de la casa, lo ha dejado a unas casas de distancia.

Dejé atrás George. Pasé Anchorage, a la izquierda, y poco después Bedford, a la derecha.

—Espera —dijo Grace—, recuerdo eso. —Estaba señalando una boca de incendios amarilla—. Recuerdo haber pasado corriendo por ahí.

—Así que habrías subido por Bedford —dije, y giré a la derecha.

—Sí, creo que he venido por aquí.

Mi pie apenas rozaba el acelerador.

—¿Reconoces alguna de estas casas?

Sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Dónde estará ese coche?

—Esta podría no ser la calle correcta, cariño. —Habíamos llegado a otra calle que se unía a Bedford desde el sur: Glen Street.

—Aquí es —dijo—. Recuerdo esa señal. Era Glen. Estoy segura de que era Glen.

Di un volantazo hacia la izquierda. Delante, a poca distancia, Glen hacía una suave curva a la derecha.

No había coches viejos y grandes aparcados en la calle. De hecho, no había ningún coche aparcado en la calle. Todas las casas de por allí tenían entradas lo bastante grandes como para que cupiera más de un vehículo, así que no había mucha necesidad de dejarlos fuera.

En unos segundos, me di cuenta de que no teníamos otro sitio adonde ir. Glen no tenía salida.

—Si está en esta calle, la habremos pasado de largo —dije.

—Sigo buscando el coche. No está.

—A lo mejor Stuart está bien y ha vuelto a casa —dije, desesperado por cualquier buena noticia.

—Tal vez —dijo ella.

Al final de Glen, di media vuelta.

—Vale, pues estudia las casas de nuevo, a ver si alguna se parece.

Me consolaba también, o eso intentaba, con el hecho de que la calle no estuviera atestada de coches de policía y luces de colores. Al parecer, si algo había sucedido por allí, nadie se había enterado todavía. Y un disparo de arma de fuego… Alguien lo habría oído, ¿no? Habrían llamado a la policía.

Tal vez sí. Tal vez no. Muchas veces, la gente oye un disparo, espera un segundo y, si no oye otro, vuelve a dormirse.

—Háblame de la casa —le dije.

—Era de dos plantas. El garaje no se veía desde la calle, porque estaba por detrás. Podría ser esa o esa o… ¡Corro!

—¿Qué?

—Ese era el nombre. Así se apellida la gente que vive allí. Stuart dijo que eran los Corro.

Detuve el coche, saqué el móvil y abrí una aplicación con la que podía buscar direcciones y números de teléfono. Escribí «Corro» y «Milford».

Levanté la vista del teléfono y miré la primera casa que Grace había señalado.

—Esa es. —Apagué las luces y el motor—. Vamos a echar un vistazo.

Cogí una linterna que guardaba bajo el asiento. Cuando llegué al lado de Grace, ella ya se había bajado del coche. Subimos con cautela por el camino de entrada.

—Yo no quería hacerlo —susurró. Venía agarrada de mi brazo, aferrada a mí—. Tienes que creerme.

No dije nada. Una parte de mí quería estallar, quería preguntarle en qué demonios había estado pensando, gritarle hasta quedarme afónico, pero no en ese momento. Era importante que hiciéramos el

menor ruido posible. Los sermones vendrían después, pero me temía que la menor de las preocupaciones de Grace sería una severa reprimenda.

—¿Por dónde habéis entrado?

—Por detrás —dijo ella—. Stuart se sabía un truco. Ha hecho algo para que la alarma no saltara. Se le da bastante bien. —Grace giró para ver si la estaba mirando, y sí, la estaba mirando—. Tal vez ya lo había hecho antes.

Aún resistía el impulso de regañarla, aunque mi mirada transmitía el mensaje. Ella hundió la cabeza entre los hombros.

Después de dar la vuelta por detrás, cuando el garaje doble quedó a la vista, encendí la linterna. Primero proyecté la luz a través de las ventanas del garaje. Vi un Porsche rojo y otro coche. Ya me había preguntado si, tras la huida de Grace, Stuart había porfiado en su plan de llevarse el Porsche.

Suponiendo que el chico estuviera bien.

El hecho de que el coche siguiera allí no era una buena señal, pero, pensándolo bien, ¿era una mala señal?

Dirigí la linterna hacia la casa y vi la ventana del sótano abierta. Lo primero que busqué fue un arma en el suelo.

No había rastro de ninguna.

—Nos hemos metido por aquí —dijo Grace.

Me acerqué a la ventana, iluminé el sótano y vi algunos fragmentos de cristal en la moqueta.

—A ver si podemos echar una mirada al interior sin entrar —dije. Quería otear a través de las ventanas de la cocina. La mayoría de las casas tenían la cocina en la parte trasera. Las ventanas del primer piso eran un poco altas y sus alféizares me llegaban a la base del cuello. No eran tan altas como para no poder echar un vistazo.

El perímetro estaba adoquinado, así que no tuve que meter los pies en ningún jardín para acercar la cara al cristal. Toda la ventana estaba cubierta por un conjunto de persianas, pero, como las habían girado para que entrara el sol, pude, al menos en teoría, asomarme entre las lamas. Sujeté la linterna por encima del hombro y la puse

en ángulo para colar la luz entre ellas e iluminar el interior de la casa.

Funcionó. Estaba mirando la cocina. Había una gran isla con encimera de granito y, en la pared del fondo, un frigorífico.

—¿Puedes ver algo? —preguntó Grace.

El problema era que, desde mi ángulo, no distinguía nada que estuviera debajo de las encimeras. Si había alguien en el suelo, era imposible saberlo desde mi posición.

—No —le dije.

Había una solución obvia, por supuesto: llamar a la policía de Milford. Podrían entrar en la casa sin tener que colarse a través de la ventana del sótano. Sabrían cómo ponerse en contacto con la empresa de seguridad que la vigilaba. Sabrían cómo manejar las cosas.

También tendrían preguntas para Grace: sobre el plan de ella y su novio para robar un Porsche; sobre la forma en que se habían metido en la casa.

Habiendo una remota posibilidad de que las cosas no fueran tan malas como parecían, yo quería mantener a la policía al margen de aquel lío el mayor tiempo posible; con suerte, para siempre. Tenía la sensación de que Grace aceptaría cualquier castigo que su madre y yo le impusiéramos mientras eso significara no acabar entre rejas.

«Deja de pensar así».

Bajé la linterna y retrocedí un par de pasos.

—La verdad es que no puedo ver nada —dije—. Y esta es solo la cocina. Lo que has o´dio podría haber ocurrido en otro lugar.

Tenía que tomar una decisión. ¿Llamar a la policía?

—Voy a tener que entrar —dije, y eché un vistazo a la ventana abierta del sótano.

—No puedo —dijo Grace con los ojos muy abiertos por el miedo—. No puedo entrar ahí.

—No te lo estoy pidiendo. Quédate junto a la ventana. Mejor aún, llámame con tu móvil. Estaremos conectados todo el tiempo que yo esté ahí dentro.

Ambos sacamos nuestros teléfonos. Le pedí que silenciara el timbre y yo hice lo mismo. Grace marcó mi número, el móvil zumbó en mi mano y acepté la llamada.

—Vale. Si surge algún problema aquí fuera, me avisas.

Asintió mientras yo me metía el teléfono en el bolsillo de la camisa; lo bastante cerca para que, en caso de que ella dijera algo, yo pudiera oírla.

Me arrodillé y me abrí paso a través de la ventana abierta del sótano.

Quince

Vaya cabreo el que llevaba Cynthia Archer.

¿Por qué Terry no la había dejado ir a recoger a Grace? ¿Por qué había insistido en ir él mismo? Terry tenía que saber lo importante que estas cosas eran para ella, tenía que saberlo. Cynthia deseaba que su hija supiera que, aunque se estaba tomando un descanso, aún la quería y aún tenía ganas de estar a su lado.

Incluso para algo tan sencillo como llevarla a casa.

¿Estaba Terry enfadado con ella? ¿Habría sido por la cerveza? ¿Por su descortesía? ¿Tendría algo que ver con Nathaniel? ¿Habría tenido Terry la sensación de que había cierto rollo, incluso después de haber hablado con él apenas unos segundos? O tal vez no estaba enfadado por nada de lo que había pasado aquel día, sino en general, harto de toda esa pausa.

Incluso podría tratarse de otra cosa.

Tal vez algo que tenía que ver con Grace. Quizá Terry no había querido que Cynthia recogiera a Grace porque la chica estaba metida en algún lío. No en algo grande, no necesariamente, solo lo bastante como para hacerla estallar.

¿Era así como la veían?, se preguntó, ¿como si fuera dinamita? ¿Como algo que, si no lo manejas bien, termina por explotar?

Eso la deprimía.

Terry y Grace siempre intentaban poner escudos delante de Cynthia, trataban de resguardarla de cualquier cosa que pudiera elevar su nivel de ansiedad. Bueno, en realidad, el único que trataba de protegerla era Terry. Lo más probable era que Grace, cada vez que le ocultaba algo a su madre, solo tratara de protegerse a sí misma.

El problema era que, cuanto más se esforzaban en evitarle las preocupaciones, más inquieta se sentía. Le bastaba sospechar que

tramaban algo para no dejar de pensar en qué le estarían ocultando. ¿Estaba teniendo Grace problemas en la escuela? ¿Se estaba saltando clases? ¿Estaba dejando de hacer los deberes? ¿Estaba saliendo hasta muy tarde? ¿Se estaba metiendo en problemas con chicos? ¿Estaba fumando? ¿Bebiendo? ¿Consumiendo drogas?

¿Follando?

Tratándose de una chica adolescente, la lista de cosas por las que volverse loca eran interminables.

Cynthia lo sabía mejor que nadie. Estaba dispuesta a admitir que ella misma había sido un terror a esa edad, pero, a pesar del quebradero de cabeza que debió de suponer para sus padres, también sabía que, al menos, mientras estuvo en sus vidas, había sido una niña bastante buena. Cierto, había tomado algunas decisiones estúpidas, como todos los adolescentes. No debería haber salido aquella noche con Vince Fleming, que tenía diecisiete años y algo que en aquellos tiempos se conocía como «cierta fama». No era pero le gustara armar jaleo, conducir demasiado rápido o beber en exceso; su padre era un conocido delincuente. Y, recordando una frase que tanto su madre como su tía Tess solían repetir, de tal palo, tal astilla.

Aunque en aquel momento estaba un poco borracha, podía recordar aquella noche de mayo de 1983 al detalle. Al menos, lo que ocurrió antes de que llegara casa y se quedara dormida. Recordó a su padre siguiéndola, encontrándola en aquel Mustang con Vince, sacándola a rastras del coche y llevándola a casa. Y la horrible escena que vino después.

Los horrendos acontecimientos posteriores. El despertar a la mañana siguiente con la casa vacía y pasar dos décadas y media sin saber qué había sido de su madre, su padre y su hermano. Y luego, la rudeza de aceptar que su familia, aquella familia con la que había crecido, había desaparecido para siempre.

Pero nada de eso era culpa suya.

Después de tantos años, esa era una de las pocas cosas que por fin había aceptado. Muchas gracias, doctora Naomi Kinzler. Lo irónico

era que su mal comportamiento de aquella noche, cuando tenía catorce años, el haber bebido demasiado, sin duda le había salvado la vida. Se había desmayado, no se había dado cuenta de nada.

«Deja de darle vueltas al pasado…».

Pero ese era el problema, ¿no? El no poder parar. Cuando sufres un trauma en la adolescencia, nunca te abandona, y esa es la verdad. Sabía que unas ansiedades así de arraigadas alimentaban sus preocupaciones por Grace, y también por Terry. No importaba lo perfectas que fueran sus vidas, siempre estaría preparada para cualquier cosa que les estuviera esperando a la vuelta de la esquina.

Había medicamentos, por supuesto, pero no le gustaba cómo la hacían sentir. Por otra parte, ¿no era bueno estar siempre en guardia? ¿Estar preparada para cualquier cosa mala que pudiera surgir? No puedes dejarte llevar por una falsa sensación de seguridad, ¿verdad?

Excepto que eso no era vida.

Y a Cynthia no le apetecía vivir allí, en ese apartamento, por bonito que fuera: el salón y la cocina combinados, además del dormitorio y el baño; al otro lado del pasillo, Nathaniel, y, abajo, Winnifred la bibliotecaria y Orland el viejo solitario. No era como para preocuparse por fiestas ruidosas.

Al único que de verdad había llegado a conocer era a Nathaniel Braithwaite, nombre demasiado distinguido para alguien que se ganaba la vida sacando a pasear mascotas mientras los dueños estaban en el trabajo.

Cynthia se reprendió a sí misma por burlarse de él en sus pensamientos. Nathaniel era un buen hombre. Treinta y tres, delgado, pelo negro azabache. Visto su porte, pasear perros te ponía en tan buena forma como si fueras al gimnasio. Él le había dicho que recorría alrededor de quince kilómetros cada día. Además, agacharse a limpiar las heces era lo más parecido a la calistenia: muchos estiramientos.

Nathaniel había tenido su propia empresa de software en Bridgeport. Solía diseñar aplicaciones para una compañía de

telefonía móvil que había quebrado hacía un par de años. Tenía un coche lujoso, un apartamento con vistas al mar y una casa en Florida, pero, al quebrar su cliente principal sin pagarle los millones que le debía, su empresa se vio arrastrada.

Nathaniel no solo había perdido la empresa y el apartamento y casi todo el dinero que tenía en el banco…, sino también a su mujer. Ella lo había conocido en la cresta de la ola y se había acostumbrado a cierto estilo de vida. Cuando aquello terminó, también murió el matrimonio.

Y, entonces, tal como le había contado a Cynthia en las charlas de pasillo y de escalera, había perdido la cabeza.

Lo había llamado «ataque de nervios». Había sido un colapso mental con una buena dosis de depresión. Y le había durado casi un año. Nathaniel incluso tuvo que pasar una semana en el hospital después de haber atravesado por un periodo suicida. Cuando por fin salió de la penumbra, optó por una existencia más sencilla, menos ambiciosa y mucho menos estresante.

Quizás no volvería a la proverbial autopista de la vida hasta pasados seis meses o un año. O tal vez nunca más. Consiguió su pequeño apartamento y empezó a pensar en cómo llevar comida a la mesa y cerveza a la nevera.

A Nathaniel le gustaban los perros.

Los había tenido desde niño, siempre. No estaba dispuesto a volver varios años a la universidad para convertirse en veterinario, pero era seguro que no necesitaba un título para pasearlos. Consiguió varios clientes cuyos perros tenían que salir de casa todos los días a hacer sus necesidades.

A Cynthia le caía bien Nathaniel; se esforzaba por no sentir lástima por él. Él afirmaba que era feliz, que no buscaba compasión, pero siempre parecía estar en el límite. Y ella no podía evitar la sensación de ternura, un sentimiento casi maternal. Después de todo, le llevaba trece años.

Y era guapo.

Pero en ese momento no estaba pensando en Nathaniel. Estaba

pensando en por qué Terry no había querido que fuera a por Grace para llevarla a casa.

Algo estaba pasando.

Podía sentirlo.

La cuestión era si debía hacer algo al respecto, y, en tal caso, ¿qué? Podría, al menos, volver a llamar en media hora para asegurarse de que Grace hubiera llegado bien a casa. Se paseó por el apartamento preguntándose qué hacer.

«Prepárate una taza de té y métete en la cama. Eso deberías hacer».

Vaya, como si algo así pudiera ocurrir. Había dejado caer encima de la pequeña mesa del comedor los folletos que advertían sobre el moho doméstico. Era justo el tipo de cosas que querría leer durante la cena. Cogió un ejemplar para revisarlo. Ella misma lo había escrito, pero, ahora que volvía a mirarlo, se daba cuenta de que habría sido mejor utilizar un lenguaje más sencillo, menos técnico… En eso estaba cuando oyó un ruido en el pasillo.

Quizá Terry había decidido ir con Grace a saludarla. ¿Era posible que hubieran decidido sorprenderla con una visita nocturna?

Pero entonces oyó voces fuertes. Dos. Dos voces varoniles, aunque ninguna sonaba como la de Terry.

Abrió la puerta y vio que Orland, el vecino de abajo, estaba intentando abrir el apartamento de Nathaniel. Giraba una y otra vez el pomo, pero la puerta no cedía.

Cynthia le había calculado unos setenta años. Era delgado como un ciprés, y quizás había llegado a medir más de metro ochenta, pero en el presente, con los hombros redondeados, no pasaba del metro setenta y cinco. Llevaba el pelo ralo alborotado, como quien acaba de quitarse un sombrero, aunque no había ninguno a la vista. Ese hombre de cejas pobladas y a quien el pelo le brotaba de las orejas llevaba torcidas las gafas de montura plateada.

Nathaniel estaba a tres metros de él, al final del pasillo, en lo alto de la escalera.

—¿Orland? —dijo—. ¿Puedo ayudarte?

El viejo giró la cabeza.

—¿Qué? Sí, sí que puedes ayudarme. Puedes ayudarme a abrir esta maldita puerta. —Cerró el puño y la golpeó—. ¿Cariño? ¡Abre la maldita puerta! —Se volvió y miró de nuevo a Nathaniel—. Mi mujer me ha dejado fuera. Qué zorra.

Cynthia salió al pasillo y, con delicadeza, puso una mano en el hombro de Orland. Este giró el cuello y la miró por encima de las gafas.

—Tú no eres mi mujer.

—No, soy yo, Cynthia, tu vecina de arriba. Creo que te has equivocado de planta.

—¿Qué?

—Orland —dijo Nathaniel—, ¿nos dejas llevarte abajo, a tu casa?

—¿Mi mujer se ha mudado?

Los dos lo guiaron hacia las escaleras. Nathaniel iba delante del viejo, Cynthia, detrás. El apartamento de Orland estaba abierto. Lo acomodaron en su sillón La-Z-Boy, frente al televisor, que ya estaba encendido.

—Estaba viendo la tele —dijo él.

No había nadie más en el apartamento, y Orland no reparó en ello. Por el momento, la caza de su cónyuge había terminado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nathaniel.

—Claro que me encuentro bien. ¿Qué hacéis aquí?

—Buenas noches, Orland —dijo Cynthia. Ella y su vecino de arriba salieron del apartamento y cerraron la puerta—. Nunca lo había visto así.

—Yo tampoco —dijo Nathaniel—. Menos mal que yo estaba llegando a casa en ese momento. Podría haber entrado en mi apartamento. Lo habría encontrado en mi cama.

De vuelta en el pasillo del segundo piso, ella dijo:

—Me pregunto si debería contarle esto a Barney. O sea, si Orland está empezando a perder la cabeza, podría incendiar el lugar o algo así.

—Madre mía, no había pensado en eso.

Acababan de llegar a la puerta del apartamento de Nathaniel.

—Oye, ¿te apetece un café o algo? Estoy un poco, no sé, agitado.

—Es tarde —dijo Cynthia.

—Podría hacer un descafeinado, en caso de que te preocupe no poder dormir. —Sonrió, mostró sus dientes perfectos y abrió la puerta—. Tómate un par de segundos.

Ella sabía que debía volver a su apartamento y cerrar la puerta, pero era bueno hablar con alguien, con cualquiera, sobre cualquier cosa. El día que decidió quedarse allí, no tenía ni idea de cuán sola podría llegar a sentirse; cómo hasta la confusión podía ser una forma de compañía.

Hablar con Nathaniel le aliviaría la ansiedad por lo que fuera que Terry y Grace estuvieran ocultándole.

Y por lo que ella les ocultaba a ellos.

—Claro —dijo—. Una taza de café descafeinado me vendría fetén.

Dieciséis

Terry

Metí las piernas por la ventana, las dejé colgando un segundo y luego me deslicé al interior. Había apenas un metro de caída hasta el suelo del sótano. Con ayuda de la linterna, inspeccioné la habitación. Había lo que cabía esperar: grandes sofás, un televisor, una diana en la pared, estanterías atestadas de deuvedés y viejas cintas VHS, así como libros. Iluminé mis pies en busca de cristales para no pisarlos ni con los zapatos puestos. Los fragmentos podían quedar atrapados en las ranuras.

Pero era imposible evitarlo. Los vidrios rotos crujían bajo mis suelas.

—¿Qué pasa? —preguntó Grace. Podía verla de los pies a las rodillas. Sus zapatos estaban un poco más allá de la ventana.

—Nada —dije—, solo vidrios. —Mientras buscaba las escaleras que subían al primer piso, saqué el teléfono del bolsillo y me lo puse en la oreja—. ¿Me oyes? —pregunté.

—Te oigo —susurró Grace. Aún estaba lo bastante cerca como para que se produjera un ligero eco en mi oído—. Esto hace un ruido raro, como si tu voz se repitiera. También sonaba así hace un rato, cuando he salido de casa. Puede que mi teléfono esté estropeado.

—Debería funcionar bien en cuanto nos hayamos alejado un poco —dije.

Con el móvil en una mano y la linterna en la otra, encontré las escaleras y subí al primer piso. Las escaleras daban a un lado del pasillo principal. Había una mesa baja apoyada contra la pared. Uno de los cajones estaba medio abierto. Alcé la linterna y proyecté el haz de luz hacia lo que parecía ser la cocina.

Habría preferido encender todas las luces, pero sabía que esa no

era una opción. No podía permitirme que los vecinos me vieran deambulando por ahí.

—¿Qué ves, papá?

—Nada todavía. —El eco había cesado.

¡Hacía tres horas estaba sentado frente al televisor viendo *Jeopardy*! Ahora llevaba en la mano una linterna, en plena noche, mientras exploraba de manera ilegal la casa de un desconocido con la esperanza de no encontrarme con un cadáver.

En ese momento pensé en aquellos dos jubilados que habían asesinado en su casa. Cómo debió haber sido para ellos encontrar ahí a un extraño, suponiendo que quien los mató hubiera sido un extraño.

Eso era yo en ese momento. *Yo* era el extraño. Sabía bien que no suponía ninguna amenaza para nadie, pero, de enfrentarme con alguien en esa casa, la otra persona no tenía por qué saberlo.

Esperaba que no hubiera nadie allí, ni vivo ni muerto.

Me detuve en la entrada de una cocina que combinaba con una sala familiar. A la derecha había una gran isla central, taburetes de bar y todos los electrodomésticos habituales; enfrente, una sala de techos altos y claraboyas decorada con butacas, un sofá, una chimenea y un televisor en una esquina.

El suelo de la cocina era liso. Era de baldosas de algún tipo, atravesadas por lo que parecían un millón de pequeños arañazos. Me agaché para verlos de cerca.

—Perro —dije para mí en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Grace—. ¿Hay un perro ahí?

—No. Solo he notado los arañazos en el suelo. Han de ser de las uñas de un perro. De sus garras.

—Ah.

Las encimeras estaban repletas: una tostadora, una Cuisinart, una cafetera normal, una Nespresso, una gofrera, una panificadora y prácticamente todos los artilugios que uno esperaría ver en un Williams-Sonoma. Bajé el haz, volví a explorar el suelo con calma y descubrí más arañazos. Mi suposición era que, si a Stuart o a

cualquier otro le hubieran pegado un tiro, el cuerpo no habría acabado en la encimera. Habría indicios, sangre en el suelo. Rodeé la isla, me acerqué a la ventana y contuve la respiración. Tenía el mal presentimiento de que había algo a la vuelta de la esquina y me estaba preparando para descubrirlo.

Pero no había nada.

Rodeé el cuarto lado de la isla, el espacio entre esta y la estufa, y no vi nada que me llamara la atención.

—He pasado por la cocina —dije—. No he visto nada. —No hubo respuesta—. ¿Grace?

—Ya estoy aquí. Te he oído. —Pausa—. Papá.

—¿Sí?

—Está pasando un coche de policía.

Qué putada.

Apagué la linterna y contuve la respiración.

—¿Grace?

—Estoy escondida detrás de la esquina de la casa. Ha pasado muy despacio, la verdad. Creo que va a ir al fondo del callejón.

Mi coche estaba aparcado delante de la casa. ¿Habría llamado la atención de algún agente? ¿Se habría preguntado qué hacía ese coche allí, el único de todo aquel tramo que no estaba aparcado en una entrada? ¿Tomaría nota de la matrícula? ¿Se detendría a revisar la casa?

—¿Quieres que mire adónde…?

—¡No! Grace, no te muevas de donde estás.

—Vale.

Ambos nos quedamos esperando. Tuve la tentación de correr al salón, en la parte delantera de la casa, y asomarme a través de las cortinas, pero, con la linterna apagada, iba a acabar tropezando con algo.

—Veo faros que vienen de regreso —susurró Grace—. Debe de haber dado la vuelta.

«Mierda, mierda, mierda, mierda».

—Debe de ir muy despacio, así que… ¡Ahí está!

«Sigue conduciendo. No se te ocurra parar».

—Está parando, papá.

—¿Dónde?

—Está… Está parando al lado de tu coche.

—¿Va a salir? ¿Qué está haciendo ese tipo?

—No puedo si no… No es un tipo. Es una mujer. Ha encendido la luz dentro de su coche.

—¿Qué hace?

—No lo sé. ¿No tienen ordenadores en sus coches o algo así?

—Sí —le dije—. Tal vez está verificando mi matrícula.

—Está empezando a… Creo que está saliendo del coche. Papá, tienes que salir de la casa.

¿E ir adónde? ¿Al coche? La policía estaba ahí sentada. Suponiendo que yo hubiera podido escapar por la ventana del sótano, agarrar a Grace y cortar a través de la casa de atrás, en cuanto la policía encontrara la ventana rota, y sabiendo a quién pertenecía al coche que estaba delante…

Estaríamos perdidos. Grace y yo.

—No te muevas, cariño —le dije.

Estaba tratando por todos los medios de contener el pánico. Se me estaban formando gotas de sudor en la frente. Aunque Grace pudiera arreglárselas para esconderse, si esa policía decidiera caminar por la parte trasera de la casa vería la ventana abierta…

—Espera —dijo Grace—, está volviendo a su coche. Creo que está en la radio o algo así.

—¿Se marcha? ¿Está…?

—¡Se está alejando! ¡Papá, se va! ¡Se va!

Volví a encender la linterna y, con el haz apuntando al suelo, me dirigí a la ventana del salón. A través de unos visillos, vi que el coche de policía de Milford subía por la calle, doblaba la curva y desaparecía.

—Eso ha estado demasiado cerca —dije.

—¿Podemos irnos ya? ¿Podemos salir de aquí?

Era la segunda vez, en otras tantas horas, que mi hija quería

largarse de esa casa.

—Solo he comprobado la cocina —dije—. Antes de irme, tengo que echar un vistazo rápido por toda la casa.

Diecisiete

El coche, un todoterreno GM de gran tamaño, se detuvo con el motor aún rugiendo. Vince estaba en el asiento del pasajero; Gordie, al volante. Sobre los asientos traseros abatidos llevaban una escalera extensible. Y detrás, en el viejo Buick, estaba Bert. Se había detenido a apenas un coche de distancia.

—Bert te ayudará cuando termine, pero tú empieza —le dijo Vince Fleming a Gordie—. Cada rincón. Fíjate si encuentras algo fuera de lo normal. Si no hay nadie, entra esta misma noche, pero, si el lugar parece ocupado, lo haremos mañana a lo largo del día. Para mañana, todo, joder, todo tiene que haberse ido.

—¿Y si hubiera gente en casa? ¿Y si…?

—¡Ingéniatelas! —dijo Vince. Tanteó un par de veces en busca de la manilla de la puerta. Le temblaba la mano.

—¿Y Eldon? —preguntó Gordie.

—¿Qué tiene que ver? —estalló Vince.

Gordie intentó disimular lo sorprendido que estaba por esa pregunta.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—Antes de hablar con él, quiero saber mucho más. También date una vuelta por su casa, a ver si está ahí. Quiero saber si está en su casa. Puede que acabes encontrándotelo en alguna de las otras.

Gordie parecía incómodo.

—¿Qué dices? ¿Me estás diciendo que Eldon está en esto? ¿Que lo ha hecho él? Eso no tiene ningún sentido. Es difícil que él…

—Tal vez no —dijo Vince—, pero quizá tenga a su hijo y a otros ayudándolo. Quizás las cosas han salido mal en una de las casas. ¿Quién sabe qué coño está pasando en las otras? Esto es una fusión nuclear, ni más ni menos.

Ya había abierto la puerta.

—Hazlo y punto. —Vince salió, dio un portazo y golpeó la chapa de metal con la palma de la mano. Lo hizo con fuerza, como si el todoterreno fuera un caballo y hubiera querido hacerlo desbocar. Gordie pisó el acelerador. Al arrancar, los neumáticos chirriaron.

Vince recorrió los pocos pasos que lo separaban del Buick. Se inclinó y apoyó los brazos en la ventanilla abierta de la puerta del copiloto.

Bert no abrió la boca. Estaba esperando órdenes.

—Tan pronto como te hayas ocupado de esto, trabaja con Gordie.

—Entendido —dijo Bert.

—Ni una palabra a Eldon —dijo Vince—. Todavía no. Esto podría cambiar de muchas maneras.

—Él no ha sido, jefe —dijo Bert—. No puede ser.

Vince apretó los labios y negó con la cabeza, muy despacio.

—El que estaba ahí era su hijo. Tal vez lo ha mandado él, pero también es posible que al chico la idea se le haya ocurrido por su cuenta. De cualquier manera, Eldon está en el ajo.

—Sí, pero tendría que haber alguien más. Ya te he dicho por quién apuesto.

Vince asintió.

—Lo comprobaré, aunque no creo que tenga cojones para algo así.

—Podría habérselo dicho a alguien.

—Pero si el hijo de puta ni siquiera lo sabe. Las señoras de la limpieza no lo saben. Las niñeras no lo saben. Y, aunque lo supieran, no sabrían dónde buscar, pero sí, es posible. —El hombre suspiró—. Ciudad Putodesastre.

Bert no supo qué decir. ¿Con qué palabras podría mejorar las cosas? Solo quería ponerse en marcha. Le esperaba una tarea desagradable y quería dejarla atrás. Entonces podría ayudar a Gordie.

—Debo irme —dijo Bert.

Vince se apartó de la ventana abierta.

—Márchate.

Antes de que Bert pisara el acelerador, Vince dio un paso y se situó junto al maletero. Estuvo a punto de poner la palma en la amplia superficie metálica, como quien, en un funeral, pone la mano sobre el ataúd.

Pero se lo pensó mejor. Aunque Bert limpiara el coche, podría no pensar en la tapa del maletero.

El Buick se alejó. Vince lo vio subir por East Broadway, girar a la izquierda y desaparecer.

Cansado, recorrió los escalones de madera que llevaban al piso principal de la casa de la playa. En otros tiempos los subía de dos en dos. Antes del disparo. Y antes del diagnóstico. Se estaba haciendo demasiado viejo para todo aquello. Era una de las razones por las que se había retirado del tipo de trabajos que solían hacer: robos en almacenes, secuestros de camiones… Cosas que requerían mucho trabajo. Y, a veces, echar a correr.

Así que había empezado una actividad paralela, una que no le pasara al físico tanta factura: un servicio para personas que no se sentían cómodas con las instituciones financieras.

Parecía un buen plan.

Hasta esa noche.

Al parecer, todo estaba a punto de estallarle en la cara. Esperaba saber más, y pronto, una vez que hubiera tenido la oportunidad de hablar con una vieja amiga.

Dieciocho

Terry

Grace estaba tan confundida con lo que había acontecido en la casa que se me ocurrió que lo que ella creía haber oído en la cocina podía haber sucedido en otro lugar. No podía limitar mi búsqueda a la primera planta.

Ya que estaba…

No alcancé a distinguir nada malo en medio de la sala de estar, a menos que alguien se hubiera quedado atascado entre el sofá y la pared. No iba a ponerme a mover muebles. Tampoco parecía haber nada fuera de lo normal en el comedor contiguo. Cuando lo que buscas es un cadáver, no te lleva mucho tiempo tachar habitaciones de tu lista. No es que estuviera buscando una aguja en un pajar.

Mientras caminaba hacia las escaleras del segundo piso, eché un vistazo a la puerta principal. Ahí, montado en la pared, estaba el teclado del sistema de seguridad. Una luz roja indicaba que estaba activado. Si abriera la puerta sin introducir el código, la alarma saltaría y enviaría una señal a la policía.

Recordé que Grace me había dicho que, cuando ella estaba en la casa, la luz era verde.

En ese momento no podía ponerme a resolver aquel acertijo. Estaba buscando a Stuart.

Al subir las escaleras, por costumbre, estuve a punto de tocar la barandilla. Tenía el teléfono en esa mano, así que no habría podido usar la barandilla para otra cosa que ganar algo de equilibrio; sin embargo, aunque pudiera agarrarme de ella, era mejor no tocarla en absoluto.

«No toques nada».

Arriba, en un pasillo de unos seis metros de largo, había tres

dormitorios y un cuarto de baño. Todos tenían las puertas entreabiertas, así que pude abrirlas con el codo. Entré en todas las habitaciones, iluminé las camas y, en el cuarto de baño, eché un vistazo tras la cortina de la ducha.

Hasta ahí, todo bien.

Tuve un breve debate interpersonal con respecto a los armarios: ¿debía volver a cada dormitorio e inspeccionarlos? No era algo que quisiera hacer, bien lo sabía. Para sustos, ya tenía suficiente con estar en esa casa y dar pasos sigilosos de una habitación a otra.

Que Stuart o cualquier otra persona estuviera metido en un armario sugería que un tercero, si no más de uno, lo había metido allí. Podrían haber sido dos personas, incluso. Grace me había contado que había sentido un roce.

A veces, aunque no quieras, tienes que hacer ciertas cosas, pero, antes de empezar a girar pomos, necesitaba ponerme algo en la mano.

Volví a meterme el móvil en el bolsillo de la camisa, sin romper la conexión con Grace, y cogí un puñado de pañuelos de papel de una caja de Kleenex que había en el baño. Luego entré en el primer dormitorio. Por todos los indicios, era la habitación de una niña. Había peluches junto a las almohadas y pósteres de caballos en las paredes. Me planté frente al armario.

—Allá va —dije en voz baja. Con la mano envuelta en papel, abrí la puerta y alumbré el interior.

No había nada especial. Faldas y blusas y zapatos y otras prendas, todas pequeñas. Cajas de Barbie. Más peluches. Supuse que sería una niña de unos siete u ocho años. Era el tipo de cosas de las que Grace se rodeaba a esa edad. Cerré la puerta y seguí por el pasillo hasta el dormitorio contiguo.

Otra chica, aunque mayor. Una adolescente, tal vez. En una pared había un póster de la que parecía la última banda de chicos que estaba de moda, y, aunque había algún que otro peluche, todo era un poco menos «diminuto». Vi una base para Ipod en la mesilla, junto a la cama, y un revoltijo de pendientes y otras joyas encima de

la cómoda. Además, botellas de quitaesmalte, laca para el pelo, loción corporal…

Me paré ante el armario, tomé aire y giré el pomo.

—¡Mierda!

A pesar de lo asustado que estaba, conseguí mantener mi arrebato en un susurro; sin embargo, había hablado lo bastante alto como para que Grace lo oyera.

—¿Qué? —dijo su voz desde el bolsillo de mi camisa—. ¿Papá? ¿Qué ha pasado?

Saqué el teléfono.

—¿Sabes? A veces, cuando te pedimos que limpies tu habitación, lo vas metiendo todo en el armario, empeñada en ello, hasta que consigues cerrar la puerta.

—¿Sí?

—Pues no eres la única.

Volví a meterme el teléfono en el bolsillo. Había caído tanta ropa que me tapaba las puntas de los zapatos. Dejé la linterna, volví a guardarlo todo (con la esperanza de que mis huellas no aparecieran en ese montón de vaqueros, tops y ropa interior, puesto que no podía hacer la tarea con un fajo de pañuelos en la mano) y conseguí cerrar la puerta una vez más.

En el dormitorio principal, no me encontré con un armario de Fibber McGee. E incluso en ese momento pensé: «¿De dónde demonios ha salido esa referencia?». Yo no era lo bastante mayor como para haber visto o escuchado las viejas películas o programas de radio de *Fibber McGee and Molly,* pero esa era una frase que mis abuelos siempre utilizaban para describir un armario atestado. Cada vez que Fibber abría el armario del pasillo, caían sobre su cabeza, en cascada, un centenar de cosas. Y eso, por supuesto, provocaba hilaridad.

Me habría venido bien reírme en ese momento.

El dormitorio principal tenía un vestidor, así que, al abrir la puerta, no llovió nada. Estaba más ordenado que cualquiera de los armarios de las hijas, sin nada en el suelo enmoquetado. Los zapatos, y había

docenas de pares, cerca del noventa por ciento de ellos de mujer, estaban puestos con mucho orden en las estanterías. Observé ocho pequeñas impresiones rectangulares en la moqueta. Estaban agrupadas de dos en dos, cada una del tamaño de una ficha de dominó, más o menos. Al trazar líneas entre ellas, habrían formado un cuadrado de poco más de medio metro de lado, pero, como lo que yo estaba buscando era un cadáver, no pasé mucho tiempo pensando en eso.

Salí del armario e inspeccioné de nuevo el cuarto de baño. Eché un vistazo a la bañera para ver si alguien había sido arrojado allí.

Me saqué el teléfono del bolsillo.

—Ya casi termino —le dije a Grace—. Antes de volver a salir, echaré un vistazo rápido por el sótano. ¿Todo bien ahí fuera?

—Sí. Entonces, ¿no has visto a Stuart?

—No lo he visto ni a él ni a nadie, cariño.

—Gracias a Dios.

Pensé que era prematuro dar las gracias, pero esperaba que mi hija tuviera razones para ser optimista.

De camino al sótano, dirigí otra vez la linterna hacia la cocina para hacer un último barrido, y enseguida bajé las escaleras. Además de la sala de recreo, por cuya ventana yo había entrado, había una sala de calderas, un lavadero y un pequeño taller. De una pared colgaban herramientas de todo tipo. Vi una sierra de mesa, un taladro y un pequeño torno atornillado al banco de trabajo. En la pared se apoyaba una escalera de aluminio. Y, aunque en el lugar había un ligero olor a madera, no había ni rastro de serrín en el suelo de hormigón pintado.

En la pared del fondo vi un arcón congelador.

Medía unos dos metros de largo y me llegaba a la cintura. En un costado, una pequeña luz ámbar indicaba que estaba en marcha.

—Ay, no —dije en voz baja. Debía abrirlo o acabaría flagelándome de arrepentimiento. Y no, nunca más volvería a entrar en esa casa.

Me acerqué al congelador, cogí la linterna con la mano izquierda y

la levanté por encima del hombro. Con la luz proyectándose hacia abajo, usé la mano derecha para levantar la tapa.

Comida congelada. Mucha.

Al salir del taller, me sentía un poco más animado. Iba con la impresión de que en la casa no había cadáveres. No era el tipo de cosas que uno querría mencionar en una oferta inmobiliaria, pero, de cualquier modo, era algo bueno.

Vivo o muerto, Stuart Pollard no estaba allí, pero, si estaba bien, ¿por qué no contestaba al teléfono?

Se me ocurrían muchas explicaciones. La primera era que esa comadreja cobarde no quería atender la llamada de la chica a quien había arrastrado a una situación aterradora. No tenía el coraje suficiente para disculparse. No tenía el valor de admitir que había cometido una maldita estupidez.

Y ya no quise inventarme más explicaciones, esa ya me venía muy bien.

El problema era que no esclarecía lo que había ocurrido en esa casa una hora y media antes, más o menos.

Algo me estaba incomodando.

Y no se trataba de mis intentos por averiguar qué había pasado ahí. Había visto algo y apenas me estaba dando cuenta.

Hacía un rato, al pasar el haz de luz por la cocina, algo había llamado mi atención, pero no había reparado en ello hasta que llegué al sótano.

Algo no estaba del todo bien. Era una cosa brillante.

Una cosa en la isla de la cocina. No encima, exactamente, sino a un lado.

—¿Has terminado, papá? —preguntó Grace.

—Solo un minuto más —le dije.

Volví al primer piso, me situé en la entrada de la cocina y apunté la luz a la base de la isla. Los laterales estaban hechos con madera revestida. Eran de color claro, como el del roble blanqueado.

A unos treinta centímetros del suelo, había daños en el acabado.

El plano vertical se había manchado de algo cuyas gotas corrían hacia abajo.

A la luz de la linterna, podían haber sido, digamos, gotas de salsa de espagueti.

Me arrodillé y acerqué el haz. Se sentían frescas al tacto. Me llevé la punta del dedo a un palmo de la nariz y no detecté ningún olor a tomate o especias.

Se me encogió el corazón. En definitiva, ahí había sucedido algo, pero (como si una cosa así sirviera de consuelo) había muy poca sangre. Supuse que quienquiera que hubiera sufrido una herida se las había arreglado para salir de allí.

El hospital. Ahí era adonde debíamos ir a continuación: al Hospital Milford.

Me limpié la sangre del dedo, arrugué el pañuelo de papel y me lo metí en el bolsillo delantero de los vaqueros. Luego saqué el móvil.

—Hola, cariño. Voy a salir. Creo que tendremos que hacer otra parada de camino a casa. De hecho, estaba pensando que tal vez tendrían que ser dos. La primera, en el hospital, y, si Stuart no estuviera en Urgencias, tendríamos que pasar por delante de su casa de camino a la nuestra.

Era indispensable encontrar a ese chico. Teníamos que encontrarlo y averiguar qué le había pasado, si es que le había pasado algo.

Yo seguía esperando la respuesta de Grace.

—¿Grace? ¿Estás ahí? Creo que vamos a ir al hospital de camino a casa. He encontrado lo que parece un poco, solo un poco, de sangre aquí, en la cocina. —Grace aún no decía nada—. ¿Grace? —pregunté —. Grace, ¿estás ahí?

Nada.

Miré la pantalla de mi teléfono. La conexión se había roto. De inmediato fui a la ventana de la cocina para ver si veía a mi hija detrás de la casa.

No estaba.

Puse su número en la pantalla y estuve a punto de volver a llamarla, pero me contuve. Si Grace había corrido a esconderse entre

los arbustos (quizá esa policía de Milford había vuelto y estaba husmeando por la casa) y se había olvidado de silenciar el teléfono, lo último que ella necesitaba era una llamada mía. Y, aunque tan solo le enviara un mensaje, el breve tintineo alertaría a cualquiera a su alrededor.

Pensé en bajar corriendo y escabullirme por la ventana del sótano, pero lo reconsideré. Si un policía estuviera merodeando por ahí, no era el mejor momento para salir a escena, pero, si alguien llegaba a descubrir la ventana rota y decidía entrar en la casa, yo estaba atrapado dentro.

No era entonces, y, de hecho, nunca he sido, bueno para actuar bajo presión. No sabía qué hacer. Estaba paralizado, aterrorizado de que cualquier decisión fuera una metedura de pata.

Respiré hondo varias veces e intenté concentrarme. Necesitaba saber qué estaba pasando, y no iba a averiguar nada ahí, en la cocina, mientras hacía lo posible por no mearme en los pantalones.

Apagué la linterna y avancé con cautela por el salón hasta la ventana principal, desde donde podía ver la calle. No había ningún coche de policía, y eso era toda una bendición. Por supuesto, mi coche seguía en el mismo lugar, como un gran anuncio que a todo el mundo decía: «¡Aquí hay alguien! ¡Entrad y ved!».

Con el rabillo del ojo, detecté un movimiento.

Cerca del final del camino de entrada, al abrigo de un alto seto que separaba la propiedad de la siguiente, pude distinguir dos formas oscuras.

Eran dos personas, una frente a la otra. Estaban charlando.

Yo estaba casi seguro de que una de ellas era Grace.

Aunque estaba demasiado oscuro para leer las expresiones faciales, no había nada en la postura de mi hija que indicara que se trataba de un enfrentamiento. La otra persona, que era más o menos de su misma estatura, no agitaba los brazos ni señalaba nada con el dedo.

Y no parecía ser un varón tampoco.

Grace estaba hablando con otra chica. O con una mujer.

Antes, ella había visto a una mujer policía, pero aquella persona no parecía llevar uniforme ni un pesado cinturón cargado de accesorios policiales. Además, no había ningún coche patrulla en la calle; al menos, no en la parte que yo alcanzaba a ver.

Era hora de averiguar qué demonios estaba pasando.

Volví al sótano, me aupé por la ventana abierta y, ya fuera de la casa, me puse de pie otra vez. Al doblar la esquina, alcancé a oír las voces de dos personas que cuchicheaban.

Grace se volvió hacia mí.

—¡Papá!

Corrió a mi encuentro. La otra mujer no se movió de donde estaba.

Mi hija me rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en mi pecho.

—Pensé que nunca ibas a salir de ahí.

—Tu teléfono —dije, sin apartar los ojos de la mujer.

—Ah —exclamó Grace, y le echó un vistazo al móvil que aún tenía en la mano—. Debo de haberle dado a un botón o algo así.

—¿Quién es ella? —le pregunté.

—Todo está bien —dijo Grace—. Ya te lo había dicho: en cuanto he salido de la casa, antes de marcar tu número, he hecho otra llamada. Quería hablar con Stuart, pero también he llamado a otra persona.

Me solté del abrazo y caminé en dirección a la mujer misteriosa. Llevaba la linterna a un costado, apagada. Esperaba, una vez acortada la distancia, poder echarle un vistazo a esa persona.

Cuando estaba a medio metro de ella, hice un alto.

—Hola, profe —dijo.

—Jane.

Jane Scavullo.

Diecinueve

Cynthia Archer llevaba apenas cinco segundos en el apartamento de Nathaniel cuando se dio cuenta de que no había llevado consigo su teléfono móvil. No era que Terry fuera a llamarla para hablar de Grace ni de ninguna otra cosa, pero quería tener el teléfono a mano, por si acaso. Así que fue al otro lado del pasillo para coger su móvil y volvió a entrar en la casa de Nathaniel.

Se había convencido a sí misma de que tenía un buen motivo, un pretexto del todo inocente, para aceptar esa invitación a tomar un café. Necesitaba distraerse. Una charla con Nathaniel haría que su mente se ocupara en algo que no fueran Terry ni Grace ni lo que estaba sucediendo y le estaban ocultando.

Eso no tenía nada que ver con el hecho de que Nathaniel fuera un joven atractivo. Para ser realistas, era un joven atractivo y *roto.* Ahí había más equipaje que en la oficina de objetos perdidos del aeropuerto de La Guardia. Y ese breve episodio con Orland, pobre hombre, había sido inquietante.

Mientras Nathaniel buscaba dos tazas en el armario, dijo:

—Qué agradable haber conocido a tu marido…

—Terry —apuntó Cynthia.

—Sí, Terry. Espero no haberos interrumpido cuando hablabais en el porche. No me había dado cuenta… Mira, lo que quiero decir es que nunca me fijo en cosas como las alianzas, así que no me había dado cuenta de que estabas casada. Y, ya sabes, estás aquí, viviendo sola (claro, esto, de todos modos, no es asunto mío), así que… Cielos, estoy divagando.

Cynthia sonrió.

—Está bien. No te preocupes.

—Parece un buen tipo.

—Lo es.

—Siéntate —dijo Nathaniel, y señaló una pequeña isla en un rincón de la cocina. Debajo del saliente de la barra había dos taburetes. Cynthia sacó uno y se sentó apenas en el borde, con un pie apoyado en el travesaño. Nathaniel llenó una jarra de vidrio con agua fría del fregadero de la isla. Se giró a la encimera que tenía detrás y vertió el agua en la cafetera eléctrica. Para terminar, colocó la jarra en la base del aparato.

—Bebo descafeinado, pero la mera idea me parece un despropósito —afirmó—. Como el vino sin alcohol. O el pastel sin glaseado. O el sexo sin orgasmo. —La miró—. ¿Me he excedido?

—Sí, lo del pastel ha sido demasiado —dijo Cynthia.

—La cosa es que, a estas horas, solo puedo beber descafeinado. Ya me cuesta dormir. Lo último que necesito es estar más nervioso.

—¿Qué te ha puesto nervioso, aparte de lo de Orland?

Mostró una sonrisa fingida.

—Nada, en realidad. Ha sido solo que… Venía de vuelta, como desahogándome por la autopista, a más de ciento cuarenta. Entonces he mirado por el retrovisor y me ha parecido que tenía un poli detrás. Por poco me da un infarto. Era un Charger. La policía los usa mucho como coches encubiertos, pero ha resultado ser un tipo cualquiera.

—¿De dónde venías?

—De ninguna parte. Hay muchas noches en las que solo salgo a conducir. A pensar. En lo que he sido y cosas así.

—¿Sabes? Creo que debería llamar a Barney, en serio —dijo Cynthia. Ya tenía el número guardado en el teléfono. Abrió la lista de contactos, pulsó la pantalla y se llevó el móvil a la oreja. Después de tres timbrazos:

—¿Quién es?

—¿Barney? Soy Cynthia, de…

—Sí, lo sé.

—Siento llamar tan tarde, pero hay algo que creo que debo decirte. —Y le contó la historia.

—Ay, no —dijo Barney—. Orland había estado bien durante algún

tiempo, pero supongo que estará empeorando. El otro día fui a buscarlo. Lo oí hablar con alguien, pero cuando me abrió la puerta, no había nadie más. Tampoco estaba hablando por teléfono.

—Hoy estaba buscando a su mujer —dijo Cynthia.

—Lleva muerta treinta años, por lo menos. Si ese hombre empezara a perder los papeles, podría hacerse daño.

—Por eso te estoy llamando. Pensaba que, si él llegara a dejar algo en la estufa…

—Vale, iré a ver cómo está. Y gracias.

Cynthia dejó el teléfono sobre la encimera y vio a Nathaniel sacar café molido de una lata, ponerlo en la cafetera y derramar un poco.

—Mierda —dijo él. Puso la mano a modo de escoba y barrió el café derramado hacia la otra palma. Aplaudió sobre el fregadero y se enjuagó las manos para quitarse los gránulos—. Siempre igual. —Forzó otra risa—. Tal vez he cogido algo de los perros. Moquillo o algo así.

Cynthia sonrió.

—Podrían ser pulgas. Necesitas uno de esos collares.

Él movió la cabeza de arriba abajo.

—Eso podría hacer que dejara de rascarme el cuello con el pie.

—Algo digno de ver.

—Oye, soy flexible —dijo Nathaniel, y luego, quizá pensando que el comentario tenía alguna connotación sexual, añadió de inmediato —: Con todo esto de tener que agacharme y recoger… Es mejor que el yoga. ¿Has probado el yoga?

—No.

—Lo probé una vez y no me gustó. He hecho todo tipo de cosas: yoga, *spinning…* Ya sabes, eso de las bicicletas estáticas. Una sola clase de *step,* porque, en realidad, eso era de chavalas. Y kárate, aunque nunca pasé del cinturón morado, que no es tan impresionante. Todavía recuerdo un par de cosas, pero ¿aquellas *katas*? O sea, eso de pasar de un movimiento a otro. Nunca pude hacerlo bien. También he probado el *footing,* y todavía lo hago, más

o menos, con los perros. En vez de caminar, corremos casi un kilómetro a toda velocidad.

La cafetera gorgoteó cuando la olla empezó a llenarse.

—¿A cuántos perros ajenos paseas cada día? —preguntó Cynthia.

—Tengo diez. Voy de casa en casa. Hago cuatro por la mañana y seis por la tarde. Por cada caminata son unos cuarenta y cinco minutos. Después de comer, llego a meter otro par a la fuerza, porque algunos de mis clientes viven en la misma calle y puedo pasear a sus perros de dos en dos.

—¿Se llevan bien? Me refiero a los perros, no a tus clientes. Aunque, si quisieras cotillear sobre ellos, soy toda oídos.

—Sí, los perros se acostumbran unos a otros. Les gusta jugar, aunque a veces no cubro tanto territorio con ellos. Pasan más tiempo olisqueándose que paseando.

Cynthia negó con la cabeza.

—Deben de gustarte mucho para pasarte el día haciendo lo que haces.

—Siempre los tuve cuando era niño. Nunca más de uno a la vez, pero, si uno moría de viejo o lo atropellaba un coche o lo que fuera, encontrábamos otro.

Ella hizo una mueca de dolor.

—¿A tu perro lo atropelló un coche?

Nathaniel hizo una uve con los dedos.

—A dos. Perdimos a O'Reilly cuando yo tenía tres años, y a Skip, a los diez. Vivíamos en un camino rural, cerca de Torrington. Tengo mucha familia en ese lugar. Mi hermano vivía por allí. Aún me quedan sobrinas y sobrinos por esos lares. Y, volviendo con los perros, mis padres nunca los ataban; los querían corriendo libres. Mi padre decía: «Si eso significa que alguno terminará atropellado, vale, así sea». Prefería ver a un perro pasar cinco años corriendo que quince encadenado a un árbol.

—Vaya, no sé yo —opinó Cynthia.

—Como quiera que sea, cuando ya me había ido de casa y trabajaba todo el tiempo, no tenía perro. Mi ex, así se la coman las

ladillas, era alérgica, por lo que, durante varios años, no hubo perros en mi vida. Entonces, cuando todo se fue a la mierda y me vi en la necesidad de hacer otra cosa, bueno… —Levantó las manos.

—Pero te las arreglas.

—Ah, sí. Veinticinco pavos por perro, diez perros… Son doscientos cincuenta al día, mil doscientos cincuenta a la semana, y todo en efectivo. Es el equivalente a unos mil ochocientos a la semana, si tuviera que pagarle al tío Sam. —La miró, suspicaz—. En este punto es cuando me confiesas que, en realidad, trabajas para Hacienda, y no para Sanidad.

—Te he pillado —dijo Cynthia.

—Y, ya sabes, tengo alguna que otra entrada de dinero adicional. Después de que mi empresa se fuera al garete, a lo único que quería aferrarme era mi ATS.

—¿A tu qué?

—Mi coche. El Cadillac.

—Ah.

—Digamos que no es un híbrido, en lo que a consumo de gasolina se refiere, y el seguro tampoco es barato, pero, maldita sea, solo quería aferrarme a ese volante. —Se rio—. Deberías ver la cara de la gente cuando aparezco a pasear perros en un Cadillac.

Cynthia preguntó:

—¿Esos perros no se vuelven locos cuando entras en su casa y los dueños no están?

—Sí, primero hay que conocerlos; de otro modo, son capaces de volverse locos con uno. Además, tengo un doberman y un pastor alemán. No los saco a pasear juntos, porque no son el tipo de chuchos que querrías que se inquietaran cada vez que entras por la puerta principal.

—¿Así que la gente te da sus llaves? —preguntó Cynthia.

Él señaló un llavero, junto a la tostadora, con lo que parecían una docena de llaves.

—En algunos sitios también necesito un código de seguridad, pero, si no les importa darle esas cosas a la niñera, tampoco les

importa dármelas a mí. —Suspiró—. Debo parecerte la persona más penosa del mundo. Un tipo de mi edad… y haciendo esto… ¿Sabes que yo valía cientos de miles? Lo que gano en una semana paseando a esos malditos perros lo ganaba en diez minutos. Podía comprar lo que quisiera. Si entraba en una tienda y veía un par de zapatos que costaban trescientos pavos, ni me lo pensaba. Decía: «Sí, los voy a comprar». Entonces me los llevaba a casa, me los ponía una vez y, si descubría que me hacían daño, ni siquiera intentaba devolverlos. Todo eso me importaba una mierda.

Cynthia negó con la cabeza.

—No creo que seas penoso. ¿Qué se dice por ahí? La vida es un viaje, y, si lo piensas, la tuya ha sido más interesante que la de la mayoría. Ya me lo habías dicho cuando te conocí: te estás tomando un respiro. Y no será para siempre. En algún momento pensarás: «Vale, es hora de seguir adelante».

Y, en ese momento, ella se dio cuenta.

Era hora de seguir adelante.

Dejaría el apartamento.

Volvería a casa.

Uno no resuelve los problemas domésticos mudándose. Uno resuelve sus problemas quedándose en casa y resolviendo sus malditos problemas.

«No voy a huir. Me voy a casa».

—¿Cynthia?

—¿Eh?

—¿Estás ahí?

—Sí, te escucho.

—He dicho que quizás tengas razón. Todo lleva su tiempo, ¿no?

Ella asintió con lentitud y luego dijo:

—Me voy a mudar esta semana.

—¿Adónde te vas?

—¿A casa?

—Apenas llevas aquí unas cuantas semanas —dijo él.

—Han sido unas semanas demasiado largas. Esto ha sido… Esto

ha sido una equivocación.

—No —dijo Nathaniel—. Quizá tenías que venir aquí para descubrir que mudarte es un error. Por tonto que te parezca. Suponía que habías venido a despejarte, a descubrirte a ti misma. Quizá vivir aquí te ha hecho apreciar lo que has dejado atrás, sea lo que sea. Tu marido y tú tenéis un hijo, ¿verdad?

—Grace —dijo ella con nostalgia—. He dejado a mi familia porque me creía enferma, pero ellos son lo único que puede hacerme mejorar.

—¿Qué sueles tomar?

—He probado un par de cosas, como el Xanax, pero no me sientan bien. Creo que tengo que resolver mis problemas por mí misma, sin interferencias artificiales.

—Te estaba preguntando por el café.

—¡Ah! —Cynthia rio.

—¿Leche, azúcar?

—Solo, gracias.

Nathaniel sacó la jarra y llenó dos tazas. Puso una delante de Cynthia y se golpeó la frente con la base de la mano.

—¿Y por qué demonios estoy haciendo café? Esta es una noche especial para ti. Si vas a mudarte, si vas a volver a casa, eso merece una celebración.

Antes de que Cynthia pudiera tocar su taza, él la cogió y la vació en el fregadero. Abrió la puerta del frigorífico y sacó una botella de vino blanco.

—No, estoy bien —dijo ella.

—Qué bobada.

—De verdad, es…

—Mira, es un pinot gris con tapón de rosca y la botella está abierta. No es un gesto tan grandioso como podría parecer. A menos que… Sí bebes, ¿verdad?

Ella suspiró.

—Sí.

—Vale. Bien, entonces. —Encontró en el armario dos vasos, viejos

frascos de mantequilla de cacahuete, y le quitó el tapón a la botella. Miró la etiqueta—. Estupenda cosecha. Marzo, creo.

Cynthia sonrió incómoda. Tomar un café con el chico del otro lado del pasillo (y, de verdad, comparado con ella, era un *chico*) era una cosa, pero compartir una botella de vino… Eso ya era otra cosa, ¿no?

«Para. Solo está tratando de ser amable».

Él llenó los dos vasos y le entregó uno.

—Salud —dijo, y levantó su vaso y lo chocó apenas con el de Cynthia—. Por un nuevo comienzo.

Por un nuevo comienzo.

—El mío llegará un poco más tarde —dijo Nathaniel—. Estuve en un club de vinos. Era muy muy presuntuoso. A mi mujer y a mí nos invitaban a catas, con quesos de lujo y chocolate. Me enviaban el último chardonnay o merlot o lo que fuera en cajas de madera. Costaba una fortuna. Por esta botella pagué siete dólares. Y me emborracha con la misma eficacia que las bebidas caras. Y eso es algo que, por cierto, hago con frecuencia, y, a menudo, solo. —Se llevó el vaso a la boca, lo apuró de un trago y volvió a llenarlo—. Yo era alguien —se lamentó—. Ya no.

—Lo siento, Nathaniel —dijo ella—. Qué injusticia.

—¿Nunca te he pedido que me llames Nate?

—Pues…

Él sonrió y le dio una palmadita en la mano.

—Llámame Nate.

—De acuerdo, Nate.

—En cierto modo, ha sido una bendición. Estaba tenso todo el tiempo, currando cada minuto. Supongo que, si no lo hubiera perdido todo, me habría puesto al borde de un ataque de nervios, pero lo perdí todo. To-do. Aunque lo peor fue haber perdido a Charlotte.

—¿Era tu…?

—Mi mujer, sí. En cuanto se detuvo el flujo de dinero, comenzó a buscar la salida. Acabó con un gilipollas, y yo creía que era mi

amigo. El tipo aún tiene una tarjeta platino. Dirige una empresa de juegos de ordenador. Yo lo hice rico y, ahora… —Sacudió la cabeza.

Cynthia no sabía qué decir.

—¿Alguna vez lo has perdido todo? —preguntó él.

Cynthia titubeó.

—Sé algo del tema.

Le picó la curiosidad.

—¿En serio? ¿Tenías una fortuna y desapareció? ¿Una casa grande, un coche de lujo? ¿Toda esa mierda?

—No, no fue una pérdida financiera. —Se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo.

Los ojos de Nathaniel se suavizaron.

—Uy, lo siento. Qué mierda, pero no te refieres a tu marido y tu hija. Aún los tienes.

Ella se pasó el vino por la lengua, como si hubiera salido de una botella de más de siete dólares, y luego lo tragó con parsimonia.

—Fue hace mucho. Mi familia. Perdí a mi familia.

—¿Qué quieres decir? ¿Algo así como que tus padres murieron?

Ella no tenía la energía ni el deseo suficientes para contarle la historia.

—Más o menos —dijo—. Y también mi hermano. Yo fui la única que quedó. Después de eso, me fui a vivir con mi tía.

—Madre mía —exclamó él—. ¿Cómo fue?

Cynthia sacudió la cabeza.

—Lo siento, lo siento. Ni siquiera es asunto mío. Vaya, soy un imbécil. Todo es «compadécete de mí» mientras tú has pasado por algo mil veces peor. —Cogió su vaso y la botella, rodeó la isla y se sentó en el taburete junto a ella, de modo que sus hombros se rozaban. Cynthia sintió que de su cuerpo se desprendía una especie de carga—. De verdad, lo siento.

Ella negó con un gesto.

—No te preocupes. Lo que te pasó a ti, lo que me pasó a mí… A ambos nos cambió la vida. A su manera, los dos sucesos han sido lacerantes.

—Sí, y, sin embargo… Déjame rellenar tu vaso.

Aunque Cynthia se había tomado solo la mitad, lo dejó hacer. Nathaniel casi se había terminado su segundo vaso. Se sirvió más vino y con eso vació la botella.

—¿Alguna vez piensas, cuando te ha tocado vivir algo realmente horrible, que…? —preguntó con voz pausada—. No sé cómo decirlo. ¿Alguna vez te has dicho a ti misma «estoy harta de seguir las reglas»? ¿Como si dijeras «al diablo con todo, me importa una mierda»? ¿Como si quisieras vengarte? ¿No solo con una persona en particular, sino con todo el mundo?

Cynthia bebió otro sorbo.

—Pasé por ahí en mi adolescencia, pasé por creer que tenía derecho a todo tan solo porque me había tocado la pajita más corta, pero lo superé. No quería ser una jodienda para mi tía. Lo que quiero decir es que ella había sido lo bastante buena como para acogerme. Si me hubiera echado, yo no habría tenido adónde ir. Que te llueva mierda no significa que tengas que hacerle la vida más difícil a quienes te rodean.

—Vale, sí, claro. ¿Y tu tía sigue viva?

Cynthia sintió un nudo en la garganta. Se le humedecieron los ojos.

—No.

Se quedaron un rato sentados, hombro con hombro, sin decir nada.

Al final, Cynthia habló:

—Mira, debo marcharme.

—Tengo otra botella abierta en la nevera. Me parece una estupidez que no nos la terminemos. —Ella notó que la presión en su hombro aumentaba un poco.

—Nate —dijo.

—Siento que he desperdiciado estas últimas semanas. Tener a alguien como tú al otro lado del pasillo… Y ahora te estás preparando para irte.

—Nate.

—Lo que quiero decir es que me caes bien, que es agradable charlar contigo. Es *fácil.* Pudiera ser que lo que te ha sucedido te haya vuelto más compasiva que la mayoría de la gente.

—No sé nada de eso.

Él abrió la boca para decir algo, se contuvo y volvió a intentarlo.

—Es posible que haya hecho algo indebido —dijo Nathaniel. Se movió en el taburete para quedar frente a ella y poner su cara a escasos centímetros de la de Cynthia.

—Nate, está bien. Sea lo que sea, no te preocupes.

—Tu marido tiene suerte de que vuelvas a casa. Si fueras mi mujer, nunca te habría dejado ir.

—De verdad, debería…

—No, lo digo en serio. Eres muy…

—Tengo suficiente edad para ser tu madre —dijo Cynthia.

—Qué va, a no ser que te hubieras quedado preñada a los diez años —dijo él en voz baja.

—Y te equivocas: no has hecho nada indebido, y yo tampoco. Solo estamos tomando una copa. Y, ahora, me voy a casa.

—No, espera, no estaba hablando de eso —dijo Nathaniel—. La razón por la que te he pedido que vinieras… Vamos a ver, te he pedido que vinieras porque me caes bien, ¿sabes? Pero hay algo que quería preguntarte.

Vacilante, ella dijo:

—Vale.

—Se trata de tu amigo.

—¿Mi amigo?

—El que se dejó caer por aquí hace un par de semanas.

Cynthia recordó el encuentro del que le estaba hablando.

—¿Qué tiene que ver?

—Recuerdo que me preguntó a qué me dedicaba, y se lo dije: a pasear perros.

—Sí.

—Así que, después, tú le habrás hablado un poco más de mí, ¿no?

Ella trató de recordar.

—Si lo hice, no era mucho lo que tenía que contarle, Nate, con toda franqueza.

—El caso es que luego se puso en contacto conmigo.

Cynthia sintió un escalofrío.

—Ah.

—Sí. Debió de buscarme en Google o algo así, porque sabía por lo que yo había pasado. Había leído sobre mis problemas financieros y sabía que esto que me está pasando ahora ha sido una especie de bajón, después de haber vendido aplicaciones y ganado cientos de miles de dólares, ¿no? Incluso indagó en mi vida personal. Supo que mi mujer me había dejado y descubrió que ella se veía con un tipo nuevo.

—Nate, ¿qué demonios…?

—Como sea, me dijo que podía ayudarme, en caso de que yo pudiera ayudarlo a él.

—¿Ayudarlo cómo?

Él titubeó.

—No quiero entrar en esa parte.

—Pero ¿qué me estás contando?

—Yo lo estuve pensando y le dije que sí —continuó Nathaniel—, porque me dijo, y fue muy firme en esto, que no sucedería nada malo. Que nunca nadie lo sabría.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Dime, ¿qué aceptaste hacer?

Se puso la palma de la mano sobre la boca y la arrastró hacia abajo, hasta la barbilla.

—Creo que lo mejor sería que no te lo contara todo.

A ella eso le venía muy bien. No estaba segura de querer saberlo.

—Pero lo que yo me preguntaba era si podrías hablar con él, dado que es amigo tuyo. La cosa es que quiero dar por terminado nuestro acuerdo. Quiero acabar con esto. Incluso estoy dispuesto a devolverle cada centavo que me ha pagado hasta ahora. Bueno, al menos, la mayoría. He gastado una parte, pero no me parece el tipo de persona que se inclinaría por dejar a alguien abandonar un

acuerdo comercial, por más que no tengamos lo que cualquiera llamaría un contrato firmado.

—¿Quieres que hable con él? —preguntó Cynthia.

Nate asintió.

—Sí, te lo agradecería mucho. Quiero decir, Vince es tu amigo, ¿verdad? Dijo que te conocía desde hace tiempo, desde el instituto, y que seguíais en contacto.

Veinte

Terry

Llevaba seis meses sin ver a Jane Scavullo.

Una vez me encontraba en el Whole Foods, comprando un pequeño envase que contenía ensalada de huevo, panecillos ingleses y un poco de pasta fresca, lo suficiente para tener que pagar veinte dólares, cuando me di cuenta de que Jane estaba en la caja delante de mí.

Me debatí entre llamar su atención o no. Esa chica era diferente a la que yo había tenido en clase, siete años antes, cuando, a sus diecisiete, era mi alumna de Escritura Creativa. Aquella joven a la que suspendían por pelearse con otras chicas, la que prefería pasarse el día fumando en el baño antes que ir a clase, la que tenía un eterno resentimiento, la que no aceptaba una mierda de nadie y a la que nada parecía importarle mucho… sabía escribir.

Cuando yo tenía que corregir una pila de trabajos de su clase, siempre dejaba el suyo para el final (suponiendo que lo hubiera entregado). De uno de ellos, todavía recordaba este fragmento:

> *… Eres niña y crees que las cosas van jodidamente bien, y entonces, un día, un tipo que se supone que es tu padre te dice hasta luego, que tengas una buena vida. Y piensas, ¿qué coño es esto? Luego, con los años, tu madre acaba viviendo con otro tío, y eso no está mal, pero piensas ¿cuándo llegará? Eso es la vida. La vida es preguntarte una y otra vez ¿cuándo llegará? Porque, si ha tardado mucho, mucho tiempo en venir, joder, sabes que te toca.*

Escribió esto después de que su madre se hubiera ido a vivir con

un hombre llamado Vince Fleming, un individuo que, según decían, era bien conocido por la policía, y no solo aquí, en Milford. Siete años atrás pasé una larga y angustiosa noche en compañía de ese tal Vince, la noche en que nos ayudó a averiguar qué le había ocurrido a la familia de Cynthia.

Y él había estado a punto de morir en el proceso.

Pero, en esa ocasión, las buenas acciones no convirtieron a Vince en un ciudadano ejemplar.

Esa noche llegó a admitir su responsabilidad en un asesinato cuando era joven, aunque yo sospechaba que había habido más. Me ponía nervioso y, sin embargo, nunca me pareció un psicópata. En su mundo, cualquiera de sus actos de violencia era parte del negocio. Sin embargo, tal como tuve que recordarme a mí mismo en aquel momento, el hecho de que un escorpión no te pique por desprecio no significa que sea una buena idea pasar el rato con uno.

Algo me había quedado claro en el poco tiempo que pasamos juntos: aunque Jane Scavullo no era su hija, la chica significaba mucho para él y él quería lo mejor para ella. Vince se había convertido en padre cuando tenía poco más de veinte años. La joven a quien había dejado embarazada tuvo una niña, pero no pasó mucho tiempo antes de que madre e hija murieran en un trágico accidente.

Creo que, a menudo, Vince veía en Jane a la niña que su propia hija podría haber llegado a ser.

Siete años atrás, me hizo prometerle que haría todo lo posible por ayudarla. Si bien tuve que salir durante unos años del instituto Old Fairfield a raíz de un traslado, seguí animando a Jane con su escritura, pero no era fácil. No bastaba con decirle que era buena engarzando palabras. Tenía que convencerla de que valía la pena escribir sobre su vida; que no hacía falta ser una celebridad de renombre para resultar interesante; que hay valores y cosas que aprender en las vidas de todos y cada uno de nosotros; que sus experiencias, por mucho que ella intentara restarles importancia, eran dignas de examen.

—¿Por qué te preocupas por mí? —me preguntó Jane más de una vez.

—Si te dijera que lo hago porque me importas, pensarás que soy un embustero —le dije—. No me vas a creer. Así que te daré una razón más egoísta: lo hago por mí. Si lograra que te preocuparas más por tu futuro, me sentiría mejor sobre quién soy y lo que he conseguido como profesor.

—Así que se trata de un ego enorme —dijo ella.

—Sí. Se trata de mí. No tiene nada que ver contigo en absoluto.

Jane seguía imperturbable.

—De manera que, si finjo que todo me importa una mierda, tú te pones en plan *Mr. Holland's Opus.*

Sonreí.

—Sí. Solo finge. No lo hagas por mejorar; no lo hagas porque, en el fondo, eso es lo que quieres. Hazlo para ver si consigues engañarnos.

—De acuerdo —dijo Jane—. Soy como tu Eliza Dolittle; no, más bien, como tu Eliza Do-nothing, la que no hace nada.

—Esa es buena —dije.

—Tú crees que no leo, que no sé una mierda.

—¿Lo ves? Ya te estás animando.

Otros profesores con quienes me mantuve en contacto me iban informando de que Jane Scavullo empezaba a esforzarse. Aún no era material de Yale, que digamos, pero podría salir de nuestro edificio con un diploma.

—Esa actuación te va muy bien —le comenté.

—Voy a por un Óscar —dijo.

Cuando estaba en el último curso, ya no se saltaba tantas clases. Hacía sus deberes. Sus notas estaban mejorando.

—Creo que ya no estás actuando —le dije un día—. Te prometo no decírselo a nadie, pero creo que está empezando a importarte.

—No lo hago por ti —dijo.

—Lo haces por ti misma —repliqué.

—Dios mío, te crees muy listo, pero, en realidad, no lo eres —me

dijo—. Lo hago por él.

Por Vince.

Y yo tendría que haberme dado cuenta mucho antes. Intentaba compensarlo haciendo algo por sí misma. Me costó percatarme de que Jane cargaba con mucha culpa en lo que a Vince se refería. Ella lo había convencido de que me ayudara aquella noche en la que él había estado a punto de morir.

Yo ayudé a Jane con sus solicitudes universitarias y escribí cartas de recomendación. Sus profesores tenían razón: no era material para Yale, pero la aceptaron en la Universidad de Bridgeport, donde estudió publicidad.

—Esto es perfecto para mí —afirmaba—. Me he pasado la vida intentando hacer creer a la gente mierdas que no son verdad.

La publicidad le permitía aprovechar su don de palabra y su poder de persuasión.

Me enviaba correos electrónicos de vez en cuando, sobre todo durante su primer año. Llegué a preguntarme si me invitaría a su graduación, así que me sentí aliviado cuando no lo hizo. De todos modos, era muy probable que no se hubiera molestado en asistir. Jane no valoraba mucho las ceremonias, pero, si ella hubiera ido, y si yo hubiera asistido, habría habido muchas posibilidades de que me topara con Vince, y eso no me habría gustado.

Durante mucho tiempo, todo lo relacionado con Vince me ponía muy tenso.

Cynthia y yo lo visitamos dos veces mientras se recuperaba de su herida de bala en el hospital de Milford. Los ratos que pasamos con él no fueron lo bastante largos como para considerarlos visitas. No se alegró mucho de vernos.

«Lo más estúpido que he hecho nunca ha sido mezclarme con vosotros», dijo la primera vez que entramos en su habitación del hospital.

Eso era difícil de rebatir. Fue Cynthia quien insistió en que volviéramos una segunda vez para ver cómo estaba.

«Su actitud podría haber mejorado si se encuentra mejor —me

dijo ella—. Le debemos mucho».

Así que volvimos a intentarlo.

Con la mirada fija en Cynthia, Vince dijo: «Si encontrara una puta máquina del tiempo, me metería en ella, ajustaría los controles en 1983 y, en vez de salir contigo aquella noche, habría buscado a la chica más fea de Milford, joder. Incluso habría salido con un maricón y habría hecho lo que a ese tipo le diera la gana con tal de no haberme visto arrastrado a tu lío ni haber acabado aquí, todos estos años después, con un tiro en las putas tripas. Así que quédate con tus tarjetas de "mejórate" y tus flores de mierda y lárgate de aquí».

Optamos por no hacer una tercera visita. Desde entonces, no hemos vuelto a verlo.

No le conté a Jane lo del encuentro, pero mantuve la promesa que le hice a Vince de ayudarla.

—¿Qué hay entre vosotros? —me dijo ella una vez—. Le he preguntado si estáis en contacto y solo refunfuña.

—Hemos tomado caminos distintos —dije.

—Te crees demasiado bueno para él, ¿verdad? —dijo Jane—. Es el chico que vive al otro lado de las vías, en el lado malo. No querrías que te vieran con él.

Eso me tocó una fibra sensible.

Incluso si Vince hubiera estado dispuesto a relacionarse conmigo, si hubiéramos quedado para tomar una cerveza de vez en cuando, yo, tal vez, me habría resistido, pero no porque pensara que era demasiado bueno para él. Vince no era el tipo de persona con la que me atrevería a convivir. Era un tipo duro, y también lo era la gente con la que se juntaba. Se ganaba la vida rompiendo todas las reglas.

Yo, en cambio, era un profesor de instituto que pagaba sus multas de aparcamiento.

Vince mataba a gente.

De verdad, no habríamos podido vernos como amigos.

Así que, cuando vi a Jane en Whole Foods, me sentí indeciso. Habría estado bien saludarla, ponernos al día, pero la conversación,

sin poderlo evitar, giraría en torno a Vince, y yo no quería hablar de él.

Me estaba metiendo en mi coche cuando, detrás de mí, una voz me dijo:

—Me has visto y no has dicho nada. Lo sé. —Me di la vuelta y la vi frente a mí, con una bolsa marrón de papel reciclable en la mano—. No lo niegues.

—No lo voy a negar —contesté—. Tienes muy bien aspecto.

Y lo tenía. Nada de vaqueros rotos ni el pendiente en la nariz ni mechones rosas en el pelo. Parecía… refinada. Ropa a medida, chaqueta elegante, uñas pulidas, el pelo más corto de lo que yo recordaba y bien arreglado.

—Tú tienes una pinta de mierda —me dijo, y sonrió—. Lo siento. Supongo que mi antiguo yo acaba de tomar el control. Déjame volver a intentarlo: ¿cómo te encuentras?

—Bien —le dije. Supuse que había una pesadez en mi voz y ella la había captado. En casa, las cosas estaban minando mis fuerzas.

—No pretendía someterte a un primer grado. Si no quieres hablar conmigo, no pasa nada.

Sonreí.

—Lo lamento. Te he visto, pero me ha parecido que tenías prisa y no quería retrasarte. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Ya sabes, bien. Solo iba de vuelta al trabajo.

—¿Y dónde es eso?

—Cuando acabé los estudios, conseguí un puesto en Anders and Phelps. —Se quedó esperando medio segundo para ver si el nombre me decía algo. Al ver que no lo reconocía, me dijo—: Es una pequeña empresa de publicidad de Milford. No es como si tuviéramos la cuenta de Coca-Cola o algo así. Trabajamos con negocios locales, pero es divertido. Estoy preparando un anuncio de radio para un reparador de hornos.

—Es fantástico —dije, y lo decía en serio.

Ella se encogió de hombros.

—Vale, no es *Mad Men,* que digamos, pero hay que empezar por

algún sitio. Así que, cuando te he dicho que estabas hecho mierda, no era eso lo que quería decir, pero se te nota un poco, ya sabes, cansado.

—Un poco —le dije—, pero, bueno, ¿a quién no le pasa algo de vez en cuando, verdad? Esta es una de esas veces.

—Madre mía, después de toda aquella mierda de…, ¿cuándo? ¿Hace seis años?

—Siete.

—¿No ha marchado todo bien después de eso?

—Hacemos lo posible.

—¿Cómo está tu hija? ¿Grace? ¿Cuántos años tiene ya?

—Catorce. Aunque más bien parece de diecinueve.

—¿El infierno desatado?

—Tiene sus momentos. —Titubeé—. ¿Cómo está Vince?

Otro encogimiento de hombros.

—Bien, supongo. Él y mi madre legalizaron su relación hace cinco años: se casaron.

—Qué bien.

Ella sacudió la cabeza.

—Sí, pero murió hace un mes. Cáncer de mama.

Me dio mucha pena.

—Lo siento.

Jane sacudió la cabeza.

—Oye, como acabas de decir: ¿a quién no le pasa algo de vez en cuando, verdad? Fui hijastra oficial hasta hace cuatro semanas; luego, quizá no. —Una pausa, durante la cual pareció recomponerse —. De todos modos, hace tiempo que me mudé.

—¿Cómo lo lleva Vince?

—Ya lo conoces. Uno no sabe si compadecerse de él o tomarlo por un imbécil. De todos modos, estoy mejor por mi propia cuenta. Tengo un apartamento junto al agua. Es una pasada. Y hay más.

—Cuéntame —le dije.

Sonrió.

—Hay un tipo. Bryce. Llevamos saliendo mucho tiempo. Cuando

me mudé, nos pusimos a vivir juntos.

—Oye, eso es estupendo. Me alegro de que las cosas te hayan ido bien en ese terreno.

Jane Scavullo hizo una pausa. Parecía evaluarme.

—Qué resistencia la tuya, profe. Creíste en mí cuando nadie más lo hacía.

—No era tan difícil.

—Eso —dijo— es una absoluta gilipollez. —Se produjo un silencio incómodo—. Mira, debería dejarte marchar. Estoy encantada de haberte visto.

—Yo también, desde luego.

Me dio un abrazo y se dirigió a su coche. Un Mini azul. Al alejarse, se despidió con la mano.

Y ahora estábamos ahí, en un nuevo encuentro. En el lugar y las circunstancias más inverosímiles. En la entrada de una casa donde mi hija temía haberle disparado a alguien; una casa a la que se había colado de manera ilegal.

Y donde yo no había encontrado a Stuart, pero sí había encontrado sangre.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Se trata de Vince —dijo Jane—. Quiere hablar contigo.

Veintiuno

Terry

¿Vince Fleming quería hablar conmigo? ¿En ese momento? ¿A esas horas de la noche? ¿Qué sentido podía tener eso? Hacía siete años que no hablaba con él, desde aquella segunda visita al hospital. ¿Por qué querría ponerse en contacto conmigo de nuevo?

A menos que…

¿Había estado yo merodeando por la casa de Vince Fleming? Según sabía, él seguía viviendo en East Broadway, en su casa de la playa.

—Dime que esta no es la casa de Vince —le dije a Jane. La sola idea de haberme colado en casa de ese hombre me revolvía las entrañas.

Jane sacudió la cabeza.

—No.

—Bueno, gracias a Dios. Si esta no es su casa, no sé qué quiere de mí, entonces. Grace y yo tenemos que marcharnos.

Lo que yo quería era meter a mi hija en el coche e ir directo al Hospital Milford para ver si Stuart Pollard había sido ingresado. Y, dependiendo de lo que averiguáramos allí, era muy posible que yo tuviera que ir a buscar un abogado para mi hija antes de que saliera el sol. Alguien había perdido sangre en aquella casa, y, cuanto antes averiguáramos quién había sido y cómo la había derramado, mejores serían nuestras posibilidades de solucionar ese embrollo. Es difícil sacar a alguien de un apuro si no sabes cuán grave es.

—¿Cómo demonios sabías que estábamos aquí? —le pregunté a mi exalumna.

Los ojos de Jane se desviaron hacia Grace.

—La he llamado yo —dijo Grace—. Hace un rato. Antes de pedirte

que vinieras a recogerme.

¿Grace había llamado a Jane? ¿Desde cuándo Grace tenía a Jane entre sus contactos? ¿Desde cuándo Grace conocía a Jane?

—¿Cómo? —le pregunté a mi hija—. ¿Por qué la has llamado?

Grace habló en voz tan baja que no pude entenderla.

—¿Cómo? —volví a preguntar.

—Porque es mi amiga —dijo Grace—. Porque pensaba que podía ayudarme.

Jane intervino:

—Yo le he dicho que debería dellamarte a ti, no a mí.

—¿Qué has encontrado? —me preguntó mi hija—. En la casa. ¿Has encontrado algo?

—Disculpa —le dije a Jane, y enseguida me llevé a Grace a unos metros de distancia para hablar con ella en privado—. He encontrado algo de sangre —le dije.

—Ay, Dios.

—Poca, en la cocina. He buscado por todas partes y no nabía nada ni nadie, pero algo ha sucedido ahí dentro. Vamos al hospital. Veremos si Stuart ha sido ingresado en Urgencias, y, si no ha sido así…

—Señor Archer. —Era Jane. Nunca me había llamado por mi nombre de pila. Siempre era señor Archer o profe.

—Estamos hablando —dije.

—En serio, Vince odia que lo hagan esperar. No importa lo que estéis hablando. Créeme que es más importante que hables con Vince.

—No entiendo, Jane. ¿Qué tiene esto que ver con él?

Ella sacudió la cabeza y levantó el hombro derecho medio centímetro, como si estuviera demasiado cansada para encoger los hombros por completo. Recordé el gesto de cuando se sentaba en mi clase.

—Bien sabes que no me meto en sus asuntos: él a lo suyo y yo a lo mío. Cuanto menos sepa yo al respecto, mejor. No es que suela llamarme para pedirme ayuda, pero ha creído que, en este caso, lo

mejor era que fuera yo quien se acercara a ti. Y él tiene muchas cosas que hacer en este momento.

Volví a mirar hacia la casa.

—Esto, esta casa, ¿tiene algo que ver con Vince?

Jane no me dio ninguna señal.

—Como te he dicho, tendrás que averiguarlo con él. —Titubeó—. Y también querrá hablar con Grace.

—Ni de coña.

—Le he dicho que dirías eso. Así que he hecho un trato con él, un trato que también haré contigo. Grace podrá quedarse conmigo mientras Vince y tú charláis. ¿Te parece bien?

No podía quedarme allí, debatiendo con ella toda la noche. Si me negara, Vince enviaría a algunos de sus matones a por mí, como ya hizo una vez, mucho tiempo atrás.

—Está bien —le dije.

Los tres bajamos por el camino de entrada hasta la calle. Media manzana más arriba, vi el Mini de Jane aparcado bajo una farola.

—Venga —le dijo Jane a Grace.

—Un momento —dije—. ¿A la casa de la playa?

—Sí. Donde tuviste el placer la primera vez, ¿recuerdas?

Olvidarla habría sido difícil.

Tardamos menos de diez minutos en llegar. Yo había conducido por aquellos lares muchas veces en los últimos siete años, y no porque quisiera recordar mi encuentro con Vince Fleming. East Broadway no era más que una calle de Milford, una que yo utilizaba a menudo para ir de una parte a otra de la ciudad. También era una de mis zonas favoritas: una franja de playa que daba al estrecho de Long Island y a la isla Charles y que, desde el punto de vista oficial, formaba parte del parque Silver Sands. Se rumoreaba que el capitán Kidd había enterrado un tesoro allí hacía cientos de años. Yo habría apostado a que, si alguien había podido encontrarlo, ese era Vince.

Aquella parte de la ciudad ya no era tan idílica como hacía un par de años, antes de que el huracán Sandy arrasara muchas casas de la playa, derribara árboles, arruinara a innumerables propietarios y a

sus familias y vertiera toneladas de arena cientos de metros tierra adentro.

Para nosotros, en casa, todo había sido relativamente fácil. Se nos cayó un árbol en el jardín, estalló una ventana y perdimos algunas tejas, pero no teníamos nada de qué quejarnos si lo comparábamos con la destrucción que sufrieron muchos de nuestros vecinos.

East Broadway estaba recuperándose. La calle llevaba más de veinte meses repleta de camiones de contratistas. No todas las viviendas habían podido repararse. La tormenta había arrasado por completo muchas edificaciones y derribado otras. Algunas casas, casi intactas a primera vista, tuvieron que ser derribadas debido a que sus estructuras habían dejado de ser sólidas.

La de Vince había quedado en la categoría de reparable. Había pasado andando por allí varias veces en los días posteriores al desastre, pues los coches no podían entrar mientras los equipos trabajaban para limpiar las calles de arena y escombros. La casa de dos plantas de Vince había perdido una parte del tejado y sus ventanas estaban destrozadas. También había desaparecido una parte del revestimiento, pero, comparada con las dos casas aledañas, había tenido suerte. Las otras parecían dinamitadas.

Jane iba conduciendo delante de mí. Quizás pensaba que yo no sería capaz de encontrar el lugar sin su ayuda. Sus luces de freno parpadearon y la vi señalar la casa. Grace asomaba apenas en su asiento. Jane detuvo el coche y aparqué detrás.

Cuando pasé por el lado del pasajero del Mini, Grace bajó la ventanilla.

—Si tienes algún problema o llegas a enterarte de algo relacionado con Stuart —le dije—, me llamas, ¿vale?

Asintió.

En la casa de Vince, la primera planta era, sobre todo, un garaje. Había lugar para dos coches o para almacenar barcas. A la izquierda, las escaleras que subían a la casa daban a un pequeño rellano. Alcé la vista y vi luces encendidas. Subí. No con mucha lentitud, pero tampoco demasiado rápido. Supuse que Vince me estaría

escuchando y yo no quería emerger de pronto, como el perro que acude cada vez que pegas un silbido. Uno intenta preservar su orgullo de todas las formas posibles.

Llegué al rellano y golpeé la puerta mosquitera.

—Está abierto —dijo.

Hacía mucho tiempo que no oía esa voz. Era aún reconocible, aunque más grave. Tal vez incluso menos contundente, pero sabía que no debía calibrar a ese hombre por sus habilidades vocales.

Abrí la puerta y entré. El salón daba al lado de la playa. La cocina estaba en la parte de atrás. Eché un vistazo al mar, pero a esas horas no se alcanzaban a ver más que algunas estrellas y las tenues luces de algunos barcos sobre el agua.

La habitación no había cambiado nada desde hacía siete años, cuando me llevaron allí los secuaces de Vince. Secuestrado, en realidad. Yo había estado preguntando por él en la ciudad, pues pensaba que podría ayudarme a encontrar a Cynthia en un momento en que ella y Grace habían desaparecido. Cuando Vince se enteró de que alguien estaba husmeando en su busca, hizo que sus empleados me recogieran y me entregaran a él.

En el presente, al menos, yo acudía por mi propio pie.

Lo vi sentado a la mesa de la cocina. Acababa de terminar una llamada en el móvil y no hizo el menor esfuerzo por levantarse a saludarme. Había perdido algo de peso y tenía el pelo salpicado de más canas. La palabra que me vino a la mente fue «demacrado». Me pregunté si estaría enfermo.

Señaló la silla de enfrente.

—Siéntate, Terry.

Me acerqué, tiré de la silla y me senté. Puse las manos en mi regazo, lejos de la mesa. No quería que Vince volviera a jugar conmigo a los cuchillos.

—Vince —dije, y asentí.

—Mucho tiempo —dijo.

—Sí.

—No me llamas, no me escribes.

—La última vez que te vi no lo fomentaste, que digamos.

Agitó una mano en el aire.

—Estaba un poco de mal humor. Que te peguen un tiro provoca esas cosas.

—Me lo imagino —afirmé—. Aquella vez quisimos decirte algo, y ahora, en serio, te lo reitero: Cynthia y yo seguimos agradecidos por tu ayuda y lamentamos el precio que tuviste que pagar al ofrecérnosla.

Vince fijó la mirada en mí.

—Eso es agradable. Encantador. La verdad es que pienso en ti casi todos los días.

Tragué saliva.

—¿En serio?

—En serio. Cada vez que vacío la bolsa.

Parpadeé.

—Perdona, ¿qué?

Vince apoyó en la mesa sus carnosas palmas y se echó atrás en la silla. Rodeó el otro lado de la mesa, a medio metro de mí. Hice amago de ponerme en pie, pero él levantó una mano.

—No, no, quédate sentado. Desde allí podrás verlo mejor.

Se desabrochó el cinturón y la cremallera, se bajó los pantalones unos quince centímetros y se levantó la camisa. Tenía una bolsa de plástico pegada al abdomen. La mitad inferior contenía un líquido amarillo oscuro.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

—Sí —afirmé.

—Qué bien. Estoy impresionado. Antes del disparo, yo nunca había oído hablar de las bolsas de ostomía, pero la bala me jodió las cañerías, así que ya no puedo mear por la polla. He tenido que acostumbrarme a llevar una de estas las veinticuatro horas del día todos los días. Ahora, cada vez que entro al baño a vaciar esta bolsa, pienso en ti.

—Lo siento mucho. No lo sabía.

—No es el tipo de cosas que uno suele poner en su página de

Facebook.

Yo no había renunciado a ser amable.

—Y también siento lo de tu mujer. Me encontré con Jane hace un tiempo y me lo contó.

Vince se recolocó la camisa dentro del pantalón, se subió la cremallera y se abrochó el cinturón. Volvió a sentarse frente a mí.

—Si le has pedido a Jane que me trajera no ha sido para ponerme al tanto de tu salud —le dije.

—No, se trata de tu niña.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué pasa con mi hija? —pregunté con calma.

—Ha pisado mierda, eso es lo que pasa.

Veintidós

Los faros encendidos del Buick de Bert Gooding se alimentaban solo con la energía del acumulador. A él no le preocupaba mucho que alguien notara la presencia de esas luces en una granja, pero pensaba que dejar el motor en marcha sí que podría llamar la atención. Era un gran V8. Sonaba como un tractor y arrojaba gases como una central térmica de carbón.

Pero tenía que ver bien lo que estaba haciendo. Así que acomodó el coche en la posición correcta.

Dado el tipo de trabajo que tenía por delante, había llevado un hacha y una muda de ropa. Era difícil hacer algo como aquello sin liarla parda. Cuando era niño, su padre solía llevarlo dos veces al año a una cabaña en Maine, donde tenían una estufa de leña. Bert siempre se ofrecía voluntario para partir la leña en trozos más pequeños. Le encantaba la sensación que le producía un golpe perfecto, la hoja que se encontraba con la madera y se abría paso con limpieza, sin atascarse. El satisfactorio sonido de la pieza al quebrarse. La fuerza suficiente para no tener que poner la bota encima del leño y liberar el hacha haciendo palanca. Era pura física.

Aunque lo que estaba haciendo en aquel momento no era igual, el principio seguía siendo el mismo. Se trataba de hacer el giro correcto, con fuerza, de conectar justo en el lugar adecuado, de hacer el corte más limpio posible. Pero ahí no había muchas posibilidades de que la cuchilla se atascara, además de que el sonido tampoco era tan satisfactorio.

Era, más bien, repugnante.

Eso no lo hacía sentir bien. No lo hacía sentir bien en absoluto, pero, a veces, al menos mientras siguiera trabajando para Vince Fleming, tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Levantó el hacha por encima de la cabeza y la dejó caer con

fuerza en un arco perfecto.

Juac.

Se desplazó un poco menos de medio metro y volvió a golpear.

Juac.

En aquel lugar no había silencio, ni siquiera con el coche apagado. Bert estaba justo delante del corral de los cerdos y todo su alboroto había despertado a los animales. Gruñían, resoplaban y chocaban entre sí y contra la valla. Sabían que los esperaba un regalo.

Bert arrojó algunos bocados al corral.

—Comeos eso, gordos asquerosos —dijo.

Ya tenía el hacha sobre la cabeza, lista para darle impulso, cuando sonó su teléfono.

—Mierda —exclamó.

Eso lo descolocó. Bajó el hacha hasta su costado y apoyó el mango contra el parachoques delantero del Buick. Sacó el teléfono del bolsillo. La pantalla se manchó con un poco de sangre, pero no la suficiente como para no poder leerla: Casa.

Jabba.

Se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí, Janine?

—¿Dónde estás?

—En el trabajo.

—¿Y sabes qué hora es? —preguntó ella.

—Tengo una idea bastante buena.

—Has dicho que volverías a las diez, que tenías un asunto breve con Vince y volverías enseguida.

—Ha surgido algo —dijo Bert.

—La has olvidado, ¿verdad? —espetó ella.

—¿Qué he olvidado?

—¿La reunión? ¿A las diez? ¿En casa?

¿Cómo podía haberla olvidado? Ella llevaba toda la semana recordándosela. Hacía un mes que a Brenda, la madre de Janine, una mujer de ochenta años, la habían trasladado de su apartamento a una residencia de ancianos de Orange, pero la cosa no estaba

funcionando. Brenda estaba convirtiendo la vida de todos en un infierno. Detestaba la comida y la arrojaba al suelo del comedor en señal de protesta. Acusaba al personal de robarle cosas, aunque ni siquiera era capaz de decir lo que le faltaba. A las otras «reclusas», como las llamaba, les hacía trampas en los juegos de cartas. Para ser la primera en subir en el ascensor, apartaba de su camino a quienes estaban en silla de ruedas.

Los encargados de la residencia habían recopilado una lista de quejas y querían echarla.

Janine les dijo que no había forma de que su madre volviera a su propio apartamento, así que tendría que mudarse con Bert y ella.

Y Bert se había opuesto, pero Janine no estaba dispuesta a escucharlo.

—No podré asistir a la reunión —dijo Bert.

—Debes asistir. Es posible que tengamos que trasladarla ahora mismo —dijo Janine.

—Te lo he dicho. Ha surgido algo y me va a llevar toda la noche resolverlo.

—Esto no me hace precisamente feliz, Bert.

—Nunca has sido feliz —dijo él—. Aunque Cristo volviera a la Tierra y te pintara una carita sonriente en el coño, seguirías siendo una desgraciada.

—¿No crees que…?

Bert colgó y silenció el teléfono. Ella volvería a llamar. Siempre lo hacía.

Reanudó la tarea que tenía entre manos. Se imaginó que era Janine a quien cortaba en trozos para darles de comer a los cerdos.

Se preguntó si las bestias tendrían sus propios criterios de calidad. Si llevara a su mujer y la arrojara al corral en trozos del tamaño de un bocado, ¿lo mirarían levantando el hocico? ¿La dejarían pasar? Bert supuso que, incluso para los cerdos, sería demasiado desagradable.

Veintitrés

Terry

—Es obvio que sabes lo de esta noche —le dije a Vince Fleming—, pero no entiendo cómo.

—Esto irá mejor si yo hago las preguntas y tú respondes —dijo.

—Qué mierda. Mi hija está muerta de miedo. Se ha enredado con un chaval idiota, se ha visto arrastrada a algo en lo que no tenía nada que ver y ahora ni siquiera está segura de qué demonios ha pasado. ¿Tú quieres respuestas? Yo soy el que quiere respuestas.

—No estés tan seguro de quererlas —alegó—. ¿Qué te ha dicho tu hija?

—Grace.

—¿Eh?

—Se llama Grace.

Hubo una larga vacilación.

—Vale. ¿Qué te ha dicho *Grace*?

Subí las manos, crucé los brazos y me recliné en la silla.

—No.

—¿Perdona?

—No —repetí—. Quieres saber lo que me ha dicho, así que dime por qué te preocupa.

—Para ser profesor de inglés, tienes cojones —dijo Vince.

—Me queda claro que nunca has dado clases en secundaria.

—No trates de presionarme, Terry.

—Mira, no soy idiota. Sé a lo que te dedicas y de lo que eres capaz. Tu banda de secuaces podría sacarme de aquí y nadie me volvería a ver nunca más. Sí, vale, eres un cabrón intimidatorio, pero yo no soy el mismo que conociste hace siete años. Tú y yo tenemos nuestra historia, Vince, y lo que quiero decir es que eso justifica

cierto respeto mutuo. Sí, nos ayudaste a Cynthia y a mí, y te pegaron un tiro y ahora llevas esa bolsa. Lo siento. ¿Quieres mi compasión? No puedo ni imaginármelo. No es propio de ti. Todos tenemos nuestras cicatrices, de una forma u otra. —Tomé aire—. Creo que estás enterado de lo que ha sucedido esta noche en esa casa. No de todo, es obvio, o yo no estaría aquí. ¿Quieres explicaciones? Entonces, responde a mi pregunta. Dime qué demonios está pasando.

Vince me fulminó con la mirada durante unos segundos, luego echó la silla hacia atrás, dio cuatro pasos hasta la encimera de la cocina y sacó del armario dos vasos de chupito y una botella de whisky. Puso todo en la mesa, frente a mí, y volvió a sentarse. Vertió un poco del líquido marrón en cada vaso y me acercó uno. Apuró el suyo antes de que yo hubiera tocado el mío siquiera.

Odio el whisky.

Pero parecía una ofrenda de paz, así que me llevé el vaso a los labios y me tragué la mitad del contenido. Hice lo mejor que pude para no poner la misma cara que cuando tenía cuatro años y mis padres me obligaron a comer coles de Bruselas.

Vince suspiró.

—Digamos que tengo cierto interés en esa casa donde… Grace ha entrado esta noche.

—¿Qué tipo de interés? —le pregunté.

—Puede que ya lo sepas. Por eso necesitaba hablar contigo. —Esperé—. Y si aún no lo sabes, será mejor que todo siga así. Si te digo que es por tu bien y el de tu hija, créetelo.

—Pero no es tu casa —le dije—. No te pertenece.

—No.

—Se trata del chico.

Vince asintió.

—Stuart Pollard —dije—. ¿Lo conoces?

—Sí.

—¿De qué? —le pregunté.

Vince sopesó si responder o no, pero tal vez pensó que, si yo no lo

sabía, no me sería difícil averiguarlo.

—Es hijo de uno de mis chicos. Eldon. Quizás te acuerdas de él. Es el calvo, el que te trajo aquella vez que viniste a visitarme.

Lo recordaba. No sabía su nombre, pero recordaba a ese calvo como uno de los que me habían metido en un coche para llevarme a mi primer encuentro con Vince. O sea, que yo le había dado clases al hijo de uno de sus matones.

Qué pequeño es el mundo.

—Eldon lleva varios años criando solo a Stuart, desde que su mujer lo dejó por un motociclista y se mudó a California, y lo está haciendo fatal. Deja que el chico se salga con la suya y la mayor parte del tiempo ni siquiera sabe dónde está.

—¿Y dónde está Stuart ahora?

—Ya se están ocupando de él.

—¿Así que está bien?

Vince vaciló.

—Lo que te he dicho.

Yo no sabía cómo interpretar eso. Quería creer que significaba que Stuart estaba vivo y que, si había recibido un disparo en aquella casa, se estaba recuperando. En algún sitio.

—A Grace le gustaría hablar con él. Quiere asegurarse de que esté bien —dije.

—Estupendo —dijo Vince—. Traigámosla aquí arriba. Así también podré hacerle algunas preguntas, cara a cara, al mismo tiempo.

Yo no quería que Grace hablara con aquel hombre.

—Yo mismo puedo hablar con él —le dije— y pasarle el mensaje a Grace.

—¿Reconocerías su voz? ¿De verdad sabrías que es él?

No estaba seguro, después de tanto tiempo, de si sería capaz de reconocer la voz de Stuart al teléfono, pero podría hacerle preguntas sobre cuando estaba en mi clase. Y entonces lo sabría.

—Lo intentaría —dije.

—Y yo estoy tratando de ser amable, Terry. Estoy siendo cortés contigo. Si me propusiera hablar con tu hija, no habría nada que

pudieras hacer para impedirlo, pero he charlado con Jane, y ella ha creído que lo mejor sería que ella lo hiciera por mí. Y yo he estado de acuerdo. ¿Quieres que las cosas sigan así?

—Sí —afirmé.

—Entonces, ayúdame. ¿Qué te ha contado?

Decidí contarle lo que podía.

—El chico Pollard quería dar una vuelta en el Porsche que estaba en el garaje de esa casa. Su plan era entrar, encontrar una llave, dar la vuelta y devolver el coche.

—¿Y esa era la única razón?

—Sí.

—¿Grace no ha mencionado nada más?

Parpadeé.

—¿Qué otra razón podría haber?

No se me ocurría ninguna otra, como no fuera el sexo, pero había un millón de sitios donde un par de adolescentes cachondos podían ir a follar. No tenían que correr los riesgos que conllevaba colarse en una casa. Para mí, el premio era el Porsche.

—Dímelo tú —dijo Vince.

—Eso es lo que Grace me ha contado. Se trataba de coger el coche. Así que dímelo tú a mí. ¿Por qué otro motivo querría Stuart entrar ahí?

—¿En qué parte de la casa han estado?

La historia de Grace se reprodujo en mi cabeza a cámara rápida.

—Han entrado por el sótano y subido al primer piso. Estaban alrededor de la entrada de la cocina cuando les ha parecido oír algo. Stuart ha ido a comprobarlo, ha sonado un disparo y Grace se ha largado de allí.

—Un disparo —repitió Vince.

—Sí.

—¿Y quién ha disparado?

—Grace no está segura —dije.

—¿Qué significa eso? —preguntó Vince.

—Lo que te he dicho.

Vince se quedó mirándome.

—¿Stuart llevaba un arma? —preguntó.

—Grace dice que ha sacado una del coche. Del coche de su padre. Así que estaríamos hablando de tu Eldon. Supongo que guarda una pistola en la guantera.

—Ese disparo, entonces, ¿puede haberlo hecho Stuart?

No me gustaba el rumbo que estaba tomando aquello.

—No lo creo.

Vince levantó la botella de whisky.

—¿Otro?

Puse mi palma sobre el vaso.

—Estoy bien.

Rellenó el suyo.

—Terry, entiendo que haya cosas que no quieras contarme, que estés intentando proteger a tu hija. Lo entiendo. No voy a por Grace, pero necesito saber qué ha pasado y no me ayuda nada que seas tan esquivo en tus respuestas. No es bueno para ti ni para tu hija. —Como no abrí la boca, siguió adelante—: Sé cosas que tú piensas que quizás no sé. Grace ya ha charlado con Jane. No me refiero a este momento. Estoy hablando de antes. En cuanto tu hija ha salido de esa casa, ha llamado a Jane y le ha dicho que estaba cagada de miedo porque era posible que le hubiera pegado un tiro a Stuart. Jane conoce a Stuart desde hace ocho o nueve años, desde que la madre de Jane y yo empezamos a salir, y ha llegado a conocer a la gente que trabaja para mí y a sus familiares. Grace le ha explicado que Stuart le ha pedido que sujetara el arma. ¿Esto tiene sentido para ti?

—Sí —afirmé.

—¿Qué más ha dicho?

Tragué saliva. Tenía la boca seca, pero seguía sin querer el whisky.

—Creo que se ha quedado en blanco. Ella no sabe lo que ha pasado en esa casa. Nunca había empuñado un arma y, cuando ha oído el disparo, se preguntaba si ella lo había provocado de algún

modo. Yo quería saber si había sentido el retroceso, ya sabes, el de la detonación, pero ella no podía recordarlo. Y hay algo más.

Vince esperó.

—No tiene el arma. No sabe qué ha hecho con ella. Cree que se le ha caído en la casa, pero yo no la he encontrado.

Enarcó las cejas.

—Has estado en la casa.

Moví la cabeza de arriba abajo.

—¿Has entrado por la ventana rota?

Asentí.

—¿Qué has visto?

—Algo de sangre. Un rastro. En la cocina.

—Mierda —exclamó—. Tendremos que limpiar más a fondo. Lo increíble es que hubiéramos hecho tanto en el tiempo que teníamos. Lo resolveremos cuando volvamos para arreglar la ventana. La gente que vive allí no regresará hasta la semana que viene. Tenemos tiempo.

Empecé a preguntarme cuánta sangre había antes de que ellos empezaran a limpiar.

—¿Ha visto Grace a alguien más en esa casa? —preguntó.

—Cree que alguien ha pasado corriendo a su lado.

—¿Lo ha visto?

Negué con la cabeza.

—No. —Algo que Grace había dicho volvió a mí—. El sistema de seguridad no estaba activado.

—¿Qué?

—Los chicos se han tomado la molestia de entrar por una ventana del sótano, pero Grace dice que la luz del teclado de seguridad junto a la puerta estaba en verde.

Vince parecía tener mal sabor de boca. Mientras él trataba de encontrarle sentido a todo, yo intentaba averiguar qué debía haber pasado después de que Grace telefoneara a Jane.

Le dije:

—Jane ha debido llamarte justo después de oír el relato de Grace.

Dado que Stuart es hijo de Eldon, ella sabía que tú tendrías que ser el primero en enterarte. Así que tú y tus chicos os habéis apresurado a encubrir las cosas, a limpiar la escena, a hacer como si nada de eso hubiera sucedido.

Vince no dijo nada.

—Pero aquí ha habido algo más que una estúpida travesura de adolescentes, ¿no? Más que una vuelta en coche interrumpida.

Todavía nada.

—Vince, ponte en mi lugar.

—Hemos terminado —dijo. Se echó a la garganta el resto de su vaso y apartó su silla de la mesa.

—No —le dije—, no hemos terminado. No sé si deberíamos ir a buscar a Stuart al hospital o a la policía, o si tendríamos que intentar localizar esa pistola o…

—¡Coño! —gritó Vince. Al levantarse, le dio una patada a su silla —. Crees que te has vuelto duro, pero eres el mismo marica que cuando te conocí. Escúchame y escúchame bien. No vas a hacer nada de eso. No vas a buscar a Stuart al hospital ni a ningún otro sitio. No vas a ir a la policía. No vas a llamar a un puto abogado. No vas a volver al puto programa de televisión, a *Deadline,* a contar la historia de tu vida. Te vas a ir a casa y vas a olvidar que todo esto ha pasado.

Ya había rodeado la mesa y me estaba poniendo un dedo índice corto y rechoncho a un palmo de la nariz.

—Te levantarás mañana por la mañana y seguirás con tu día como si fuera cualquier otro. Y, si eres listo, ni Grace ni tú volveréis a hablar de nada de esto. Ella no le dirá ni una palabra a sus amigos. No intentará ponerse en contacto con Stuart. Es más, por lo que a ella respecta, ni siquiera conocía a ese chico. ¿Sabes por qué? Porque esto no ha ocurrido. Nada de esto ha ocurrido. Y, si vas a mantener la boca cerrada, no será solo por mí. Cerrarás la boca por tu hija.

Como yo no decía nada, me preguntó:

—¿Me he explicado bien?

—Te he escuchado —dije.

—Escuchar no basta. Tengo que saber que estás comprometido. Ya tengo bastante con lo mío como para tener que preocuparme por lo que tú puedas hacer.

—Necesito saber si el chico está bien —le dije—. Necesito saber qué le ha pasado a Stuart.

—No, no lo necesitas —dijo Vince—. Ya no tienes que preocuparte por él. Porque (y me preocupas, Terry, pues pareces tener algún problema de comprensión) Grace ni siquiera lo conoce. ¿Recuerdas esa parte? Nunca ha oído hablar de él.

—¿Y si la policía viniera a preguntar qué ha pasado en la casa?

—Eso no va a suceder.

—Pero podría —insistí.

—Ya te lo he dicho: tú no vas a decir nada, porque estás dispuesto a hacer todo lo posible para proteger a tu pequeña.

—No amenaces a mi hija, Vince.

—Solo me estoy poniendo en tu lugar. Quieres lo mejor para ella, pero pareces olvidar algo, Terry.

—¿Qué?

—La pistola.

Eso llamó mi atención.

—¿Qué pasa con la pistola?

—Si no la has encontrado tú es, tal vez, porque ya la había encontrado alguien.

Esperé.

—Tenemos la certeza de que las huellas de tu hija están ahí, pero ¿ha disparado alguien esa pistola? ¿Le ha dado a alguien? Digamos que la respuesta, en ambos casos, es sí. Solo en aras de la discusión. Eso la convierte en un arma muy especial. En todos los sentidos de la expresión, eso la convierte en una *pistola humeante,* un arma que a la policía le gustaría tener en sus manos. Pues bien, en este momento, puedo asegurarme de que eso no ocurrirá nunca, pero eso no significa que vaya a deshacerme de ella. Significa que me la voy a quedar como si fuera un seguro. No puedes saber si,

para tu hija, esa pistola es un desastre, pero estarías mucho mejor si nunca llegara a salir a la superficie, ¿no crees?

No dije nada.

—Lleva a tu niña a casa y léele un buen cuento. Arrópala y, de mi parte, dale un besito de buenas noches.

Veinticuatro

—Todo va a salir bien, Grace —dijo Jane, sentada al volante del Mini —. Vince sabrá qué hacer.

Grace, con los ojos llorosos, no estaba convencida.

—Sé que iré a la cárcel. Iré a la cárcel y no saldré hasta que tenga cincuenta años por lo menos.

Jane le cogió la mano y apretó.

—De ninguna manera. Eso no va a ocurrir. Sé que no tiene sentido decirte que dejes de preocuparte, pero todo se arreglará. Solo espera. Vince no habría durado lo que ha durado si no supiera salir de estas situaciones.

Grace resopló.

—¿No te molesta?

—¿Qué?

—Que sea…, ya sabes, como la mafia o algo así.

Jane sacudió la cabeza.

—No es la mafia.

—Pero es un criminal, ¿verdad? ¿Y tiene una banda? ¿Y el padre de Stuart es uno de los de su banda?

Jane suspiró.

—Mira, no estoy orgullosa de nada de eso, ¿vale? Pero llamar banda a Vince, Eldon, Bert y Gordie hace que parezcan un grupo de adolescentes en moto que van por ahí aterrorizando al vecindario. Son un negocio, eso es lo que son. Nada más. No un negocio común y corriente, pero tampoco son otra cosa.

—Pero es un criminal.

Jane se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga?

—Entonces, ¿cómo te enfrentas a eso? Hay días que mi padre me llena de vergüenza y no es más que un profesor.

—Que haga cosas malas no significa que sea malo por completo. Mira, él es así y así era su padre. Es un hombre bueno, aunque últimamente él y yo estamos un poco…

—¿Un poco qué?

—No lo sé. Desde que murió mi madre, las cosas con él no han sido las mismas, y me parece bien, ¿sabes? Ya no soy una niña y no necesito una figura paterna todos los días de mi vida. Sin embargo, el tipo está ahora mismo en un aprieto y necesita la ayuda de tu padre, y también la tuya.

—¿Para ayudarlo a averiguar lo que ha pasado o para ayudarlo a encubrirlo todo?

Jane clavó la mirada en ella.

—Ambas cosas.

—Si he hecho algo mal, tendré que pagarlo —dijo Grace—. Tengo que hacer lo correcto.

—A veces, hacer lo correcto es complicado.

—Hace unas semanas —dijo Grace con palabras pausadas—, mi madre y yo nos peleamos. —Se secó los ojos—. No te lo había contado.

—¿Qué clase de pelea fue?

—¿Recuerdas que me preguntaste por esta marca en mi mano? —Grace se la mostró.

—Sí. Dijiste que te habías quemado por accidente.

—Mi madre me empujó y mi mano fue a dar a una olla que estaba en la cocina. Fue culpa de las dos, pero, si ella no me hubiera dado un empellón, esto no habría ocurrido. Fuimos al hospital y mi madre me dijo que dijera la verdad, que la culpa había sido suya y que, si eso significaba que tenían que llamar a la policía, que así tendría que ser.

Jane cogió la mano de Grace y le dio un suave apretón.

—Vaya. ¿Qué hiciste, entonces?

—Les expliqué que yo había estado tonteando, que estaba bailando y que mi brazo había golpeado la olla.

—La encubriste.

Grace asintió.

—Sí, pero ella estaba dispuesta a pagar por su error. Estaba dispuesta a hacer lo correcto.

—Pero tú no se lo permitiste, porque la quieres demasiado para dejar que le ocurra algo así. Eso es más o menos lo que está pasando ahora. Yo me preocupo por ti, y Vince, bueno, él se preocupa por la gente que tiene a su alrededor, y todos preferiríamos ratificar una historia, aunque no sea lo que ha sucedido en realidad, si eso significa que estaremos bien a largo plazo.

—No lo sé —dijo Grace.

Jane inspiró hondo.

—Vale, lo primero que tenemos que hacer es averiguar la verdad de lo que ha pasado. Tienes que recordar todo lo que puedas sobre lo que ha ocurrido en esa casa. Has oído un disparo. Tal vez has sido tú, tal vez ha sido otra persona, pero tienes que recordar. ¿Has visto a alguien, aparte de Stuart?

—No. O sea, creo que alguien ha pasado corriendo a mi lado, pero no he visto a nadie.

—¿Estás segura?

Grace asintió.

—Vale, pero, aunque no hayas visto a nadie, quizá has oído algo o, no sé, has… olido algo. Es posible que hayas notado algo sin que esté en tu consciencia siquiera. Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Solo ciérralos —dijo Jane—. Vuelve a esa casa, después del disparo.

—No quiero. No quiero pensar en eso.

—Grace, ese es el meollo del asunto. Vas a estar pensando en eso, vas a estar dándole vueltas durante mucho tiempo, quieras o no, así que más vale que lo hagas ahora e intentes averiguar algo, ¿vale?

—Supongo que sí. —Grace cerró los ojos.

—Después del disparo, ¿qué oyes?

—Estoy gritando.

—¿Qué estás diciendo?

—Grito «¡Stuart!, ¡Stuart!». Así.

—¿Y él qué dice?

—No dice nada.

—Pero ¿alcanzas a oír algo?

Grace intentó cerrar los ojos con más fuerza.

—Oigo pasos.

—Vale, está bien. ¿Pasos rápidos, pasos lentos?

—¿Como alguien que corre? No son pasos duros. Es como si alguien llevara zapatos de vestir. Algo suave y chirriante. Zapatillas de correr, tal vez.

Jane sonrió, alentadora, aunque Grace no podía verla.

—Eso está muy bien. Así que alguien estaba corriendo, escapando. ¿Crees que era Stuart? ¿Crees que iba a dejarte allí y salir corriendo? ¿Será posible que hayas apretado el gatillo por accidente? ¿O allí había alguien más con un arma, y él se ha asustado y salido huyendo?

Grace abrió los ojos.

—Él no habría hecho eso. ¿O sí?

Jane le dedicó una mirada compasiva.

—*Gracie,* cariño, por favor. Conozco a esta gente. Vince es duro, pero el resto… Y los hijos del resto… O sea, cuando estaba en el instituto, yo pensaba que era idiota, pero en comparación con estos, merecía la beca Rhodes.

—¿La qué?

—¿Qué importa? Vuelve a cerrar los ojos.

Grace obedeció.

—Así que has oído pasos. Alguien corría. ¿Estás diciendo que no ha podido haber sido Stuart?

—No lo sé. Estoy intentando volver a oírlos.

Jane pensó por un momento.

—El arma ha debido hacer mucho ruido. ¿Has perdido la audición por un momento?

—Tal vez.

—Así que, si has sido capaz de oír los pasos de una persona que llevaba zapatillas de correr, tiene que haber sido alguien bastante pesado, ¿no crees?

Grace dijo lentamente:

—Supongo que sí.

—¿Y dices que te ha golpeado alguien que corría en la oscuridad?

—Sí.

—¿Con fuerza?

Grace se concentró.

—Creo que he perdido el equilibrio. Tal vez me han golpeado con una bolsa, con algo que llevaba esa persona.

—Lo que estoy pensando es que, si has oído esos pasos incluso después de haberte quedado sorda por un momento y, además, has recibido un golpe fuerte, podría haberse tratado de un tipo bastante grande.

Grace abrió los ojos y miró a Jane.

—Es posible, pero eso no es como para sacar conclusiones, ¿verdad?

—Bueno, algo es algo —dijo Jane—, aunque tienes razón: en realidad, no es que reduzca el número de sospechosos.

Grace cayó en la cuenta de algo.

—¿Sospechosos de qué?

—Ya sabes, quienquiera que hubiera estado ahí.

Grace sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y se las secó.

—Stuart está muerto, ¿verdad, Jane?

—Tengo una idea bastante buena de lo que Vince le estará diciendo a tu padre ahora mismo. Le estará diciendo que te lleve a casa y que olvidéis todo lo que ha pasado. Y me parece un buen consejo. Vince se hará cargo. Y estará muy agradecido cuando yo le cuente cómo me has ayudado.

Grace oyó pasos sobre la grava. Se giró y vio a su padre junto a la ventanilla. Tanteó en busca del tirador y abrió la puerta.

—Nos vemos —dijo Jane mientras contemplaba a Grace caminar

hacia el coche de su padre.

Veinticinco

—Qué placer tan inesperado —dijo Heywood Duran. Se acomodó frente a la detective Rona Wedmore en la cabina de una cafetería que permanecía abierta toda la noche. Tuvo que apretujarse. No era un hombre gordo, pero sí grande, y no quedaba espacio entre su vientre y el borde de la mesa.

—Siento haberte llamado tan tarde —dijo Wedmore— y ser tan misteriosa.

Heywood sonrió. La dejó ver sus dientes blancos como perlas. Todavía tenía aquel hueco entre los incisivos. Cuando empezaron a verse, él había hablado de arreglárselo, pero Rona le había dicho que le daba carácter.

—Me alegro de verte —dijo Duran, y apoyó sus carnosas palmas sobre la mesa—. No es muy frecuente que me inviten a reuniones a medianoche con mujeres hermosas.

—Ay, cállate —dijo Wedmore, y se llevó las manos al regazo. No quería darle a ese hombre la oportunidad de extender los brazos y cogérselas, cosa que, según ella suponía, él podría querer hacer en algún momento. Y no era que, después de tanto tiempo, algo de ella no deseara su contacto—. Me alegro de verte, Heywood.

Él hizo una mueca.

—Solías llamarme Duro.

Ella sonrió.

—Sí, así es. —Ladeó la cabeza—. Y no era la única.

Él sacudió la mano, como quien espanta una mosca, para descartar ese comentario.

—Tienes buen aspecto.

—He engordado un poco desde la última vez que me viste —dijo Rona.

—Más material para amar —comentó él.

Ella levantó la mano izquierda, no solo para agitar un dedo frente a su cara, sino para que viera su anillo.

—Estoy prometida —dijo.

—No te estoy tirando los tejos, ha sido solo una observación. —Le obsequió una sonrisa cándida—. ¿Cómo van las cosas con Lamont? Dicen que lo pasó mal en Irak.

Rona asintió.

—Es un buen hombre. Aquello fue duro para él. Vio cosas que nadie debería ver.

—He oído que no dijo una palabra durante meses.

—Bueno, ahora ha vuelto a hablar —dijo Wedmore con una risa forzada—. Y tiene trabajo, en Costco. Lo tratan bien.

—Me alegro, de veras. —Heywood Duran endureció el gesto—. Cuando has llamado, me preguntaba si, ya sabes, si habría sucedido algo; que quizás estabais pasando por una mala racha y necesitabas a alguien con quien hablar.

Wedmore entrecerró los ojos.

—O alguien con quien meterme en la cama.

Él levantó las palmas.

—Yo no he dicho eso. —Negó con la cabeza—. Hieres mi corazón, Rona.

—Qué embustero —dijo ella.

Pasó una camarera y ambos pidieron café.

Él hizo una mueca.

—Tú y yo tuvimos nuestros buenos ratos, tienes que admitirlo.

Ella disimuló una sonrisa.

—¿Cuándo dejaste de ser agente de policía?

—Hace ocho o nueve años.

—¿Por qué?

Duran convirtió un simple encogimiento de hombros en diez segundos de calistenia.

—Ya sabes, diferentes oportunidades. No quería pasar toda la vida con la policía estatal.

—Eso no es lo que he oído.

—¿Y qué has oído?

—He oído que desaparecieron unas pruebas, algo de efectivo, para ser exactos, tras una redada antidroga, y que, no mucho después, con tal de evitar una investigación de Asuntos Internos, optaste por la jubilación anticipada.

Otro gesto de la mano.

—No te creas todo lo que oyes.

—¿Fue entonces cuando empezaste a ir por libre?

—He hecho un montón de cosas: seguridad privada… Ya sabes cómo es esto. Así que, ¿por qué demonios me has pedido que nos viéramos esta noche? Empiezo a pensar que esto no era tan personal como esperaba.

—Eli Goemann —dijo Rona.

—¿Eli qué?

—Espero, por tu bien, que tu oído sea lo único que has perdido desde la última vez que te vi.

—Es que no he entendido el nombre.

—Eli Goemann. No te hagas el gracioso.

—Eli Goemann, Eli Goemann. —Él negó con la cabeza—. Lo lamento, no reconozco ese nombre.

—Entonces, ¿por qué fuiste a preguntarles a sus antiguos compañeros dónde podías encontrarlo? —preguntó Wedmore.

Duran se echó atrás en el asiento. El espacio era tan reducido que, de repente, parecía atrapado. La camarera puso dos tazas de café encima de la mesa, frente a ellos, y se marchó.

—¿Qué quieres que de mí? —preguntó.

—Quiero que me digas por qué has estado buscando a Eli Goemann. Supongo que alguien te ha contratado. ¿Quién quiere que lo encuentres y por qué?

—Rona, venga, ya sabes cómo funciona esto. Los clientes esperan confidencialidad y a mí no se me puede comprar con una taza de café. —Sonrió, socarrón—. Si me ofrecieras algo más sustancial…

—Deja de actuar como si tuvieras doce años —dijo Rona—. Admites, entonces, que lo estás buscando.

—Vale, sí, pero es un asunto privado.

—No cuando hay un homicidio.

Él enarcó las cejas.

—¿Me repites eso?

—Goemann está muerto. Encontraron su cadáver en Silver Sands.

Duran hizo una mueca.

—Qué putada.

—Ayúdame con esto.

Él se pasó una mano por la boca y se frotó la barbilla.

—Mierda.

—Me gustaría saber quién lo mató, Heywood. Y tú has estado por ahí preguntando por él. Ahora mismo, eres mi mejor pista para averiguar lo que ha pasado.

—¿Tenéis una idea de cuánto tiempo lleva muerto?

—¿Así que ahora quieres que yo responda a tus preguntas? —dijo Wedmore.

—Vale. Mira, tendré que hablar con mi cliente y aclarar esto con él antes de hablar contigo.

—Esto no lo decides tú —dijo Wedmore.

—Esto es lo que puedo decirte: Goemann llamó a mi cliente y le dijo que tenía algo en su poder, algo que, según creía, mi cliente estaría interesado en recuperar.

—¿Goemann robó algo y estaba intentando que tu cliente se lo comprara?

—Más o menos. No es que hubiera robado el objeto; al menos, eso es lo que le dijo a mi cliente, sino que el objeto había caído en su poder. Y, sí, estaba dispuesto a vendérselo.

—¿Qué objeto era ese?

Heywood Duran movió la cabeza a derecha e izquierda apenas un centímetro.

—¿Por qué no me dices si le encontraron algo interesante? Si lo que le encontraron es lo que iba a venderle a mi cliente, te lo diré.

—No le encontraron nada. Y no hemos averiguado dónde residía.

—Entonces, todo lo que puedo decirte es que se trataba de un

objeto personal, no de una cosa a la que asignarías un valor comercial. Bueno, solo en parte.

—Pero para tu cliente vale mucho. ¿Cuánto pedía Eli?

—Puso un número muy loco: cien mil. Le dije que no era posible. Mi cliente no es un hombre rico.

—Lo suficiente como para contratarte.

Duran se encogió de hombros.

—Cuesto mucho menos que cien mil pavos.

—Así que este personaje, Goemann, se acerca a tu cliente y le pide cien mil a cambio de esa *cosa,* y luego, ¿qué pasa?

—Nada.

—¿Qué significa «nada»?

—Que mi cliente no ha vuelto a saber de él. Ni siquiera sabía quién lo había llamado. Me contrató, conseguí el número de teléfono, descubrí que pertenecía a Goemann y, a través del Dirección General de Tráfico, rastreé al tipo hasta esa casa, donde una vez vivió con otros estudiantes, pero Goemann llevaba un año o algo así sin vivir ahí. Parece que ha ido dando tumbos, durmiendo en sofás y haciendo trabajos esporádicos durante los últimos doce meses, sin domicilio fijo. Como no volvió a llamar con una contraoferta ni para intentar organizar otra cosa, empecé a preguntarme si de verdad tenía algo que vender.

—¿Sigues trabajando en esto?

Otro encogimiento de hombros.

—Mi cliente tiene una cantidad limitada para gastar. Le dije: «Mira, esto pudo haber sido un farol. Es posible que no tenga nada».

Wedmore tomó un sorbo de café.

—Duro —dijo ella, y él sonrió—, estás hablando conmigo. Y esta es una charla extraoficial. ¿Qué demonios quería venderle Goemann? ¿Qué intentaba recuperar tu cliente?

—En pocas palabras, quería recuperar lo que tú has sido para mí.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Intentaba recuperar al amor de su vida.

Veintiséis

El día que Cynthia leyó en el periódico que la mujer de Vince había muerto, le envió una tarjeta para darle el pésame.

No le dijo nada a Terry. Después de aquellas dos desastrosas visitas a Vince mientras este se recuperaba en el hospital Milford, Terry se había empeñado en que eso había sido todo. Ya hemos hecho el esfuerzo, había dicho. Intentamos mostrarle nuestro agradecimiento, pero él no ha querido nada. No hay nada más que hacer.

Cynthia estuvo de acuerdo hasta cierto punto, pero aún se sentía en deuda con Vince por la ayuda que les había brindado hacía siete años. Si no hubiera ayudado a Terry a unir algunas de las piezas del rompecabezas de lo que había ocurrido con los padres de Cynthia y su hermano Todd, Terry nunca habría encontrado a tiempo a su esposa ni a Grace.

Habían estado a punto de morir.

Tal y como Cynthia veía las cosas, estaba en deuda con Vince. Le debía su vida y la de su hija. Lo menos que podía hacer era enviarle una tarjeta. Así que compró una en el centro comercial, la menos sentimental que pudo encontrar, y escribió dentro:

Me he enterado del fallecimiento de Audrey, tu esposa, y lo siento mucho. En este momento, te tengo a ti y a Jane en mis pensamientos, pero también quería decirte que he estado reflexionando acerca de ti. Hiciste un enorme sacrificio por nosotros y te estoy inmensamente agradecida. Comprendo que no estuvieras de humor para escuchar un mensaje así la última vez que te vimos, pero sigue siendo tan cierto hoy como entonces. Con todos mis buenos deseos en estos momentos difíciles, Cynthia.

Pudo haberla firmado con su propio nombre y el de su esposo, pero decidió que no. La nota, en realidad, era de ella. Y, aunque no le había contado nada a Terry, no negaría nada en caso de que el tema surgiera alguna vez.

Cynthia ya no había sabido nada de Vince. Y eso estaba bien.

Pero, al entrar en el garaje unos días después de haberse instalado en el apartamento, vio que una vieja camioneta Dodge Ram llegaba por la acera. Ya se había bajado del coche cuando vio a Vince Fleming abrir la puerta y deslizarse fuera del asiento.

—Hola —la había saludado él.

Estaba más delgado y canoso; y no solo era su pelo, sino también la palidez. Mientras ella lo veía caminar en su dirección, notó en sus pasos una parsimonia que sugería dolores leves.

—Vince —dijo.

—Estaba en una calle transversal, allá atrás. Te he visto pasar y estaba bastante seguro de que eras tú. He pensado en decirte, bueno, ya sabes, hola, pero esta no es tu casa.

—No —dijo Cynthia—. Cuando salgo de trabajar, me gusta sentarme en el porche con una cerveza. ¿Me acompañas?

Él titubeó.

—No hay razón para negarme, supongo.

Cynthia subió a su habitación, dejó el bolso, se quitó los tacones, cogió dos Sam Adams y volvió a bajar descalza. Desde una de las sillas del porche, Vince miraba la calle.

Ella le entregó una botella, sobre la que, en ese ambiente húmedo, ya se estaban formando gotas de condensación.

—Gracias.

Cynthia se sentó sobre sus piernas y se llevó la botella a los labios.

—¿Tienes algún asunto por aquí? —le preguntó, como si él fuera un gentil contratista del vecindario o algo por el estilo. Si Vince estaba trabajando por la zona, lo mejor era, quizás, alertar a la vigilancia vecinal.

—No —dijo él sin mirarla—. Oye, gracias por la tarjeta.

—De nada —dijo Cynthia—. Vi la noticia en el periódico.

—Ya —dijo él.

—¿Estuvo enferma mucho tiempo? —preguntó ella.

—Alrededor de un año. —Tomó un poco de cerveza—. Qué calor.

Cynthia se abanicó con la mano izquierda.

—Sí.

—¿Así que estáis en un sitio más pequeño? ¿Estáis alquilando una habitación? Esto no parece lo bastante grande para vosotros dos y la niña.

—Es solo para mí.

—Ah. Así que os separasteis.

—No. Solo necesitaba algo de tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Solo un poco de tiempo.

Él gruñó.

—Te entiendo. A veces es agradable vivir solo. Hay mucho menos drama.

—¿Jane sigue contigo?

Él negó con la cabeza.

—No. Está viviendo con un papanatas.

—¿Un qué?

Vince se encogió de hombros.

—Un papanatas, un imbécil, un gilipollas, lo que sea. Un músico. Toca en una banda. No me gusta que viva con él. Quizá soy un anticuado, pero no me cuadra.

Cynthia preguntó:

—Cuando tú y Audrey empezasteis a vivir juntos, ¿ya estabais casados?

—Era otra cosa —dijo—. Teníamos rodaje. Ella ya había estado casada. Lo que uno hace a esa edad no es asunto de nadie.

—Tal vez eso es lo que piensa Jane: que lo que ella hace no es asunto de nadie.

Él la miró.

—¿He venido a que me rompas las pelotas?

—No lo sé. ¿Has venido a que te rompa las pelotas?

Vince la fulminó con la mirada.

—No. —Larga pausa—. He venido a disculparme.

—¿Por qué?

—Cuando fuisteis a verme al hospital fui un cabrón. Cualquiera diría que esto llega un poco tarde, pero, cuando se trata de admitir que me he equivocado, me tomo mi tiempo.

—Olvídalo —dijo Cynthia—. Todo está perdonado.

—Bueno, mierda, esto ha sido más fácil de lo que pensaba que sería. —Dibujó en la botella—. Yo me he abierto ante ti. Ahora dime qué ha pasado entre Terry y tú.

—¿Llamas a eso abrirse?

—He dicho que lo sentía. ¿Qué haces aquí?

Ella se acomodó en la silla y vio pasar un coche.

—Perdí los nervios. Con Grace. Estaba… descontrolada. Así que me he autoimpuesto un tiempo muerto.

—¿Le diste una bofetada?

Cynthia le dedicó una de sus miradas.

—No le di una bofetada, madre mía, pero he estado tratando de controlar todos sus movimientos. No dejamos de pelear.

Vince no parecía impresionado.

—Eso es lo que hacen los padres. Si no, ¿cómo aprenden los niños?

—Va más allá de eso. Estoy rota, Vince, jodida. ¿Te sorprende?

—¿Qué? ¿Te refieres a aquella mierda con tu familia? —Movió la cabeza de lado a lado—. Eso fue hace años.

Ella lo miró incrédula.

—¿En serio? Así que debería…, ¿qué? ¿Olvidarlo y ya está?

Él se volvió a mirarla.

—Las cosas se arreglaron. Sigue adelante.

Cynthia lo estudió con una pequeña sensación de asombro.

—Deberías tener tu propio programa de televisión. El doctor Phil no es nada a tu lado.

—Ahí lo tienes. —Vince estiró las piernas. Parecía que acomodarse

en la silla le estaba costando trabajo—. No trato de ser un cabrón insensible.

—Te sale natural.

—Pero hay que seguir adelante. No tiene sentido mirar atrás.

—¿Y qué me dices de ti, entonces? ¿Has seguido adelante? Estuviste a punto de morir.

Él se retorció en la silla, incómodo, y, con la mano libre, se tocó apenas el abdomen.

—He estado mejor.

Bebió un poco más de cerveza.

Por la calle llegó un Cadillac, giró en el camino de entrada y aparcó. Nathaniel Braithwaite salió del coche y lo cerró de un portazo, dedicó medio minuto a sacudirse de la ropa los pelos de perro y se acercó a la casa. Cuando estaba subiendo los escalones del porche, vio a Cynthia y a su invitado y aminoró la marcha.

—Ah, hola —dijo. Echó un vistazo a Vince y asintió.

—Hola —dijo Cynthia—. Nathaniel, te presento a mi amigo Vince. Del instituto. Vince, Nathaniel.

—Bonito coche —dijo Vince.

Nathaniel sonrió.

—Gracias.

—Siempre me gustaron los Caddies, aunque ya no tanto. Están intentando convertirlos en coches alemanes. Me gustaban cuando eran grandes y largos y tenían aletas enormes, como el del cincuenta y nueve. Un poco anteriores a mis tiempos, pero esos eran coches. Una de esas cosas abarcaba dos códigos postales.

Vince torció el cuello, echó otro vistazo al coche y volvió a mirar hacia la casa. Cynthia podía adivinar lo que estaba pensando. El coche de Nathaniel era bastante bonito para alguien que alquilaba una habitación en una casa antigua como esa.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Vince.

—Solía estar en el negocio de los programas informáticos —contestó Nathaniel.

—¿Ya no?

—Me estoy tomando un descanso de todo eso.

Vince señaló los pantalones de Nathaniel y dijo:

—Si estás teniendo un romance con un collie, deberías esmerarte más en ocultar las pruebas.

Nathaniel se miró a sí mismo.

—Riesgos laborales.

Vince ladeó la cabeza. Esperaba una respuesta. Cynthia no sentía que su papel fuera explicar a qué se dedicaba Nathaniel.

—Saco a pasear perros.

—¿Para qué? —le preguntó Vince—. ¿Es algo así como un entretenimiento?

En defensa de su dignidad, el joven sacudió la cabeza y adelantó desafiante la barbilla.

—Me dedico a eso. Durante el día, voy a casas y saco a pasear a los perros.

Vince se pasó la lengua por la boca.

—¿Ese es tu trabajo? —preguntó. No estaba siendo condescendiente. Solo estaba interesado—. Deben de pagar bien, ya que conduces un coche como ese.

Nathaniel clavó los incisivos en el labio inferior y dijo:

—Lo conservo desde los tiempos del *software.* Y, bueno, encantado de conocerlo. —Ofreció a Cynthia una sonrisa incómoda —. Nos vemos luego.

Entró en la casa. Ambos escucharon sus pisadas en las escaleras que ascendían al segundo piso.

Con la mirada en la calle, Vince tomó otro trago de la botella y dijo:

—Supongo que ahí hay una historia.

* * *

De regreso en su apartamento, después de haber tomado la copa de vino con Nathaniel, Cynthia recordó aquel día. Pensaba en Nate, en su ruego para que lo ayudara a romper el acuerdo que tenía con su amigo del instituto.

¿En qué demonios había metido Vince a Nathaniel? Cynthia no tenía intenciones de interceder. Nate tendría que resolver aquello por su cuenta. En cierto modo, a Cynthia aún le gustaba el joven, pero no se hacía ilusiones con él.

Si lo ayudara a librarse del acuerdo con Vince, terminaría convertida en una mosca que se ha dejado enredar en una telaraña para salvar a otra.

En eso meditaba, y en otros asuntos, con la espalda apoyada en el gran roble, con los brazos cruzados sobre el pecho, a media manzana de la casa a la que pensaba volver pronto. Para que nadie la viera, había aparcado su coche a la vuelta de la esquina.

Se preguntaba dónde estaría el coche de Terry y por qué estaba tardando tanto en recoger a Grace y llevarla a casa.

Ese era el lugar favorito de Cynthia. Podía quedarse allí, junto a ese árbol, y si apareciera un coche a lo lejos, viniera de donde viniera, se escabulliría hasta el otro lado para no ser vista.

¿Cuántas noches había hecho lo mismo? Desde que se mudó, casi todas.

Necesitaba saber que su familia estaba a salvo en casa.

Quería llamar a Terry, preguntarle qué lo estaba reteniendo y si Grace había tenido algún contratiempo, pero ¿cómo hacerlo sin delatarse?

Así que siguió esperando. Sacó el móvil para ver la hora. ¿Cuánto hacía que no hablaba por teléfono con Terry? ¿Casi una hora y media? ¿Dónde diablos estaba?

Un momento.

Se acercaba un coche. Era parecido al Escape de Terry.

Cynthia fue al otro lado del árbol y esperó a que pasara. Era el de Terry.

Él iba al volante. Y allí estaba Grace, a su lado.

Vio cómo el coche entraba en la casa. Cynthia se preguntó en qué lío se habría metido Grace. ¿Habría estado bebiendo, quizás? Cuando su hija salió del coche, parecía caminar bien. Pero no tenía

buen aspecto. Llevaba la cabeza baja. Su ropa estaba hecha un desastre, como si se hubiera revolcado por el suelo.

Algo estaba ocurriendo.

Pero, al menos, la chica estaba en casa.

Cynthia los observó hasta que entraron; luego se dirigió a su coche y regresó a su apartamento. Tuvo dificultades para conciliar el sueño.

No dejaba de preguntarse qué había hecho Grace.

Veintisiete

Terry

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Grace mientras caminábamos de vuelta a mi coche, por la parte trasera de la casa de Vince—. ¿Qué pasa?

—Entra —le dije.

Esa vez dejé que Grace abriera su propia puerta. Yo ya estaba metiendo la llave en el contacto mientras ella se acomodaba en el asiento del copiloto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó—. ¿Vince sabe lo que le ha pasado a Stuart? ¿Estaba Stuart con él? ¿Vamos a ir al hospital? ¿Vamos a casa de Stuart? ¿Qué pasa con…?

Golpeé el volante con la palma de la mano.

—Ya basta. ¡No más preguntas!

—Pero…

—¡Basta! —Puse el coche en marcha y cambié de sentido en East Broadway—. Hablaremos en casa.

Grace giró un poco y se apretó contra la puerta del copiloto. Le eché un vistazo. Noté que sus hombros temblaban un poco.

A los cinco minutos, ya estábamos en casa. Salimos del coche como dos personas que vuelven de un funeral. Nos movíamos despacio, sin hablar, ensimismados. Grace se puso a mi lado mientras yo manipulaba la llave.

—A la cocina —dije.

Mi hija iba caminando delante de mí como una prisionera condenada. Le señalé una silla y se sentó, obediente. Acerqué otra y me senté frente a ella.

—No tiene sentido buscar a Stuart —dije.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ay, Dios mío.

—Por lo visto, Vince, su equipo o todos ellos han estado en la casa entre el momento en que tú te has ido y el momento en que hemos regresado. Han limpiado el lugar. Volverán, terminarán todo y arreglarán la ventana.

—Pero ¿qué…?

—De lo que ha ocurrido con Stuart, sea lo que sea, Vince ya se ha hecho cargo.

El rostro de Grace se sonrojó.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé —dije.

—¿Qué *crees* que significa?

Uno quisiera proteger a sus hijos de las cosas malas, pero, a veces, no hay manera. Sobre todo, cuando ellos han sido los primeros en meterse en el lío.

—Creo que significa que está muerto —dije.

Grace se llevó las manos a la cara. Se la cubrió entera, salvo los ojos asustados.

—Le he pegado un tiro —dijo, y las palabras salían amortiguadas —. Yo lo he matado.

—Esa parte no es tan evidente —dije—. No tengo toda la información, pero no creo que hayas sido tú.

Ella bajó las manos.

—¿Por qué?

—Por unas cuantas cosas: una, porque, según me has dicho, está muy claro que en esa casa había alguien más. La segunda, porque, si tú hubieras disparado esa pistola, me parece que lo sabrías. Al apretar el gatillo, el retroceso te habría dado hasta en el culo. Cuando las cosas han empezado a ponerse mal en aquella casa, me parece que has sufrido una conmoción de algún tipo. Y que quizá aún la sigas sufriendo. Así que tu percepción de las cosas está distorsionada. En realidad, no sabes lo que ha pasado.

Grace tragó saliva.

—¿Qué más?

—Vince dice que tendrás que olvidarte de todo.

—Sí, como si eso pudiera suceder.

Agarré sus dos muñecas y apreté.

—Escúchame y pon toda tu atención.

Volvió a tragar saliva.

—Vince no se anda con bromas. Lo que ha pasado esta noche no se va a borrar de tu memoria, pero tendrás que fingir que lo has olvidado. Quiere que olvides que alguna vez has conocido a Stuart Pollard. No quiere que ni tú ni yo hablemos de esto con nadie. No quiere que busquemos a Stuart, no quiere que comprobemos el hospital ni que vayamos a su casa. Nada. Y estoy seguro de que tampoco quiere que vayamos a la policía.

Incluso sin la presión de Vince, yo habría tenido sentimientos bastante encontrados con respecto a llamar a la policía de Milford. ¿Qué demonios podría decirles? ¿Que mi hija había entrado en una casa con su novio y que el novio podría haber recibido un disparo o que quizás no? ¿Y, para completar la historia, conduciría a los policías en la dirección de Vince Fleming? ¿De alguien que me había advertido de que tenía en su poder el arma que había estado en manos de Grace?

Esa pistola era un comodín. Aunque Grace no hubiera apretado el gatillo, ¿qué pasaría si, después de dejarla caer, alguien más la hubiera usado? ¿Y si las huellas de Grace aún estuvieran en el arma?

—Pero ¿eso no está mal? —preguntó mi hija.

La pregunta me sacó de mis cavilaciones.

—¿Qué?

—¿No está mal? Si algo le ha sucedido a Stuart, tanto si lo he hecho yo como si lo ha hecho otra persona, ¿no está mal no acudir a la policía? ¿No tendríamos que contarles lo que ha pasado?

Sentí como si me estuviera poniendo a prueba: de si era un buen padre, de si era un buen hombre. En ese momento me di cuenta de que ser una de esas cosas no significaba ser ambas.

Le apreté las muñecas con más fuerza, bajé la vista a la mesa por un instante y luego la miré a los ojos.

—Grace, ese chico y tú habéis allanado una casa. Íbais a robar un coche. Eres vulnerable. Muy vulnerable. Si hay alguna manera de mantenerte fuera de esto, lo voy a hacer, y me da igual si es lo correcto o no.

—Me estás haciendo daño —susurró.

Le solté las muñecas.

—Ahora mismo, lo único que me importa eres tú, asegurarme de que estés a salvo, de que no te pase nada. Hay muchas cosas que no sabemos en este momento, y, sin saberlo todo, es difícil averiguar qué es lo mejor que podemos hacer. Por mucho que me disguste tener que seguir órdenes de un matón como Vince Fleming, ahora mismo no vislumbro ninguna alternativa.

—Parece incorrecto.

—Grace… En este instante, no tengo todas las respuestas.

Buscó en mis ojos algún tipo de consuelo. Desplacé mi silla hasta la esquina de la mesa y la abracé. Enterró la cara en mi hombro y lloró.

—Estoy muy asustada —dijo.

—Yo también.

—No sé qué hacer.

—Habrá que sobrellevarlo. Es posible que pronto podamos hacernos una idea de a qué nos estamos enfrentando, pero, hasta entonces (y lo detesto, créeme que lo detesto), no creo que tengamos muchas más opciones que aceptar lo que nos pide Vince.

Grace se echó atrás y preguntó:

—¿Y si mis amigos empiezan a hacer preguntas?

—¿Qué clase de preguntas?

—¿Qué le ha pasado a Stuart? ¿Qué se supone que debo decir?

Sentí una opresión en el cuello. Estábamos viviendo un tiempo prestado. Yo podría mantener a Grace alejada de los problemas por un tiempo, tal vez, pero ¿en qué momento nos desbordaría todo aquello? ¿Cuándo empezaría a desmoronarse?

—¿Cuántos saben que estabas saliendo con Stuart?

—Un par de amigos. Y Stuart podría habérselo dicho a alguien

más. Lo que quiero decir es que no éramos novios, digamos, pero habíamos salido juntos algunas veces. Eso es todo. Puede que yo lo haya mencionado en Facebook.

Dios. Una vez se sube algo a internet, permanece ahí para siempre.

—Si hay alguna mención, bórrala —le dije—. Borra todo lo que puedas. No, espera. Si descubrieran que lo borraste todo la misma noche que él desapareció… Mierda. No sé. Si tus amigos te preguntan qué le ha sucedido, diles que no lo has visto. Que os distanciasteis o algo así. ¿Sabía alguien que Stuart y tú ibais a salir esta noche?

Grace se lo pensó un momento.

—No lo creo. No se lo había dicho a nadie.

—¿Ni a Sandra?

—¿Sandra?

—Sandra Miller. La chica con la que se suponía que ibas a ir al cine esta noche.

Grace se estremeció.

—Sí —dije—. ¿Le explicaste que iba a ser tu tapadera para que supiera lo que estaba pasando si yo llamaba, fuera a ella o a su madre?

Grace negó con la cabeza. A veces, los chicos se creen muy listos, pero un crimen perfecto está lejos de su alcance.

—¿No me habías dicho que la madre de Sandra iba a traerte a casa? ¿Cómo ibas a hacer que las cosas funcionaran?

—Iba a pedirle a Stuart que me dejara al final de la calle para que tú no vieras ningún coche en la entrada —dijo.

Eché mi silla atrás. Era difícil, mientras trataba de consolar a mi hija, no enfurecerme con ella.

—Háblame de Jane —le dije.

—¿Qué pasa con Jane?

—¿Cuándo conectasteis?

Captó el tono acusador y se echó atrás.

—La encontré en internet y me hice su amiga.

—Un contacto de internet y una persona a quien llamas en mitad de la noche porque crees que le has pegado un tiro a alguien son dos niveles de amistad muy diferentes —dije—. ¿Por qué a ella? ¿Cuándo os habéis vuelto tan amigas?

—A lo largo de los últimos meses. Yo quería saber cosas.

—¿Qué querías saber?

—Quería saber de mamá y de ti y de lo que pasó entonces. —Sorbió por la nariz—. Nunca habláis de ello. Es decir, decís que mamá sigue asustada por lo que le pasó, que fue un gran trauma y todo eso, pero nunca entráis en detalles que me permitan entenderlo de verdad, ¿sabes?

Seguí escuchando.

—Pero yo sabía que Vince Fleming os había ayudado entonces y que estuvo con mamá la noche en que su familia desapareció, allá por 1983. De Jane también sabía que habías sido su profesor y que Vince era algo así como su padrastro. No iba a preguntarle cosas a Vince. Me daba mucho miedo, además de que era demasiado viejo para hablar con él, pero pensé que, si le preguntaba a Jane, ella me daría algunas respuestas.

—Pudiste habernos preguntado a nosotros —dije.

—Ah, sí, claro —dijo Grace—. Siempre habéis sido superprotectores con esto. Cuando yo tenía siete años y estuvieron a punto de matarnos a mamá y a mí, fue como si me hubieran metido en una burbuja. Es esa cosa de la que tú siempre dices que hablaremos algún día, pero nunca lo hacemos. Y es como si aquí no hubiera habido otro desastre que el de mamá. ¿Y el mío qué? ¿Crees que porque ocurrió hace mucho ha dejado de asustarme? Nunca he olvidado que estuve en ese coche, en la cima de ese acantilado. Cierro los ojos y es como si estuviera allí. Tengo recuerdos. Y quiero saber. Quiero saber todo al respecto, no solo analizar mis estúpidos sentimientos, como aquella vez que me enviaste a la psiquiatra de mamá. Y, aunque Jane no estuvo allí cuando ocurrió todo, sabe mucho de lo que pasó y no le importa hablarme del tema. Me está

ayudando, ¿vale? ¿Os parece bien a ti y a mamá que yo hable con alguien que de verdad pueda ayudarme?

Mi cuello ya estaba demasiado cansado para sostener mi cabeza en alto. La dejé caer mientras sopesaba las palabras de mi hija.

—Así que habéis estado quedando —dije.

—Sí. Nos hemos visto un montón de veces para tomar café y cosas así. Y no solo hemos hablado de toda la mierda que pasó hace mucho tiempo. Hablamos de lo que sea. Me cae bien, me cae muy bien, y, cuando he tenido problemas, la he llamado.

—¿Porque pensaste que ella te ayudaría más que yo? —pregunté. Era difícil no sentirse un poco herido.

—No… exactamente —dijo Grace—. Fue por Stuart. Y la conexión de Jane con él.

—Porque lo conocía —dije—. Porque el padre de Stuart trabaja con Vince.

—Sí. Yo había visto a Stuart por el instituto y todo eso, pero quien de verdad nos presentó fue Jane.

—¿Y cuándo fue eso?

—¿Hace unas semanas, digamos? Estábamos en la zona de restaurantes. Jane lo vio, lo llamó y nos pusimos a charlar. Después de eso, Stuart me mandó un mensaje y quedamos.

—¿Tú sabías que Stuart estaba relacionado con Vince Fleming? ¿Que su padre era Eldon Pollard? ¿Que su padre trabajaba para Vince?

—Sí, lo sabía.

—¿Lo sabías y saliste con él, con un chico cuyo padre es un gánster de mierda? ¿Sabes que, cuando ocurrió todo aquello, me secuestró en la calle?

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Pero también te ayudó, ¿verdad? Si él no te hubiera ayudado a averiguar lo que pasó, yo estaría muerta, ¿verdad? Y mamá también. No está mal para un maldito gánster.

No supe qué responder.

—Eso es lo que he averiguado gracias a Jane. Quizá, si de vez en

cuando me dijerais algo, yo lo habría sabido antes.

—Nunca debiste…

Me detuve. Estaba dejando que las cosas se me fueran de las manos. Ahora era yo quien estaba perdiendo el control. Tanto de la situación como de mí mismo.

—Siempre hablas de no prejuzgar a la gente —dijo Grace.

—¿Qué?

—Que el padre de alguien sea malo no tiene por qué significar que el hijo sea malo.

La miré estupefacto.

—Stuart entró en una casa a robar un coche. ¿Quién está prejuzgando? El chico ya ha demostrado que es un problema, igual que su padre.

Grace se levantó, subió corriendo a su habitación y dio un portazo que hizo temblar la casa.

El golpe fue lo bastante fuerte como para sacudir algo en lo que yo había estado pensando sin darme cuenta.

«Por lo que él sabe, ella lo ha visto».

Estaba pensando en la persona que había pasado corriendo junto a ella, la que podía haber disparado, la que podía haber matado a Stuart.

¿Se habría dado cuenta de que Grace no había podido verlo bien?

Si el tipo creyera que Grace lo había visto, que sería capaz de identificarlo…

Tendríamos más de qué preocuparnos, ya no solo de que la policía llegara a descubrir que Grace ha estado en esa casa.

Veintiocho

—Hola —dijo Vince cuando entró Jane Scavullo. La había oído subir las escaleras y la estaba esperando.

—Hola —dijo ella, cansada. Se quedó junto a la puerta.

—Entra.

—Estoy bien aquí.

—Por el amor de Dios, entra y siéntate.

Jane entró en la habitación y se sentó en la silla que Terry había dejado momentos antes.

—Y bien, ¿qué te ha dicho? ¿Ha visto algo? —le preguntó Vince—. No, aguarda. Fija esa idea. Tengo que vaciar esta cosa antes de que explote. —Entró en el baño y cerró la puerta.

Jane cerró los ojos un momento y descansó las manos apoyándolas en la mesa. Su padrastro salió un par de minutos después. Se secó las manos en la camisa y tomó asiento frente a ella.

—¿Y?

—No ha sido de mucha ayuda.

—Mierda. Debe de haber notado algo.

Jane relató la conversación con Grace casi palabra por palabra.

—Así que no sabemos nada de ese tipo —dijo Vince—. Ni un puto detalle.

Jane no dijo nada.

—Eso ha sido genial. ¿Ha dicho si habían ido allí por algo más que el coche?

Jane sacudió la cabeza.

—¿Cómo a qué?

—¿Lo ha dicho o no?

—No. Stuart ha entrado a coger las llaves del Porsche. Si estaba ahí por algo más, Grace no parece haberse enterado.

—¿Así que no han subido al segundo piso?

—Te he dicho lo que ella me ha contado.

—El que estaba ahí dentro, quienquiera que haya sido, no tenía por qué irrumpir —dijo Vince.

—¿Es una pregunta?

—Solo estoy pensando en voz alta. Stuart ha roto una ventana, el muy idiota, pero el sistema de alarma ya había sido desactivado. Debe haber sido alguien que tenía llaves y que sabía cómo desactivar el sistema de seguridad.

—Los propietarios podrían tener a alguien que revise la casa por ellos; alguien que tenga una llave y conozca el código. —Jane lo dijo como si fuera algo obvio.

Vince se quedó pensando.

—Pero, si era alguien que estaba allí con la bendición del dueño, ¿por qué merodear con las luces apagadas?

Jane se encogió de hombros.

—No lo sé, Vince, es tarde. —Ladeó la cabeza y le dedicó una mirada valorativa—. Estás muy preocupado por que hayan entrado en esa casa, por que alguien más haya estado dentro, por qué era lo que estaban buscando y bla, bla, bla, pero ¿Stuart no te preocupa ni siquiera este poquito? —Entre su pulgar y su índice había una pequeña distancia.

—Por supuesto.

—¿Ya lo sabe Eldon?

—No.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Vince tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Cuando llegue el momento. Antes tengo que hacerle unas preguntas.

—¿Estás de cachondeo? —preguntó Jane—. ¿Antes de hablarle de su hijo lo vas a interrogar?

—Sí. ¿Cómo sabía Stuart qué casa elegir? Eldon debió descuidarse y dejarlo ver la lista.

—¿Qué lista? Y, en todo caso, ¿por qué esa casa te pone tan

nervioso?

—Tú no te preocupes. El hecho de que Stuart estuviera allí apunta hacia Eldon. La ha cagado. Aquí hay algo que no está bien.

—No sé de qué hablas.

—Tal vez Eldon estaba allí, en esa casa. Ha llegado tarde a nuestro encuentro de esta noche.

Jane se llevó las yemas de los dedos a la frente y miró hacia abajo.

—Vince, ¿en serio me estás diciendo que Eldon ha disparado a su propio hijo?

—No. Lo que quiero decir es que no sé qué ha pasado. Tal vez Eldon estaba allí y no le había dicho nada a su hijo, así que se sorprendieron el uno al otro.

—Esto es una locura —dijo Jane.

—Quizá Eldon me ha estado timando —dijo Vince, más para sí mismo que para Jane.

—¿Cómo diablos podría estafarte? No estaba en *tu* casa. Estaba en casa *de otra persona.* ¿Me estás diciendo que Eldon podría haberle pegado un tiro a su propio hijo para luego aparecer en la reunión que teníais? ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿Te parece que Eldon es capaz de llevar a cabo algo así?

—Lo voy a averiguar. Te lo garantizo.

Jane apartó la silla y se levantó.

—Bueno, pues buena suerte. —Se giró y se dirigió a la puerta.

—Espera —le dijo Vince a su espalda. Ella se detuvo, aunque no se dio la vuelta—. Solo quería… Quiero darte las gracias por haberme puesto al corriente. Que me hayas informado después de recibir la llamada de Grace… Quiero que sepas que has hecho lo correcto.

—¿Qué otra cosa iba a hacer? —dijo, y se giró para mirarlo de frente.

—Lo sé, y, aun así… Entiendo que estés cabreada por haberte visto arrastrada a esto. No me gusta involucrarte en mis asuntos,

pero esto era diferente. Sabía que Grace te contaría más de lo que estaría dispuesta a contarme a mí.

—¿No quieres involucrarme en tus asuntos? —contraatacó Jane—. ¿Desde cuándo? ¿Crees que no he estado siempre involucrada de alguna manera? Venga. Vivías con mi madre. Después os casasteis. Yo vivía bajo tu techo. Sí, es posible que no me hayas puesto a robar cargamentos de Ipad, pero ¿crees que no estaba involucrada? Cada vez que mi madre recibía una llamada lo hacía con el corazón en la boca, preocupada de que estuvieras muerto o en la cárcel. Si alguien llamaba a la puerta, yo pensaba que quizás era un policía o alguien que venía con un arma y la intención de volarte los sesos. Así que no sientas pena por que yo me haya visto en la necesidad de atender la llamada de Grace, porque esto no ha sido nada comparado con la clase de cosas que viví durante años.

Vince iba a decir algo, pero no le salieron las palabras.

—Me tengo que ir. Es tarde.

Vince dio un paso hacia ella.

—Jane.

Un suspiro de exasperación.

—¿Qué?

—Este no es… Este no es un momento fácil para mí. Tienes que saberlo.

—Lo que tú digas —dijo ella.

—Sé que he estado algo ocupado en estos tiempos y que tú y yo no hemos estado juntos, pero, oye, tú lo sabes bien, tienes tu vida, y luego está toda esta otra mierda con el médico y…

—¿Qué médico? ¿Qué novedades hay?

—Nada. Olvídalo. La cuestión es que en estos dos últimos años he cambiado por completo mis actividades. Estoy tratando de ser más creativo.

—Siempre te he considerado bastante creativo —dijo—: secuestrar camiones y robar todoterrenos y enviarlos al extranjero es bastante creativo.

Vince no hizo nada por negarlo.

—Pero todo eso requiere mucho trabajo. Ya no soy tan joven como antes. Y he tenido… problemas de liquidez, pero estoy dándoles la vuelta a las cosas.

—¿Y tú crees que algo de eso tiene que ver con las razones por las que estoy cabreada contigo? —espetó Jane.

Vince no abrió la boca. Se limitó a esperar.

—¿Por qué no fuiste a visitarla?

—Lo hice —se defendió.

—Ah, ¿un par de veces?

—Eso no es cierto, Jane, y lo sabes. Iba al hospital con regularidad a ver a tu madre.

—Pero no esa noche. ¿Dónde estabas?

—De camino. Iba a ir. De veras.

—¿En serio? ¿Surgió algo? ¿Te retrasaste? Sé dónde estabas: en el Mike's. —Se refería a un bar de Milford donde Vince pasaba mucho tiempo—. Si con lo que llevabas encima hubieras intentado conducir hasta el hospital, te habrías estrellado contra la sala de urgencias.

—Así que estaba en el Mike's. Vaya cosa.

—¿Qué hacías allí?

—Estaba tomando unas copas —admitió—. Yo no sabía que esa noche iba a ocurrir.

—No, no lo sabías, porque hacía días que no movías el culo para ver cómo estaba. Si hubieras ido, habrías visto lo mal que se estaba poniendo. Habrías sabido que estaba a punto de pasar. Y yo intenté decírtelo, pero estabas en tu puto mundo y no me escuchaste.

Vince murmuró algo.

—¿Qué?

—No podía.

—¿No podías qué?

—No podía verla así. Yo solo… —Hizo un alto y tomó aire, como si se estuviera quedando sin aliento—. Quería mucho a tu madre. Ella lo era todo para mí. Fue muy duro verla sufrir, verla empeorar cada día.

—Fue duro para ella también —dijo Jane.

—¿Por qué crees que yo estaba en el Mike's, bebiendo hasta el aturdimiento? Porque no soportaba la idea de perderla, por eso.

Los ojos de Jane perforaron a Vince.

—Estabas lamentando tu propia pérdida. ¿Sabes? Hay algo que, durante todos estos años, nunca me habría imaginado: que eras un marica.

Vince la fulminó con la mirada. Sus mejillas se sonrojaron.

—Sí, lo he dicho. No tuviste las agallas para estar allí. O sea, no es como si no te hubieras pasado la vida haciendo rondas a la muerte, ¿verdad? No te importa provocarla, pero no quieres verla de frente.

—Nadie más me habla así y se sale con la suya, Jane.

Ella abrió los brazos en un gesto que decía «venga».

—Dame lo mejor que tengas.

—Joder, Jane —dijo él, y se acercó un poco más a la mesa. Extendió una mano para equilibrarse—. No quiero hacer esto. —Bajó la cabeza y, con lentitud, la movió de un lado al otro—. Sé que te he decepcionado. Y no te culpo. No soy el hombre que creías que era. Tal vez nunca lo he sido. He perdido a tu madre y parece que ahora también te estoy perdiendo a ti. Ya no te decepcionaré por mucho más tiempo.

Jane hizo ademán de responder, pero algo la hizo contenerse.

—Además —dijo él con cierto desdén—, no es que yo sea tu verdadero padre. Tú no eres mi verdadera hija. Así que, ¿cuál es el problema, verdad?

Quiso forzar una risa. En vez de ello, le salió un ataque de tos.

Jane vaciló. Estaba a medio metro de la puerta, pero le era difícil salir mientras él estaba haciendo un esfuerzo por recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dijo él. Su móvil empezó a sonar—. Tengo que cogerlo.

—Claro.

Sacó el teléfono y se lo puso en la oreja.

—Sí, Gordie… Bueno… Sí… Aguarda. —Se dirigió a Jane—: Tengo que ocuparme de un asunto.

—Claro —dijo ella. Se dio la vuelta, salió de allí y dejó que la puerta mosquitera se cerrara con un fuerte golpe.

Vince habló al teléfono.

—Se me ocurre que podría haber sido el paseador de perros: Braithwaite. El panel de seguridad estaba en verde. Alguien ha usado una llave, alguien que conocía el código. Sigue haciendo las demás comprobaciones, pero el tipo me está gustando para esto. Si ha habido irrupciones en otros sitios, entonces no ha sido él, pero si se tratara solo de la casa de los Corro, la cosa sería diferente. Mañana iremos a visitarlo. Vive enfrente de la mujer de Archer. Te voy a dar la dirección… ¿Tienes con qué escribir?

Veintinueve

Terry

Podía haber subido a la habitación de Grace, llamar a la puerta e intentar calmar las aguas, pero no me quedaba nada. Si mi hija quería tomarse un tiempo para reflexionar, yo estaba de acuerdo.

Así que dejé mi culo aferrado a la silla de la cocina.

Me repetía a mí mismo «mierda, mierda, puta mierda».

Porque en eso estábamos metidos. Hasta el puto cuello.

¿Estaba haciendo el tonto por obedecer lo que Vince me había ordenado?

«Tal vez».

¿Tenía una idea mejor sobre cómo solucionar aquel lío?

«En realidad, no».

¿De verdad pensaba Vince que podía mantenerlo en secreto? ¿De verad se sentía capaz de hacer desaparecer esos problemas? Y, aunque tuviera éxito en hacernos a Grace y a mí olvidar a Stuart, ¿iba a poder borrar todas las pruebas de la existencia de ese chico?

¿Acaso Stuart había dejado de existir? Y, en tal caso, ¿qué demonios le había pasado? Si estaba muerto, ¿qué había hecho Vince con él? ¿Y el padre del chico, Eldon, cómo reaccionaría? Suponiendo que Grace y yo pudiéramos mantener la boca cerrada, ¿el padre de Stuart lo conseguiría también? Si su hijo estaba muerto, ¿iba a hacer lo que Vince quisiera?

¿Qué había en esa casa? ¿Por qué Vince quería averiguar si Stuart y Grace tenían planes de hacer algo que no fuera robar el Porsche? ¿Por qué quería saber si habían estado en otro sitio que no fuera el sótano ni la primera planta?

Ese hombre estaba nervioso. Si todos los sucesos se escaparan de su control, si no pudiera contener las cosas, ¿cuáles serían las

consecuencias para Grace, más tarde, cuando todo saliera a la luz? ¿Qué precio tendría que pagar por no haberse entregado desde el principio?

Y si quienquiera que estaba en esa casa creyera que mi hija es una testigo, y si esa persona supiera quién es ella y cómo encontrarla, ¿estaría Grace más segura acudiendo a la policía y poniendo todas las cartas sobre la mesa?

Mierda, mierda, mierda, qué desastre.

Por la mañana iría a ver a un abogado, alguien a quien pudiera contárselo con absoluta confidencialidad. Contárselo todo. A ver cuáles eran nuestras opciones.

No podía imaginar ninguna buena.

Y, por si todo eso fuera poco, había otro asunto: Cynthia.

¿Cómo demonios le afectaría? A menos que Vince lograra enterrar aquel lío más profundamente que el tesoro del capitán Kidd, tendría que contárselo. Ella merecía enterarse.

Sobre todo, yo necesitaba que lo supiera. Cynthia podía ser más nerviosa y sufrir mayor tensión que cualquier otra persona, pero seguía siendo mi roca. Yo no iba a ser capaz de superar aquello sin ella. Y, por mucho que Grace quisiera mantener a su madre en tinieblas, ella tampoco lograría superarlo sin ella.

La cuestión era cuándo meterla en el asunto.

Esa noche, no, desde luego.

Subí las escaleras, me planté frente al lavabo y me miré en el espejo durante un buen rato antes de recordar lo que había ido a hacer. Me lavé los dientes, me desvestí hasta quedarme en calzoncillos y me metí en una cama de matrimonio que había estado demasiado vacía las últimas semanas.

Estuve tumbado durante varios minutos, mirando al techo, hasta que decidí que ya había pasado suficiente tiempo como para ir a ver a Grace. Me levanté de la cama, me puse un albornoz y recorrí el pasillo hasta su habitación.

Empujé la puerta, que estaba apenas entreabierta. Y, aunque la

luz estaba apagada, por la ventana entraba suficiente claridad para ver que mi hija estaba en la cama.

—Estoy despierta —me dijo.

—Me lo imaginaba —dije, y me senté en el borde de su cama.

—No creo que pueda ir a trabajar mañana.

—Llamaré temprano para decir que estás enferma.

—Vale. —Sacó una mano de debajo de las sábanas y me sujetó el brazo—. ¿Qué hay de mamá? —preguntó.

—Estaba pensando en ella.

—Si todo saliera a la luz y yo tuviera que ir, ya sabes, a la cárcel o algo así, tendríamos que contarle todo.

—Me parece que habrá que ponerla al día antes que eso —dije. Sonreí y le froté el brazo.

—¿Crees que eso es lo que pasará, que iré a la cárcel?

—No —le dije—, no dejaremos que eso ocurra. Y yo quisiera saber algo.

Grace esperó.

—¿Qué te dicen tus instintos? —le pregunté.

—¿Sobre qué?

—Sobre Stuart. ¿Le has disparado o no?

Se tomó un segundo para meditar su respuesta.

—No.

—¿Qué te hace decirlo?

—He estado aquí tumbada, pensando y pensando y pensando, ¿sabes?

—Claro.

—Se trata del orden de los factores.

Le di un ligero apretón en el brazo.

—Continúa.

—He oído un disparo y todo este tiempo me he estado preguntando si he sido yo. Solo que, cuando eso ha ocurrido, he gritado, pero el disparo ha sido primero. Si primero me hubiera asustado y gritado, quizás habría hecho alguna tontería, como

apretar el gatillo, pero no me he asustado hasta que he oído el disparo.

—¿Recuerdas algo más?

Su cabeza rebotaba en la almohada.

—Creo que no.

—¿Vas a estar bien aquí o quieres venir a mi habitación?

—Estaré aquí unos minutos. Si no consigo dormir, iré a tu cuarto.

—Vale —le dije. Estuve a punto de contarle lo que pensaba con respecto a buscar un abogado, pero decidí guardármelo. Me agaché y le besé la frente—. Saldremos de esta. —Titubeé—. Tendremos que poner un par de reglas nuevas.

—Claro, lo sé. Estoy castigada para siempre. Ya me lo imaginaba.

—No me refiero a eso. Lo que quiero decir es que tienes que ser…, ya sabes, cuidadosa, prestar atención: a quién le abres la puerta o con quién te comunicas por internet, si alguien tiene ganas de conocerte o…

—¿De qué hablas?

No quería ponerla más nerviosa. Tal y como estaban las cosas, le iba a costar bastante conciliar el sueño.

Busqué palabras que no sonaran demasiado alarmistas.

—Quienquiera que haya chocado contigo podría pensar que lo has visto.

—Pero no ha sido así.

—Pero quizás él no lo sepa. A eso me refiero.

Cuando lo entendió, sus ojos se enfocaron.

—Mierda.

—Sí.

—Si Stuart está muerto y lo ha matado el tipo que estaba en la casa…

—Sí —volví a decir.

—Pero ¿cómo va a saber quién soy? —preguntó.

—Puede que no lo sepa, pero podría averiguarlo.

Se sentó en la cama y me rodeó con los brazos.

—Tengo miedo, papá.

La abracé con fuerza.

—Yo también, pero, aquí y ahora, conmigo, estás a salvo. No voy a dejar que te pase nada.

Grace enterró la cara contra mi pecho. Sus palabras surgieron amortiguadas.

—No lo he visto. No he visto nada. De veras.

—Lo sé. Vamos a superarlo.

La abracé así durante cinco minutos antes de que me soltara y volviera a apoyar la cabeza en la almohada.

—Ven a buscarme si me necesitas —dije, y me bajé de la cama.

—Eso haré. Estoy bien.

Salí de su habitación y dejé la puerta entreabierta para poder oírla si me llamaba.

Como era de esperar, no dormí. Al menos, no hasta las cinco de la mañana. Sin embargo, antes de las siete ya estaba despierto y no le veía sentido a seguir en la cama. Me levanté, me duché, me vestí y, de camino a la cocina, me asomé a la habitación de Grace para ver si dormía.

No estaba en su cama.

Al otro lado del pasillo, su cuarto de baño tenía la puerta abierta. Tampoco estaba allí.

—¿Grace? —grité.

—Aquí estoy —dijo.

Estaba sentada a la mesa de la cocina. Solo sentada. No estaba desayunando, no estaba haciendo nada. Solo estaba allí, en la silla, con la camiseta extragrande con la que le gustaba dormir. Tenía los ojos desorbitados y parecía haberse peinado en un túnel de viento. No es que yo tuviera un mejor aspecto.

—Me has asustado —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí sentada?

Miró el reloj de pared.

—Desde alrededor de las cinco.

Debía de haber bajado poco después de que yo me durmiera. Si no, la habría oído moverse.

—Tengo algo que decirte —dijo Grace.

La miré.

—Vale.

—No me importa lo que opine Vince. No me importa lo que te haya dicho. Y no me importa lo que me suceda. —Hizo una pausa y tomó aire—. Tengo que saber…

Se levantó, pasó a mi lado y subió a su habitación.

Treinta

Eldon Pollard dormía cuando sonaron los golpes en la puerta.

Él y su hijo, Stuart, vivían en un apartamento de la avenida Naugatuck, encima de un taller de reparación de electrodomésticos. Las escaleras estaban en un costado del edificio.

Eldon abrió los ojos, miró el reloj digital y vio que eran casi las siete de la mañana. Supuso que sería Stuart y que, de algún modo, el chico había perdido las llaves. Necesitaría que le abriera la puerta. No era raro que Stuart pasara toda la noche fuera o, incluso, uno o dos días. Si había perdido las llaves, el segundo coche de Eldon, es decir, el viejo Buick, estaría por ahí, en alguna parte, así que Eldon tendría que encontrar el juego de repuesto y volver a donde fuera, con Stuart, para recoger el coche.

A menos que su hijo estuviera borracho. Y había razones para pensar que había vuelto a casa borracho o drogado.

Eldon creía haber hecho su mejor esfuerzo con el chico, pero, joder, uno podía pasarse la vida intentando enseñar a un pez a manejar una retroexcavadora y, en algún momento, tendría que afrontar el hecho de que ciertos objetivos eran inalcanzables. Tal vez Stuart, con la madurez, llegaría a desarrollar algo de sentido común. Eldon no podía hacer otra cosa que albergar esperanzas. Criar solo a un hijo no era fácil. Quizás la inteligente había sido su esposa, que había huido cuando Stuart apenas tenía cinco años. Ella acabó perdiendo la vida seis años después en un accidente de moto, a lomos de una Harley, al norte de San Francisco. Había vivido, al menos, seis años libres de responsabilidades. Él la envidiaba, sin importar que la mujer hubiera dejado su figura grabada en el estribo de un puente.

—¡Un momento! —gritó—. ¿Otra vez has perdido las malditas llaves?

Apartó las sábanas, se levantó en calzoncillos, se tomó un segundo para reponerse del mareo que le provocó levantarse deprisa y deslizó los pies en un par de raídas zapatillas de tela roja y negra. Arrastrando las suelas, salió del dormitorio y cruzó el salón-cocina. A través de la ventana de la puerta, alcanzó a ver un hombre perfilado por el sol matutino que emergía a sus espaldas.

No parecía Stuart, pero Eldon no estaba seguro. El hombre seguía golpeando.

—¡Un momento, he dicho!

Llegó a la entrada, retiró el pestillo y abrió la puerta.

—Ah —exclamó. Cegado por la luz del sol, había entrecerrado los ojos—. Hola, Vince.

—Eldon —dijo Vince Fleming. Vestía un cortavientos acolchado, con la cremallera a medio subir. En la mano izquierda sostenía una bandeja con comida para llevar y dos cafés—. He traído algo que te ayudará a despertar. Cuatro de azúcar, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—¿Vas a invitarme a entrar?

—Mierda, sí, claro. —Abrió la puerta de par en par y Vince, con una mano en el bolsillo de la chaqueta, entró—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Hay un problema, Eldon. Espero que puedas ayudarme.

Eldon parpadeó un par de veces más y sus ojos empezaron a adaptarse a la luz del día. Vio que Vince se dirigía a la cocina, dejaba la bandeja y le pasaba el café. Casi desnudo, en un movimiento torpe, cogió el vaso con las dos manos.

—¿Un problema? —Volvió a mirar hacia la entrada, pero, desde ahí arriba, sin asomarse al rellano, no habría podido ver el aparcamiento —. ¿Gordie y Bert están contigo?

—No. Han estado trabajando toda la noche. Siguen en ello. Y lo de anoche, ¿ha salido todo bien?

—¿Cómo? Sí, ya me he ocupado del dinero. Después de ese asunto, volví a casa. Deberías haberme llamado si estaba pasando algo.

—Está bien.

—¿Cuál es la situación, entonces? —Seguía sosteniendo el café, aunque no había tomado ni un sorbo. Vince le había quitado la tapa al suyo y estaba soplando al líquido.

—Control de daños —dijo.

—¿Qué?

—Sí. Están comprobando todas nuestras ubicaciones. Anoche nos dieron un golpe, Eldon.

El hombre se quedó boquiabierto.

—Joder, no. Tienes que estar bromeando.

—Ojalá.

—Qué mal. De verdad, qué mal.

—En serio. Siéntate, Eldon.

El hombre dejó su café en una mesita, frente al sofá. Vince había dejado el suyo encima del mostrador, en el recipiente de comida para llevar.

—¿Qué te parece si me dejas vestirme primero? Podría estar listo en un par de segundos. —Así, en calzoncillos y zapatillas raídas, parecía vulnerable.

—No, siéntate.

Eldon se sentó en el sofá mientras Vince se esforzaba por acomodarse en una silla baja de Ikea.

—¿No sientes curiosidad por saber dónde nos han dado? —le preguntó Vince.

—Por supuesto. Estaba a punto de preguntarte.

—En la casa de los Corro.

—Joder —dijo Eldon—. Estamos hablando de doscientos mil, más imprevistos. Coño, Vince, no son buenas noticias. Es una catástrofe.

—Sí, lo es.

—¿De quién es ese dinero? ¿Del director del banco de Stamford? ¿Tres años de malversaciones? Está pensando en irse a las Caimán, pero puede que pronto quiera ese dinero. Esto no le va a gustar.

Vince negó con la cabeza.

—No, lo importante no es a quién pertenece ese dinero, lo que

importa es que ya no está.

—¿Ha sido un solo lugar?

—Como te he dicho, estamos haciendo comprobaciones.

—No deberíamos estar sentados aquí —dijo Eldon—. Tenemos que salir.

Vince negó con la cabeza y levantó una palma para que Eldon se quedara quieto.

—Lo interesante de anoche es que, al parecer, la casa de los Corro sufrió dos ataques.

—¿Qué?

—Sí. Dos en una noche. Una parte ya estaba allí cuando llegó la segunda.

Eldon Pollard parecía desconcertado.

—No lo entiendo. ¿Me estás diciendo que se conocían? ¿Estaban trabajando juntos?

—No estoy seguro. Por lo visto, alguien se metió por el camino normal, con llave y código. Luego vino otro y entró por una ventana del sótano. Este no sabía que podía haber entrado por la puerta principal sin activar la alarma.

Eldon seguía todo con cara de desconcierto. De repente, chasqueó los dedos y señaló a su jefe con un dedo.

—El paseador de perros pudo haberse metido por el camino normal.

—Tal vez —dijo Vince—. Eso fue lo primero que pensé.

—Tiene llaves, conoce el código. Esa es una de sus casas.

—Tal vez —volvió a decir Vince.

—¿Qué? —preguntó Eldon—. ¿En qué estás pensando?

—Anoche llegaste tarde a la reunión.

—¿Cómo?

—Al motel. Llegaste tarde.

—Ya te lo dije. Lo siento —se excusó Eldon—. Dejé que Stuart se llevara el Buick, así que me quedé con el Golf. La cosa no quería arrancar. Tuve que meterle mano para ponerlo en marcha. Si yo fuera un poco más listo, le habría dado el Golf a Stuart y que él se

ocupara del problema, pero creo que mi hijo iba a salir con alguna chica, y, bueno, en el Buick hay más espacio, ¿sabes? —Mostró una sonrisa dócil—. Más espacio para las caricias, ¿no crees? Mierda, yo también fui joven. Sé lo que es eso, así que dejé que se llevara el Buick. Eso es un tanque… Esa cosa no va a morir. Lo siento mucho. Yo tenía intenciones de llegar a tiempo.

—Después de arrancar el Golf, ¿hiciste alguna parada de camino al motel?

—No, pisé el acelerador a fondo. Mierda, tienes que pisarlo a fondo solo para que el coche empiece a moverse. Fui a la reunión sin desviarme. ¿Qué pasa? ¿Por qué me preguntas esto? ¿Tienes algo contra mí? Vale, llegué tarde. Lo siento. No volverá a ocurrir, pero ¿qué tiene eso que ver con que nos hayan dado un golpe?

—¿Dónde guardas la lista?

—¿Cómo?

—Deja de repetir eso, Eldon, es molesto.

—¿Quieres saber sobre la lista? ¿Dónde la guardo?

Vince suspiró.

—¿Sí? Eso es lo que me gustaría saber.

—Nunca la puse en el ordenador, como me dijiste. Llevo las cosas al día en mi cuaderno. Tú me cuentas las cosas y yo las escribo.

—¿Dónde está el cuaderno?

—En este momento, dentro de mis pantalones —respondió.

—Cógelo.

Eldon se levantó del sofá. Al entrar en el dormitorio, sus zapatillas hicieron ruido. Vince oyó un tintineo de monedas mientras Eldon recogía sus vaqueros del suelo. El hombre volvió al cabo de unos segundos y se sentó de nuevo en el sofá, con el cuaderno en la mano. Se lo entregó a Vince.

—¿Ves? —dijo.

Vince lo abrió y hojeó las páginas.

—¿Siempre llevas esta cosa encima?

Eldon se encogió de hombros.

—Excepto cuando estoy escribiendo en él. Puede que lo deje por

momentos en el taller.

Se refería a un taller de chapa y pintura que servía no solo como cuartel general de Vince, sino como fachada comercial para blanquear parte de sus ingresos.

—Así que quizás lo has dejado por ahí, donde alguien ha podido cogerlo y mirarlo. ¿Y qué me dices de este lugar, de tu apartamento? ¿Alguna vez lo has dejado a la vista?

—Joder, Vince, ¿adónde va…?

—Solo responde la pregunta, Eldon.

Por primera vez, en los ojos de Eldon apareció el miedo.

—Ah, tal vez, pero ¿qué importa? El único que entra aquí es Stuart. Podrías preguntarle, pero creo que aún no ha vuelto a casa. —Eldon miró la puerta cerrada del dormitorio de su hijo—. Podría comprobarlo.

—No te molestes —dijo Vince—. ¿Le has explicado a tu hijo cómo llevas las cuentas de las cosas?

Eldon se rascó la cabeza.

—Mira… Una vez me preguntó por las direcciones. Le expliqué que resto uno a cada número, que el 264 de Main Street sería el 153, y así. Son cosas de padre e hijo, ¿sabes?

—¿Y las fechas?

Eldon tragó saliva.

—Le dije que hacía lo mismo. Que, por ejemplo, del diez al veinte de marzo sería del nueve al diecinueve de febrero. Tal y como lo hemos acordado, pero, mierda, Vince, ¿crees que Stuart trataría de jugárnosla? No hay manera. Aunque mirara mi cuaderno, no tendría las llaves.

—¿Dónde están tus llaves ahora mismo? —le preguntó Vince.

—En el dormitorio, donde… —Dejó de hablar. Se levantó de un salto y volvió a entrar ahí—. Siempre las dejo… Vale, suelo dejarlas en la mesita, aquí, al lado de la cama. —Salió del dormitorio con una sola llave—. Tengo la de la casa a la que tuve que entrar anoche.

—¿Dónde están las demás?

Con voz pausada, Eldon contestó:

—Supongo que en el taller.

Vince sonrió.

—En realidad, ese no es el problema. No fue así como Stuart entró. Rompió una ventana del sótano.

—¡Ah, maldita sea! —Eldon cerró el puño y se golpeó la rodilla, con fuerza—. ¿Es una broma? ¡Estúpido, pedazo de mierda! Le partiré la puta cabeza. —El rostro enfadado mudó de repente a la preocupación. Eldon se levantó de un salto, entró en su dormitorio y volvió con un teléfono móvil. De pie detrás del sofá, seleccionó un número y se puso el teléfono en la oreja—. Lo haré venir —le dijo a Vince—. Aguarda. Ahora mismo voy a traer a ese cabroncete y lo arreglaremos todo. No me lo puedo creer. Qué hijo de puta.

Vince seguía esperando mientras Eldon escuchaba los timbrazos.

—Contesta, puto incordio. Mierda. Buzón de voz. Oye, ¿dónde coño estás? ¡Trae tu puto culo a casa ahora mismo! ¡Ahora!

Colgó el teléfono y sacudió la cabeza con frustración.

Esperó.

—No puedo creer que este… Oye, mierda, ¿cómo te has enterado? ¿Cómo sabes que ha sido él? —La alarma inundó su rostro—. ¿La policía? Mierda, ¿lo ha detenido la policía?

—No.

—Entonces, ¿cómo? Debe de haber un error. No hay manera de que él hubiera hecho algo así. Te respeta, Vince. Será más tonto que un puñado de tuercas, pero te respeta, de verdad.

—No creo que haya ido por el dinero —dijo Vince con calma—. Sabía que en el garaje había un Porsche. Entró a por las llaves para ir a dar una vuelta.

Eldon parecía casi aliviado.

—¿Es todo?

—No, ni mucho menos. Quizás lo único que quería eran las llaves del coche, pero, aun así, debía saber, gracias a que el cuaderno no estaba a salvo en tus putos pantalones, las fechas en que los Corro estarían fuera. Así que pensó que sería un momento seguro para entrar, coger las llaves y divertirse.

—Vale, el chico es idiota. No sé qué decirte. Hablaré con él. Lo arreglaremos. ¿Qué tendría que hacer? ¿Confesar? ¿Estaba allí cuando el otro entró a estafarnos? ¿Intentó detenerlo y resolvió que debía contarte lo que pasó? Vince, vamos, necesito saber.

—Si Stuart ha podido echar un vistazo al libro, ¿quién más ha podido verlo? —le preguntó Vince—. ¿A quién le habrá contado cosas? ¿Qué casas estaban en la lista, por ejemplo? ¿Cuándo estaría fuera la gente? ¿Qué casas tienen sistemas de seguridad y cuáles no? ¿Dónde estaban escondidas las cosas?

Furioso, Eldon negó con la cabeza.

—Nadie. A ver, ¿sabes dónde está Stuart? Lo tienes tú, ¿verdad? ¿Está con Gordie? ¿Con Bert?

—Vuelve a sentarte, Eldon.

El hombre rodeó el sofá, se sentó y se inclinó hacia delante con los codos sobre las rodillas.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Vince?

Vince hizo una pausa.

—Quiero que me escuches con atención. Voy a decirte lo que vamos a hacer.

En la cara de Eldon el color empezó a desaparecer.

—¿De qué hablas?

—Le dirás a la gente, a cualquiera que pregunte, que Stuart se ha ido por un tiempo.

—¿De qué hablas?

—¿Stuart vuelve al colegio en septiembre? ¿O lo dejó cuando cumplió los dieciséis?

—Dice que no va a volver, pero yo le he dicho que tiene que seguir en el instituto. Si quiere ser alguien, tendrá que quedarse.

—En otras palabras, si no volviera al instituto, nadie se sorprendería.

Eldon parecía estar sufriendo temblores de algún tipo. Su cabeza iba de un lado al otro, moviéndose casi demasiado rápido para que el movimiento fuera perceptible.

—No, no.

—Habrá registros del móvil. Recibirás llamadas suyas de todo el país mientras viaja por los buenos y viejos Estados Unidos de América. Y si alguien llegara a preguntarte por él, serás capaz de hablarle de cada lugar en el que ha estado. Le dirás que esto era algo de lo que él te había estado hablando durante mucho tiempo: de hacer autostop a través de este gran país. Para que todo coincida, organizaremos los retiros de efectivo de los cajeros automáticos. Aquí y allá.

—Para, Vince. Por favor, para.

—De ese modo, habrá un registro. Tienes que comprender cuán importante es todo esto. Y, entonces, un día, dejarás de saber de él. Quizá su última llamada sea de California o de Oregón. Algún sitio así. Será ahí donde la policía empiece a buscarlo. Para entonces, el rastro estará tan frío que no los traerá aquí, al negocio que regentamos.

—No.

—¿Me estás diciendo que no vas a hacer lo que te digo? —le preguntó Vince—. ¿O solo te está costando darte cuenta? —Suavizó el tono y extendió una mano, cerca de la rodilla de Eldon, aunque no se atrevió a tocarlo—. Nos ha puesto a todos en una situación muy difícil.

—No lo has hecho. Dime que no lo has hecho.

—No. Ha sido otra persona. Y lo vamos a averiguar Bert, Gordie y yo. Lo vamos a hacer por ti. Vamos a encontrar a quien mató a tu chico y se lo haremos pagar. Puedes contar con ello. —La barbilla de Eldon temblaba—. Sin embargo, el hecho de que Stuart estuviera donde estaba cuando todo esto ocurrió nos provoca un problema importante. No podíamos dejar que los Corro volvieran a casa y encontraran un cadáver en la cocina. Tampoco podíamos trasladar el cuerpo a otro lugar y esperar a que alguien lo encontrara. Habría preguntas. Cosas difíciles de explicar a la policía. Stuart tenía sus defectos, pero sé que lo querías. Lo entiendo. Sé lo que es perder a un hijo. Tengo una idea de por lo que estás pasando, pero también soy capaz de ver lo que debemos hacer. Ese hijo de puta que mató a

tu chico también es el hijo de puta que se llevó nuestro dinero. Dinero que nos han confiado, que han dejado bajo nuestra custodia. Y todo eso complica las cosas, Eldon. Por eso necesito saber que puedo contar contigo. Necesito saber que vas a…

—¿Dónde está? —preguntó Eldon en un susurro.

—Nos hemos ocupado de él.

El hombre se levantó, dio un paso adelante y señaló a Vince con un dedo tembloroso.

—¡Hijo de puta! ¿Has venido a decirme que mi hijo está muerto y ni siquiera tienes la decencia de dejarme echarle un último vistazo?

—Las cosas han ido muy deprisa.

—¡Quiero verlo! ¡Quiero ver a mi hijo! ¡Cabrón! ¿Dónde está Stuart?

Vince habría querido levantarse de la silla para no tener a ese hombre encima de él, pero, por la forma en que la silla se inclinaba hacia atrás, le iba a costar más de un esfuerzo.

—Ya te lo he dicho. Nos hemos hecho cargo.

Eldon lo miró incrédulo. Bajó la voz.

—Dime que no lo llevaste a la granja.

—Eldon.

—Dime que no se lo diste a los cerdos. Dime que no les diste mi hijo a los cerdos.

—Tengo que levantarme de esta puta silla.

Vince se agarró a los apoyabrazos de madera. Trató de tirar hacia delante, de hacer palanca. De pronto, Eldon le puso una palma en el pecho y lo empujó hacia atrás. La parte delantera de su silla se levantó por un instante y estuvo a punto de caer.

—Eldon, tienes que calmarte de una puta vez.

—Miserable saco de mierda. ¿Tienes *algún* sentimiento? ¿Cómo has podido hacer algo así? —No dejaba de señalar con el dedo la cara de su jefe—. Apuesto a que has sido tú. Toda esta charla sobre que alguien más ha estado en esa casa… Apuesto a que has sido tú.

—No.

—Todo este asunto tuyo, este plan para salvaguardar el dinero de

otras personas. Todo es una estafa, ¿no? Todo. Has engañado a estos cabrones tontos y asustados para que te dejen su alijo y has esperado hasta acumular lo suficiente. Y entonces te quedarás con todo. Un día, Gordie, Bert y yo llegaremos al trabajo y tú te habrás ido, joder. Y luego, cuando esos gilipollas se pasen por aquí a recuperar su dinero, nos habremos quedado con la polla en la mano. ¿Eso es lo que descubrió Stuart? ¿Te pilló en el acto? ¿Por eso lo mataste?

Mientras despotricaba los escupitajos saltaban de su boca. Vince se quedó mirando una gota en la manga de su cazadora.

—¿Así ha sido, entonces? —continuó Eldon—. ¿Stuart entró a robar un coche y te encontró dentro? Todo este asunto tuyo, esto de venir a preguntarme dónde estaba, que por qué llegué tarde…, han sido gilipolleces, ¿no? Una puesta en escena. Vete a la mierda.

—No deberías decir cosas como esas —dijo Vince—. En cualquier otro momento, no te lo perdonaría, pero estoy haciendo concesiones. Has sufrido una pérdida. Estás sufriendo un choque.

Eldon no había terminado.

—Hace mucho que vaciaste el depósito Eres un anciano. Estás enfermo y te estás muriendo y ya no sabes qué demonios hacer, pero yo me he quedado a tu lado, ¿y sabes por qué? Porque la lealtad tiene un valor, por eso, pero solo llega hasta cierto punto. Si has dado de comer a los cerdos al hijo de un hombre, no puedes esperar que ese hombre te siga cubriendo las espaldas.

Eldon se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el dormitorio. Eso dio a Vince tiempo suficiente para coger impulso y levantarse de la silla.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Vince. Apoyó la mano en el respaldo del sofá y se agarró a uno de los cojines.

—Me estoy vistiendo —respondió Eldon.

—¿Y qué piensas hacer?

El hombre ya se había puesto los vaqueros y estaba ajustándose el cinturón.

—Supongo que pronto te enterarás.

—Siento lo de tu hijo —dijo Vince.

Con la mano izquierda cogió un cojín del respaldo del sofá. La derecha se la llevó a la chaqueta.

Cuando entró en el dormitorio, Eldon estaba de espaldas, buscando su camisa en la cama.

—Maldito soplapollas, no te arrepientes de nada. No eres capaz.

Cuando estaba a poco más de medio metro, Vince levantó el cojín, clavó en la tela el cañón de la pistola y disparó. Eso había hecho ruido, sin duda, pero a Vince lo único que le importaba era que el estampido no se oyera fuera del apartamento, y se consideraba bastante a salvo al respecto.

La bala alcanzó a Eldon por debajo del omóplato derecho. El hombre cayó sobre la cama.

—¡Mierda! —gritó.

Vince se movió muy rápido. Se le puso encima, le tapó la cabeza con la almohada y disparó por segunda vez. Eldon se agitó un poco, pero pronto dejó de moverse.

—Estás equivocado —susurró Vince—. Sí lo siento. Más de lo que podrías imaginar.

Cuando se quitó de encima de Eldon, respiraba con dificultad. Volvió a guardar la pistola en la chaqueta. Sentía las articulaciones rígidas, dolores en las tripas. Algo caliente y húmedo mojaba su pierna. Durante medio segundo, le preocupó haberse disparado a sí mismo. Tenía una mancha oscura en la parte superior del muslo, justo debajo de la entrepierna.

Tanta actividad física, tan de repente, había hecho gotear su bolsa. La cinta que la sujetaba se había soltado.

—Maldita sea —exclamó en voz baja.

Entró en el cuarto de baño para limpiarse lo mejor posible. Cuando terminó, se lavó las manos y miró su cansado reflejo sobre el lavabo. No se había afeitado desde el día anterior, no había dormido en toda la noche.

«Había que hacerlo», se dijo a sí mismo.

Se estaba metiendo la camisa en los pantalones y subiendo la

cremallera cuando oyó que alguien golpeaba con fuerza la puerta del apartamento.

—¿Hola?

Una voz de hombre amortiguada atravesaba el cristal.

Vince se quedó inmóvil, preocupado de que esa persona pudiera oírlo moverse.

—¿Hola? ¿Está Stuart en casa? ¡Estoy buscando a Stuart Pollard! —Cauteloso, Vince asomó la cabeza a través del umbral, lo suficiente para echar un ojo a la entrada del apartamento. Las persianas no estaban cerradas. El hombre tenía la cara muy cerca del cristal y se la cubría con las manos para alcanzar a ver el interior de la vivienda.

Vince podía distinguir de quién se trataba.

«A algunas personas no les da la gana escuchar».

Estaba seguro de que, desde donde estaba, el hombre de la puerta no alcanzaba a ver el dormitorio de Eldon, pero, entonces, el tipo hizo algo que podía cambiarlo todo. Probó si la puerta estaba cerrada.

Y no lo estaba.

Vince observó el pomo girar con lentitud y volvió a llevarse la mano a la chaqueta para coger su pistola.

Treinta y uno

Terry

Que se joda Vince Fleming.

La verdad es que no llegué de inmediato a ese punto de vista. Fue creciendo en mi interior. Después de que Grace dijera con toda claridad que necesitaba saber lo que había pasado, tuve que tomar una decisión sobre qué intereses eran los más importantes.

Elegí los de Grace.

Elegí los de Grace porque la quería, por supuesto, pero también porque, en ese momento, me di cuenta de lo valiente que era. No iba a meterse en la cama a taparse con las sábanas. Ella estaba dispuesta a afrontar las consecuencias. Y yo, en las pocas horas transcurridas desde el comienzo de aquel lío, estaba empezando a sentir que era la única salida.

También podía ser la única forma de salvarla. Si alguien por ahí llegaba a considerar a Grace como una testigo, solo tendrían que investigar para descubrir quién era.

«Pero, aun así…».

Vince era formidable. Enfrentarse a él no iba a ser fácil. Yo tendría que vigilar mis espaldas, indagar todo lo posible sin que él se enterara. Y la verdad era que no tenía ningún plan para lidiar con lo que averiguase, fuera lo que fuera.

—¿No hay problema si salgo a hacer algunas preguntas? —le pregunté a Grace. Ella estaba en el baño, con la puerta abierta, lavándose los dientes.

—Ninguno —dijo—. Voy a llamar al trabajo para decirles que estoy enferma. No hace falta que llames tú. Haré mi mejor imitación de enferma. Si fuera a trabajar, sé que terminaría haciendo algo muy

estúpido en la cocina. Le prendería fuego a alguien o volcaría una olla de langostas o algo así, porque no podría concentrarme.

—Y puede que yo necesite hablar contigo —dije—. Lo mejor es que te quedes aquí. —Me di un golpe en la frente con la mano. Acababa de recordar que ese día venía la señora de la limpieza—. Mierda, Teresa.

—¿A qué hora suele aparecer? —preguntó Grace.

—Por la mañana. Lo normal es que no haya nadie en casa y entre sola. Si quieres, puedo llamar y decirle que no venga.

Grace sacudió la cabeza.

—No, está bien.

Le pregunté si había seguido intentando localizar a Stuart en su móvil.

—Sí, y también le he mandado un mensaje. Nada.

Decidí empezar por el hospital Milford. Anoche, a la salida de la casa de los Corro, era el primer lugar que íbamos a comprobar, así que parecía lógico empezar por ahí.

Le di un beso de despedida a Grace y me fui, no sin antes repasar las nuevas normas: no abrirle la puerta a ningún desconocido, dejar la alarma encendida, mantenerse alejada de todas las redes sociales y nada de charlar con nadie.

—Entendido —dijo, y me despidió con un saludo militar.

* * *

El hospital estaba justo en el centro. Llegar me llevó menos tiempo que encontrar un sitio donde aparcar. Entré por la puerta principal y me acerqué a la recepción, donde había una mujer tecleando.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó.

—Busco a alguien que podría haber sido ingresado anoche —dije —. Quisiera saber cómo está.

—¿Nombre?

—Stuart Pollard. —Le deletreé el apellido.

La mujer escribió el nombre y estudió el monitor. Me preguntó cómo se escribía *Stuart.* Yo lo tenía bien sabido porque el chico

había sido mi alumno. De haber tenido que adivinarlo, lo habría escrito con las letras *ew* en medio.

La recepcionista frunció el ceño.

—No veo nada. ¿Cuándo habría sido?

—Anoche, sobre las diez. Quizá más cerca de las once.

—¿Y para qué lo trajeron?

Titubeé. Estuve a punto de decir que le habían disparado, pero, si Stuart no estaba allí, un comentario como ese abriría la caja de Pandora. Podría incitar a la mujer a llamar a la policía.

Así que le dije:

—Creo que ha sido algún tipo de lesión en la cabeza. Un tropezón o algo así.

Cogió el teléfono, esperó unos segundos y dijo:

—¿Anoche atendisteis a un paciente de apellido Pollard? Habría entrado después de las diez con una posible lesión en la cabeza. Sí, vale, compruébalo y vuélvelo a comprobar. De acuerdo, entonces. —Colgó el teléfono y me dirigió una mirada de disculpa—. Lo siento, pero no tenemos a nadie con ese nombre. ¿Está seguro de que lo trajeron aquí?

—Eso creía —dije.

—Le aconsejaría que consultara en el ambulatorio, aunque ahí cierran a las siete y media. Si su amigo resultó herido después de eso, no sé adónde podría haber ido, sino aquí.

—Gracias por su ayuda.

De vuelta al coche, llamé a Grace.

—No ha habido suerte en el hospital. ¿Has oído algo?

—No.

—Vale. ¿Sabes dónde vive Stuart?

—Nunca he estado allí, pero, si quieres, lo busco. No cuelgues, ¿vale?

Dije que no lo haría. La oí teclear.

—La tengo —dijo, y me dio una dirección—. Solo déjame comprobarlo en Whirl360.

Un sitio Web que ofrecía imágenes de cualquier lugar. Unos

cuantos clics más.

—Vale. Me dijo que vivía encima de una especie de taller de reparaciones o algo así. Lo estoy mirando ahora mismo. Se llama Dietrich's Appliance Repair. Las escaleras están en el lateral del edificio. Creo que suben a su apartamento.

Yo estaba convencido de que conocía el lugar. Había pasado muchas veces por delante.

—¿Puedes ver el coche de Stuart ahí, en el ordenador? —le pregunté.

—Papá —dijo Grace con voz de cansancio—, no es una toma *en vivo.* Qué bobo.

—Vale, de acuerdo. Me pondré en contacto contigo.

Volví al Escape y me dirigí a la Avenida Naugatuck. No tardé en encontrar el Dietrich's. Aparqué al otro lado de la calle, salí del coche y observé los alrededores. Era un tramo de residencias y comercios. Junto al Dietrich's, un aparcamiento daba servicio a un corto tramo de tiendas que había al otro lado. Estaba casi vacío. Había un viejo VW Golf y una camioneta, pero ningún enorme Buick de décadas pasadas.

Después de todo, aún era muy temprano. Los escasos coches que pasaban llevaban a alguien al trabajo o a la escuela. Quizás mucha gente ni siquiera se había levantado. Yo odiaba tener que aporrear una puerta a esas horas, pero era una de esas ocasiones en que uno no puede ponerse a observar todas las sutilezas.

Crucé la calle y subí las escaleras adosadas a un costado del edificio. No eran muy diferentes a las que llevaban al segundo piso de la casa de playa de Vince, en East Broadway. En cuanto llegué a la planta alta, llamé a la puerta.

—¿Hola?

Esperé unos segundos y volví a intentarlo.

—¿Hola? ¿Está Stuart en casa? ¡Estoy buscando a Stuart Pollard!

Había persianas en la ventana, pero no estaban cerradas. Acerqué la cara al cristal y me tapé los ojos con las manos para que el sol no me impidiera ver.

Lo único que alcanzaba a distinguir eran la cocina y la sala. Había dos puertas en la pared del fondo; la del dormitorio y la del baño, tal vez. No parecía haber nadie, pero era posible que Stuart y su padre siguieran durmiendo.

Y quizás no alcanzaban a oír mis gritos a través de la puerta.

Decidí que, si me limitaba a abrirla y asomar la cabeza, nadie podría acusarme de allanamiento de morada.

En caso de que la puerta estuviera abierta.

Probé el pomo y giró. Así que abrí unos treinta centímetros y metí la cabeza en el apartamento.

—¿Hola? —grité—. ¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta.

—¿Stuart?

Sabía, por experiencia, que hacía falta mucho ruido para despertar a un adolescente. Tenía que haber alguien. La gente no sale a hacer sus cosas sin cerrar la puerta.

De modo que abrí más y entré.

Treinta y dos

—¿Al final qué hiciste anoche? —preguntó Bryce Withers mientras caminaba desnudo de la cama al baño.

Jane Scavullo murmuró algo entre dientes.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

Para hacerse oír, ella rodó sobre la cama y arrastró consigo una maraña de mantas.

—Cosas, nada más.

—¿Cosas?

—Sí. No mucho. ¿Cómo te fue anoche?

—Este trabajo se está poniendo bueno —dijo Bryce—. Hoy en día, muchos bares ni siquiera están dispuestos a pagarles a las bandas, pero aquí nos dan quinientos por noche, así que son cien pavos para cada uno. Y todas las bebidas que queramos. —Rio entre dientes—. Otros chicos seguirán haciéndolo por las copas, creo, pero nosotros merecemos que nos paguen. ¿Te hablé ya del otro sitio? Se pusieron en contacto con nosotros y nos invitaron a tocar el viernes y el sábado por la noche. Les dije cuánto y me dijeron que doscientos. Y yo les dije: «No, tío, no podemos permitirnos dar un concierto por doscientos pavos. Tenemos que repartir todo entre cinco», y el tío dijo que no, que no, que nos cobraba doscientos por tocar allí. Alegó que nos daría una buena exposición y que, gracias a él, acabaríamos consiguiendo otros conciertos. Suerte que no lo tenía delante, porque le habría pateado los putos dientes, te lo juro. Esta mierda de mundo al revés cree que el talento debe trabajar siempre a cambio de nada.

—Mmm —dijo Jane sin entusiasmo.

—Llegué sobre las dos y estabas, digamos, totalmente comatosa. ¿Seguro que no hiciste nada? No estuviste aquí toda la noche, ¿verdad?

—No —dijo ella.

—¿Qué hiciste?

—Fui a ver a Vince. —No acababa de decirlo cuando ya se estaba arrepintiendo.

—¿A ese hijo de puta? —preguntó Bryce—. Pensaba que ya no ibas a hablar con él.

—No quiero volver a esto ni una sola vez. Y no hables así de él. Que yo lo haga está bien, pero no tú.

—Solo lo digo. No apareció cuando tu madre estaba…, ya sabes, cuando le estaba pasando toda esa mierda. Y luego te jodieron con la casa que creías que ella te había dejado. Es un gilipollas, es todo lo que quiero decir. —Volvió al dormitorio y se sentó en el borde de la cama, al lado de Jane. Le puso una mano en la cabeza y le acarició el pelo—. Solo quiero que sepas que me importas. Si a él no, a mí sí.

—No te preocupes por mí —dijo Jane.

—Bueno, ¿por qué fuiste a verlo?

—Tenía un problema y quería que lo ayudara.

Bryce se crispó.

—¿Qué tipo de problema?

—Solo… algo relacionado con su trabajo. Y también con una chica, una amiga mía. La chica se metió en algunos problemas, y hay una especie de conexión con Vince. Así que acabé en su casa.

Bryce volvió a crisparse y dijo:

—¿Qué chica?

—Es una larga historia. Solo déjame dormir un poco.

—Es que tengo curiosidad. ¿Era Melanie? ¿Aquella que se puso en contacto contigo?

—No, Melanie no. Se llama Grace. Grace Archer. Su padre era mi profesor hace mucho tiempo.

—Ah, sí —dijo Bryce—. Lo has mencionado. El que fue bueno contigo. ¿Y no es este el hombre a cuya mujer le ocurrió un montón de mierda rara cuando era niña o algo así?

—Por favor, deja de hablar. —Jane trató de taparse las orejas con

los bordes de la almohada.

—¿Por qué esa tal Grace ha querido hablar contigo? ¿Qué problema tenía y en qué se relacionaba con Vince?

Jane abrió mucho los ojos, dejó caer los brazos sobre la cama y dijo:

—¿Por qué esta mañana estás en plan reportero? Madre mía.

Él apartó la mano con que le acariciaba el pelo.

—No hace falta que me saltes a la yugular; solo intento mostrar interés.

—¿Desde cuándo? —preguntó Jane—. Casi nunca me preguntas nada, excepto cuando se trata de hablar de Vince y lo mucho que me ha jodido. Pues bien, el problema es mío, no tuyo, así que puedes dejar de preocuparte.

—Sé que no le caigo bien —dijo Bryce—. ¿Tiene algo contra los músicos? ¿Es eso?

—El mundo no gira a tu alrededor —dijo Jane.

Él se puso de pie.

—Vale. Avísame cuando no tengas el síndrome premenstrual. Quizá entonces podamos tener una conversación normal.

—Ah, muy buena esa. Si me enfado contigo es por eso y no porque estés actuando como un completo gilipollas.

Bryce volvió al cuarto de baño y cerró la puerta. Segundos después, Jane oyó correr el agua de la ducha.

Durante un tiempo, todo era estupendo, pensó, pero, desde que se fueron a vivir juntos, Bryce empezó a convertirse en un completo imbécil.

No dejaba de preguntarle por Vince: a qué se dedicaba, cómo ganaba el dinero, si había matado a alguien… ¿Lo que Vince hacía lo asustaba o, de alguna manera, le parecía genial?

Miró el reloj. Eran casi las ocho. Tenía que estar en el trabajo a las nueve y media.

«Joder. Hay mucho que hacer en la próxima hora y media».

Tal vez, si se quedara tumbada otros cinco minutos, no se sentiría

tan mal. No había dormido mucho. Los acontecimientos de la noche anterior la tenían desconcertada.

Un zumbido grave interrumpió sus cavilaciones. Jane había dejado el teléfono en silencio, aunque en modo de vibración. Sobre la mesilla de noche, hacía suficiente ruido como para oírlo bien.

Era un mensaje de texto o un correo electrónico. Del trabajo, tal vez.

Cogió el móvil y miró la pantalla.

Nada.

Rodó sobre la cama y vio que Bryce había dejado su teléfono en su lado, sobre la mesilla.

En ese momento, Jane no sentía por él un aprecio especial. No se sentía lo bastante amable como para decirle que tenía un mensaje.

Pero también podía tratarse de algo importante, así que fue al otro lado de la cama y cogió el móvil.

Era un mensaje de texto.

Lo enviaba Hartley, amigo de Bryce y, como este, miembro de la banda Energy Drink.

¿Habría un peor nombre para una banda? Jane no se lo podía imaginar. Desde que trabajaba en publicidad, sabía de ese tipo de cosas, pero ¿estaría Bryce dispuesto a escucharla?

Leyó el texto.

Decía:

La actuación estuvo bien. Siento que tuvieras que irte. Espero que te encuentres mejor. Si no vas a poder venir esta noche, avísanos lo antes posible.

Treinta y tres

—Creo que todo saldrá bien antes de que termine el día, Ti.

—Eres la mejor, Reggie. No debería haber hablado de esto con nadie salvo contigo. Eres la única a quien puedo admitir lo tonto que he sido por haber confiado en ese chico, Eli. Le di trabajo, lo ayudé. Sus compañeros de piso lo echaron, lo sabes bien, pero es que vi algo de mí reflejado en él.

—No era un niño, Ti. Era un hombre.

—Supongo que sí, pero… No sé. Ese chico se había pasado la vida sacando la pajita más corta. A sus padres nunca les importó una mierda. Tuvo que valerse por sí mismo durante mucho tiempo.

—Demasiado bien, tal vez, si quieres mi opinión.

—Es cierto, lo sé, pero nunca pensé que, dándole trabajo, ayudándolo, se volvería contra mí. Por la noche, Eli y yo nos sentábamos a hablar. Acabé contándole todo acerca de ella. Todas estas historias que te he contado a ti. Demasiado. Una noche, supongo que yo había bebido más de la cuenta, le conté lo que había hecho. Qué estúpido, qué estúpido fui.

—Pagó por su traición, Ti. Tuvo su merecido.

—Aparte de él, tú eres la única persona en quien he puesto mi confianza. Conoces mis secretos.

—Y tú conoces los míos, Ti.

—Deberías habérmelo dicho antes: lo monstruoso que era mi hermano. Al principio pensé que, tras la muerte de tu madre, criarte por su cuenta lo haría un hombre mejor, un buen padre.

—Un buen padre no espera que su hija cumpla con todas las responsabilidades de una esposa. Tú has sido el padre que yo debía tener, desde que me acogiste cuando tenía catorce años.

—Nunca se lo he dicho a nadie.

—No hay nada que contar. Hubo un incendio en el granero. El

hombre murió. Fin.

—Volviendo a Eli, ¿crees que le dijo a Quayle que fui yo, cuando intentó hacer el trato con él?

—Él nos dijo que no. Si Eli le hubiera contado todo a Quayle, ya te habrías enterado. Te lo garantizo.

—Abomino a ese hombre. No tengo palabras. Lo odio con cada fibra de mi ser.

—Lo sé, Ti. Cuando se la llevó, te hizo algo terrible, pero tú reirás el último.

—Supongo.

—Ponte cómodo. Hoy todos vamos a recibir lo que nos merecemos.

Treinta y cuatro

Terry

Dejé la puerta abierta, di tres pasos dentro del apartamento de los Pollard y me detuve a digerir el lugar. Supongo que esperaba un vertedero. Al fin y al cabo, se trataba de un padre y un hijo que vivían encima de un taller de reparación de electrodomésticos y sin ninguna mujer en la escena. Podía recordar, de cuando Stuart era mi alumno, que su madre estaba ausente. Nunca supe si los había abandonado, si había fallecido o qué. Todos mis esfuerzos por hacer que Eldon acudiera a una reunión de padres fracasaron. Por aquel entonces, lo taché de padre al que le importaba una mierda, y quizá seguía teniendo razón, pero, tras mi última charla con Vince, ahora sabía quién era el padre de Stuart. No me parecía extraño que el hombre no quisiera discutir los progresos de su hijo con alguien a quien alguna vez había cogido en medio la calle para meterlo en la parte trasera de un todoterreno. Quizá creía que yo le guardaría rencor a un alumno cuyo padre me había secuestrado.

El apartamento, sin embargo, estaba ordenado. No había platos en el fregadero ni desorden en la encimera, aparte de una bandeja de cartón de comida para llevar con un café dentro. No había ropa tirada por todas partes. En una estantería bajo el televisor, vi una Xbox y varios juegos bien ordenados. En la pared había algunos cuadros. Me llamó la atención uno en particular, un retrato estilo Sears de Eldon, un Stuart de unos tres años y una mujer que, supuse, era la madre de Stuart. Todos lucían las sonrisas artificiales que adoptamos para ese tipo de tomas.

Tal vez estar ahí dentro no era tan buena idea.

Aunque no era tan arriesgado como lo que había hecho la noche anterior. Eso de arrastrarme a través de una ventana rota del sótano,

vagar por la casa de unos desconocidos, abrir puertas de armarios, husmear por todas las habitaciones… Había sido toda una nueva experiencia.

Entrar en un apartamento abierto sin haber sido invitado no era una transgresión tan grave, sobre todo si se tenía en cuenta que yo estaba buscando a quien vivía allí, pero, si alguien hubiera subido esas escaleras en ese instnte, detrás de mí, me costaría explicarme. Podía decirle que la puerta estaba abierta y que no había ido a robar, pero ¿me creería?

Si Eldon me encontrara allí, ¿se lo tomaría a bien? Vince no, de eso podía estar seguro.

Decidí dar un último grito. Esperaba que sonara lo bastante fuerte como para despertar a los muertos.

—¡Stuart! ¡Soy Terry Archer! ¡El padre de Grace! He venido a ver si estás bien.

Nada.

Me quedé allí unos segundos más. Algo me hizo acercarme al café de la bandeja de comida para llevar.

Aún estaba caliente.

Había un segundo vaso en la mesilla, frente al sofá. Me acerqué y le puse la mano alrededor el tiempo suficiente para comprobar que estaba tan caliente como el de la encimera.

Así que, si alguien había salido a por cafés y había llegado con ellos, no se había quedado el tiempo suficiente para tomárselos. ¿Tenía algún sentido? Eso significaba que, en los últimos minutos, había habido dos personas en el apartamento y algo los había impulsado a marcharse a tal velocidad que ni siquiera se habían molestado en llevarse sus bebidas.

Ni en cerrar con llave.

¿Significaba eso que Stuart estaba vivo? ¿Se habría presentado con dos cafés —una ofrenda de paz para su padre, a lo mejor— y los dos habían tenido que marcharse de inmediato? ¿El chico le habría contado a su padre lo ocurrido? ¿Se estarían dirigiendo a la casa en la que Stuart había entrado a robar la noche anterior?

Dios, no tenía ni idea.

Y no iba a averiguar nada quedándome aquí parado. Así que salí del apartamento, me planté en el rellano de la escalera y cerré la puerta.

Era posible que volvieran. Decidí esperar unos minutos más, pero no allí, no en lo alto de la escalera. Volví a bajar, crucé la calle y me subí a mi coche. Como empezaba a hacer calor, giré la llave para bajar las ventanillas.

Me quedé allí sentado, reflexionando sobre mi próximo movimiento.

En realidad, si no aparecía nadie por allí, no tenía planeado ninguno. Sin poder determinar el destino de Stuart, no sabía qué otra cosa hacer, excepto acogerme a la vía del abogado. Necesitábamos saber a qué atenernos, estar preparados para cualquier cosa que pudiera ocurrir.

Encendí la radio, escuché las noticias, los informes del tráfico.

Perdí casi diez minutos.

Estaba a punto de girar la llave cuando sonó mi móvil. Eché un vistazo a la pantalla, vi que la llamada era de casa y contesté.

—¿Grace?

—Hola, papá. ¿Has encontrado a Stuart?

—No, cariño, te habría llamado.

—Pensaba que, no sé…, que tal vez lo habías encontrado, pero que estaba…, ya sabes… Que esperarías a llegar a casa para decírmelo.

—No lo he encontrado ni de una forma ni de la otra. He pasado por su casa, pero no hay nadie. Ni él ni su padre.

—Vale. —Hizo una pausa—. Es posible que esto no sea nada.

Sentí un leve escalofrío recorrer mi columna vertebral.

—¿Qué, cariño?

—Hay un tipo aparcado enfrente, un poco más abajo.

Un fuerte escalofrío recorrió en un instante toda mi espalda.

—De acuerdo —dije con palabras lentas, tratando de que la ansiedad no afectara mi voz—. ¿Qué me puedes decir de él?

—Yo estaba en mi habitación, mirando por la ventana, aunque solo a través de la rendija de las cortinas, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Así que no creo que me haya visto.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que está mirando la casa?

—Esa es la cuestión. No estoy segura, pero está mirando hacia aquí.

Encendí el coche.

—Un momento —le dije—, esta cosa del Bluetooth se está activando. Vale, ya estás en el altavoz.

—¿Me has oído? —preguntó Grace.

—Sí —dije. Dejé el móvil en el asiento de al lado y me abroché el cinturón. Arranqué el motor y pisé el acelerador.

—¿Estás ahí? —preguntó Grace.

—Voy para allá —le dije—. Cinco minutos como mucho.

—Como te he dicho, podría no ser nada. Pero estoy un poco nerviosa, ¿sabes? Sobre todo, después de lo que has dicho, eso de que soy testigo y tal.

—No quería asustarte, cariño.

—Lo sé, pero tienes razón. ¿Será posible que viera algo y que no me diera cuenta? ¿Sabes? ¿O que oyera algo?

—Describe el coche.

—Es solo un coche —dijo—. Azul oscuro.

—¿Y el conductor? ¿Hay alguien más en el coche?

—Solo el tipo, un tipo normal.

Dios. ¿Qué ocurría con la capacidad de observación de los chicos?

—¿Hombre blanco? ¿Negro?

—Blanco —dijo.

—¿Parece mayor o más joven que yo?

—Igual, más o menos. Me es difícil decirlo, porque está muy lejos… Espera.

—¿Qué?

—Está saliendo del coche, papá.

—¿Qué está haciendo?

—Está mirando alrededor, a uno y otro lado de la calle.

Sentí que mi corazón empezaba a acelerarse junto con el motor de mi coche.

—Ahora que puedes verlo, ¿cuánto mide? ¿Es de mi estatura?

—Más alto. Tiene el pelo entre castaño y gris, lleva gafas de sol, vaqueros, camisa blanca y chaqueta. Como una chaqueta deportiva. Es como negra.

—Vale, está bien —dije—. ¿Lo reconoces? ¿Lo habías visto alguna vez?

—No, nunca… Está cruzando la calle.

—¿Dónde estás?

—En mi habitación. Lo estoy observando desde aquí arriba.

—¿Está cerrada la puerta principal?

—Sí. La he cerrado al irte, como me has dicho. Y también he encendido la alarma, así que, si se pone a patear la puerta, sonará el «uuuuu, uuuuu».

No quería imaginármelo.

—Vale —le dije—. Eso está bien, muy bien. Es probable que no sea nada, ¿de acuerdo? Podría no ser nada en absoluto. Yo estoy a unos cuatro minutos, más o menos.

Estaba llegando a una señal de *stop.* Reduje la velocidad, miré a ambos lados y atravesé la calle. Un autobús escolar venía en la otra dirección, y, de pie, agrupados en la acera, de mi lado, había un montón de colegiales.

—Mierda, mierda, mierda. —Pisé el acelerador un poco más fuerte.

—¿Qué pasa? —preguntó Grace.

—Nada —le dije—, no te preocupes por mí. ¿Qué hace ahora?

—Está parado frente a nuestra casa. ¡La está mirando!

—Vale, vale, cálmate. Todo va a salir bien. La casa está cerrada. Quiero que te asegures de que la alarma esté encendida.

—Papá, sé que…

—¡Hazlo!

La oí bajar las escaleras, teléfono en mano.

—¡La luz roja está encendida! —dijo.

—Muy bien, eso es… ¡mierda!

Frené en seco. El autobús escolar se había detenido después de haber encendido las luces rojas intermitentes. Media docena de niños empezaron a cruzar la calle delante de mí. Di un frenazo brusco y los neumáticos chirriaron.

—¡Papá! ¿Papá?

—Estoy bien, cariño —dije, aunque el corazón me latía con fuerza, como si quisiera salírseme del pecho. Eché un vistazo a la conductora del autobús escolar. La mujer me estaba apuñalando con su peor mirada de reproche. Los últimos alumnos pasaron por delante de mí y subieron al autobús. Un segundo después, las luces rojas dejaron de parpadear y volví a pisar el acelerador.

—¿Grace?

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—Estoy cerca de la puerta principal.

—¿Puedes verlo?

—No, voy a asomarme por la ventana del salón. No, ya no está enfrente. Debe de haber…

De fondo, oí el timbre de nuestra puerta.

—¡Papá! —susurró.

—¿Grace?

—Está tocando el timbre. ¡Está en la puerta!

—Está bien, cariño. No abras. Aléjate de la entrada. Cuando vea que nadie acude, se irá. Entonces quizá puedas ver el coche más de cerca. Tal vez incluso anotar la matrícula…

—Ahora está golpeando la puerta —susurró—. Primero el timbre, y ahora la puerta.

Me salté otra señal de *stop* y los bocinazos sonaron a mi paso.

—Todo está bien, cariño, estoy a tres minutos. ¿Qué pasa ahora?

—Ha dejado de llamar a la puerta —dijo, y su voz sonaba algo menos histérica—. No está tocando el timbre ni llamando ni nada.

—Eso está bien, muy bien. Se habrá rendido. Así que corre a tu

habitación a ver si…

—Espera —dijo Grace—. Estoy oyendo algo.

—¿Qué? ¿Qué oyes?

—Suena como… Papá, parece que está metiendo una llave en la puerta.

—Eso no es posible, cariño. No hay manera de que…

—Está girando —dijo.

—¿Qué está girando? —pregunté. Contuve la respiración y me metí en sentido contrario para adelantar a una furgoneta que circulaba despacio.

—El cerrojo de seguridad —dijo Grace—. Lo está abriendo.

Treinta y cinco

Vince Fleming permaneció un minuto entero dentro del cuarto de baño del apartamento de Eldon Pollard después de que Terry Archer se hubiera marchado y cerrado la puerta. No quería correr el riesgo de que ese imbécil cambiara de opinión y volviera a la carga.

Tal vez debería haberle disparado a él también.

«Maldito seas, Eldon».

Vince se decía a sí mismo que Eldon había forzado las cosas. Le había dejado muy claro que no estaba de acuerdo con su plan y, dado que no parecía dispuesto a ayudarlos a encubrir lo de Stuart, bueno, como decía el dicho: si no eres parte de la solución, eres parte del problema.

Encubrir las circunstancias de la muerte de Stuart, alejar a la policía de todo lo que tuviera que ver con Vince y sus operaciones…, eso sí que era un gran problema.

Si Eldon no tenía intenciones de desempeñar su papel en una historia que situaría a Stuart por todo el país durante varias semanas, si no meses, ¿qué pensaba hacer, entonces? ¿Ir a la policía? ¿Llegar a un trato de algún tipo a cambio de testificar contra su jefe? Tal vez. Sobre todo, porque parecía creer que Vince era responsable de la muerte de su hijo.

«¿De dónde habrá sacado una idea tan descabellada?».

Justo antes del final, Eldon estaba soltando mierdas raras. Estaba sugiriendo que Vince no solo había matado a su hijo, sino que estaba estafando a sus clientes, que les estaba quitando el dinero, que los engañaba haciéndolos creer que lo guardaría, cuando, en realidad, estaba esperando hasta acumular lo suficiente para, en algún momento, reunirlo todo y largarse.

A Vince no le gustaba que Eldon tuviera en la cabeza ideas como

esa. Se preguntaba si Gordie y Bert habrían pensado lo mismo alguna vez.

Salió del minúsculo cuarto de baño y dio unos pasos cautelosos hasta la puerta. Buscó a Terry Archer por ahí, a ver si, de casualidad, se había quedado esperando en los escalones. Alcanzó a ver un coche aparcado al otro lado de la calle. Y ahí estaba Archer, sentado al volante.

¿Qué coño?

Estaba esperando. Estaba esperando a que Stuart o Eldon volvieran a casa. Vince tocó el café caliente de la encimera.

—Mierda —se dijo a sí mismo. Tal vez Archer se había ido pensando que alguien volvería a por los cafés, pero, tarde o temprano, tendría que irse.

Hasta entonces, Vince permanecería atrapado en ese lugar.

Volvió al dormitorio y miró el cuerpo de Eldon tendido en la cama. La sangre empapaba las sábanas.

—Qué cabrón tan estúpido —dijo Vince en voz baja—, ¿crees que yo quería hacer esto?

¿Cómo reaccionarían Gordie y Bert? Los tres habían trabajado juntos durante mucho tiempo. Eran amigos. Vince se creía capaz de convencerlos de que había hecho lo único posible. Eldon estaba perdido, les diría. Estaba escupiendo insensateces. Su dolor lo había vuelto irracional, lo había convertido en un lastre. No era posible adivinar lo que sería capaz de decir ni a quién podría decírselo. Si Eldon hubiera acudido a la policía, Vince no habría sido el único en pagarlo. Gordie y Bert se habrían hundido con él.

Ellos podrían verlo con claridad. Lo entenderían.

Necesitaban saber que Eldon había metido la pata a lo grande. Había sido descuidado con los detalles de las operaciones, había permitido que su hijo supiera lo que estaba pasando. Pensándolo bien, Eldon tenía tanta culpa de lo que le había ocurrido a su hijo como la persona que lo había matado.

Gordie y Bert lo entenderían.

Aun así, para ellos no sería fácil tener que ir esa noche, al amparo

de la oscuridad, a limpiar ese desastre, a deshacerse del cuerpo de un hombre a quien habían conocido tan bien. Vince estaba seguro de que lamentarían la pérdida; sin embargo, terminarían por convencerse de que había sido algo necesario.

Dios. Primero Stuart, ahora Eldon.

Vince había elaborado un plan para explicar la desaparición de Stuart: conseguir que la policía pensara que había muerto de forma accidental mientras exploraba los Estados Unidos. Encontrar explicaciones para la desaparición de Eldon podría llevar más trabajo. Tendría que pensárselo. Con ganas de buscarle el lado bueno, la única persona que habría echado de menos a Eldon también había desaparecido.

Se apoyó en el marco de la puerta. La palabra *cansado* ni siquiera se acercaba a describir cómo se sentía. Vencido. Derrotado.

Casi podía sentir cómo se estaban consumiendo sus entrañas. El médico no había podido decirle con certeza cuánto tiempo le quedaba. ¿Seis meses? En el mejor de los casos, ¿un año? Un tratamiento agresivo le daría más tiempo, pero Vince no quería saber nada de eso.

Había que seguir adelante y nada más, lo mejor posible, el mayor tiempo posible.

«O tal vez no».

Sacó su teléfono y eligió un número.

—¿Sí? —dijo Gordie.

—¿Dónde estás?

—Vuelvo al taller. He hecho todo lo que se podía hacer por el momento. He despejado todos los lugares que he podido, pero aún me quedan algunos.

—¿Bert está contigo?

—No. Sigue haciendo sus rondas. Tengo unos cuatrocientos mil, algo de coca y algo de equipamiento en el coche. ¿Qué quieres que hagamos con esto?

Vince se preguntó si tendría que contratar una caja de seguridad. Qué puta ironía.

—Déjamelo a mí. Tengo nuevos fuegos que apagar.

—Estupendo. De verdad, necesitamos más de esos.

—Archer sigue husmeando.

—Pensaba que habías hablado con él.

—Hablé con él, pero no ha entendido el mensaje. Tengo una idea de cómo podríamos resolver esto; por el momento, al menos.

Le contó a Gordie su idea.

—Puedo hacerlo —le dijo él—. ¿Qué más?

—Te lo diré cuando te vea.

—Vale. Mira, la buena noticia, si es que hay alguna, es que todos nuestros problemas, por lo visto, se limitan a la casa de los Corro. Esto pone al paseador de perros en el punto de mira.

Vince le dijo:

—Nos vemos en un rato.

Al volver a mirar a Eldon, percibió el olor cobrizo de la sangre.

Enrolló el cuerpo en las sábanas. Tuvo que esforzarse y hasta gruñir para conseguirlo. En la *pick-up* había un rollo de plástico y cinta adhesiva. Intentaría envolver a Eldon. Eso ahorraría a los chicos algo de trabajo cuando fueran esa noche. Puso el aire acondicionado de la ventana a toda potencia. Tenía que hacer lo que fuera para ayudar con el calor. Esperaba que, a su regreso, no encontraran a Eldon demasiado maduro.

—Lo siento —dijo—, debería haberte dado la oportunidad de despedirte de tu hijo.

Treinta y seis

A primera hora de la mañana, Heywood Duran llamó desde su casa a Martin Quayle, su cliente.

—¿Hola?

—¿Señor Quayle? Soy Heywood Duran.

—¡Duran! No esperaba noticias suyas. Pensaba que se había rendido, que había renunciado a mí.

—Hay una razón por la que usted no ha sabido nada de Eli Goemann. Alguien lo ha matado.

Quayle jadeó.

—Dios. ¿Quién ha sido? ¿En qué demonios estaba metido ese hombre? ¿Es posible que yo no fuera la única persona a quien intentaba estafar? Porque eso es lo que estoy empezando a pensar. Creo que nunca tuvo lo que dijo que tenía, que solo había visto la historia en las noticias.

—No conozco los detalles. Han venido a verme de la policía. Una detective. Se enteró de que yo había estado preguntando por él. Aún no han arrestado a nadie.

—¿Eli tenía aquello en su poder?

—Parece que no. Esta mujer, la detective Wedmore, no ha dicho nada que sugiriera que lo hubieran encontrado con algo encima.

—Entonces, puede que lo tenga otra persona —dijo Quayle.

—Si es que Eli lo tuvo alguna vez, para empezar —dijo Duran—. Como ha dicho, podría haber estado jugando con usted.

—Pero… No puedo imaginarme por qué alguien haría algo así. Tampoco si fue Eli quien lo hizo, para empezar, u otra persona. ¿Cómo podría alguien hacer algo así?

—No lo sé, señor Quayle. Supongo que alguien pensó que el valor lo tenía el objeto en sí, y no lo que había dentro, pero, escuche, ayer me topé con algunos nombres y quería comentarlos con usted. Se

trata de gente con la que Goemann se había topado en los últimos meses, después de que lo echaran sus compañeros de piso. He estado haciendo algunas verificaciones.

—¿Topado?

—Alojado.

—Ah. Vale.

—Hubo un par de chicas. Una de ellas es Selina Michaels, de Bridgeport. La otra es Juanita Cole, de aquí, de Milford. No sé si fueron sus novias de verdad, pero las convenció para que lo dejaran dormir bajo su techo durante un tiempo. Había un tipo mayor, un tal Croft, para el que Eli pudo haber hecho algún trabajo, así como alguien que, según creo, fue su compañero de clase. El apellido es Waterman, pero, si tenían algo que ver o no…

—¿Ha dicho Croft?

—Sí.

Quayle guardó silencio al otro lado de la línea.

—¿Sigue ahí? —preguntó Duran.

—Había un hombre llamado Croft, hace mucho tiempo. Él… era amigo mío. Fuimos juntos a la guerra, a Vietnam. Los dos éramos de por aquí. Yo vivía en Stratford y él en New Haven. Cuando volvimos, nos mantuvimos en contacto.

—De acuerdo. ¿Hay alguna razón para creer que ese hombre podría tener algo que ver con esto?

De nuevo, por parte de Quayle no hubo más que silencio.

—¿Señor?

—Yo se la robé.

—¿Usted… qué?

—Los dos estábamos enamorados de la misma mujer. Hubo… una oportunidad y se la robé.

—¿Ella era su mujer? ¿Está hablando de Charlotte?

—Sí. —Pausa—. Es él.

—¿Croft?

—Lo sé. Es él. Siempre quiso recuperarla. Por fin lo ha conseguido.

Qué hijo de puta. Ahora que lo pienso, tuve la certeza de haberlo visto. Hace dos años, en la iglesia. Así se habría enterado.

—Puede que tenga razón —dijo Duran—. Podría seguir con esto un poco más, a ver qué consigo averiguar.

—Ese bastardo. Voy a enfrentarme a él.

—Yo no se lo recomendaría, señor Quayle.

—Le provocaré el temor de Dios. Eso es lo que haré.

—Señor Quayle, escúcheme, creo que lo mejor sería…

—¿Y si le dijera…? Se me ha ocurrido algo: ¿si le dijera que la he recuperado? Si yo lo viera reír, si me pusiera en evidencia, sabría que la tiene. Ahora bien, si no lo hiciera, si pareciera preocupado, sabríamos que ella sigue por ahí, en alguna parte. Él podría llegar a pensar que la hemos conseguido gracias a Eli, que el trato logró cerrarse. ¡Ya sé! Le diré…

—Pare —dijo Duran—, esa no es la forma de hacerlo.

—… que estamos cotejando huellas dactilares. Que, si llegáramos a encontrar sus huellas, estaría acabado. Implicaré en esto a mi abogado, a la policía y…

—Señor Quayle —dijo Duran con la voz refrenada pero firme—, no haga nada de eso.

—Voy a atrapar a ese hijo de puta. Eso es lo que voy a hacer.

Y colgó.

«A la mierda», pensó Heywood Duran. Si eso era lo que el hombre quería hacer, pues que lo hiciera. Estaría encantado de olvidar ese caso y pasar a otra cosa.

Ese expediente acababa de cerrarse.

Treinta y siete

Cynthia Archer no había dormido bien.

Despierta todo el tiempo, se preguntaba qué le estarían ocultando su marido y su hija. ¿Por qué Terry había tardado tanto en recoger a Grace y volver? No habían llegado a la entrada de la casa hasta pasada la medianoche, un par de horas después de que Terry recibiera la llamada de Grace para que fuera a buscarla.

Algo estaba ocurriendo. Podía sentirlo.

Pero no podía llamar a su esposo y preguntarle qué los había hecho llegar tan tarde. No sin admitir que los había estado espiando desde detrás de un árbol, como si fuera un ridículo personaje de *Scooby-Doo.* Si Terry descubriera que ella había estado vigilando la casa, podría llegar a la conclusión de que lo había hecho otras noches. Tal vez todas las noches, desde el día de su mudanza.

Y tendría razón.

Cuando su reloj digital marcó las 5:30, dejó de verle sentido a seguir tumbada en la cama. Se levantó, se duchó, se maquilló y se puso la ropa que había elegido la noche anterior.

Metió una rebanada de pan en la tostadora, peló un plátano, preparó café y encendió la radio, pero no hubiera podido decirle a nadie nada de lo que había oído. Su mente estaba en otra parte.

«Qué cabrones».

Se creían capaces de ocultarle algo, ¿no? Y ella podía entender por qué lo hacían: la estaban protegiendo. Hacían lo posible por mantener bajo su nivel de ansiedad.

Era insultante. Como si ella no pudiera manejar las cosas. Como si fuera una especie de bebé.

Bueno, pues Cynthia Archer no era un bebé.

Y estaba dispuesta a averiguar lo que estaba pasando. Esa mañana no iba a ir directamente al trabajo. Pasaría por su casa. Al

fin y al cabo, también era suya y podía pasarse por ahí cuando le diera la gana. No necesitaba invitaciones. No necesitaba motivos.

Iba a ir directa a la puerta, sin llamar.

«Hola, había pensado acompañaros en el desayunar. ¿Hay café?».

Así que a las siete menos diez salió de su apartamento y se dirigió a las escaleras, pero se encontró con un hombre que le bloqueaba el paso unos cuatro escalones más abajo. Estuvo a punto de gritar.

—Buenos días, Cynthia.

Era Barney con un destornillador en la mano. En el penúltimo escalón había puesto sus herramientas, una caja abierta, metálica y roja. La barandilla de madera, que en condiciones normales iba fijada a la pared con unos soportes de hierro, estaba desprendida hasta la mitad.

—Me has dado un susto de muerte —dijo ella.

—Lo siento mucho. He venido a ver cómo estaba Orland. He asomado la cabeza y lo he visto profundamente dormido, así que voy a quedarme hasta que despierte. Mientras tanto, había pensado en trabajar un poco. Hace tiempo que tenía ganas de arreglar esta barandilla. Estaba bastante floja. No era segura. Me apartaré de tu camino.

—Gracias. Espero que todo vaya bien con Orland.

—Es posible que solo haya tenido un mal día. Lo conozco desde hace mucho tiempo, fuimos juntos al instituto. ¿Adónde vas tan temprano? Espera, déjame adivinar. Vas a inspeccionar un restaurante, a ver si alguien está sirviendo bichos en las patatas fritas de la casa.

—No, solo tengo mucho que hacer —dijo.

Estaba pasando al lado del casero cuando oyó que una puerta se abría en el pasillo del primer piso. Orland gritó:

—¿Qué es todo este jaleo?

Su rostro acababa de aparecer al pie de la escalera. Con el pelo revuelto, miraba a través de unas gafas manchadas. Vestía solo un albornoz azul hecho jirones y calcetines.

—¡Barney! —dijo—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Estoy arreglando esta barandilla, Orland. ¿Quieres echarme una mano?

—¿Te parece que voy vestido para trabajar?

—Vístete, entonces. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo, y tosió. Miró extrañado a Barney—. ¿Dónde está Charlotte?

Barney suspiró cansado.

—Charlotte falleció, Orland. Hace años. Y tú lo sabes.

—Ah. Lo siento mucho. ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Te estás confundiendo, Orland. Charlotte nunca fue *mi* esposa.

Orland se rascó la cabeza.

—Ah, es cierto. —Rio entre dientes—. ¿En qué demonios estaría pensando?

Cynthia dedicó a Barney una sonrisa débil y comprensiva.

—Tengo que irme —susurró.

—Claro —le dijo Barney.

—Que tengas un buen día, Orland —dijo Cynthia al pasar junto al hombre, de camino a la puerta principal. Segundos después, estaba en su coche.

Al salir de Pumpkin Delight Road en dirección a Hickory, vio que el Ford Escape de Terry estaba bajando por el camino de entrada. Pisó el freno, acercó el coche al bordillo y vio a su esposo alejarse en dirección contraria, hacia Maplewood.

¿Adónde demonios iba tan temprano? No era como si tuviese que trabajar en julio. Ella tenía la certeza de haber visto solo a una persona en el coche, lo que significaba que Grace aún debía de estar en casa.

¿Por qué salir tan temprano? ¿En qué clase de asunto estaría metido? ¿Una carrera a por café y donuts? ¿Habría ido a comprar un Egg McMuffin para Grace? Eso no sonaba a Terry.

¿Estaría enfermo? ¿Habría ido a la farmacia a por medicinas? ¿Y Grace? ¿Sería ella la enferma? Pensó que la farmacia CVS de Boston Post Road ya estaba abierta a esas horas. Trabajaban las veinticuatro horas del día.

También podría seguirlo para enterarse.

Dio a su marido una buena ventaja y levantó el pie del freno.

Terry no se dirigía al CVS. Iba al otro lado de la ciudad, hasta terminar en Naugatuck. Aparcó el coche enfrente de un sitio de reparación de electrodomésticos, pero el local ni siquiera estaba abierto, además de que Terry no había dicho una sola palabra acerca de lavadoras o secadoras averiadas ni…

No iba a ir al taller. Lo vio subir un tramo de escaleras por un costado del edificio hasta lo que parecía un apartamento.

¿Qué demonios había ido a hacer a ese lugar?

Terry miró en su dirección, apenas un segundo, y, de repente, ella se sintió vulnerable. ¿Y si la descubría? Estaba segura de que eso no había sucedido, pero ¿y si ocurriera la próxima vez que él mirara hacia ella? Una cosa era que la pillaran espiándolos en casa, pero ¿cómo explicar que lo hubiera seguido por todo Milford?

Dio la vuelta al coche y emprendió el regreso. A casa. Estaba haciendo la tonta. Entraría, encontraría a Grace y le preguntaría dónde estaba su padre.

Al doblar la esquina, se dio cuenta de que había un coche aparcado en la calle, justo al lado de su casa; un coche que no había estado allí minutos antes. Delante de la entrada, un hombre estaba cruzando la calle.

Cynthia aminoró la marcha y se desvió para apartarse a un lado.

El hombre subió por el camino de entrada y se acercó a la puerta principal.

Tocó el timbre.

—¿Quién demonios es ese, y a estas malditas horas? —se preguntaba Cynthia—. No abras, Grace. No abras esa puerta.

Hurgó el bolso en busca del móvil. Quería llamar a Grace, decirle que no acudiera, pero, incluso antes de marcar, vio que el hombre golpeaba a la puerta, y la golpeaba con tanta fuerza que casi podía oírlo a través del parabrisas.

—Lárgate —dijo Cynthia—. Vete. Fuera de…

Lo que vio a continuación… era increíble. El hombre se llevó la

mano al bolsillo y sacó… Era una llave.

Antes de introducirla, miró por encima del hombro para comprobar que nadie lo estuviera vigilando. No descubrió a Cynthia sentada en su coche, así que se volvió hacia la casa e introdujo la llave en el ojo de la cerradura.

Cynthia pisó el acelerador.

Su coche saltó hacia delante y los neumáticos chirriaron. Ni siquiera esperó a llegar a la entrada. Hizo un brusco giro a la derecha. El coche saltó el bordillo y cruzó el patio. Al girar, los neumáticos iban levantando césped y tierra mientras Cynthia dirigía el coche hacia la entrada de la casa. Apretaba el claxon con tal fuerza que parecía que iba a atravesar la columna de la dirección.

El hombre giró, vio el vehículo que se le venía encima y se apartó de un salto. Ella pisó el freno y el vehículo se detuvo a dos metros de la puerta.

El tipo huyó a toda velocidad hacia el coche azul. Cynthia abrió la puerta de golpe y gritó:

—¡Eh! ¡Eh, tú!

Dudaba si debía correr tras él, pero entonces oyó el familiar *pitido* de una alarma doméstica. Cuando se dio la vuelta, vio a Grace vestida con una de sus enormes camisas de dormir, de pie en la puerta abierta de la casa.

La chica gritó:

—¡Mamá! ¡Mamá! —y salió disparada hacia delante, con los brazos extendidos.

Cayó en brazos de su madre, llorando. Cynthia se aferró a ella con fuerza y la abrazó como si nunca fuera a dejarla marchar.

Treinta y ocho

Terry

No esperaba ver lo que vi cuando llegué a casa: marcas de neumáticos sobre el césped, el coche de Cynthia pegado a la casa, con la puerta abierta de par en par, y Grace y su madre abrazadas en el escalón delantero.

Grace estaba sollozando. La alarma se había activado.

Frené en seco, dejé el coche en la calle y corrí hacia ellas. Grace me vio a través de sus ojos llorosos.

—¡Papá!

—¡Grace! ¡Grace! ¿Estás bien? —Se lo pregunté una vez; y luego, otras cinco, al menos.

Cynthia aprovechó mi llegada para zafarse de Grace. No porque ya no quisiera consolarla, supuse, sino porque quería ver adónde había ido el hombre que había intentado entrar en la casa.

Corrió hasta la mitad del camino de entrada sin dejar de mirar la calle, a lo lejos.

—Joder —exclamó.

Abracé a Grace y alcé la voz para que me oyera por encima de la alarma.

—No te ha hecho daño, ¿verdad? —le pregunté.

—No ha podido entrar —dijo—. Mamá ha llegado y ha estado a punto de atropellarlo.

La mujer que vivía al otro lado de la calle, todavía en bata, estaba delante de su casa con un café en la mano.

—¿Estáis bien? —nos gritó.

—Estamos bien, gracias —le respondí, también a gritos.

—¿Queréis que llame a la policía?

Cynthia empezó a gritar que sí, pero la detuve con un vigoroso

movimiento de cabeza.

—No, todo está bien. —grité—. Nosotros nos haremos cargo.

Cynthia me lanzó una mirada.

—¿Estás de coña? —me preguntó, y empezó a caminar hacia mí a toda velocidad—. ¿Alguien ha intentado entrar y atacar a nuestra hija y no quieres llamar a la policía?

—Entra —le dije. Lo primero que tenía que hacer era introducir el código para que la alarma dejara de chirriar. No sabía quién la había activado, si Grace al abrir la puerta tras ver a su madre, o ese hombre.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Cynthia. Fue a su coche (el motor seguía en marcha) y metió la mano para apagarlo y coger su bolso. Estaba lista para usar su móvil—. Si no llamas a la policía, lo haré yo.

—No, mamá, espera —dijo Grace.

Eso llamó la atención de Cynthia.

—¿Qué?

—Por favor —le dije—, entremos. Puede que tengas razón, quizás tengamos que llamar a la policía, pero primero quiero asegurarme de que Grace esté bien.

Los sollozos de la chica se habían convertido en resoplidos.

—Estoy bien. De veras. Te lo he dicho.

Cynthia se tomó eso como un permiso para hacer la llamada, pero la detuve de nuevo.

—*Por favor,* todavía no.

Entramos en la casa y cerramos la puerta. En ese momento, la alarma, que hasta entonces solo había sido molesta, se volvió ensordecedora. Fui al panel de seguridad e introduje el código de cuatro dígitos para apagarla. En cuanto volvió el silencio, pudimos oír que el teléfono estaba sonando. Tenía que ser el servicio de vigilancia. Corrí a la extensión del salón y cogí el receptor.

—¿Hola? —pregunté—. De la alarma, ¿verdad?

—¿Es el señor Archer? —El hombre pronunciaba con mucho cuidado.

—Sí.

—¿Hay alguna emergencia?

—Todo está bien.

—Necesitamos su contraseña, señor Archer. Si no, enviaremos a la policía.

Yo estaba tan nervioso que tardé un segundo en recordarla.

—Telescopio —dije—. Nuestra contraseña es «telescopio».

—Vale —dijo—. ¿Puede decirme qué ha sucedido?

—Habíamos olvidado que la alarma estaba encendida y hemos abierto la puerta —le expliqué—. Lo siento mucho.

—No se preocupe, señor Archer. La buena noticia es que su sistema funciona. Que tenga un buen día.

Colgué el auricular y vi que Cynthia había vuelto a abrazar a Grace. Me miraba con fiereza.

—¿Por qué no estabas aquí? —preguntó.

—He salido un momento —dije.

—¿A qué?

Me encogí de hombros.

—Un recado.

—¿A un taller de reparación de electrodomésticos? —preguntó—. ¿A las siete de la mañana?

Miré a Grace.

—¿Le has dicho a tu madre adónde iba?

Grace negó con la cabeza.

Volví a mirar a mi esposa.

—¿Me has estado siguiendo?

Ella se separó de Grace, dio un paso hacia mí y me señaló con el dedo.

—Dijiste que cuidarías de ella, pero algo está pasando y quiero saber qué es.

—¿Qué te parecería responder a mi pregunta? ¿Me estabas siguiendo? ¿Nos has estado espiando?

Al ver que Cynthia dudaba, Grace dijo:

—Cielos, ¿es verdad, mamá? ¿Nos tienes vigilados?

Cynthia debió decidir que atacar era la mejor defensa. Se erizó y dijo:

—¡Menos mal! Si yo no hubiera llegado, ese hombre se habría metido en la casa. —Se volvió a mí—. ¿Quién era? Me has pedido que no llamara a la policía, ¿eso significa que sabes quién era?

—No —contesté—. Grace, ¿estás segura de que nunca lo habías visto?

Grace negó con la cabeza.

—¿Crees que era el hombre que estaba en la casa? —le pregunté.

—¿Había un hombre en nuestra casa? —preguntó Cynthia.

—No en nuestra casa —le dije.

—Es posible —dijo Grace—, pero no lo sé. Y, aunque fuera él, ¿cómo es que tenía una llave, papá? —preguntó.

—Quizás no la tenía—dije—. Tal vez era uno de esos, ¿cómo se llaman?, juegos de abrir cerraduras.

—Pero no ha tardado nada. He oído que entraba una llave y la cerradura empezaba a girar.

—Lo he visto usar una llave —dijo Cynthia. Se me quedó mirando —. ¿A quién le has dado una llave?

—A nadie —contesté—. ¿Y tú, le *has dado* una llave a alguien?

—Por supuesto que no.

Miré a Grace.

—¿Es guasa? —me preguntó—. ¿Creéis que soy idiota?

La mirada que le dirigí fue toda una sugerencia de que, dadas sus últimas doce horas, su pregunta era arriesgada. Hablé:

—Vale, los únicos que tenemos llave de esta casa somos nosotros tres y Teresa.

—Bueno, estoy segura de que el que estaba tratando de entrar no era Teresa —dijo Grace.

—¿Por qué alguien tiene una llave y por qué quiere entrar aquí? —pregunté. Estaba mirando a Grace.

—Por lo que has dicho: soy una testigo.

Cynthia parecía estupefacta, intentando entender de qué estábamos hablando.

—Sí —dije—, pero ¿qué probabilidades hay de que la persona que estaba en esa casa tenga una llave de la nuestra?

Grace negó con la cabeza.

—No lo sé. Es solo que… no sé, papá.

—¿De qué demonios estáis hablando? —preguntó Cynthia—. ¿Qué diablos está pasando?

Me tomé un segundo para serenarme y dejar que la consabida polvareda se asentara a nuestro alrededor. Dije:

—Hemos tenido algunos problemas.

* * *

Luego, sentados a la mesa de la cocina, Grace y yo le contamos todo desde el principio. No nos dejamos nada. Si Grace descuidaba un detalle, yo rellenaba el hueco, y viceversa.

Cynthia, hay que reconocérselo, se limitó a escuchar y a hacer preguntas de vez en cuando, pero dejó que el relato siguiera su curso. Si el oyente hubiera sido yo, las habría interrumpido cada diez segundos.

Terminé contándole dónde acababa de estar y le expliqué que había ido con la esperanza de encontrar a Stuart Pollard en su casa.

—Así que aún no sabéis qué le ha pasado —dijo Cynthia.

Ambos negamos con la cabeza.

Grace dijo:

—Sé que tal vez quieras reñirme y tal, pero papá ya ha hecho algo. Ahora mismo tengo que ir al baño, así que ¿podéis esperar hasta que vuelva?

Cynthia le dijo que sí.

En cuanto Grace se levantó de la mesa, su madre la agarró por la muñeca. Tiró de ella para darle otro abrazo. Mi hija rodeó la cabeza de su madre con los brazos y le dijo:

—Me alegro de que estés en casa. Aunque solo sea de visita y todo se esté yendo a la mierda.

Al parecer, Cynthia quería decir algo, pero se contuvo. Solo abrió la boca para decir: «Ve».

Sin Grace a la mesa, Cynthia se quedó mirándome.

—Ya puedes reñirme —le dije.

Extendió la mano y me la agarró.

—Qué desastre.

—¿Qué decía Tommy Lee Jones en aquella película? «Si esto no es un desastre, nos bastará hasta que llegue el verdadero lío». Sí, esto pinta muy mal.

—Creo que tienes razón en lo de conseguirle un abogado. Y pronto. No sabemos lo que nos espera.

Asentí.

—Pero ya hemos pasado por momentos difíciles —dijo Cynthia—. Y gracias a mí. Mis problemas estuvieron a punto de matarnos a todos.

—Es bueno que otro coja el testigo —le dije.

—¿Crees que el hombre de la puerta venía a por Grace? ¿Que estuvo en esa casa y supone que ella lo vio?

—Tal vez.

—Digamos que tienes razón —dijo Cynthia—. ¿Cómo pudo esa persona conseguir una llave de la casa?

Buena pregunta.

Mi esposa empezó a especular:

—Tal vez Grace, o tú o yo, nos dejamos las llaves en algún sitio y le dimos a alguien la oportunidad de hacer una copia. Ya sabes, como cuando das las llaves de tu coche al servicio técnico del concesionario o a un aparcacoches. Imagínalas colgadas en algún restaurante, donde cualquiera pueda hacerse con ellas y escabullirse por un rato.

Pero yo era maestro de escuela y Cynthia trabajaba para el departamento de sanidad. Vale, nos ayudaba una señora de la limpieza, pero no teníamos dinero como para tirarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que utilizaste el servicio de aparcacoches en un hotel o restaurante? —pregunté.

—Nunca.

—Yo tampoco.

—¿Podría ser algún amigo de Grace? ¿Uno que hubiera metido la mano en su bolso para coger su llave y hacer una copia?

—Según la descripción de Grace, el tipo no era un chico. Era alguien de mi edad.

—Pero, aunque hubiera conseguido entrar en la casa —dijo Cynthia—, habría tenido que enfrentarse a la alarma. En cuanto se activara, habría tenido que salir corriendo.

—Tal vez no sabía que teníamos una —propuse—. De haber sabido que la teníamos, habría tenido que conocer el código para desactivarla.

Los dos nos quedamos callados un momento.

—Robar una llave y copiarla es una cosa —dijo Cynthia—, pero ninguno de nosotros sería tan tonto como para dar el código.

—Las únicas personas que conocen el código somos tú, Grace, Teresa y yo.

—Es la segunda vez que surge ese nombre —dijo Cynthia.

Y de nuevo, los dos nos quedamos callados.

—No —le dije—. A ver, incluso si hubiera sido Teresa quien le ha dado la llave y el código a alguien, ¿para qué? ¿Qué tenemos? No hemos puesto un sistema de seguridad para proteger objetos valiosos. Lo tenemos para protegernos a nosotros mismos, después de lo que pasó hace años. Y ese tipo, cuando estaba intentando entrar, pensaba que no había nadie en casa. Ha tocado el timbre y llamado a la puerta, y Grace no ha contestado. Así que tal vez no venía a atacarla, sino por otro motivo. ¿A robarnos qué? ¿Tus joyas de valor incalculable?

Por primera vez, y a pesar de todo, Cynthia soltó una risa suave.

—¿Mi colección de monedas raras? —continué—. ¿Los miles en efectivo que guardamos bajo el colchón?

—No tiene sentido —dijo ella, y su rostro se ensombreció—. Voy a hablar con Vince.

—Ah, vaya, eso sí que es un plan. Nos adora. Cuando lo vi anoche, no fue más amable que cuando tú y yo lo visitamos en el hospital, hace años.

—Lo he visto —dijo.

—¿Qué? ¿En estos días, quieres decir?

Cynthia movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí. Fue a visitarme al apartamento.

—Espera un momento —dije, y le solté la mano—. ¿Has estado viendo a Vince?

—No he estado *viendo* a Vince —dijo, y se apoyó en el respaldo de la silla, lejos de mí—, pero he hablado con él. Cuando murió su esposa, le envié una tarjeta. Él me vio conduciendo por ahí y me siguió hasta el apartamento para darme las gracias. Y se disculpó por cómo nos trató en aquella ocasión.

—A mí no me tocaron las disculpas —dije.

—La tarjeta que le enviaste debe de haberse perdido en el correo, supongo.

No supe qué responder.

—De todos modos —dijo Cynthia—, quiero hablar con él. Creo que conmigo será más comunicativo que contigo.

—Te acompañaré —le dije.

—No. Iré sola. Además, alguien tiene que quedarse con Grace. Todo el tiempo.

Yo no podía estar en desacuerdo con eso.

Apoyé la espalda en la silla y crucé los brazos.

—¿Cuánto tiempo llevas vigilándonos?

Se mordió el labio.

—Desde que me fui.

—Para. No has podido vigilarnos todo el tiempo.

—No, pero sí la mayoría de las noches. Aparcaba a la vuelta de la esquina. Hay un árbol, ya sabes, frente a la casa de los Walmsley.

Asentí.

—Es lo bastante ancho como para esconderse detrás. No podía dormir hasta asegurarme de que ambos estabais a salvo en casa. Grace, sobre todo. Desde ahí alcanzaba a ver su ventana. A veces, antes de irme, me quedaba esperando hasta que apagaba la luz. —Tragó saliva—. Lo que quería era entrar. Quería subir a su

habitación, darle un beso de buenas noches y apagarle la luz, pero supongo que, cuando tienes catorce años, ya eres demasiado mayor para que tu madre haga semejante cosa.

—Creo que le habría gustado.

—Entonces, después de eso, lo único que quería era meterme en la cama, a tu lado. —Sorbió por la nariz—. Después conducía de vuelta al apartamento, hasta la noche siguiente, en que volvía a hacer lo mismo.

Yo tendría que haberlo sabido. Debería haber sospechado desde el principio que eso era lo que ella haría.

—¿Me perdonas? —preguntó.

Descrucé los brazos, me incliné hacia delante y le cogí la mano. Asentí.

—¿Por querernos? Sí, creo que sí.

Estaba a punto de darle un abrazo cuando oímos un grito en el piso de arriba.

Grace.

En realidad, no había sido grito, sino una aclamación. Una sola palabra: «¡Sí!».

Cynthia y yo subimos corriendo las escaleras. La encontramos en su habitación, sentada en la cama, con el teléfono en la mano y una sonrisa como hacía tiempo que no le veía.

Fui el primero en entrar. Cynthia venía justo detrás de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Mi hija, sonriente, levantó la mirada.

—Está bien —dijo.

—¿Qué? —quiso saber su madre—, ¿Stuart?

—¡Acaba de mandarme un mensaje! ¡Está bien!

Me pasó el teléfono y lo sostuve de modo que Cynthia también pudiera ver la pantalla. Leímos:

Grace: solo dime q estás bn

Grace: me vuelve loca q t haya pasado algo. dímelo

Grace: si no puedes hablar, dile a alguien + q c comunique conmigo

Grace: ¿t di? solo dime eso

Esos mensajes los había escrito esa misma mañana. La noche anterior, Grace había enviado una docena más.

Y, entonces, justo en ese momento, había llegado lo siguiente:

Stuart: hola

Grace: madre mía, estás bn?

Stuart: sí. prdna si t di un susto

Grace: ¿susto? me estoy volviendo loca.

Stuart: tuve que correr lo siento te dejé allí. mucha mierda mi padre loco

Grace: pero estás bn?

Stuart: sip

Grace: dónde estás

Stuart: escondido un tmpo. papá loco jefe tbn

Grace: ¿lo hice? ¿t di un balazo?

Stuart: no joder! más después. nos vemos.

Cynthia y yo intercambiamos una mirada. Luego miramos a Grace, que estaba radiante.

—Es la mejor noticia de mi vida —dijo.

Treinta y nueve

—¿Hola?

—Reggie.

—Estoy algo ocupada ahora mismo, Ti. Te llamaré en un momento…

—Me ha llamado.

—¿Qué? ¿Quién? ¿De qué hablas?

—Lo sabe.

—¿Quién? ¿Quién sabe qué?

—Quayle.

—Dios. Espera un segundo. Estoy saliendo de la cafetería. Déjame meterme en el coche. Aguarda. Vale, ya estoy dentro. Vuelve a empezar.

—Quayle me ha telefoneado. Hace un momento. Sabe que he sido yo.

—No puede ser. Eli nunca se lo dijo. Estoy segura. Él… ¡Mierda!

—¿Qué?

—Me acabo de mojar los pantalones con el café. Ti, no lo entiendo. ¿Cómo ha conseguido Quayle conectarlo todo?

—Contrató a un detective. Eli debió de llamarlo una vez para ver si podían llegar a un acuerdo, pero, como no volvía a llamar, Quayle quiso encontrarlo. Así que contrató a un detective privado para que lo buscara.

—¿Qué te ha dicho Quayle? Palabra por palabra. ¿Qué te ha dicho exactamente, Ti?

—Que ahora sabía que había sido yo, que debería haberlo sabido desde el principio. Reggie, después de todo, debe de haber hecho un trato con Eli.

—¿Qué?

—Él no la tiene en su poder, pero el detective sí. Quayle ha dicho

que están buscando huellas dactilares, que van a buscar mis huellas.

—Eso me suena a embuste, Ti. Es un truco. Está tratando de tenderte una trampa.

—¿Y si no? Si llegaran a encontrar mis huellas, irían a la policía. Me arrestarían. Y luego averiguarán lo de Eli, lo que le pasó.

—Déjame pensar, déjame pensar. Si supiéramos quién es el detective…

—Me lo ha dicho.

—¿Qué?

—Me ha dicho el nombre del detective: Duran, Heywood Duran. Lo he buscado en la guía. Es un detective privado de verdad.

—Bueno, demonios, ¿tienes su dirección, Ti?

Cuarenta

En el taller, Vince había ido a encerrarse en su despacho. Desde la puerta, a través del cristal esmerilado, Gordie le preguntó si se encontraba bien.

—Necesito un minuto —dijo, y se dejó caer en la silla acolchada, detrás de su escritorio—. ¿Dónde está Bert?

—Viene de camino.

—¿Cuándo volvió de la granja? —Vince abrió un cajón, sacó un vaso pequeño y una botella de Jack Daniel's. Se sirvió un poco, se lo tomó de un solo trago y se sirvió más.

—Sobre las cuatro de la mañana. Fuimos juntos a hacer un par de casas más y luego él siguió por su lado.

—¿Qué hizo con el Buick de Eldon?

—Lo dejó en su casa. Cuando me alcanzó, venía en su propio coche. Oye, creo que las cosas han ido más o menos bien —dijo Gordie—, pero, hace un rato, Bert se ha topado con un problema en una de las casas.

«Dios, esto no parece terminar nunca».

Vince preguntó:

—¿Qué casa?

Gordie se lo contó.

—Dijo que ha llamado al timbre y golpeado la puerta, y que estaba seguro de que no había nadie en casa, pero la niña sí estaba allí, y entonces ha aparecido la esposa. Ha estado a punto de arrollarlo.

«Cynthia».

—Mierda —dijo Vince.

—¿Ya has hablado con Eldon? —preguntó Gordie—. Vaya, ¿se aparecerá aquí en cualquier momento sin saber nada de nada? Porque no quiero ser yo quien se lo diga. Creo que eso debería venir

de ti. Estoy haciendo lo posible por escaquearme, pero tú eres el jefe y tal.

—Eldon no vendrá.

—¿Cómo es posible?

—Cuando Bert llegue, os pondré al tanto. ¿Has hecho lo otro que te he pedido?

—¿Lo de los mensajes de texto? Sí, está hecho, pero quería preguntarte si…

—Te lo acabo de decir: necesito un minuto.

La sombra de Gordie se alejó del cristal esmerilado.

Vince se quedó mirando al frente, aturdido. Se sirvió un tercer trago, se lo bebió y apoyó las manos en el escritorio. Se estaba concentrando en su respiración. Inhalar con lentitud. Exhalar poco a poco. Estaba mareado, y eso no tenía nada que ver con la bebida. Sentía un nudo de ansiedad en medio del pecho. Por un momento llegó a preguntarse si se le revolvería el estómago.

¿Era eso lo que llamaban un ataque de pánico?

«Contrólate. Tienes mucha mierda con la que lidiar».

Una sombra volvió a oscurecer el cristal esmerilado.

—Bert está llegando —dijo Gordie.

—Estaré fuera cuando esté fuera.

La sombra volvió a escabullirse.

Vince estaba pensando en un programa de catástrofes que había visto. En el Discovery Channel, tal vez. El programa explicaba cómo, cuando un avión cae o dos trenes acababan dirigiéndose el uno hacia el otro en la misma vía, casi siempre hay más de una causa, a menos que se trate de una bomba. Los acontecimientos conspiran. Un error del piloto coincide con un interruptor defectuoso. Un maquinista mira un vídeo en su móvil mientras fallan las señales en tierra.

Vince creía que los acontecimientos habían conspirado contra él. Stuart irrumpía en esa casa al mismo tiempo que otro la desvalijaba.

A su alrededor, las cosas se estaban yendo a la mierda. Podía sentir cómo su imperio, tal y como era, se desmoronaba. Y ya se

estaba desgastando incluso antes de los acontecimientos de las últimas veinticuatro… Dios, ni siquiera había pasado tanto tiempo. Más bien, doce horas.

«Audrey».

Tal vez Jane tenía razón: había sido un marica, pero no podía soportar ver a su mujer en la cama del hospital esas últimas semanas. Eso lo destrozaba, lo llenaba de desesperación y rabia al mismo tiempo. Sabía que aquello no iba de él, sino de ella, de estar a su lado, pero ir a verla era demasiado arriesgado. Vince tenía que ser la roca. Siempre la roca. Era el tipo que no dejaba que las cosas le afectaran.

Y, la mayoría de las veces, podía conseguirlo.

Pero no mientras estaba en esa habitación con Audrey, viéndola morir. Ya era bastante malo ver comprometidas sus emociones cuando ella tenía los ojos abiertos, sentir ese temblor en la barbilla, la humedad en los ojos, pero ¿y si alguien entrara en la habitación, fuera una enfermera, el médico, Jane, Eldon, Gordie o Bert, y lo viera así? Sería un bochorno del que nunca se recuperaría, una humillación.

En ese momento, sin embargo, reflexionaba: tanto se había preocupado por cómo lo percibirían los demás durante el tiempo en que estaba perdiendo a Audrey que en el presente corría el riesgo de perder a Jane.

Ah, a la mierda. «Ni que fuera mi verdadera hija o…».

Tal vez no, pero, maldita sea, la quería. Desde el momento en que Audrey entró en su vida con Jane a rastras, vio algo en esa niña. Era dura, aunque, al mismo tiempo, vulnerable. Había sido herida montones de veces por otros hombres que habían entrado en la órbita de su madre; empezando por su propio padre, que nunca había estado ahí para ella. Así que Jane había dejado de buscar cualquier tipo de figura paterna. Desde su punto de vista, todos los hombres con los que su madre se había liado a lo largo de los años eran unos gilipollas.

Vince habría estado dispuesto a admitir que, tal vez, él no era muy

diferente, pero, al menos, se preocupaba por Jane de un modo en que los demás no lo habían hecho.

Había tenido una hija una vez.

Por muy poco tiempo.

Eso siempre lo había obsesionado. A menudo pensaba en la chica que nunca llegó a ser. ¿Quién habría llegado a ser ese bebé? ¿Cómo habría sido a los cinco años? ¿Diez? Quince. Cuando él y Audrey empezaron a vivir juntos y Jane estaba cerca todo el tiempo, le era fácil imaginarla como la encarnación de lo que su propia hija pudo haber sido.

Obstinada. Testaruda. Sin miedo a pelear. A veces, una cabrona intimidante. Sigilosa, también, si eso servía a sus propósitos.

Y, no lo olvidemos, un coñazo. Si su hija hubiera sido como Jane, se habría sentido orgulloso. Una niña capaz de cuidar de sí misma. Una chica que no estaba dispuesta a aguantar la menor mierda.

Él nunca intentó ser su amigo. Desde el principio, solo había intentado tratarla con respeto. No engañarla. Una vez, ella le preguntó (y eso fue hacía más de siete años, antes del balazo) si se casaría con su madre, y él pudo haberle dicho algo así como «bueno, ya veremos, tu madre y yo nos queremos mucho y, a estas alturas, no sabemos a dónde nos llevará bla, bla, bla…».

Sin embargo, le respondió:

—No tengo ni idea. Si hoy tuviera que tomar la decisión, diría que no, que de ninguna manera. Ya me jode bastante gente, pero quiero a tu madre. Y tú también estás bien.

En otra ocasión, le preguntó, sin rodeos, si era un delincuente.

—Así es como te ganas la vida, ¿verdad? Lo del taller de chapa y pintura es una simulación, un negocio legítimo para encubrir todas las otras cosas que estáis haciendo tú, Bert, Gordie y Eldon. ¿Tengo o no tengo razón?

Él se tomó un segundo.

—Tienes razón.

Jane asintió, agradecida.

—Eso ha sido una prueba.

—¿Cómo?

—Solo quería ver si eras capaz de mentirme a la cara. No me gusta lo que haces, pero, al menos, eres honorable al respecto.

Un revólver. Eso era.

Tal vez era una tontería creer eso, pero pensaba que, con el tiempo, su propia franqueza se había ganado el respeto de Jane. Y, una vez que lo tuvo, y no fue algo que ocurrió de la noche a la mañana, creyó que Jane había llegado a sentir algo más fuerte. ¿Se estaba engañando a sí mismo o ella correspondía a su cariño?

Vince pensaba que sí, que ella también lo quería.

Sabía que nadie lo consideraría un tipo culto. Apenas había terminado el bachillerato y nunca había asistido a ninguna institución de las llamadas «de enseñanza superior», pero le gustaba leer, y las estanterías de su casa de la playa estaban repletas de libros: historia y biografías, sobre todo. A Vince le gustaba enterarse de cómo la gente importante tomaba decisiones. Se consolaba con el hecho de que, a menudo, incluso las personas inteligentes tomaban decisiones equivocadas.

Siempre, en su cumpleaños o Navidad, Jane le regalaba un libro. Todos los demás tendían a comprarle whisky. Él le había dicho una vez: «Sabes que soy un pensador, no solo un bebedor».

Sin embargo, algo de verdad emocionante había sido que, el año anterior, cuando la madre de Jane aún vivía (antes de que las cosas se pusieran feas), la chica le había comprado un libro para el día del Padre: *Vida,* las voluminosas memorias de Keith Richards. Ella se lo había dedicado: «Para un tío que mola, un libro sobre otro tío que mola. Con amor, Jane».

Nunca le había comprado nada para el día del Padre.

Ese año, la conmemoración había llegado en las semanas anteriores a la muerte de Audrey. La opinión que Jane tenía de él había sufrido un claro revés. Y esa vez no había habido regalo.

«Me odia».

Jane lo odiaba porque había defraudado a su madre. Y también ella se sentía defraudada. Además, estaba el asunto de la casa: una

bonita residencia de dos pisos en Orange, en Riverdale Road, justo al lado de Ridge, no lejos del centro comercial. Audrey era la propietaria cuando conoció a Vince. Después de haberse mudado con él, conservó el edificio y lo puso en alquiler.

Luego, tras la muerte de su madre, Jane creyó que podría quedarse con la casa, pero el heredero era Vince. Supuso, entonces, que él haría lo correcto y se la daría. Y él, en el curso normal de los acontecimientos, lo habría hecho, excepto por un detalle: *Bryce.* Bryce Withers.

Había algo en ese chico que no le gustaba a Vince. No era que fuese músico. No, eso habría sido darle demasiada importancia. Era miembro de una banda. Llamarlo músico implicaba estudios y formación. Talento. Vince no creía que Bryce necesitara ninguno de estos atributos para tocar en una banda.

Y resultó que tenía razón. Una noche entró en un bar donde estaban tocando. Se llamaban a sí mismos Energy Drink. ¿Qué clase de nombre de mierda era ese? Vince nunca le dijo a Jane que había ido a verlos. Su intención había sido entender al tipo que se acostaba con su hijastra. Lo que oyó lo dejó convencido de que Bryce era más una fuente de ruido que un músico. Si pusieras una guitarra en manos de un mono, produciría el mismo tipo de música.

No, eso era injusto para el mono.

Jane estaba prosperando por sí misma. Había conseguido un buen trabajo en una agencia de publicidad local. Aún no se había forrado, pero le iba mejor que al novio, a quien Vince consideraba un gorrón de primera, alguien dispuesto a vivir de los ingresos de su novia. Y, por extensión, de cualquier dinero o propiedad que cayera en sus manos.

Como la casa de la madre de Jane.

Si ella llegara a casarse con ese payaso y los dos se mudaran juntos a esa casa, después de una eventual separación tendrían que venderla. Y ese gilipollas, entonces, acabaría quedándose con la mitad de lo que, en principio, pertenecía a Vince.

Y Vince no tenía ningún inconveniente en que todo pasara a ser

de Jane, pero no de Bryce.

Así que se aferró a la casa y soportó el desdén de su hijastra. En cuanto Jane rompiera con Bryce (tarde o temprano, tendría que caerle la breva), se reuniría con ella para decirle que la casa era suya.

Ese asunto era una carga para él.

Pero ahora había nuevos problemas. El principal de ellos era el dinero desaparecido del ático de la casa de los Corro.

—¿Vince? —Más golpes en el cristal esmerilado.

—¿Qué?

—Soy Bert.

Vince guardó el vaso y la botella, cerró el cajón y respiró hondo otras dos veces. Estaba bien. De nuevo, era una roca. Podía sobreponerse a las dificultades y seguir adelante. Empieza lo que acabes, solía decirle su padre.

Rodeó el escritorio y abrió la puerta.

—Gordie me ha dicho que has tenido problemas.

—Sí. Pensaba que no había nadie en la casa.

—¿Policías?

—No sé lo que ha pasado después de irme.

Vince necesitaba saberlo.

—¿Qué pasa con Eldon? —preguntó Bert. Gordie estaba justo detrás, parecía ansioso.

—Eldon está muerto —dijo Vince.

Hubo un silencio aturdidor de dos segundos y, luego, un «¡qué joder!» de Gordie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bert.

—Se ha tomado mal la noticia —dijo Vince—. Ha reaccionado como un loco, amenazándome, culpándome por lo sucedido. Me estaba acusando. Creo que se estaba preparando para llamar a la policía. —Tomó aire—. He hecho lo que tenía que hacer.

Bert, incrédulo, miró a su jefe.

—Espera. ¿Nos estás diciendo… que has matado a Eldon?

—Tendremos que ocuparnos de él más tarde —dijo Vince—. Ahora

mismo, tenemos otras prioridades. Tenéis que hacer una visita al paseador de perros. No se me ocurre nadie más que tenga llave y conozca el código de seguridad de esa casa. Veamos si se ha pasado de ambicioso. Y voy a tener que llamar a una antigua novia y tratar de convencerla de que no acuda a la policía, si no es ya demasiado tarde.

Cuarenta y uno

Heywood Duran aparcó su coche en una calle del centro de Milford, detrás de una hilera de escaparates. Su oficina estaba escondida detrás de una tienda de vestidos de novia. Se entraba por la planta baja, a pocos pasos de un contenedor. No era mucho más que una habitación de tres metros cuadrados y un cuarto de baño que Duran compartía con las mujeres a cargo de la tienda de ropa. Tenía un escritorio, un ordenador, dos sillas y un archivador. Nunca usaba ese lugar para reunirse con posibles clientes, pero era un buen sitio para el papeleo y las investigaciones.

Salió del coche y, mientras se dirigía a la entrada de su despacho, su teléfono móvil empezó a repiquetear. Miró la pantalla, vio quién era y contestó.

—Señor Quayle —dijo Heywood con el teléfono en una mano y las llaves en la otra.

—Lo he hecho —dijo Quayle—. He llamado a ese hijo de puta.

¿Tenía sentido decirle que no debería haberlo hecho? Ya no.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Heywood.

—Se ha asustado. Lo he dejado alterado, de eso no hay duda.

Heywood jugueteó con sus llaves y seleccionó la de su despacho.

—¿Alterado porque no sabía de qué demonios le estaba hablando o porque lo había descubierto?

—En definitiva, por lo segundo. Eso ha sido después de que le dije que estábamos buscando huellas en el jarrón.

—No le habrá dicho eso.

—Sí, se lo he dicho. Le he dicho que usted lo estaba haciendo ahora mismo.

Heywood suspiró mientras metía la llave en la cerradura. No giró como de costumbre. ¿Se había olvidado de echar llave la noche anterior?

—Señor Quayle, eso ha sido una tontería. Mire, acabo de llegar a mi oficina. Lo llamaré en una hora o así.

Guardó el teléfono en la chaqueta y abrió la puerta de su despacho.

Había una mujer sentada al otro lado de su escritorio. Ella lo miró y sonrió.

—¿Cómo demonios ha entrado aquí? —preguntó Heywood.

En ese momento sintió que algo frío y duro, aunque no más ancho que una moneda de diez centavos, le presionaba la nuca. Cuando se dio la vuelta, el hombre que sostenía la pistola le dijo:

—Yo no lo haría. —Y luego cerró la puerta.

La mujer habló:

—Le voy a hacer una pregunta, y solo una vez. Así que quiero que me ponga mucha atención. Luego quiero que piense muy bien su respuesta. No quiero que me responda con otra pregunta. Eso sería muy muy inútil. ¿Ha entendido?

—Sí —dijo Heywood.

La mujer preguntó:

—¿Dónde está?

Cuarenta y dos

Terry

Grace había quedado extasiada con los mensajes de texto de Stuart Pollard. Cynthia, que acababa de enterarse de todos nuestros problemas, también estaba ansiosa por darles un buen giro.

—Así que no lo hizo —dijo, incapaz de disimular su entusiasmo—. Grace no le disparó a ese chico. Y nadie más lo hizo. Está vivito y coleando.

Dejamos a Grace en su habitación y entramos en la nuestra. Cerramos la puerta casi por completo.

—Eso parece —dije.

—Y has dicho que Vince se va a encargar de arreglar la ventana rota de esa casa. Así que será como si nunca hubiera sucedido. Nadie tendrá que enterarse de la estupidez de nuestra chica. Y va a aprender de esto, ya lo creo, de verdad. Nunca volverá a hacer algo así. —Cynthia sacudió la cabeza, exasperada—. Y por aquí tendrá que haber algunas reglas nuevas. Toques de queda estrictos. Cuando salga a algún sitio (cuando la dejemos salir), tendremos que saber adónde va, con quién va a estar, cuánto tiempo va a estar allí, cuándo…

—Por supuesto —le dije—. Le pondremos uno de esos brazaletes en el tobillo. Podremos sentarnos al ordenador toda la noche para saber dónde está.

—Te estás mofando.

—Lo siento.

—Esto ha ocurrido bajo tu vigilancia —me recordó.

—Soy consciente de ello —dije.

—No digo que sea culpa tuya —añadió enseguida—. Es tan mía como tuya, porque yo no he estado aquí. —Se sentó en el borde de

la cama—. Me alegro de que hayamos superado este capítulo. Lo bueno es que ya no tendremos que pasar el día consiguiendo un abogado para Grace.

—Sí —dije, arrastrando la voz.

—¿Qué pasa? ¿No ves esto como una buena noticia?

—Claro, sí, por supuesto que sí. No quiero ser yo quien rompa la pompa de jabón, pero han sido solo mensajes de texto.

—¿Qué quieres decir? —Su cara empezó a decaer.

—No es como si Grace hubiera hablado con él.

—Sí, pero han venido del teléfono de Stuart —dijo Cynthia.

—Lo sé.

—Grace parece convencida de que ha sido él. Quizás estos chicos tienen una «voz» propia a la hora de enviar mensajes de texto. Uno podría identificarlos por las abreviaturas y todo eso.

—Es probable que tengas razón —dije—. Supongamos que Stuart está bien. Estará escondido en algún lugar hasta que las cosas se calmen. ¿Qué tiene eso que ver con que alguien haya intentado entrar en la casa?

Cynthia miró a un lado, como si la respuesta estuviera anotada en la mesilla de noche, en un bloc.

—Quizá no hay ninguna relación entre una cosa y otra —dijo—. Ha habido cierto jaleo con Grace y alguien ha intentado entrar en nuestra casa. —Hizo una pausa—. Una coincidencia.

—Eso significaría que *deberíamos* llamar a la policía —dije—. Porque el único motivo por el que Grace y yo queríamos que esperaras era porque pensábamos que esta irrupción tenía algo que ver con ella. No queríamos que la policía se metiera en esto hasta que las cosas estuvieran resueltas o tuviéramos un abogado para Grace. ¿Quieres llamar a la policía ahora?

La vi resistirse. Se frotó la boca y se llevó las manos a la cabeza, como si tuviera la peor jaqueca del mundo y estuviera tratando de que no le explotara el cerebro.

—Dios, no tengo ni idea. Si ese hombre, de verdad, no tiene nada que ver con lo que le ha pasado a Grace, entonces deberíamos

llamar a la policía. Podría volver o meterse en casa de otro, o… diablos, no lo sé.

—Pero…

Se levantó, fue al baño, se puso agua en la mano y se la llevó a la boca. La seguí, pero me quedé en la puerta.

—Hay algo que no entiendo —dije—: si Stuart está vivo, ¿por qué Vince no me lo dijo? Podía haberme dicho que el chico estaba bien, pero, en vez de eso, me ordenó que dejara en paz el asunto. Si me hubiera dicho que Stuart estaba bien, lo más probable es que yo lo hubiera dejado. No habría ido esta mañana a buscarlo en el hospital ni en su apartamento. —Hice una pausa para pensar bien las cosas —. Quizá por eso hemos recibido el mensaje. Vince habría descubierto, y no me preguntes cómo, que yo estaba husmeando, así que se le ha ocurrido esta solución.

—Entonces es Vince quien le envía mensajes a Grace con el teléfono de Stuart.

—Vince o uno de los suyos.

—Mierda —dijo mi esposa. Apoyó las manos en la encimera y me miró por el espejo.

—Aún tenemos que averiguarlo —le dije—. Y con certeza.

Nos sobresaltó el timbre del teléfono del dormitorio. Fui el primero en llegar. El identificador decía que se trataba de un desconocido.

Levanté el auricular.

—¿Quién?

—¿Está tu mujer?

Reconocí la voz.

—¿Qué quieres?

—Que se ponga —dijo Vince.

Cynthia, de pie en la puerta del baño, murmuraba:

—¿Quién es?

Le tendí el auricular.

—Vince —le dije.

Sus ojos se abrieron de par en par. Extendió la mano y se llevó el auricular a la oreja.

—Vince —dijo.

Me dejó poner la cabeza junto a la suya para que yo también pudiera oír las dos partes de la conversación.

—Cynthia, necesito saber si has llamado a la policía. ¿Están ahí ahora?

—¿Por qué habría de llamar a la policía, Vince?

—Porque ha habido un incidente. En tu casa, no en tu apartamento. Hace como una hora.

—Así es —dijo ella—, es cierto. ¿Cómo lo sabes? —Me echó una mirada rápida.

—No has respondido a mi pregunta.

—No —dijo Cynthia—. La policía no está implicada. —Hizo una pausa—. Todavía.

Otra pausa, esa vez por parte de Vince. ¿Era un suspiro de alivio?

—Qué bien —dijo—. Te debo una disculpa.

La cara de Cynthia empezó a sonrojarse.

—¿Una disculpa? ¿Has sido tú? ¿Ha sido uno de tus matones?

—Como te acabo de decir, te debo una…

—¡No! —dijo mi esposa—. ¡Me debes mucho más que una disculpa! Me debes… ¡nos debes!, más bien, algunas respuestas. Eso es lo que nos debes, ¡hijo de puta!

—Cynthia, yo…

—¡Déjate de falsedades! ¿Por qué demonios había alguien, uno de los tuyos, tratando de entrar en nuestra casa? ¿Cómo has conseguido una llave? ¿Qué está ocurriendo? ¿Y Stuart? ¿Has sido tú? ¿Has sido tú quien ha enviado esos mensajes?

—¿De qué mensajes hablas? —preguntó.

—De mensajes para Grace. Hace unos minutos ha recibido unos mensajes de texto de Stuart.

—Yo no le he enviado ningún mensaje a Grace —dijo.

Eso me pareció una evasiva. No había dicho que no sabía nada, pero Cynthia iba en otra dirección.

—Nuestra *casa,* Vince, has enviado a alguien a entrar en nuestra

casa. ¿Cuál era el plan? ¿Secuestrar a Grace? ¿Evitar que hable? Dios mío, ¿ese era el plan?

—No, él pensaba que la casa estaba vacía.

—¿Él?

—Bert. Ha sido Bert.

Cogí el teléfono.

—¿Por qué, Vince? ¿Por qué Bert quería meterse en nuestra casa?

Otro momento de silencio al otro lado de la línea. Por fin, Vince habló:

—Porque ahí está el dinero.

Cuarenta y tres

Eran casi las diez y media cuando Jane Scavullo llegó a las oficinas de la agencia de publicidad Anders and Phelps. Colgado de un hombro llevaba el bolso y, del otro, la correa de una gran bolsa de deporte por uno de cuyos extremos asomaba el mango de una raqueta de tenis.

—Hola, Jane —la saludó Héctor, el joven de la recepción, mientras ella atravesaba el vestíbulo—. Alguien parece un poco agotada hoy.

—Vete a la mierda, Héctor —dijo.

—Y es tarde, también —dijo él con placer.

Y Jane tenía que admitir que no lucía su mejor aspecto. La noche anterior no había dormido lo suficiente. Todo ese drama con la casa de los Corro y Grace y Vince… Y luego haber descubierto, por la mañana, que Bryce le había mentido… Por último, haber hecho una parada de camino al trabajo para tratar otro asunto.

Arrojó la bolsa de deporte en el hueco bajo el escritorio y, de una patada, la mandó al fondo. Descubrió, entonces, que la luz de su teléfono estaba parpadeando. Aún no se sentía lista para enfrentarse a sus mensajes, así que se levantó y fue al comedor, a la vuelta de la esquina, a ver si alguien había puesto ya una cafetera.

«¡Sí!».

Cogió una taza y la llenó. Jane bebía el café solo, igual que Vince. Si vas a tomar café, le había dicho él, toma *café.* No hagas la mariconada de ponerle leche, nata y azúcar.

Sopló, bebió un sorbo y se vio reflejada en el cristal de un anuncio de periódico enmarcado: «¡Honda Riverside! Hemos reconstruido y AHORA estamos de rebajas».

No era uno de sus anuncios. Ese era anterior a su etapa allí, aunque recordaba el incendio en ese concesionario de coches, unos años antes. Aún no había trabajado lo suficiente en Anders and

Phelps, o A&P, como la llamaba todo el mundo por allí, para ganarse que colgaran uno de sus trabajos en la pared, ni siquiera en el comedor. Y, en el presente, era poco probable que un anuncio eficaz fuera algo que se pudiera enmarcar. ¿Quién se anunciaba en los periódicos? ¿Quién *leía* los periódicos? Jane no recordaba la última vez que había cogido uno, ni siquiera el *New York Times.* Cuando quería saber qué pasaba en el mundo, cosa que, a decir verdad, no ocurría muy a menudo, se conectaba a internet. Ahí era donde le gustaba ver colocados los anuncios de sus clientes. Solo había que encontrar el sitio web adecuado para llegar al grupo demográfico adecuado, o averiguar los hábitos de navegación de la gente y hacer que el anuncio apareciera allá donde estuvieran. También estaba la radio, que, junto con los periódicos, parecía el medio más antiguo del planeta, pero, aun así, era una buena elección. Las personas iban en sus coches todo el día, con la radio encendida como ruido de fondo. Eso podía funcionar.

Como si a ella le importara…

¿Era eso lo que de verdad quería hacer? El señor Archer, él sí la había descubierto. Jane quería escribir, y no estúpidas sintonías para gasolineras y empresas de reparación de hornos. Quería escribir novelas. Quería escribir sobre lo que significaba ser una mujer joven en esa época; hacerse preguntas sobre qué demonios quería hacer con su vida; sobre haber tenido que luchar por cada cosa que has conseguido; que nadie quiera darte un trabajo fijo; que todos los contratos sean a corto plazo, sin prestaciones; todo aquello del veintidós, veintidós, veintidós: si tenías veintidós años, las empresas te hacían trabajar veintidós horas al día por veintidós mil dólares al año. Y si eso no era lo que querías, pues mala suerte.

Algo así como Anders y Phelps.

Volvió a su escritorio, puso el café encima y miró sus mensajes. El día anterior había hecho llamadas no solicitadas a un par de docenas de empresas de Milford, al azar. Le devolvieron tres de ellas, todas con un «gracias, pero no, gracias», alegando que en ese momento no tenían presupuesto para publicidad.

Imbéciles. Si las cosas marchaban despacio, tenías que dar a conocer tu nombre. Si la demanda no era abundante, tenías que asegurarte de que la poca que hubiera te llegara a ti. Jane intentaba decírselo, pero algunos tenían menos luces que un barco pirata.

«Y el cabrón de Bryce».

Había ido a contarle lo de su concierto, de cómo había ido la noche, cuando ni siquiera había estado allí. Jane no le había dicho que había leído el mensaje. Tan solo había devuelto el móvil a la mesita de noche, bocabajo. En cuanto él había salido del baño, ella le había dicho que su teléfono había zumbado. Bryce, de espaldas a ella, lo había leído.

—¿Qué pasa? —le había preguntado Jane.

—Nada —había contestado él—. Hartley. Dice que cree que deberíamos trabajar en algunas cosas nuevas.

Y después había visto a su novio jugueteando con el pulgar. Sin duda, estaba borrándolo, por si a ella le picaba la curiosidad.

Jane suponía que se trataba de Melanie. Su supuesta *amiga* Melanie. Había notado que algo se traían entre ellos dos. Nada evidente. No era como si Melanie, aquella última vez que salieron todos juntos de copas, se hubiera inclinado sobre la mesa y metido su lengua en Bryce hasta la garganta. Era, más bien, la forma en que se reía de todo lo que él decía, y, si algo tenía que reconocer Jane, era que Bryce no era un Jerry Seinfeld, que digamos. Y estaba bastante segura de haberlo pillado mirándola de reojo más de una vez.

Sacó el móvil, abrió la lista de contactos y pulsó sobre el nombre de Melanie. Pensaba en cómo hacer aquello. ¿Qué mensaje podía enviarle a su amiga para hacerla delatarse?

Tecleó: «¿Una copa a la salida del trabajo, quizá? ¿Viste a la banda anoche? Yo no pude», y envió el mensaje.

Dejó el teléfono y sacó una carpeta de su escritorio. Tenía que escribir un anuncio de radio para un bufete de abogados e idear alguna forma de conseguir que un protector de colchón sonara como

algo que había que comprar, aunque sin utilizar la palabra «mancha».

Su teléfono zumbó.

Melanie acababa de enviarle un mensaje: «Sí a la bebida. Obvio. Pasé por el bar, Bryce no estaba. ¿Enfermo?».

Eso era interesante. La respuesta la dejó pensando. Melanie no estaba tapándolo. Si ella y Bryce hubieran salido juntos, ¿no habría mentido? ¿No habría dicho que sí, que había visto a la banda y que Bryce había estado genial? ¿Algo por el estilo?

Le contestó: «Mierda me acaba de caer 1 tonelada de cosas no podré esta noche. Vi a Bryce bien esta mañana creo».

Así que, si no había salido con Melanie, ¿qué estaba haciendo? ¿Y con quién?

A la mierda. Marcó el número de Bryce.

Segundos después, él la saludó:

—Hola, nena. Siento lo de esta mañana. Parece que hemos empezado con el pie…

—No me mientas, ¿vale? Te voy a hacer una pregunta y no quiero que me mientas.

—¿De qué hablas?

—¿Adónde fuiste anoche? Sé que no estuviste con la banda.

Silencio al otro lado.

—¿Estás ahí, Bryce? No es un buen momento para fingir que has perdido la señal.

—Mira, no pude ir al concierto. Me encontraba mal.

—Entonces, si no tocaste anoche, ¿adónde fuiste? ¿Pasaste la noche en Urgencias esperando a que te quitaran los mocos?

—Jane, no puedo… En este momento no puedo.

—Yo sí puedo.

—Es solo que las cosas entre nosotros…, en estos últimos días, han estado un poco peñascosas, ¿sabes? Y tú estás desbordada del todo. A veces, cuando hablo contigo, es como si estuvieras en otro planeta. No oyes nada de lo que te…

—Solo dime quién es —dijo Jane.

Héctor acababa de aparecer delante de su escritorio.

Bryce soltó un largo suspiro.

—Fui a tomar una copa con Steph. Eso fue todo. Un trago.

—¿Saliste con la Estafilococa?

Héctor tenía los brazos cruzados y se golpeteaba el codo con los dedos.

—Nena, no la llames así. Es solo una amiga, pero sabe escuchar y…

Jane se dirigió a Héctor:

—Estoy al teléfono —le espetó.

—Parece una llamada personal.

—Vaya. Eres mu perspicaz.

—No deberías hablarme de ese modo —le dijo el recepcionista.

—¿De qué modo?

—Cuando has entrado, me has mandado a la mierda.

—Ay, Héctor, vete a la mierda.

—A eso me refiero. Esto va en contra del código de conducta de la oficina.

Jane volvió a hablar al teléfono.

—Adiós, Bryce.

—Sí, mejor hablamos más tarde, después de que…

—No, adiós, para siempre. —Colgó y se volvió de nuevo a Héctor —. «El código de conducta de la oficina»… Y podrías venir a rascarme el coño. ¿Qué otra cosa quieres?

—Hay una mujer en el vestíbulo. Quiere hablar contigo.

—¿Sobre qué? ¿Golpeé su coche o algo así?

—Quiere contratarte, zorra —dijo Héctor—. Ya sabes, ¿no? ¿Para una campaña publicitaria? ¿Eso que hacemos aquí?

—Llévala a la sala de conferencias. Estaré ahí en un minuto.

—¿Sabes? —dijo Héctor, y se inclinó sobre el escritorio para hablar en susurros—. Me quejaría de ti ante el señor Anders, pero creo que se la has estado chupando.

Jane pestañeó dos veces y dijo:

—Sí, pero me ha dicho que no soy, ni de lejos, tan buena como tú.

Héctor se escurrió fura del despacho. Jane cogió un bloc de notas y un bolígrafo de punta fina, así como un Ipad en su bonita funda de cuero negro. Si esa clienta potencial quisiera ver o escuchar alguno de sus trabajos, Jane podría mostrárselo en la tableta. Se tomó un minuto para asegurarse de que la mujer ya estuviera en la habitación. Así podría hacer toda una entrada en escena. Eso siempre queda mejor que ser quien espera sentado, como si no tuviera otra cosa que hacer. Hay que lograr que el cliente piense que le estás haciendo un favor, que has encontrado un hueco en tu ajetreado día para hablar con él.

La mujer ya estaba allí sentada. Guapa, pelo negro, discreto collar de perlas alrededor del cuello. Gran sonrisa, buenos dientes.

—Hola —dijo, y se puso de pie.

—No se levante —dijo Jane, y le extendió la mano—. Es un placer conocerla. Tenía que terminar una llamada.

Todo profesional, ni un puto pavoneo más.

«Cálmate —se dijo a sí misma—. Aparca lo de Bryce. Enciérralo en una caja. Es algo que siempre has hecho bien».

—No hay problema —dijo la mujer.

—Soy Jane Scavullo. —Le entregó una tarjeta de visita.

—Me alegro mucho de conocerla. He oído cosas buenas.

Jane estuvo a punto de decir: «¿En serio?». Tuvo que comedirse. Cuando recibas un cumplido, no te quedes pasmada. Lo que sí dijo fue:

—¿Y usted es…?

—Soy la mejor *coach* de vida de todo el sur de Connecticut.

—¿La mejor qué?

—*Coach* de vida. Quisiera mejorar mi perfil y he pensado que quizá me vendría bien más publicidad, ¿sabe? Digamos que tengo el sitio web, pero la gente tendría que *encontrarlo,* ¿no? Tiene que saber que el sitio está ahí.

«¿Steph? —estaba pensando Jane—. ¿Bryce ha salido con Stephanie?». Esa chica no tenía nada.

—¿Qué le parece? —preguntó la mujer.

—¿Perdone? —dijo Jane.

—¿Cree que podría dar a conocer mi nombre y conseguirme más clientes?

—Bueno, supongo que lo primero sería que me dijera cómo se llama.

—¡Ah! —La mujer se rio y le tendió la mano—. Me llamo Regina, pero llámame Reggie, como todo el mundo.

Cuarenta y cuatro

Gordie y Bert se subieron a la furgoneta que habían dejado aparcada detrás del taller. Bert se puso al volante y Gordie se sentó a su lado.

—Todavía no me lo creo —dijo Bert mientras se alejaban del taller.

—¿Qué parte? —preguntó Gordie.

—¿Estás de guasa? Lo de Eldon. No puedo creer que lo haya mandado al otro barrio.

—Si lo ha hecho —dijo Gordie—, ha sido por una razón, y ya nos la ha dicho: Eldon nos iba a delatar. Veamos. Sí, es muy triste lo que le pasó a su hijo, y se habrá cabreado y tal, pero, si no podía manejar las cosas de modo que nos mantuviera a todos a salvo, ¿qué se supone que tenía que haber hecho Vince?

Bert parecía asqueado.

—No me hables del chico. No has sido tú quien ha tenido que ir a la granja.

—¡Lo siento, tío! No ha debido de ser fácil.

—No puedo estar haciendo estas putadas.

—No hables así. No hables así nunca más —dijo Gordie—. A veces llueve mierda. En uno o dos días te sentirás mejor.

—Venga —dijo Bert—, tú ves las cosas con claridad. Dime que no van mal.

Gordie le echó un vistazo.

—¿De qué hablas?

—Lo que estoy diciendo es que el jefe ya no es el mismo.

—Su mujer murió. Ha estado enfermo. Tiene que superarlo. ¿Cómo crees que estarías si tu mujer muriera?

Bert lo miró y se echó a reír.

—¿En serio?

—Vale, quizá ha sido un mal ejemplo.

—No me podría pasar nada mejor. ¿Sabes que Janine me quería

en una reunión, una que, por cierto, está teniendo lugar ahora mismo en la residencia de su madre? Han echado a esa vieja orangután porque es una perra miserable. ¿Y adivinas cuál es el plan de Janine? ¿Lo adivinas?

—Dímelo y ya está.

—La va a llevar a vivir con nosotros.

—Coño, tío. No, no puedes dejar que eso suceda.

Bert agitó una mano en el aire, frustrado.

—¿Y qué puedo hacer? Con Janine no se puede hablar. Las dos allí, confabulándose contra mí, diciéndome todo lo que hago mal. —Se quedó callado—. A veces pienso que sería mejor marcharme y no volver. La vida en casa es una mierda, y en el trabajo no es mucho mejor.

Gordie lo observó en silencio.

Bert volvió a hablar:

—Vince, este tipo, ya te digo, está funcionando sin combustible. Las cosas se están desmoronando. Y ahora nos han dado un golpe. ¿Qué va a pasar cuando el dueño del dinero vuelva a por él y nosotros no lo tengamos? ¿Qué va a pasar entonces?

Gordie guardó silencio.

—¿Eh? ¿Qué harías si le dejaras ese dinero en custodia a alguien y lo perdiera? ¿Dirías: «Vale, estas cosas pasan» y lo dejarías así? ¿O les volarías los putos sesos? Sé lo que yo haría, sin duda.

—Razón de más —dijo Gordie con ecuanimidad— para averiguar qué ha pasado con el dinero.

—Sí, pero lo que digo es: ¿y si no consiguiéramos averiguarlo? ¿Seguiríamos enganchados a Vince? Ese tipo está viviendo de prestado. Mientras estemos unidos a él, nosotros también estaremos viviendo de prestado. Y este asunto con Eldon ha sido, para mí, la gota que ha colmado el vaso.

Gordie había vuelto a guardar silencio.

—¿Qué? ¿No tienes nada que decir?

—No deberías hablar así, tío. A Vince no le gustaría.

—¿Se lo vas a decir?

—Por supuesto que no, pero te arriesgas incluso de solo pensarlo. Se ha deshecho de Eldon. ¿Crees que no se cargaría a alguno de nosotros si tan solo lo miráramos mal?

—Eso es lo que te estoy diciendo, ni más ni menos. ¿Quieres vivir con eso todos los días? ¿Preguntándote si el jefe te llegará por detrás a pegarte un tiro en la nuca o a degollarte?

—Escucho lo que dices, pero…

—Pero… Pero ¿qué? Lo he estado observando. Hay veces que parece que no está del todo ahí. Se lo ve respirar con dificultad, como si estuviera sufriendo un infarto o algo así. Ese cáncer se lo está comiendo por dentro. Se agarra a las cosas para no caer. ¿Lo has visto caminar? Cojea un poco. Estuve con él el otro día. Me dijo que le duele mucho cuando conduce, y todo hecho bolas con esa bolsa en el regazo.

Gordie miraba al frente a través del parabrisas.

—Vale, déjalo. —Bert golpeó el volante con el talón de la mano—. Tú entierra la cabeza en la arena.

—Veamos qué pasa. Tal vez…

—¿Sabes a dónde vamos?

—Por aquí.

Bert giró a la izquierda y la furgoneta dio un bandazo. No había casi nada dentro, pero seguía traqueteando con cada bache y cada junta del suelo.

—No tengo la cabeza metida en la arena —dijo Gordie—. He visto las mismas cosas que tú. Pero ¿qué vas a hacer? ¿Presentar tu renuncia? ¿Decirle a Vince que te ha llegado una mejor oferta?

Bert resopló.

—Tengo una idea —continuó Gordie—. Dile que la Mafia quiere contratarte.

—A eso me refiero —dijo Bert—. Él *no* es la Mafia. Esos nunca te dejan renunciar. Una vez dentro, estás dentro para siempre, pero Vince solo es un tipo. Si renuncias, renuncias.

—No, te equivocas. (Intenta girar a la derecha en el próximo semáforo, puede que lo encontremos allí.) Si dejaras a Vince, te

perseguiría. Ya te digo, no es un tipo a quien quieras joder. Podrás dejarlo cuando haya muerto. —Hizo una pausa.

—Tal vez no tenga que esperar tanto tiempo —dijo Bert, e hizo girar el volante.

—Ya te lo he dicho, no hables así.

—No estoy diciendo que lo vaya a hacer. Lo que estoy diciendo es que, tal y como va, es posible que no le quede mucho tiempo. Y yo no quisiera estar allí cuando…

—¡Allí! Más adelante, al otro lado de la calle. ¿No es él?

Bert acercó la furgoneta a la acera para poder echar un buen vistazo sin tener que estar atento al camino. Al otro lado, en la acera, un hombre iba paseando a dos perros: un labrador dorado y un caniche. Ambos tiraban de sus correas con firmeza.

—Sí, es Braithwaite —dijo Bert—. Tengo un presentimiento sobre este tipo. Creo que ha sido él. Podría apostar a que ha sido él.

—Con esos perros, va a ser difícil.

—Los labradores son gentiles, pero ¿el maldito caniche? —dijo Bert—. Bien podría estar paseando a un par de gatos.

Miró por el retrovisor, giró el volante con brusquedad y dio media vuelta. Detuvo la furgoneta a un lado de la calle, varios metros por delante de Nathaniel Braithwaite.

Gordie salió del lado del pasajero y se situó en el centro de la acera.

Braithwaite se detuvo. Los perros seguían esforzándose por avanzar.

—Nathaniel, ¿verdad?

—Sí —dijo él, dubitativo.

Gordie sonrió.

—Somos socios del señor Vince Fleming y nos gustaría hablar contigo.

—Está bien —dijo—. En realidad, iba a llamarlo. Yo… tenía intenciones de hablar con él sobre, ya sabes, el acuerdo.

—Bueno, ¿quién lo hubiera dicho? Pero tendrás que soltar a los perros.

Bert también se bajó de la furgoneta y fue a colocarse junto a Gordie. Gafas de sol y brazos cruzados, interpretando su papel.

—Voy a terminar de pasearlos. Supongo que más tarde podré reunirme con él en algún sitio —dijo Braithwaite.

Gordie negó con la cabeza.

—No. Tiene que ser ahora. Y los perros no vienen con nosotros.

Nathaniel Braithwaite forzó una risa nerviosa.

—No puedo soltarlos.

—Claro que sí. Solo tienes que desabrochar las correas. Dejarlos en libertad.

—No lo entendéis. Soy el responsable de estos animales. Sus dueños confían en que yo los cuide.

—Sus dueños confían en ti, ¿eh? —dijo Bert—. Esa es buena.

Se abrió la chaqueta lo suficiente para que Nathaniel viera la pistola en su cintura.

—Por favor —dijo Braithwaite—. Dejadme llevarlos de vuelta a sus casas.

—¿Y darte tiempo para salir corriendo? —dijo Gordie—. No lo creo.

—¿Salir corriendo? ¿Y por qué habría de salir corriendo?

Gordie, hablando de soslayo, aunque lo bastante alto como para que Braithwaite lo oyera, se dirigió a Bert:

—Mata a los perros.

Bert se llevó la mano derecha a la culata.

—¡Vale, vale! —dijo Braithwaite. Se arrodilló y soltó primero la correa del caniche. Luego la del labrador. Los perros salieron disparados a un patio cercano y se pusieron a olisquear la hierba, los árboles y el uno al otro. Con el rostro bañado en ansiedad, Braithwaite vio cómo se alejaban cada vez más.

Bert ya había deslizado hacia atrás la puerta lateral de la furgoneta.

—Todos a bordo —dijo.

Cuarenta y cinco

Terry

—¿De qué demonios estás hablando? —le pregunté a Vince por teléfono. Cynthia estaba apretujada contra mí para oír la conversación—. ¿Qué dinero? ¿Hay dinero en esta casa?

—Siempre fuisteis una de mis primeras opciones —dijo Vince—. Nadie más limpio que un maestro y una esposa que trabaja para el departamento de sanidad. Un par de funcionarios cívicos, responsables y decentes. La policía no registraría vuestra casa ni en un millón de años.

—¿Has escondido algo aquí? ¿En nuestra casa?

—No quiero hablar de esto por teléfono. Estaré ahí dentro de un rato. Te quitaré eso de las manos.

—¡Qué cabrón hijo de puta! Si has escondido algo aquí, nos has puesto a todos en peligro, has…

—Te lo he dicho, me haré cargo.

La línea se cortó.

—¿Has oído eso? —le dije a Cynthia.

Ella dijo que sí, pero luego empezó a mover la cabeza con incredulidad. Yo podía ver el miedo en sus ojos.

—No tiene ningún sentido. No lo entiendo.

—Ya lo has oído: lo ha hecho porque estamos limpísimos. Porque somos el tipo de gente del que nadie sospecharía que esconde algo ilegal. Bienes robados, por ejemplo. Dinero robado.

Yo estaba intentando hacerme a la idea. ¿A eso se refería Vince cuando me preguntó si Stuart y Grace se habían metido por otros lugares en la casa de los Corro? ¿Si habían estado buscando algo más que las llaves del Porsche?

—Qué hijo de puta —dije en voz baja.

—¿Qué?

—Eso es lo que ha estado haciendo. Ha estado escondiendo su dinero en casas ajenas, por si la poli hiciera una redada.

—Es una locura —dijo Cynthia.

—Tal vez, pero, si hay dinero escondido en esta casa y nosotros no tenemos ni idea, quizá no es tan descabellado como parece.

Ambos nos miramos, estupefactos. Al final dije:

—El sótano. Si ese cabrón ha escondido algo aquí, es posible que esté en el sótano.

Salí corriendo de nuestro dormitorio, con Cynthia pisándome los talones. Segundos después de que hubiéramos pasado por la habitación de Grace, ella asomó la cabeza y dijo:

—¿Qué pasa?

No le dimos ninguna respuesta. En menos de diez segundos, yo ya había llegado al sótano, de camino a la caldera. Estaba en la parte norte de la casa, metida en un rincón de la sala de juegos donde veíamos películas. Era una habitación de dos por cuatro, lo bastante grande para que cupieran la calefacción, el calentador de agua y unas cuantas cajas.

—Podría estar aquí —dije.

—Ni siquiera sé qué estamos buscando —dijo Cynthia—. ¿Una caja con dinero? Tienes que estar bromeando. ¿Una caja de zapatos? ¿Una de vino? ¿Qué?

—No lo sé.

Cogí las dos primeras cajas que vi. Ambas estaban garabateadas con rotulador indeleble. Una decía «Fotos de familia», y la otra, «Recibos de 2007».

Las arrastré hasta la sala de juegos. Me arrodillé, abrí las solapas de las dos y hundí en ellas las manos. Iba apartando trozos de papel y sobres con imágenes de viejas vacaciones, fotos que nunca nos habíamos molestado en poner en un álbum.

—Coge más cajas —dije.

—Esto es una locura —dijo Cynthia, pero fue a cogerlas.

Había una docena. Más recibos; más fotos; dos cajas de películas

en VHS que, por alguna razón, habíamos decidido guardar, a pesar de que hacía casi diez años que no teníamos una videograbadora; también, cajas atestadas de discos compactos que ya no escuchábamos; ensayos que yo había escrito cuando era estudiante en la Universidad de Connecticut. Ya teníamos el contenido de las cajas esparcido por todo el suelo y el lugar estaba hecho un desastre.

No había dinero.

Desde las escaleras, Grace nos miraba.

—¿Estáis locos?

—¿Qué quieres, Grace? —le pregunté.

—¿Qué hago con Teresa?

Cynthia y yo nos miramos.

—¿Qué? —preguntó mi esposa.

—Está aquí. Arriba. ¿Le digo que no es un buen día? ¿O ya está todo bien, excepto porque un tipo ha querido meterse en la casa, tal vez para matarme o algo así?

Ninguno de los dos dijo una palabra. Cynthia y yo seguíamos mirándonos. Sospeché que estábamos pensando lo mismo.

Ella dijo:

—Dile que subimos enseguida.

—De acuerdo —dijo Grace, y desapareció escaleras arriba.

—El secuaz de Vince necesitaba una llave para entrar aquí —dije.

—Y el código —añadió Cynthia—. Y ya lo has dicho: hay un montón de formas de conseguir una llave, pero ¿el código? Solo cuatro personas deberíamos conocer el código.

Subimos y encontramos a Teresa justo a la entrada de la casa. Era una mujer de cuarenta y tantos años, quizá poco más de cincuenta. Por lo que sabíamos, llevaba unos treinta años limpiando casas, desde que llegó de Italia. Teresa aún hablaba con acento, pero su inglés era impecable, y yo sabía que devoraba libros como una loca. Le dábamos todos nuestros libros después de haberlos leído.

—¿Estáis bien? —preguntó con voz aguda—. ¡El coche! ¿Qué ha

pasado con el coche? ¿Habéis tenido algún problema con los frenos? Casi le dais a la casa.

—La dirección —dijo Cynthia con calma—. Tendré que hacerla mirar. Iba conduciendo a media calle, y lo siguiente que sé es que iba por el césped.

—¡Ah! —dijo, y se llevó las manos a las mejillas—. ¡Podrías haberte matado!

—No me digas —dijo Cynthia, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Vaya día que llevamos.

—Prepararé un poco de té —ofreció Teresa—. Te calmará.

—No es necesario.

—Lo que me sorprende es encontrar a todo el mundo en casa. Él —me señaló— me imaginaba que estaría aquí, ya que los profesores tenéis el verano libre y tal, pero no esperaba encontraros a Grace y a ti. ¡Y tampoco un coche en el patio! ¿Estás de vuelta? Por favor, di que sí. Sé que no es asunto mío, pero me duele que estéis separados. No es bueno. ¿Qué quieres que haga? ¿Puedo ponerme a trabajar? O bien, si algo está ocurriendo, ¿preferís que venga otro día?

—Quédate —le dijo Cynthia—. Espero que puedas ayudarnos con algo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Teresa, con la cara llena de expectación.

—Quiero contarte lo que ha sucedido esta mañana. Por qué he tenido que conducir a través del patio.

—¿No ha sido un problema con la dirección?

—No. Pasaba por delante de la casa y he visto a un hombre.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre? ¿En dónde?

—Un hombre estaba intentando entrar en la casa. Así que he atravesado el césped para meterle un susto.

Teresa se quedó boquiabierta.

—¿Un ladrón? ¿Tratando de forzar la entrada?

—En realidad, no estaba forzando nada. Tenía una llave.

Ahí estaba. El pequeño tic. Un pequeño tirón en la comisura de sus labios.

—¿Una llave? ¿El hombre tenía una llave? —preguntó.

—Sí. —Cynthia seguía hablando con voz suave, poco amenazadora —. Verás, Grace estaba aquí. Lo ha oído tocar el timbre y, luego, llamar a la puerta, pero ella no quería dejar entrar a un extraño, así que no ha hecho nada. Sin embargo, ha oído que el tipo metía una llave en la cerradura.

—Madre mía, qué horror —dijo Teresa. Vio a Grace de pie junto a la puerta de la cocina—. Debes de haber estado aterrorizada.

—Sí, más o menos —dijo la chica.

Cynthia siguió hablando.

—Por lo visto, a este hombre no le preocupaba que la alarma pudiera saltar, ¿sabes? Hay una pegatina en la puerta que dice que la casa cuenta con un sistema de alarma, así que él debía saber que, en cuanto la puerta se abriera, tendría que desactivarlo. Por lo tanto, tenía que conocer el código. Se sabía capaz de apagar la alarma. —Cynthia hizo una pausa. Se estaba preparando para entrar a matar —. Nos hemos estado preguntando cómo es posible que este hombre haya tenido una llave y el código. Tendría que haber echado mano de una de nuestras llaves para hacerle una copia. Además, alguien tendría que haberle dado el código.

Teresa tragó saliva. Miró a izquierda y derecha. Empezaba a parecer un animal cobarde y acorralado.

—Grace —susurró. No a nuestra hija, sino a nosotros—. A los adolescentes les gusta meterse en las casas cuando no hay nadie, hacer fiestas y follar.

—¿Perdona? —preguntó Grace—. Te he oído.

—Solo estoy diciendo lo que sé sobre los chicos —dijo Teresa a modo de disculpa, como si el asunto no fuera con ella.

—¿Supones, entonces, que eso es lo que el tipo me ha explicado? —preguntó mi esposa.

Ah, qué interesante. Cynthia se estaba arriesgando.

Incrédula, Teresa preguntó:

—¿Has hablado con ese hombre? Pensaba que habías dicho que lo habías asustado cuando le has lanzado el coche.

—Vaya si lo he asustado —dijo Cynthia—, y mucho. Y aún más cuando ha tratado de saltar sobre unos arbustos, pero ha tropezado y se ha torcido el tobillo. Terry se le ha echado encima.

Me alegraba descubrir que yo tenía un papel en el relato.

—Gracias a eso, hemos podido hacerle unas cuantas preguntas —dijo Cynthia—, antes de que la policía viniera para llevárselo. ¿Quieres adivinar lo que nos ha dicho?

Teresa seguía siendo un animal acorralado, pero ya no parecía acobardada. Iba a defenderse luchando.

—Te habrá dicho mentiras —dijo, casi escupiendo las palabras—. Mentiras y gilipolleces.

—¿En serio? —dijo Cynthia—. Ni siquiera sabes lo que nos ha contado. ¿Qué crees que ha dicho? ¿Que lo dejaste copiar nuestra llave? ¿Que le dijiste el código?

—La policía… ¿Le ha contado algo a la policía?

—No lo creo —dijo Cynthia—. Y quizá podríamos evitarlo si nos dieras los detalles.

Teresa estaba sopesando si debía confesar. Cynthia le dio unos segundos para pensárselo. Entonces, los ojos de la mujer se ablandaron.

Por fin, confesó:

—Me dijo que nunca haría nada malo, que nunca robaría nada, que no rompería nada. Me dijo que nadie se enteraría de que había estado aquí. Solo necesitaba entrar en la casa.

—¿Y te dijo para qué? —le pregunté.

—No lo sé —contestó Teresa—, y no quise enterarme. Solo quería saber si era un pervertido, si tenía planeado poner cámaras para ver a tu hija ducharse o algo así.

Grace puso cara de asco.

Teresa añadió:

—El hombre me parecía temible. Era muy difícil decirle que no.

—Descríbelo —dijo Cynthia. Mi esposa había visto a quien había intentado entrar, pero el que habló con Teresa y el de la puerta podían no ser la misma persona.

La mujer describió con brevedad a quien podría haber sido Vince.

—Y tenía un bulto raro entre la camisa y los pantalones —dijo.

Bingo.

—Pasó por aquí un día, hace casi tres años. Había estado vigilando la casa y me vio entrar. Cuando terminé y ya me estaba subiendo a mi coche, vino a hablar conmigo. Así fue como se enteró de que yo os limpio la casa. Dijo que tal vez podría ayudarlo. Supuse que se refería a limpiar para él, pero dijo que no, me dijo que se trataba de algo diferente. Y ya me había investigado. Sabía que mi chico estaba en la cárcel. Me dijo que podía hacerle las cosas difíciles o fáciles, porque conocía gente.

Cynthia y yo intercambiamos una rápida mirada. ¿Teresa tenía un hijo en la cárcel? ¿Quién lo hubiera dicho?

—Dijo que, si lo ayudaba, hablaría bien de mi Francis, y que también me daría algo de dinero.

—Así que nos vendiste —dijo Cynthia.

Teresa se erizó.

—¿Te crees más importante que mi hijo?

—No sabíamos nada de eso —dijo mi esposa.

—Claro que no. Nunca preguntáis nada sobre mi vida. Solo soy la persona que entra en vuestra casa, limpia vuestro desorden y vuestra mierda y recoge lo que ensuciais.

Si eso provocó que Cynthia se sintiera culpable, me es difícil juzgarlo por lo que dijo a continuación:

—Estás despedida.

Cuarenta y seis

—Así que, ¿*coach* de vida? —preguntó Jane—. Ha de ser interesante.

«Como si lo fuera».

La mujer a la que todos llamaban Reggie explicó:

—Si tienes problemas con tu trabajo o con tu novio y estás buscando a alguien con quien hablar, alguien que te escuche y te ofrezca algunas opciones de vida, aquí me tienes. Veamos tu caso. Supongo que tienes novio. ¿Va todo bien? ¿Tu relación te hace sentirte realizada? Y si no, ¿por qué? Son cosas que podrías hablar con tus amigos, pero ¿ellos están calificados para aconsejarte?

—¿Y tú sí?

Reggie asintió.

—Tengo un certificado de *coach* de vida. Mira, no intento hacerme pasar por psiquiatra o psicóloga ni nada de eso. Esas personas tienen una formación médica de verdad, y, si tienes un trastorno grave, como bipolaridad, esquizofrenia o depresión clínica, no soy yo con quien deberías hablar, pero digamos que el problema es un poco más sencillo: parece que no congenias, que te sientes estancada. Te levantas cada mañana y no te sientes capaz de arrostrar un día más haciendo lo mismo una y otra vez. Lo que no sabes es cómo cambiar tu situación. Necesitas a alguien con quien hablar, y eso es algo que mucha gente no tiene. O sea, es posible, claro, que tengan a la madre, al padre o a alguien así, pero suele haber muchos prejuicios en situaciones como esas.

—Ajá —dijo Jane.

—Cuando alguien acude a mí, no hay ideas preconcebidas. Yo no juzgo. No empiezo diciéndoles: «Bueno, nunca has tenido éxito en nada, ¿qué te hace pensar que ahora puedes cambiar las cosas?». No, no hago eso. Soy pura energía positiva. Lo mío es construir, no

derribar. Quiero que sepas que puedes cambiar, que puedes dar un giro a tu vida y alcanzar tus objetivos. Mi tarea es facilitar eso mediante el diálogo y el estímulo y, bueno, el *coaching.* De eso se trata todo, de ser una entrenadora.

—Vaya —exclamó Jane. No había escrito ni una palabra en su bloc de notas.

—Y hay mucho gente por ahí a la que le vendría bien este entrenamiento. Hombres y mujeres… Bueno, sobre todo, mujeres, tengo que admitirlo, porque no creo que los hombres se sientan cómodos admitiendo que necesitan consejo y acudiendo a alguien. Dios bien sabe que los hombres ni siquiera preguntan cómo llegar a un sitio, aunque lleven una hora conduciendo y sin tener ni idea de dónde están.

—Ah, sí —dijo Jane.

Reggie se reclinó en su silla, estudió a Jane y le dijo:

—Eres escéptica. Me doy cuenta.

Jane levantó las manos.

—Oye, no te estoy juzgando. Si ofreces un servicio, tienes que dar a conocer tu nombre. Lo entiendo a la perfección.

—Pero tú crees que es una gilipollez.

—No he dicho eso.

—Tienes pareja ahora mismo y tu relación es problemática, ¿no es así?

—¿Perdona? —preguntó Jane.

—Se te ha corrido un poco el rímel. Has estado llorando.

Jane se llevó una mano al ojo y parpadeó. Necesitaba un espejo, pero no tenía ninguno a mano.

—Las cosas están un poco mal ahora —reconoció.

—¿Hay otra mujer?

—Eeeh… No lo sé. Sé que me ha mentido sobre dónde estuvo anoche.

—¿Y crees que te había mentido antes? —preguntó Reggie.

—No lo sé. Es la primera vez que estoy realmente segura.

—Tienes que hacerte una pregunta elemental. ¿Cómo se llama él?

—Bryce.

—Tienes que preguntarte: ¿confío en Bryce? Si la respuesta es negativa, debes hacerte una segunda pregunta: ¿Te ves avanzando en la vida con un hombre en quien no confías?

Jane, agitada, sacudió la cabeza.

—No quiero… Creo que deberíamos seguir adelante. ¿En qué estabas pensando? ¿Publicidad radiofónica? ¿Mayor presencia en internet? Creo que la televisión está descartada, porque el coste es un poco prohibitivo, pero, de nuevo, no sé cuánto cobras. Supongo que, si eres *coach* de vida de Tom Cruise, puedes cobrar lo que quieras.

Reggie esbozó una sonrisa comprensiva.

—Por supuesto, vayamos al grano. Yo…

De su bolso surgió el leve sonido de una campanilla. Un mensaje de texto.

—Mira, lo mejor será ver qué ha sido eso… —dijo Reggie, y rebuscó en su bolso hasta encontrar el móvil—. Ah, es una de mis clientas, solo para confirmar que nos veremos esta mañana. Te lo juro: una vez que la gente conecta conmigo, no quiere dar un paso sin antes escuchar lo que tenga que decirle. —Regina, que seguía mirando su teléfono, frunció el ceño—. Me había olvidado por completo de que había quedado con esta mujer para tomar un café en veinte minutos. No te creerías el día que he tenido hoy. Me pregunto si tal vez…

—¿Te gustaría que nos viéramos después, quizás esta tarde? —preguntó Jane. Había perdido el tono del comienzo de la conversación.

—No, está bien. ¿Y sabes qué? He traído un montón de material promocional y quería que lo vieras: folletos y un par de artículos que aparecieron en el periódico de Milford y en el *New Haven Register.* Lo malo es que me parece que me lo he dejado todo en el coche. Bajaría a buscarlo, pero —volvió a consultar el reloj de su teléfono— no sé si me dará tiempo a bajar y subir corriendo.

Jane le dijo:

—Mira, ¿qué tal si te acompaño al coche? Podremos hablar un poco más por el camino. Luego me das esos materiales y te vas a tu cita. Yo podré echar un vistazo a todo y hacerte algunas recomendaciones. ¿Qué te parece?

Reggie sonrió.

—Eso suena perfecto.

Se pusieron de pie. Jane cogió su móvil.

—Entonces, Reggie, ¿cómo has sabido de mí? —preguntó mientras se dirigían al ascensor.

—Tu nombre surgió… Estoy intentando recordar dónde —dijo Reggie—. Creo que fue en una reunión con gente del sector inmobiliario. ¿Has trabajado con ellos?

—Hice un anuncio de radio para Belinda Morton —dijo Jane—. ¿Podría haber sido ella? Es agente inmobiliaria aquí, en Milford.

—Sí, creo que sí —dijo Reggie mientras Jane pulsaba el botón del ascensor—. Dijo cosas muy bonitas sobre ti.

Jane Scavullo sonrió.

—Tendré que darle las gracias la próxima vez que la vea.

Las puertas del ascensor se abrieron y las dos montaron. Jane pulsó el botón de la planta baja.

—¿Eres de Milford? —preguntó.

—No crecí por aquí, si es eso lo que preguntas. En realidad, soy de Duluth.

—Ah —dijo Jane—. Nunca he ido por ahí. Debe de hacer frío en invierno.

—Puedes jurarlo, pero no me creo las cantidades de nieve que nos han caído por aquí el último par de años. Qué clima tan loco. ¡Y el huracán Sandy! ¿Estabas aquí?

Jane asintió.

—Fue increíble. La casa de mi padrastro está justo en la playa, en East Broadway. Hubo mucho daño ahí. Su casa pudo repararse, al menos, pero muchos tuvieron que derribar las suyas.

—¿A qué se dedica? —preguntó Reggie—. ¿Lo conoceré?

—Bueno —dijo Jane, y esbozó una sonrisa mientras se abrían las

puertas del ascensor—, estoy muy segura de que nunca ha contratado tus servicios ni los de ningún otro *coach* de vida.

—Ya te digo: a los hombres no les gusta mostrar sus debilidades.

—No me digas. —A la salida del edificio, las recibieron la luz del sol y el calor—. ¿Dónde has aparcado?

—Por aquí —dijo Reggie, y señaló—. El aparcamiento estaba lleno cuando he llegado, pero había sitio en un callejón de aquí arriba. Siento mucho sacarte así de la oficina.

—No pasa nada. Reggie, ¿tienes una idea de cuánto invertir en la publicidad?

—Bueno, todo esto es muy nuevo para mí. Lo único que he hecho ha sido poner la web. Y se encargó de configurarlo un chico que conozco y que es muy bueno con los ordenadores, así que apenas me costó nada, salvo registrar el nombre del dominio, pero me preguntaba qué podría lograr con unos mil dólares.

Giraron hacia el callejón.

Jane sacudió la cabeza.

—A decir verdad, con mil no podrás comprar mucho. Con eso podrías pagar mi tiempo, lo que me tarde en idear un par de conceptos rápidos, pero, suponiendo que quisieras comprar anuncios de radio… Eso va a ser mucho dinero.

—Aquí está mi coche —dijo Reggie, y sacó la llave.

—Bonito BMW —comentó Jane. El coche estaba aparcado junto a un SUV Lexus blanco—. Ahora veo que jugar al *coach* de vida deja más de lo que hubiera pensado.

Reggie había abierto la puerta trasera y se había inclinado para alcanzar un maletín.

—Ah, no, este no me lo he ganado como *coach* de vida; me lo compró Wyatt, mi marido.

—Ah —dijo Jane—, ¿y a qué se dedica tu marido?

Reggie se volvió hacia atrás, por encima del hombro, para responder; sin embargo, parecía estar mirando más allá.

—Juntos, él y yo nos dedicamos a defraudar al fisco. Además,

hace poco me ayudó a matar a un hombre. El tipo nos había hecho creer que tenía algo que queríamos, pero no era cierto.

Jane se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Ah —dijo Reggie, cuando volvía a salir del coche—, y supongo que podría añadir que es secuestrador.

Fue entonces cuando, por detrás, alguien le puso a Jane una bolsa de lona sobre la cabeza y todo se puso muy oscuro.

Cuarenta y siete

—¿Esto va para largo? —preguntó Nathaniel Braithwaite—. Porque, de verdad, necesito encontrar a King y a Emily.

—¿A qué y quién? —preguntó Gordie desde el asiento del copiloto.

Bert iba al volante. Ya se habían puesto en marcha. Braithwaite estaba pasando dificultades para mantener el equilibrio, puesto que la furgoneta tenía asientos solo en la parte delantera. Llevaba las piernas muy separadas sobre el suelo metálico. Con las manos se agarraba a los respaldos de los asientos.

—Los perros. Así se llaman: King y Emily. Soy el responsable de esos animales. Si llegara a perderlos, a sus dueños les daría una apoplejía.

—¿Una apo… qué?

—Que se disgustarían mucho. ¿Cómo te sentirías si le confiaras tu perro a alguien y ese tío te lo perdiera?

—Me tocaría los cojones —dijo Gordie—. Sí, así sería. ¿Y a ti, Bert?

—A mí también me cabrearía.

—Venga —dijo Braithwaite—, ¿qué queréis? ¿El señor Fleming quiere verme? Ya os he dicho que quiero hablar con él. Quiero poner fin a nuestro acuerdo. Es incómodo.

—¿En serio? —dijo Gordie.

—En serio. Y estoy dispuesto a devolverle todo lo que me ha pagado, como muestra de buena fe, pero esto no me hace sentir cómodo.

—¿Vas a devolverle el dinero, has dicho? —preguntó Gordie.

—En serio. Todo. Me ha dado tres mil dólares. Puedo devolvérselo todo.

—¿Con qué?

—¿Perdona?

—¿Con qué?

—Con… el dinero que me ha dado. No lo he gastado.

Gordie se revolvió en su asiento.

—¿Estás seguro de que en estos últimos días no has conseguido otra cantidad?

—¿De qué hablas?

La furgoneta hizo un giro brusco en una curva y Braithwaite estuvo a punto de salir rodando.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la casa de los Corro?

—Ya han pasado varios días. Están de vacaciones. Y os envié una nota. Bueno, se la envié al señor Fleming. Le hice saber que estarían fuera una semana.

—¿Y desde entonces no has estado en esa casa?

—No. Dejaron al perro en una guardería canina. No ha habido ningún motivo para ir.

—Pero podrías haber ido si hubieras querido.

Braithwaite no dijo nada.

—¿Eh? ¿Qué me dices de eso, *Nate*?

—No sé a dónde quieres llegar. Claro que podrías haber entrado en su casa de haberlo querido, y lo sabes muy bien. Tengo una llave, conozco el código. Puedo entrar cuando quiera, pero, si Mandy no está, no tiene sentido.

—¿Así se llama el perro? —preguntó Bert—. ¿Como la canción de Barry Manilow?

A Bert siempre le había gustado Manilow, aunque nunca tanto como los Carpenters.

—Sí —dijo Nathaniel.

—¿Estás seguro de que no estuviste en esa casa anoche, Nate? —preguntó Gordie.

—¿Qué? No, no estuve ahí. ¿Para qué?

—¿Quizá para resolver tus problemas de liquidez? He oído que no siempre has vivido de pasear perros. Ni siquiera creo que haya un curso universitario para eso. Lo que he oído es que hubo un tiempo en que tu nivel de ingresos era un poquillo superior. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Que tenías una empresa informática de algún tipo?

—*Apps.*

—¿Cómo?

—Diseñábamos aplicaciones para teléfonos y tabletas. Eso era lo que hacíamos.

Gordie asintió.

—Así que ganabas miles de millones haciendo esas cosas y ahora te dedicas a limpiar la mierda que los perros dejan en las aceras. Eso es lo que yo llamaría una puta caída de proporciones épicas.

Braithwaite seguía luchando por mantener el equilibrio.

—Sí —dijo—. Más o menos.

—Por lo tanto, si se te apareciera una oportunidad de recuperar un poco de lo que una vez tuviste, la aprovecharías.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Por qué crees que nuestro jefe quería entrar en esa casa?

—No lo sé, y no se lo he preguntado. Me dio su palabra de que nunca se llevaría nada, de que no iba a robar nada, de que los dueños nunca sabrían que alguien había estado en su casa. Y me imaginé… no sé… Supuse que usaría la casa para vigilar a personas al otro lado de la calle, o que tal vez pondría micrófonos, ya sabes, para escuchar a los Corro.

—¿Y a ti le pareció bien?

—Es difícil decirle que no a tu jefe. —Braithwaite negó con la cabeza—. Me dijo que ya me había hecho un favor. Yo no podía creerlo. Fue a darle una paliza a cierto tipo que ha estado saliendo con mi ex. Le rompió la mandíbula.

—Sí —dijo Gordie—, y estuve a punto de romperme la mano. El cabrón no se lo vio venir.

—Dios, ¿fuiste tú? —preguntó Braithwaite. Gordie se encogió de hombros—. Vince me dijo que, aunque fuera por puro agradecimiento, sería mejor que lo ayudara; que, si no, correría la voz de que había sido yo o de que alguien lo había hecho por mí. Ese tipo es un cabrón manipulador, pero no me importa. Ya no quiero estar más bajo su puño.

—No creo que tengas que preocuparte por eso —dijo Gordie—. Me parece que puedo hablar en nombre del señor Fleming y decirte que tus servicios ya no serán necesarios.

Braithwaite parecía inseguro.

—¿En serio?

—Sí —dijo Gordie.

—Eso es… genial. Es casi demasiado bueno para ser verdad. Muchas gracias. De verdad. ¿Era eso lo que queríais decirme? Porque, si es así, estupendo. Ahora me gustaría que me dejarais.

—Todavía no —dijo Bert.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Por qué estamos dando vueltas?

—Solo estamos buscando un sitio —dijo Gordie.

—¿Un sitio?

Gordie se dirigió a Bert:

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir yendo de aquí para allá? La gasolina no es barata, ¿sabes?

Gordie había estado tan absorto en la conversación con Nathaniel Braithwaite que había perdido la noción de dónde estaban, pero suponía que era la carretera de Derby. Dos carriles y tráfico regular, aunque menos concurrida que la Boston Post.

—Creo que aquí estará bien —dijo Bert—. Puedo apartarme a un lado. No es como si alguien pudiera ver el interior.

Al pasar de la calzada al arcén, los neumáticos de la furgoneta crujieron sobre la grava. Bert puso la palanca de cambios en la posición de aparcar, pero dejó el motor en marcha para no detener el aire acondicionado.

Gordie se levantó y se deslizó por el espacio entre los dos asientos. Braithwaite retrocedió un poco para darle espacio.

—No quiero problemas —dijo—. Si vosotros queréis algo o si el señor Fleming quiere algo, decidme de qué se trata.

—Queremos la verdad —dijo Gordie.

Bert se levantó de su asiento del volante y fue al área de carga, no sin antes sacar de debajo del asiento un pequeño maletín de plástico negro rígido. En un lado ponía Black & Decker.

Braithwaite se secó el sudor de la frente. Incluso con el aire acondicionado en marcha, hacía calor en esa celda metálica que, de pronto, parecía mucho más pequeña. Tres hombres adultos estaban compitiendo por el espacio.

—Claro, lo que queráis saber —dijo el paseador de perros, y echó una mirada nerviosa al maletín de Bert.

—¿Dónde está el dinero?

—No lo sé, y esa es la verdad. No sé de qué dinero me estáis hablando.

—Del dinero que sacaste anoche de la casa de los Corro. Doscientos mil, más o menos. ¿Dónde está? Si nos lo devuelves ahora mismo, solo te haremos algo de daño, pero, si nos haces trabajar para sacártelos, bueno, pues esto va a ir muy mal.

—Yo no he cogido ningún dinero. ¿Estáis diciendo que había dinero en esa casa? ¿Por eso quería entrar tu jefe? ¿Para esconder dinero?

—¿Estás listo? —le preguntó Gordie a Bert.

Este asintió y dejó el maletín en el suelo. Destrabó dos cierres, abrió la tapa y sacó un taladro inalámbrico naranja y negro.

—¿Qué coño? —preguntó Braithwaite.

Gordie se le abalanzó de repente, enganchó su pie detrás de la pierna del paseador de perros, le puso las manos en el pecho y lo lanzó de espaldas. Braithwaite aterrizó con un fuerte golpe metálico. La furgoneta se sacudió. Gordie saltó sobre él y se le puso a horcajadas. Lo agarró por las muñecas y se las pegó al suelo, a ambos lados de la cabeza. Quedó sentado como un matón de patio de colegio.

—¡Suéltame! —reclamó Braithwaite.

Bert los rodeó hasta situarse justo detrás de la cabeza del paseador de perros. Con el taladro en la mano derecha, lo miraba desde arriba. Dio un rápido apretón al gatillo. La broca de seis milímetros giró furiosa mientras el aparato emitía un zumbido agudo.

—Me parece que podrías tener una caries —dijo Bert—. ¿Has visto

Marathon Man? Al lado de esto, aquello sería como vacunarse contra la gripe. Voy a necesitar que abras bien la boca.

—No —dijo de inmediato Nathaniel, y apretó la mandíbula.

Bert se puso de rodillas y se inclinó sobre su cara. Lo empezó a fastidiar con el gatillo del taladro.

Zuuuum, zuuuum, zuuuum.

Nathaniel sequía apretando la mandíbula y los labios.

Gordie ofreció una sugerencia.

—Si no abre la boca, taládrale la frente.

Bert dijo:

—Te damos una última oportunidad para decirnos dónde está el dinero. La broca estaba a un palmo de los labios del paseador de perros.

Girando.

—¡No sé! —dijo este, sin dejar de apretar los dientes.

Con la punta del taladro, Bert le tocó el labio superior durante una milésima de segundo. Se desgarró la carne tierna y hubo un rocío de sangre. Nathaniel gritó.

—Ah, qué mierda, me has mojado —dijo Gordie.

—Lo siento —dijo Bert—. Tal vez, si me olvidara de los dientes y entrara por la oreja, esto podría ser menos sucio.

Con el pánico, los ojos de Nathaniel se abrieron aún más.

Bert ya se estaba reacomodando cuando sonó un teléfono móvil. Los dos matones se miraron. Por un momento se preguntaron cuál de los teléfonos sería.

—No es el mío —dijo Gordie.

—Mierda —dijo Bert. Puso el taladro en el suelo y se buscó el móvil en el bolsillo. Miró la pantalla e hizo una mueca de dolor.

—¿Jabba? —preguntó Gordie.

Bert asintió y se acercó el teléfono a la oreja.

—¿Sí? Ya te lo he dicho: no puedo ir a la reunión. Diles que se queden con esa vieja orangután. No podemos quedárnosla. Sí, eso es lo que acabo de decir: vieja…

Nathaniel se dio cuenta de que tenía una oportunidad.

Si bien solo había llegado a cinturón morado en kárate, recordaba un movimiento al menos. Cuando alguien está a horcajadas sobre ti, sujetándote las muñecas, la gravedad está sobre tu oponente. Tal vez no puedas levantar los brazos, pero sí que puedes moverlos de lado y usar el peso de tu atacante contra sí mismo.

Tan rápido como un rayo, Nathaniel arrastró los brazos hacia los lados por el suelo de la furgoneta, de manera que Gordie, que seguía sujetándolo por las muñecas, salió proyectado hacia delante. El paseador de perros se escabulló entonces de debajo de Gordie y, cuando vio que este ya empezaba a darse la vuelta, puso toda su fuerza para clavarle la palma de la mano en la nariz.

Gordie soltó un grito:

—¡Joder!

Todo estaba sucediendo tan rápido que a Bert lo pilló desprevenido. Cuando las cosas empezaron a venirse abajo, aún tenía el teléfono pegado a la oreja.

Gordie se llevó las manos a la cara para cubrirse la nariz mientras Braithwaite, como un cangrejo, se escabullía hacia el costado de la furgoneta. Tiró de la manilla, abrió la puerta de una patada y saltó del vehículo.

Tan lejos en el arcén estaba aparcado el coche que el suelo se inclinaba de inmediato hacia la hierba alta. Braithwaite encontró muy rápido el equilibrio, giró a la izquierda y corrió hacia la parte delantera.

A través del parabrisas, Bert vislumbró al hombre que, a toda velocidad, echaba a correr por la carretera.

—¡Joder! —volvió a gritar Gordie. Se había quitado las manos de la cara y estaba tratando de levantarse, pero, al moverse así, se había convertido en un obstáculo para Bert, que estaba a punto de salir corriendo a cazar a su víctima.

Gordie cayó sobre la hierba, pero también había grava suelta, así que tardó un segundo en afirmar los pies. Rodeó la furgoneta por delante y echó a correr por la carretera.

Entonces, Bert oyó un grito de pánico, el chirrido de goma que se

deslizaba sobre el pavimento seco y, enseguida, un golpetazo muy fuerte.

Había sonado como un trozo de filete que golpeara la acera tras caer desde la ventana de un segundo piso.

Un hombre gritó:

—¡Dios!

En lugar de salir por el lateral, Bert abrió las puertas traseras de par en par. Un camión de FedEx estaba parado, paralelo a la furgoneta, con el motor rugiendo. Bert corrió entre los dos vehículos y se detuvo en cuanto llegó al parachoques delantero del camión de mensajería.

Gordie yacía en el pavimento. Su cuerpo era como un *pretzel* ensangrentado. El conductor de FedEx, que estaba arrodillado junto a Gordie, aunque demasiado horrorizado para tocarlo, vio a Bert y le dijo:

—¡Ha salido corriendo delante de mí! Se lo juro. ¡No he podido parar!

Bert se obligó a apartar la mirada y escudriñó los alrededores en busca de Nathaniel Braithwaite.

No había ni rastro de él.

Corrió a la parte trasera del camión de FedEx y miró de nuevo. Había mil lugares donde el paseador de perros podía haber desaparecido: una zona boscosa y media docena de casas detrás de las cuales habría encontrado refugio.

«A la mierda».

Cerró de golpe las puertas traseras de la furgoneta, recogió el teléfono que había quedado en el suelo, abrió la puerta del conductor y se puso al volante. El motor seguía girando.

Sin molestarse siquiera en cerrar la puerta lateral, puso la furgoneta en marcha y pisó el acelerador. Salió a toda velocidad. Atrás quedó el tipo de FedEx, que, con el móvil en la oreja, había puesto cierta distancia con respecto al cadáver del compañero de trabajo de Bert.

—¡Eh! —gritó cuando lo vio pasar a toda velocidad—. Oye.

Pero Bert tenía el pie clavado en el acelerador. No sabía adónde ir, aunque estaba seguro de que no volvería al taller.

Y tampoco se dirigía a la residencia de ancianos.

No pensaba volver a casa.

Llevaba mucho tiempo pensándolo, planeándolo.

Para Bert, aquello había terminado.

Cuarenta y ocho

Terry

Cuando Teresa ya se había ido, Cynthia y yo seguimos registrando la casa. Terminamos con las cajas que habíamos sacado de entre las calderas y pusimos nuestra atención en el espacio bajo la escalera. Allí había otra media docena de cajas. Las saqué todas y las puse en el centro de la habitación. Cogimos una cada uno y pusimos manos a la obra.

Por un momento pensé en esperar a que Vince apareciera, suponiendo que cumpliera la promesa de venir, y dejar que nos guiara, pero la idea de que algo hubiera estado escondido en nuestra casa era tan inquietante que ambos queríamos encontrarlo y sacarlo de allí lo antes posible. Sobre todo, si la presencia de ese algo nos convertía en una especie de objetivo.

Grace volvió a bajar y preguntó qué estábamos haciendo.

—Estamos buscando dinero —dije.

Parpadeó.

—¿Aquí es donde lo guardáis?

—No, pero creemos que podría haber algo de dinero escondido en la casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Buenas preguntas.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

—Haz lo que quieras —dijo Cynthia.

—¿Está en algún lugar del sótano?

—No lo sabemos. Nos ha parecido un punto de partida lógico —le dije.

—Y, si yo lo encontrara, ¿podría quedármelo? —preguntó nuestra hija.

—No —le dijimos al unísono.

La respuesta no pareció gustarle mucho, pero seguía intrigada.

—¿Sabéis cuánto es?

Le dijimos que no. Dijo que iba a mirar en el garaje y le dimos nuestra bendición. Cynthia, que acababa de vaciar una caja con los dibujos infantiles de Grace, se detuvo y se apartó el pelo de los ojos.

—¿Y si no estuviera en ninguna de estas cajas? —preguntó—. ¿Y si estuviera, no sé, emparedado?

Hice un alto.

—Es posible, pero no, no lo creo. Si ha escondido dinero en nuestra casa, querría poder cogerlo muy rápido. No querría tener que arrancar paneles de yeso para recuperarlo. Y, además, tendría que haberlo metido ahí. No recuerdo haber vuelto a casa un día y haberme encontrado una de nuestras paredes recién enlucida.

—Entonces, tendría que estar escondido en alguna parte. Mientras sacabas estas cajas, ¿no has visto si lo podrían haber dejado atascado entre las vigas o algo así?

Me pareció una buena idea, ya que las paredes no tenían yeso. Me puse a gatas, volví a entrar al depósito bajo las escaleras y fui metiendo la mano entre las vigas. No había nada.

—¿Y debajo de las camas? —preguntó Cynthia.

—Demasiado obvio. Y algo arriesgado. Nosotros guardamos ahí maletas pequeñas. Si hubieran escondido algo bajo las camas, ya habríamos dado con ello.

Sonó el timbre.

Nos miramos, nerviosos. No queríamos que respondiera Grace. Habría oído el timbre desde el garaje. Subí los escalones de dos en dos y gritando:

—¡Voy!

Grace ya entraba por la puerta que unía la cocina con el garaje.

—¿Quién es? —preguntó.

—Quédate ahí.

Al llegar a la puerta, eché un rápido vistazo a través de un pequeño cristal que había a la altura de la nariz.

Vince Fleming.

Giré el cerrojo, abrí la puerta y no dije nada.

—Aquí estoy —dijo. Luego, con forzada cortesía, añadió—: ¿Puedo pasar?

Lo dejé entrar. Cynthia apareció al final de la escalera y, al ver de quién se trataba, hizo un alto.

—Qué cabrón eres —le dijo.

Vince no respondió nada. Por lo visto, se esperaba la reprimenda.

—Maldito asqueroso hijo de puta —volvió a hablar Cynthia, con un poco más de empeño esa vez—. Compartí una cerveza contigo. Estuviste ahí sentado y me hablaste de tu vida casi como si fueras un ser humano, pero estabas actuando. Qué vil eres, qué tipo tan despreciable.

Vince parecía muy cansado.

—Adelante. Desahógate.

—Chantajeaste a Teresa para poder entrar en nuestra casa cuando quisieras.

Él negó con la cabeza.

—No fue un chantaje. Me ofrecí a ayudar a su hijo.

Cynthia se sonrojó.

—¿Por qué nosotros?

—¿Por qué no? —replicó—. Sois perfectos.

—Sigo sin entenderlo —intervine—: qué es lo que has estado haciendo, cómo nos has usado.

—Escondo cosas para la gente —dijo—, para personas que no pueden permitirse que las autoridades encuentren sus cosas: dinero, drogas, armas, joyas…, lo que sea. Las escondo donde a nadie se le ocurriría mirar, en casas de personas que están por encima de toda sospecha, de gente buena y honrada cuyos espacios nunca serían registrados por la policía. Y vosotros encajáis en el perfil.

—Si se supone que debo sentirme halagado —le dije—, no es así como me siento.

—Mucha gente encaja en ese perfil —afirmó Cynthia—, así que, de nuevo, ¿por qué *nosotros*?

Vince se pasó la lengua por los dientes.

—Paso por aquí de vez en cuando. Un día vi llegar a la señora de la limpieza. Se me ocurrió la idea, un nuevo servicio que ofrecer. Decidí empezar con vosotros. Me pareció lo menos que podíais hacer por mí. —Hizo una pausa—. Considerando todo.

—No me lo creo —dijo Cynthia.

—Empecé a reclutar a otros: señoras de la limpieza, canguros, niñeras. Personas en las que confían sus empleadores.

—Déjame adivinar —dijo Cynthia—: al menos, un paseador de perros.

Vince asintió.

—Anoche, Nate me dijo que tenía contigo un asunto del que quería salir. No me quiso decir qué. Lo arrastraste a esto después de haberlo conocido en mi apartamento.

Vince no respondió nada.

—Eres una joya —dijo Cynthia.

—Alguien ha cogido lo que tenías escondido en la casa de los Corro —dije—, pero no ha sido Stuart. Él y Grace estaban allí mientras otro te robaba.

—Sí —concedió Vince—. Por eso, mis chicos han estado comprobando todas nuestras otras localizaciones, para ver si hemos sido atacados en más de un sitio. Eso es lo que Bert intentaba hacer aquí.

—¿Dónde está? —le pregunté.

Giró los ojos hacia arriba.

—En el ático —dijo—. Ahí es donde solemos guardar las cosas. Nadie sube nunca al ático. Metemos las cosas entre las vigas, bajo el aislamiento. Nadie podría encontrarlas.

—A menos que sepan que está ahí —dije.

Me miró sin ninguna emoción.

—Sí. —Se frotó las manos.

—Del dinero que escondes —le dije—, ¿cuánto es tuyo?

—Nada. Tomo mi parte por adelantado. Ya os lo he dicho: lo almaceno para otros.

—Así que, si algo se pierde —dije—, estás en serios problemas.

Me sonrió con condescendencia.

—Sí, así es, pero ya no tendrás que preocuparte de que vuelva a venir a dejar algo. He venido a quitártelo. —Pausa—. Suponiendo que no se lo hayan llevado. No hay mucho aquí; al menos, no en efectivo.

—¿Así que se supone que debemos dejarte subir? —preguntó Cynthia.

—Puedo esperar aquí, si prefieres hacerlo tú —dijo—. Podría llevarte un rato.

Mi esposa y yo dudamos y nos miramos el uno al otro.

—Traeré una escalera —dije.

Me estaba girando para ir a por ella cuando el teléfono de Vince empezó a sonar. Él se llevó la mano a los pantalones y sacó el móvil. Lo miró y dijo:

—Es Jane.

—¿Ella sabe de esto? —le pregunté.

Sacudió la cabeza mientras se acercaba el teléfono a la oreja.

—¿Qué pasa, cariño? —Su expresión cambió de un tanto curiosa a muy preocupada—. ¿Quién coño eres? ¿Qué Bryce?

Seguí escuchando. El rostro de Vince se ensombreció.

—Un momento, un momento… ¿Quién demonios…?

No dijo nada durante varios segundos y luego explotó.

—Si le haces daño, te voy a matar, te voy a arrancar el puto corazón. Eso es lo que voy a hacer.

Al otro lado, alguien intentaba decir algo, pero Vince no había terminado.

—No, cállate tú. Tienes que estar de coña. No hay manera de que pueda juntar eso, ¡no hay manera! ¡Ponla al teléfono! ¡Quiero hablar con ella! Quiero oír su voz.

Esperó. Si Vince estaba conteniendo la respiración, yo no podía saberlo, pero yo sí que había dejado de respirar, y estoy bastante seguro de que Cynthia también.

—¿Nena? —dijo con timidez.

Cuando Jane respondió, lo hizo gritando tan fuerte que nosotros también pudimos oírla.

Dijo:

—Vince, no…

Pero nada más.

—¡Vuelve a ponerla! —gritó—. Si tú… Vale, vale, pero no le hagas daño. No le hagas daño. Dime qué quieres. —Pausa. Vi que se le iba el color de las mejillas—. Eso podría llevar algún tiempo. No está todo en el mismo sitio. Y es complicado. No estoy tratando de engañarte. Por seguridad, está distribuido…

Dejó de hablar, se quitó el teléfono de la oreja. Le habían colgado.

En voz muy baja, Cynthia dijo:

—Vince, ¿qué le ha pasado a Jane?

Pero el hombre ya había seleccionado un número y estaba llevándose el móvil a la oreja.

—Vamos, cógelo, cógelo. ¡Hijo de…! ¡Gordie! ¡Llámame! ¡Ahora mismo, joder!

Colgó e introdujo otro número. Habían empezado a brotarle gotas de sudor en la frente.

—Dios, coge… ¿Bert? ¿Eres tú? Vale, vale, mira, ¿estás con Gordie? He intentado llamarlo y… ¿Qué? ¡Más despacio! *¡Más despacio!* ¿Cómo ha ocurrido? ¿Un camión de Fedex? ¿Cómo demonios lo han atropellado? ¿Y qué ha pasado con Braithwaite? Madre mía, el tipo *pasea perros,* ¡no es el puto James Bond!

Se llevó una mano a la frente y allí la dejó.

—Mira, mira, ahora mismo no me importa nada de eso. Cállate y escúchame, no te preocupes por eso. Tenemos un problema… Sí, otra cosa…, y sí, es *más* importante. ¡Alguien ha secuestrado a Jane!

Más preguntas de Bert.

—Eso es lo que te acabo de decir. Tienen a Jane y dicen que van a matarla si no… ¡No te atrevas a decirme que no te importa!

Los ojos de Vince parecían a punto de desorbitarse. El hombre se había quitado la mano de la frente y ahora la tenía en el pecho.

—¿Me estás escuchando? ¡Escúchame! Estoy en casa de los

Archer. No me importa lo que estés haciendo, solo ven aquí a por mí… ¿Qué?

El rostro del hombre empezó a oscurecerse como el fondo de un pozo.

—No, escucha tú. Aún trabajas para mí. En este puto instante tienes que estar aquí…

Entonces dejó de hablar. Le acababan de colgar el teléfono por segunda vez en otros tantos minutos. Poco a poco, volvió a meterse el teléfono en los vaqueros. Nos miró. Estábamos ante un hombre que había perdido toda esperanza.

—Tienen a Jane —dijo—. Y yo no tengo a nadie.

Buscó estabilidad en la mesa del vestíbulo. Alargó la mano, pero resbaló con el correo del día anterior.

En ese mismo instante, sus piernas se derrumbaron. Vince fue a dar al suelo.

Cuarenta y nueve

La sangre en la cola del vestido de novia de Claudia Moretti llevó a la dueña de la tienda a llamar a la policía.

A Claudia le habían dado la primera cita del día para una nueva prueba del atuendo que luciría dos semanas más tarde en su boda con Marco Pucic. El hombre era un electricista en paro al que los padres de Claudia consideraban poco menos que un completo imbécil. Y ya llevaba puesto el vestido cuando se dio cuenta de que tenía algo pegajoso en la mano. En lugar de arriesgarse a manchar el vestido con eso, lo que quiera que fuera, se escabulló por la puerta trasera de la tienda hasta un pasillo corto. Ahí había dos puertas, una casi al lado de la otra. La primera era la del baño; la segunda, la del investigador privado Heywood Duran.

Entró en el baño y se lavó las manos. Cuando volvió, la propietaria de la tienda, Sylvia Monroe, notó que había una marca de color rojo oscuro en la cola. Examinó la mancha y vio que aún estaba húmeda. Salió al pasillo y descubrió el pequeño hilillo de sangre que corría por debajo de la puerta del despacho de Heywood.

No pensaba entrar ahí por ningún motivo. Llamó al 911.

Rona Wedmore recibió una llamada poco después de que los uniformados se presentaran en la escena.

Había sido una ejecución: un tiro en la cabeza. Wedmore supuso que el asesino había usado un arma con silenciador. Para Joy Bennings, la principal investigadora de la escena del crimen, Duran había muerto una o dos horas antes de que el primer empleado se presentara a trabajar en la tienda de novias.

—Haremos nuestros milagros habituales —le prometió a Rona.

Y esta le dijo:

—Quiero saber si el arma que se ha usado aquí es la misma que mató a los Bradley.

A lo que Joy preguntó:

—¿Los profesores jubilados?

—Sí.

—¿Esto está relacionado con aquello?

—Quizás. Ha sido el mismo tipo de ejecución.

—¿Estás bien? —preguntó Joy mientras Rona contemplaba el cadáver sin despegar los ojos—. No pareces tan animada como siempre.

—Duran era policía estatal —dijo Wedmore.

—Mierda. ¿Lo conocías?

—Sí —dijo—. Lo interrogué anoche. Estaba husmeando en el asesinato de Goemann. Y Goemann vivía al lado de los Bradley.

—Menudo verano —comentó Bennings—. Y yo que estaba pensando en tomarme una semana libre, ir al Cabo. Pero estos días, la gente está cayendo por aquí como moscas.

Mientras el forense se ocupaba del cadáver, Wedmore rebuscó en el escritorio de Duran. Luego se sentó en la silla del despacho y, con la mano enguantada, sacudió el ratón del ordenador hasta que la pantalla cobró vida. Manipuló el ratón con cautela, a sabiendas de que sería espolvoreado en busca de huellas, aunque no creía que se pudieran encontrar otras que las del fallecido.

Abrió su correo y suspiró.

—Tendremos que llevarnos esto —dijo—, a ver qué le podemos sacar. Todos los correos electrónicos, tanto los enviados como los de la bandeja de entrada y los de la papelera, han sido borrados. Con todo, aún podría haber algo ahí.

Por ejemplo, algo que condujera a la detective Wedmore hacia el cliente de Heywood. Encuentra al cliente, averigua en qué estaba metido, averigua quién lo querría muerto.

Sí, así de simple.

Wedmore se dio cuenta de que no había teléfono fijo en el escritorio. Al igual que un número cada vez más grande de personas, Heywood debía de trabajar únicamente con un teléfono

móvil, cuyo número ella había usado para llamarlo la noche anterior después de que encontrara sus datos en el sitio web.

—¿Había algún teléfono en el cuerpo? —le preguntó a Joy.

La detective negó con la cabeza.

«Qué mierda».

Wedmore podía localizar al proveedor de telefonía móvil y obtener una lista de las llamadas, pero habría sido más cómodo que el asesino, o los asesinos, se hubieran dejado el teléfono para que ella pudiera examinarlo.

Salió del despacho de Duran y buscó a Sylvia Monroe. Encontró a la dueña de la tienda de novias en un despacho del tamaño de un armario, al lado de una sala de exposición que tenía en el escaparate un cartel de cerrado. La mujer estaba sentada detrás de un escritorio del tamaño de un sello de correos, oculta tras un montón de recibos, telas, una botella de bourbon y un vaso de chupito.

—¿Señorita Monroe?

La dueña levantó la vista, cogió la botella y la volvió a meter en un cajón del escritorio.

—Lo siento —dijo—, estoy hecha un desastre.

—Por supuesto. Quería hacerle unas preguntas.

—Desde luego, claro que sí.

—¿A qué hora ha abierto la tienda esta mañana?

—Poco antes de las diez.

—¿Ha notado algo inusual, algo fuera de lo común?

—Nada. Suelo entrar por la puerta principal, no por la trasera, así que ni siquiera había estado en el pasillo.

—¿No ha oído nada en absoluto?

—¿Cómo qué?

—¿Discusiones? ¿Un disparo? ¿Pasos?

La mujer sacudió la cabeza sin esperanza.

—Nada. Debió de ocurrir antes de que yo llegara.

Eso Wedmore ya se lo había figurado.

Sylvia volvió a hablar:

—Hemos tenido problemas aquí antes, pero nunca nada como esto.

—¿Qué tipo de problemas?

—Hace unos años nos robaron. Alguien se llevó casi cien mil dólares en vestidos de novia. ¿Quién roba vestidos de novia? El seguro solo cubrió una parte. Y yo que pensaba que, cuando el señor Duran instalara su oficina aquí, tal vez estaríamos más seguras. Era como tener un guardia de seguridad, ¿sabe?, porque había sido policía. ¿Lo sabía?

—Sí, lo sabía —dijo Rona Wedmore.

—Nunca se me ocurrió que su presencia aquí solo me traería problemas. Mire mi mano. Estoy temblando.

—¿No había habido más robos?

Sylvia negó con la cabeza.

—Nunca. He gastado una fortuna en cámaras para nada.

—¿Perdone?

—Las cámaras de vigilancia que pusimos atrás. —Monroe miró a Wedmore como si acabara de recordar dónde había dejado las llaves del coche—. ¿Debería de habérselas mencionado?

Cincuenta

Terry

Vince se arrodilló y extendió las manos para sujetarse a algo. Pensé que estaba a punto de desmayarse, pero se quedó un momento en el suelo, de rodillas, jadeando y recuperando el aliento.

—Llama al 911 —me dijo Cynthia.

—¡No! —bramó Vince.

Mi esposa fue a la cocina.

—¡No llames! —gritó él sin despegar la mirada del suelo.

Cynthia volvió con un vaso de agua. Se lo puso delante de la cara.

—Bebe —le dijo. Él levantó una palma del suelo poder para hacer lo que ella le decía. Grace, a mitad de la escalera del segundo piso, lo asimilaba todo con los ojos fijos en Vince.

El hombre bebió un par de sorbos y le devolvió el vaso a Cynthia. En ese momento, yo estaba al lado de mi esposa, con el brazo extendido.

—Agárrame —le dije a Vince. Él sujetó mi brazo con firmeza y, tras un gran esfuerzo, volvió a ponerse en pie—. Por aquí —le dije, y lo llevé al salón, al sillón más cercano.

—No hay tiempo —se lamentó con la voz quebrada.

—Solo un minuto —dijo Cynthia—. Hasta que recuperes las fuerzas.

—Tengo que… Tengo que empezar a hacer las rondas.

—Maldita sea, quédate sentado un minuto —dijo Cynthia—. ¿Te duele el pecho?

—No.

—¿Estás seguro?

—Solo… estoy cansado. Me ha invadido una especie de ola…

—Bebe un poco más de esto.

—Algo más fuerte…

—Agua.

Bebió dos tragos más y devolvió el vaso.

—Ponnos al corriente —le dije.

—Era un tipo. Estaba usando el teléfono de Jane. Me ha dicho que la tienen, que lo quieren todo.

—¿Has hablado con ella?

—Solo ha podido decir una… *dos* palabras. Mi nombre y luego «no». Después no la han dejado decir nada más, pero era ella. —Cerró los puños, abrió las manos y las volvió a cerrar—. Los voy a matar —dijo en voz baja—. A todos.

Cynthia me miró por un instante y luego le dijo a Vince:

—Nadie lo dudaría ni un segundo, pero, ahora mismo, lo que tienes que hacer es averiguar cómo recuperarla.

—¿Crees que no me doy cuenta? Pero después de recuperarla, juro por Dios…

Nos miró a los dos. Por un momento, me pareció ver en sus ojos un destello de autocompasión.

Le pregunté:

—¿A qué te referías cuando dijiste que lo quieren todo?

—¡Todo! —contestó, como si fuera la cosa más obvia—. ¡Todo lo que tengo! Lo que he estado guardando para la gente: el dinero, lo que sea. Lo quieren todo. —Agitó la cabeza—. Si eso es lo que tengo que hacer para rescatar a Jane, vale, lo tendrán, pero, después, soy hombre muerto. Y si soy hombre muerto, me los llevaré conmigo.

Yo tenía una idea de lo que quería decir, pero debió de ver confusión en nuestras caras, puesto que se explicó con más claridad.

—Pagaré un rescate con dinero y bienes de otras personas. Algún día, esas personas querrán que les devuelva sus bienes y no estarán contentos cuando les diga que lo he regalado todo. No son de los que perdonan. Hablo de moteros, de ladrones de bancos, de traficantes de drogas… Soy un muerto ambulante en más de un sentido. Así que, por lo que respecta con los cabrones que se han

llevado a Jane, no me importa a cuántos me cargue ni lo que me pase después.

—Le importará a Jane —dijo Cynthia.

Vince se encogió de hombros. Desafiante, se levantó del sillón, pero su tronco se balanceaba un poco y lo obligaba a extender los brazos para no perder el equilibrio.

—Mierda —exclamó.

—No puedes hacerlo —dijo Cynthia—. No estás bien. Tienes que dejar que alguien más se encargue de todo. *Tienes* que llamar a la policía, Vince.

—¡No! —gritó. Débil como estaba, aún podía hacer que sus palabras retumbaran en las paredes. Nos señaló a ambos con un dedo índice carnoso—. Nada de policías.

Cynthia estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—Vince, por el amor de Dios —dijo—, tienen experiencia en este tipo de cosas.

—No tienen experiencia en manejar este tipo de cosas como yo pretendo manejarlas —dijo Vince—. Madre mía, ¿me imaginas llamando a la policía? Les encantaría. Me esposarían y se pasarían una semana tocándome los cojones antes de ponerse a buscar a Jane.

Pensé que podía tener razón.

—No, de ninguna manera. Yo me encargo de esto.

—¿Sabes quién la tiene? —le pregunté.

Su cabeza se movió lenta, de lado a lado.

—Pero tengo una idea. Me parece haber reconocido la voz. Una mujer, alguien que hace unos días me trajo dinero para esconder. Ahora creo que podría haberme estado evaluando, viendo cómo funcionaba la operación. Y lo mismo me he preguntado de los dos tipos que vinieron a verme anoche. Quizá estén juntos en esto.

—¿Qué tipos?

—Logan y el gilipollas de su hermano, Joseph, el come donuts.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Había algo en ellos que no olía bien, pero la mujer debe de

tener una idea de cuánto dinero hay, de qué cosas hay. Ha dicho que se lo llevara todo. Que, si no lo hacía, ella lo sabría. Hija de puta. Si de verdad está enterada, me voy a quedar corto.

—La casa de los Corro —dije—. Anoche te robaron.

—Doscientos mil y algo más —dijo Vince, y apretó la mandíbula—. Tengo que irme.

Dio un par de pasos inseguros hacia la salida.

—¿Y tus chicos? —le pregunté—. Has dicho que no tienes a nadie.

Otro encogimiento de hombros.

—Eldon está muerto, Gordie está muerto y Bert se ha largado, me ha abandonado. Maldito desleal.

Cynthia se quedó boquiabierta.

—¿Dos de tus hombres han muerto? ¿Los han matado estas personas, las que tienen a Jane?

Vince negó con la cabeza.

—No. Eldon… ha tenido un problema. Y Bert me ha dicho que Gordie había sufrido un accidente. Hace unos minutos. Lo ha atropellado un camión.

—Has mencionado a Nathaniel —dijo Cynthia—. Has hablado de un paseador de perros.

—Ellos pensaban que podía haberse quedado con el alijo de anoche. Lo han recogido para charlar y las cosas no han salido bien.

—¿Y Nate…? ¿Qué le ha pasado a Nate? —preguntó Cynthia.

—Ha escapado.

Cynthia pareció aliviada.

—¿Qué piensas hacer?

—Reunir lo que pueda en el tiempo que tengo. Bert y Gordie habían llegaado a tiempo a algunos de los lugares donde escondemos cosas, pero no a todos. Se les acababa el tiempo o había gente en casa o no podían entrar sin montar una escena. Yo tenía que averiguar si nos habían dado golpes en otros sitios. Habían juntado unos cientos de miles y algunos de los objetos. Yo podría conseguir otro par de cientos y ganar algo de tiempo.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Me volverá a llamar después de la una. Eso me deja con unas buenas cuatro horas. Tengo que ponerme en movimiento.

—Espera. Solo espera un momento —dijo Cynthia—. A ver si lo he entendido. ¿A cuántas casas hay que ir? ¿Dónde está escondido el dinero?

Él puso los ojos en blanco, pensativo.

—Cinco deberían bastar. Tal vez seis. Si el dinero estuviera ahí. Si no nos han robado, como en la casa de los Corro.

—¿Y tienes llaves y códigos de seguridad?

—En la oficina.

—¿Y si la gente estuviera en casa? ¿Qué harías? ¿Dispararles? Pero ¿antes los obligarías a sostenerte la escalera para poder hurgar en sus áticos? Ya estás mareado. No te veo arrastrándote por espacios estrechos. No hay forma de que puedas lograrlo.

—Esto no tiene nada que ver contigo —dijo, y dio otro paso hacia la puerta.

Pero sí tenía que ver conmigo. Lo sucedido en la casa de los Corro tenía todo que ver con nosotros. Grace había estado allí. Alguien la había visto y aún podía considerarla una amenaza. Hasta averiguar quién había sido, seguíamos estando muy implicados.

Cynthia siguió presionando.

—¿No quieres llamar a la policía, pero crees que puedes irrumpir en casas sin que la gente marque el 911?

Él ya había abierto la puerta. Levantó una mano, la puso en la jamba y se apoyó en ella.

—¿Qué demonios se supone que tengo que hacer? —preguntó con la voz entrecortada. Estaba de espaldas a nosotros. Yo podía ver su cuerpo agitarse de agotamiento con cada respiración.

—Danos un minuto —dije. Tomé a Cynthia por el brazo y la llevé a la cocina. Pasamos junto a Grace, que seguía sentada en las escaleras.

—¿Qué? —susurró mi esposa cuando llegamos. Cerré la puerta para que Vince y Grace no pudieran oír lo que le quería decir.

—No puedo creer que esté pensando esto, pero quizá deberíamos

ayudarlo —dije.

—La única forma de ayudarlo es llamar a la policía.

—No lo sé. Estabas preguntando qué pasaría si fuera a esas casas. ¿Qué podría decirles? «Hola, tengo dinero escondido en tu ático. ¿Te importa si entro y lo cojo?». Seguro que eso hará que lo arresten, pero la alternativa, o sea, ir a la policía, puede que tampoco funcione. Debe poder entrar en esas casas y conseguir el dinero, si quiere tener una oportunidad de salvar a Jane.

Cynthia no estaba convencida.

—Pero, si le explicara las cosas a la policía, si los hiciera entender pronto… ¿Recuerdas a esta…? ¿A la detective? ¿A Rona Wedmore?

—Sí, la recuerdo.

—Si Vince hablara con ella, si habláramos con ella los tres, quizá no perderían tanto tiempo ocupándose primero de los asuntos de Vince. Se preocuparían por Jane.

—No se trata solo de Jane —dije—. Vale, no quiero que a ella le pase nada, pero hay más en juego.

Cynthia me miró durante un segundo sin comprender, aunque enseguida lo entendió.

—Grace.

—Sí.

—Cuando se abra la caja de Pandora, todo saldrá a la luz, incluyendo el asunto de nuestra hija irrumpiendo en esa casa. Y está la cuestión de quien estaba allí dentro, alguien que podría estar preocupado de que Grace lo viera.

Cynthia negaba con la cabeza.

—Pero ni siquiera pasó nada tan malo en esa casa. Grace tiene *noticias* de Stuart, esos mensajes de texto. El chico está bien. Si llamáramos a la policía, Grace podría no tener tantos problemas como temíamos al principio y, al mismo tiempo, ayudaríamos a Jane.

Yo no estaba tan seguro.

Decidí probar otra táctica con mi esposa.

—El hombre que está ahí…, sé lo que es. Es un matón. Eso lo entiendo bien, pero aún me siento en deuda con él. Por cómo nos

ayudó. Si no me hubiera acompañado aquella noche, no os habría encontrado a tiempo. Ni a ti ni a Grace. Y, como se suele decir, ninguna buena acción queda sin castigo. El hombre estuvo a punto de morir.

Los ojos de Cynthia se ablandaron.

—No es que sienta otra cosa, soy consciente de su sacrificio, pero ¿qué podríamos hacer? Madre mía, Terry, ¿qué demonios podríamos hacer?

—Tengo una idea de cómo entrar en esas casas y coger el dinero. En cualquier casa donde haya gente.

—¿Cómo?

—El moho.

Mi esposa parpadeó.

—¿Perdona?

—El moho —repetí—. Tu último proyecto. La infestación de moho en las casas, en áticos húmedos. Los riesgos para la salud. Las malditas esporas que flotan en el aire y se meten en los pulmones de las personas.

—No te entiendo.

—Coge tu bolso —le dije.

Ella no preguntó para qué, tan solo salió al pasillo y volvió en diez segundos.

—Están charlando —me dijo.

—¿Qué?

—Vince y Grace. Estaban charlando y se han callado cuando he aparecido.

En ese momento, yo no podía preocuparme por eso.

—Saca el carné.

—¿Qué carné? ¿El de conducir?

—No, el del departamento de sanidad.

Algo brilló en sus ojos. Acababa de adivinar lo que yo estaba pensando. Rebuscó en su bolso y sacó su carné oficial del Departamento de Sanidad Pública de Milford.

—Esto es lo que vas a mostrar cuando nos abran la puerta —dije.

Asintió.

—Les vamos a decir que estamos inspeccionando las casas de la zona, que hay una especie de infestación de moho. ¿Ha habido alguna vez una infestación de moho? —le pregunté.

—Que yo sepa, no —dijo—, pero en el coche tengo folletos sobre el moho doméstico. Describe los riesgos. Tienen fotos que asustarían a cualquier propietario.

—Les diremos que necesitamos ver el ático, que es ahí donde crece.

—¿Nosotros?

—Tú se lo dirás —dije—, pero estaré contigo. Y llevaré una escalera. Dejaremos a Vince en el coche, porque asustaría a la gente.

—Es una locura —dijo Cynthia.

—Lo sé.

Sin embargo, me di cuenta de que se lo estaba pensando. Me dijo:

—Si creyeras que hay moho en el ático, un moho que puede enfermarte, ¿no querrías saberlo? Entramos, subimos al ático (ese puede ser tu trabajo), cogemos el dinero y salimos.

—Sí.

Pensé que ya la había convencido, pero negó con la cabeza.

—No, es demasiado loco, demasiado arriesgado. Quiero ayudar a Vince, de verdad, y quiero ayudar a Jane, pero la mejor forma de hacerlo es llamar a la policía. Y, con Stuart vivo…

Al otro lado de la puerta, Grace soltó un gemido lastimero.

La encontramos llorando frente a Vince, con la espalda apoyada en la pared.

—Está muerto —nos dijo—. Stuart está muerto. Se los han inventado. Esos textos. Eran todos mentira. Vince me lo acaba de decir.

Él nos miró con ojos apesadumbrados.

—Necesitaba que dejaras de husmear, pero eso ya lo hemos superado. Ya no tiene sentido mentir sobre nada de esto.

Entre lágrimas, Grace dijo:

—Dice que yo no le disparé.

Vince asintió con cansancio.

—Anoche usé la pistola como comodín, pero el arma de Eldon, la que Stuart le dio a tu hija, no disparó ninguna bala. El cargador estaba completo.

Cynthia se volvió y me dijo:

—Voy a por los folletos.

Cincuenta y uno

No tenía ni idea de dónde se encontraba.

Era una habitación, por supuesto. En una casa, en alguna parte. El lugar estaba fresco, por lo que supuso que estaría en un sótano. Pues claro. A su llegada, la habían hecho *bajar* un tramo de escaleras. Habían metido el coche en un garaje. Una vez dentro, ella oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Le habían dejado esa bolsa de tela en la cabeza todo el tiempo, desde el momento en que la habían agarrado, excepto por unos segundos. Después de que la hubieran metido en el coche, se la habían quitado apenas el tiempo suficiente para ponerle cinta adhesiva en la boca. Luego le habían hecho un lazo con cinta alrededor del cuello para que la bolsa no se le cayera, cosa que, al principio, le provocó un gran susto. Pensó que tenían intenciones de estrangularla, pero la cinta no había quedado tan apretada como para que no pudiera respirar. Le ataron las muñecas a la espalda y, al final, también le ligaron los tobillos, ya que se había puesto a patalear como una salvaje. Así la mantuvieron en el suelo del asiento trasero. Eran dos. Podía sentir el peso de dos pares de pies que la sujetaban: un par por espalda, otro por los muslos.

Reggie, la supuesta *coach* de vida, iba al volante. No hablaba mucho. Los que más hablaban eran los dos hombres de atrás, los que debían asegurarse de que Jane permaneciera en el suelo. Y la mayor parte de la conversación versaba era sobre cuánto dinero iban a conseguir.

—¿Tienes idea de cuánto podría ser? —preguntó uno.

—Mucho —dijo el otro—. Tal vez más de un millón. Reggie, ¿crees que habrá más de un millón una vez que haya vaciado todas las casas?

—Ya veremos —contestó ella.

Y hablaron de otros asuntos. Sobre la llamada que le tenían que hacer a Vince, sobre cómo, en realidad, era la forma más eficaz y rápida de hacerlo. Todo lo anterior había sido energía malgastada: lo de esconder dispositivos de localización en las bolsas de dinero, lo de intentar averiguar en qué casas y cuándo… Tenía más sentido dejar que Vince les llevara todo.

Jane calculó que habían tardado, como máximo, diez minutos en llegar a su destino. Así que era probable que siguieran en Milford; aunque podían estar casi en New Haven o en Bridgeport o incluso en Shelton si el tráfico no había sido malo, pero no creía que hubieran tomado ninguna autopista, así que Milford era el lugar más probable.

Llegó a preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que alguien en el trabajo la echara de menos. No era presumible que pudiera contar con el mierdecilla de Héctor para llamar a la policía. El que ella no volviera a la oficina le daba al joven la oportunidad de cotillear con el resto del personal sobre esa salida tan anticipada y larga para ir a almorzar.

¿Se tomaría alguien la molestia de notar que su bolso seguía allí y que su Mini aún estaba en el aparcamiento?

Jane se preguntaba si no tendría que haber hecho un mejor esfuerzo por caerle bien a Héctor.

Tumbada en el suelo del coche, con la cara embolsada y apretada contra la alfombrilla, también se preguntaba si iban a matarla. Y, aunque no la mataran, se preguntaba qué harían con ella mientras tanto, porque uno de los tipos del asiento trasero le daba muy mala espina.

Era demasiado espeluznante.

—Es guapa, ¿no crees? —preguntó—. Bonito culo.

—Concéntrate, Joseph —dijo Reggie—. Logan, controla a tu hermano.

—Solo está admirando el paisaje —dijo el otro, cuya voz era más grave.

Joseph y Logan. Hermanos.

—¿Qué te parece? —dijo Joseph en voz baja—. Sería bueno

aprovechar un poco de esto.

—Cuando consigamos el dinero —dijo Logan—, podrás comprarte el mejor pedazo de culo del país. No tendrás que conformarte con lo que te echen.

—Sí, pero… este está justo aquí.

Jane sintió que le tocaban una nalga. Trató de cambiar de posición, de quitarse esa mano de encima.

—Ya, ya —dijo Joseph—. Apuesto a que es de las salvajes.

Por mucho que Jane quisiera mirarles la cara a esos cabrones, también se preguntaba si tener la cabeza tapada no sería una bendición. Si no iban a matarla, no querrían que les viera el rostro, pero, por otro lado, había visto a Reggie. Y se referían los unos a los otros por sus nombres. No parecían esforzarse en recordar falsas identidades. ¿No era un poco estúpido usar sus nombres reales si planeasen soltarla? ¿Se imaginaban que ella no revelaría sus nombres a Vince o, tal vez, incluso a la policía, en cuanto la dejaran ir?

Eso hizo pensar a Jane que, fueran como fueran las cosas, no iban a soltarla. Si le habían puesto la bolsa en la cabeza era para hacerla más dócil, no para proteger sus identidades.

Al llegar al garaje, Logan le había dicho:

—Vamos a desatarte las piernas para que puedas entrar. No empieces a darnos patadas ni nada.

Jane movió la cabeza arriba y abajo.

—De acuerdo, entonces. Suéltale las piernas —le dijo a su hermano.

—Déjame sacar mi cuchillo —dijo Joseph. Se inclinó hacia ella y le acercó la boca a la oreja—. No sabes qué cuchillo tan afilado tengo.

Jane sintió unos tirones en los tobillos mientras él cortaba la cuerda.

—Listo —dijo Joseph, y ella sintió la mano del tipo subiendo por su muslo. Era como si una tarántula se arrastrara por su piel.

Logan la sentó. La ayudó a pasar las piernas por la puerta trasera, que ya estaba abierta.

—Te voy a guiar —dijo Logan.

A pasos lentos alrededor del coche, las pisadas de todos resonaban en el frío hormigón. Había dos escalones para entrar en la casa y, luego, un pasillo de diez pasos. Ahí hicieron un alto.

—Vamos a bajar escaleras —dijo el hombre.

Ella bajó escalón por escalón. Eran lo bastante anchos como para que cupieran dos personas, lo que permitió al hombre bajar con ella y llevarla del codo a lo largo del camino.

—Ahora gira a la izquierda, aquí. Vale, date la vuelta, puedes sentarte. Aquí hay una silla suave.

Se sentó. Había un cojín en el asiento, pero el respaldo era de madera. Parecía una silla de cocina.

—Bien, estaremos en contacto —dijo Logan.

Ella sintió que el tipo se marchaba. Luego oyó el sonido de una puerta al cerrarse. No sabía si le habían dejado la luz encendida. La bolsa que llevaba en la cabeza no dejaba pasar la luz, aunque el tejido no era tan apretado como para impedir la entrada del aire. Menos mal, porque solo podía respirar por la nariz.

Allí sentada, en su propio mundo oscuro, quiso liberar sus muñecas, pero la cuerda estaba tensa y le cortaba la piel.

Jane oía voces arriba.

Tenía que haber una cocina o una sala de estar justo encima de ella.

Las voces se oían apenas, como si le llegasen a través de una rejilla de ventilación.

—Creo que pagará —dijo alguien. Era un hombre, pero no sonaba como ninguno de los que habían estado en el coche con ella.

—Me parece que Wyatt tiene razón —dijo Reggie—. No va a dejar morir a la chica.

Wyatt. El marido. Quien le había puesto la bolsa en la cabeza y la había empujado al interior del coche. Debió de haber conducido hasta allí por su cuenta. O sea que eran al menos cuatro: Reggie, Wyatt, Logan y Joseph.

Durante un rato, no oyó otra cosa que pasos ocasionales por

encima de su cabeza. Luego, desde otra parte de la casa, alguien hablaba enfadado, pero Jane no alcanzaba a oír las respuestas, así que supuso que sería una llamada telefónica.

La puerta se abrió.

—Hola. —Era Reggie—. Tu padre o lo que coño sea quiere oír tu voz.

Desenrolló la cinta del cuello de Jane y levantó la bolsa, aunque solo lo suficiente para desprender el esparadrapo.

—Espera —dijo Reggie al teléfono—. Aquí la tienes.

Jane gritó:

—Vince, no…

Entonces Reggie volvió a pegar la cinta en su sitio y dejó caer la bolsa. Salió de la habitación, aunque sin atar de nuevo la bolsa al cuello de Jane, y cerró la puerta.

Si bien la mujer no le había acercado el teléfono a la oreja, creyó haber oído la voz de Vince.

Una sola palabra.

«¿Nena?».

¿Alguna vez la había llamado así? Cariño, tal vez. Querida, pero nunca nena.

Le dieron ganas de llorar. Y también quería entrar en pánico, pero se abstuvo de hacer las dos cosas.

Tenía que ser fuerte.

Siempre lo había sido. Siempre había sabido cuidar de sí misma. Tenía que encontrar una salida.

Iban a matarla, de eso estaba segura. El tema no era si Vince cumplía o no.

Quizás lo matarían también a él, a menos que discurriera algún plan brillante para burlarlos.

Oyó que la puerta se abría. Alguien acababa de entrar en la habitación.

Jane hizo un ruido desde detrás de la cinta. Su «¿mm, mm, mm?» fue el mejor «¿quién es?» que pudo pronunciar.

Quienquiera que estuviera allí no había dicho nada, pero lo oía

respirar.

Habían enviado a alguien a matarla. Ya habían convencido a Vince de que estaba viva y no la necesitaban más. Se inclinó hacia delante y sacudió la cabeza en un intento de deshacerse de la bolsa, pero esta no se movió.

—No pasa nada —dijo una voz de hombre—. Solo he pensado en bajar un rato y hablar contigo. En hacerte compañía. En ayudarte a pasar el tiempo.

«Joseph».

Cincuenta y dos

Terry

Persuadir a Vince me costó menos de lo que había pensado. Cynthia le mostró su carné con fotografía del Departamento de Sanidad Pública de Milford.

—Esto convencerá al dueño de la casa para que nos deje subir al ático sin que tengas que amenazarlo con volarle los sesos.

—Supongo que así será mejor —dijo. El hombre parecía estar sumido en la niebla. Tenía que estar pensando en Jane. Yo estaba pensando en ella.

Fui al garaje y volví con una escalera de mano y cuatro cuerdas elásticas cortas, de esas que tienen un gancho en cada extremo. Eché la cabeza atrás, como si mirara a través del techo a nuestro propio desván, y dije:

—¿Empezamos por aquí?

Vince vaciló.

—No. No tenemos mucho tiempo y en las otras casas hay más dinero.

Así que llevé la escalera fuera y, con las cuerdas elásticas, la até a la baca de mi Escape. Tenía sentido que todos fuéramos en un coche, y eso incluía a Grace. No había con quién dejarla y, desde luego, no se quedaría en casa sola después de los aterradores acontecimientos de la mañana.

Una vez que estuvimos todos en el coche (Cynthia le había ofrecido a Vince el asiento delantero, junto al mío, no tanto por cortesía, supuse, sino porque no quería que el hombre se sentara atrás, con Grace), tuvimos que pasar primero por el taller. Vince tenía que recoger todas las llaves que pudiera necesitar, además del pequeño cuaderno con direcciones y códigos de seguridad que nos

permitiría entrar en cualquier casa en la que no hubiera nadie. Además, necesitaba recoger lo que Bert y Gordie ya habían recuperado de diversos escondites en Milford. Lo trajo todo en un par de bolsas ecológicas reutilizables de Walgreens.

—Nosotros hablaremos… En realidad, Cynthia será quien hable —le dije. Eché un vistazo por el espejo, a tiempo para verlo fruncir el ceño—. Y, si pudieras decirme con precisión dónde está el dinero en cada casa, podré subir y cogerlo.

—Será mejor que no estés pensando en engañarme —dijo.

Estuve a punto de lanzarme contra él, pero me contuve, porque pensé que Cynthia lo reprendería con severidad.

Pero fue Grace quien le dijo:

—Qué gilipollez más grande.

Vince se giró en su asiento para mirarla.

—Sí, he sido yo —dijo—. Mira toda la mierda que tus problemas nos han hecho pasar a mis padres y a mí desde anoche. Y sí, vale, yo también la he cagado a lo grande, pero la brillante idea de esconder dinero en casas ajenas ha sido tuya y todo se ha ido al carajo. Ahora mis padres están intentando salvar tu culo y el de Jane, ¿y tú los acusas de intentar engañarte? Discúlpame y tal, pero, si eso no es ser un capullo, no sé lo que es.

Vince volvió los ojos hacia mí y me dijo:

—¿Cuánto tiempo lleva viendo Jane?

—Por lo que veo, lo suficiente como para aprender a hablar contigo —dije.

Giró la cabeza y miró al frente a través del parabrisas. Sin llamar la atención de ninguno de nosotros, dijo:

—Justo lo que necesitaba: que dos niñas vinieran a tocarme las pelotas.

En el primer lugar de la lista lo tuvimos fácil. El camino de entrada daba a un garaje para dos coches que estaba situado detrás de la casa. Aparcamos junto al garaje y Cynthia y yo fuimos a llamar al timbre. Como no vino nadie, volvimos para hablar con Vince. Él salió del coche, llave en mano, y se dirigió a la puerta trasera. La

propiedad estaba bien protegida con árboles y arbustos altos a lo largo del lindero, por lo que nos sentíamos bastante seguros de poder entrar en la casa sin ser vistos.

Vince abrió la puerta y se acercó al panel de seguridad, que ya estaba pitando. Introdujo un código de cuatro dígitos y los pitidos cesaron.

—¿Teresa trabaja aquí? —preguntó Cynthia con un atisbo de sorna.

Él negó con la cabeza.

—Esta nos la dio la niñera.

Mi esposa optó por quedarse junto al coche con Grace y vigilar. Si surgiera algún problema, me llamaría. Bajé la escalera de la baca y seguí a Vince hasta el segundo piso, con cuidado de no golpear las paredes.

—Una fácil —dijo, y señaló el acceso al ático, que era un panel en el techo del pasillo de arriba.

Extendí la escalera, subí y, al llegar al último peldaño, retiré el panel y me monté en el ático. Dentro hacía un calor de mil demonios. Si fuera estábamos a veintisiete grados, allí dentro debía hacer unos cuarenta.

Y estaba oscuro. Empotradas en la pared de uno de los extremos, las rejillas de ventilación arrojaban unas pálidas tiras de luz. La abertura por donde había subido me daba un poco más, pero no era nada fácil ver.

—Podíamos haber traído una linterna —dije— o un puto casco de minero.

Vince, que estaba de pie en la base de la escalera, me dijo:

—La próxima vez. No sé en qué lugar exacto está. Quien manejaba este lugar era Gordie. Por lo general, no nos gusta poner las cosas muy cerca de la abertura. Ve hacia una esquina.

Desplazarse no era fácil. No había suelo. Solo montantes con aislamiento térmico entre ellos. La altura era la justa para ir erguido, así que, apoyándome con los pies en los montantes, me puse a

horcajadas. No quería resbalar y hacer un agujero en el techo. Saqué mi teléfono para volver a utilizarlo como linterna.

Puesto en cuclillas, metí la mano entre los montantes y levanté algunos trozos de aislamiento. Como no encontré nada, pasé al siguiente conjunto de vigas.

No tardé mucho en vislumbrar algo que me llamó la atención.

La luz del teléfono rebotaba en el plástico brillante de una bolsa de basura verde oscuro.

—Creo que la tengo —dije. Volví a meterme el teléfono en el bolsillo, desprendí el aislante, lo hice a un lado, agarré la bolsa y la levanté.

Estaba llena de dinero.

—Madre de Dios —dije en voz baja.

Como un equilibrista que pasa de un cable a otro, atravesé las vigas hasta situarme otra vez sobre la abertura.

—Cuidado —dije, y dejé caer la bolsa a un lado de la escalera, justo en los brazos de Vince—. Tengo que volver y reponer el aislamiento. No tiene sentido dejar pruebas de que hemos estado aquí.

Continué mi actuación en la cuerda floja. Me movía de viga en viga con una limitada luz ambiental.

Resbalé.

Mi zapato derecho se deslizó por el borde del montante. Mi pie atravesó el aislamiento y luego chocó con algo un tanto sólido, pero no lo suficiente. Me desplomé entero. Extendí los brazos en un intento de agarrarme a las vigas más cercanas.

Hubo un fuerte crujido.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó Vince.

—Mi pie —dije—. Acabo de hacer un agujero en el techo.

Me las arreglé para sacar el pie. Mientras lo liberaba, los bordes rasgados de los paneles de yeso me estaban cortando el tobillo. Cuando miré abajo, donde había estado mi pie, solo había oscuridad.

Pero, entonces, de repente, hubo luz y la cara de Vince que me miraba.

—Es un armario —dijo—. Maldito incompetente.

—Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Y qué demonios vamos a hacer?

—Nada —dijo—. No hay nada que podamos hacer. Que piensen que han sido los mapaches.

Cualquier mapache que hubiera hecho algo así podría protagonizar su propia película de terror.

De cualquier modo, volví a colocar el otro aislamiento en su sitio, aún sin saber qué sentido tenía hacerlo, y maniobré para volver a la abertura. Descolgué las piernas por el agujero hasta que sentí que tocaba la escalera con los pies. Bajé un par de peldaños y volví a colocar el panel en su sitio. Vince estaba de pie en el arranque del pasillo, con la bolsa en la mano y mirándome impaciente plegar la escalera.

—¿En cuántos sitios habremos escondido dinero sin atravesar los techos con los pies? —preguntó.

—No —le dije—. Acabas de *perder* el dinero.

Cuando salimos por la puerta trasera, Cynthia vino corriendo desde el coche y vio la bolsa verde que colgaba de la mano de Vince.

—¿Misión cumplida? —preguntó.

Ambos asentimos, pero ninguno de los dos dijo nada. Ahora que teníamos lo que habíamos ido a buscar, solo queríamos largarnos de allí. Vince reinició la alarma, cerró la puerta y subió al coche mientras yo aseguraba la escalera con las cuerdas elásticas.

Ya puesto al volante, le dije:

—¿Siguiente?

—Viscount Drive —dijo.

Salí de la calzada y me dirigí a la siguiente casa. Desde el asiento trasero, Grace preguntó:

—¿Crees que, si les das todo lo que quieren, todo el dinero, dejarán marchar a Jane?

Cynthia le susurró algo a nuestra hija. Quizás algo así como «no hablemos de eso».

Pero Vince contestó, de todos modos.

—Es muy probable que no.

—¿Por qué? —preguntó Grace.

—La van a matar, y a mí también, porque no soy el tipo de persona que deja pasar una de estas.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado.

—¿Y esto tiene algún sentido, entonces? —le pregunté—. ¿Venir a vaciar estas casas?

Vince seguía mirando al frente.

—Ah, sí.

—¿Qué? ¿Qué sentido tiene? Si supones que van a coger el dinero y, de todas formas, matarte a ti y a Jane, ¿cuál es el plan?

—Estoy trabajando en ello —dijo Vince.

—¿Te gustaría contárnoslo? —le pregunté.

—Gira a la izquierda, aquí —dijo.

La casa de Viscount también tenía dos pisos. Era una construcción modesta, de revestimiento blanco, sin garaje.

—¿Señora de la limpieza? ¿Niñera? ¿Reparador de hornos? ¿A quién conseguiste aquí dentro? —le pregunté.

—¿Es importante? —dijo Vince.

Nos detuvimos en el camino de entrada. Había un viejo Pontiac Firebird rojo, todo descolorido, aparcado. Debía de tener más de treinta años. Cynthia fue la primera en salir del Escape. Cuando llegó a la entrada para tocar el timbre, yo la seguía a tres pasos de distancia.

Diez segundos después, la puerta se abrió. Salió un hombre a quien le calculé unos setenta años. Vestía con pulcritud. El cuello de la camisa lo llevaba abotonado. Era delgado y alto, con algunas canas en la parte superior de la cabeza.

—¿Sí? —preguntó.

Cynthia se disculpó por molestarlo, le enseñó sus credenciales y empezó a hablar.

—Hemos tenido un aumento preocupante de informes sobre moho

en los hogares —dijo—. ¿Ha visto algo sobre esto en el periódico o en las noticias?

—Ah, quizás mi esposa —dijo, y volvió a girar la cabeza hacia la casa—. ¡Gwen!

Segundos después, nos apiñábamos en la entrada también con una mujer de pelo plateado y edad similar.

—¿Sí?

—Estas personas vienen del departamento de sanidad a preguntar por el moho.

—Ay, Dios —dijo—. No tenemos nada de eso.

Cynthia movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, es muy probable que usted tenga razón. El problema con el moho, por supuesto, es que a menudo los efectos se sufren antes de que uno sea capaz de verlo en su casa. Crece, sobre todo, en lugares húmedos. Con frecuencia, detrás de paredes o muebles, y casi siempre en áticos, quizá como consecuencia de un tejado con goteras.

—Madre mía —dijo la mujer—. Eso suena horrible.

—Por eso —dijo Cynthia, y me señaló a mí y el coche donde aún estaba sujeta la escalera—, estamos haciendo inspecciones aleatorias en áticos para comprobar si hay alguna infestación de moho.

—No lo sé —dijo el hombre—. De verdad, no creo que sea necesario.

Cynthia le dijo:

—A lo mejor usted ya sabe que el moho representa una amenaza mayor para los lactantes y los niños, así como para quienes ya tienen un sistema inmunitario debilitado. Estaríamos hablando de personas con VIH, por ejemplo, o de quienes tienen dificultades respiratorias asociadas a alergias o asma. Por supuesto, también de los ancianos, pues son más propensos a las infecciones que causan las esporas del moho. ¿Puede decirme si ha tenido dolores de cabeza o irritaciones cutáneas? ¿Tal vez mareos o picor de ojos o incluso tos seca y persistente?

Noté cómo la intranquilidad se abría paso en los rostros de los dos. Incluso yo empezaba a sentirme un poco preocupado. En los últimos meses, había tenido todos esos síntomas en un momento u otro.

—Harold —dijo la mujer—, si hubiera moho en el ático, tendríamos que saberlo.

—Solo intentan vendernos una costosa reparación —alegó.

—En absoluto —dijo Cynthia, y le entregó un folleto oficial—. Nosotros no hacemos negocio con esto. Si encontráramos moho, le daríamos una lista de empresas de confianza a las que usted podría recurrir. En este momento me viene a la cabeza Garber Contracting, pero hay muchas más. Nosotros no hacemos el trabajo.

Empezaba a preguntarme si no sería más rápido hacer todo esto a la manera de Vince: meterles un tiro y ya está.

—Bueno, vale, entonces —dijo el hombre. En ese instante, volví al coche a por la escalera.

Vince abrió la ventanilla y me dijo:

—Intenta no atravesar el techo esta vez.

—¿Dónde debo mirar? —le pregunté.

—A lo largo de la pared este.

Cuando estaba entrando en la casa, oí que la mujer le preguntaba a Cynthia:

—¿Quién está en el coche?

—Hoy ha sido el día de llevar a la hija al trabajo —dijo.

—Pero no hay colegio.

—Cierto —dijo Cynthia con calma. Casi podía oír girar sus engranes—, pero es un asunto de la Cámara de Comercio. No es nada relacionado con la escuela. Pero no puedo dejarla entrar aquí porque la normativa sanitaria estipula que no podemos exponerla al tipo de contaminantes que podría haber en esta casa. Y ese señor del coche es un supervisor del departamento de sanidad de la ciudad.

—¿Y le pagan solo por tener el culo clavado en ese asiento? —preguntó el hombre.

Cynthia puso los ojos en blanco por un instante y dijo:

—Vea trabajar sus impuestos. Bueno, en realidad, si llegáramos a encontrar un problema, él sería quien se metería aquí con el traje de materiales peligrosos.

El hombre palideció al oír esas palabras: «materiales peligrosos».

La mujer me llevó al segundo piso, a un dormitorio que se había convertido en sala de costura y manualidades. Abrió la puerta del armario y señaló la trampilla del techo. Aquello iba a estar un poco apretado.

Cuando Cynthia entró en la habitación, yo ya estaba preparando la escalera. La mujer nos miraba de pie, nerviosa, en medio del lugar. Lo último que queríamos era tenerla cerca cuando yo bajara del desván con los fajos de billetes.

Cynthia, que, por lo visto, tenía muy bien pensado el engaño, sacó de su bolsillo dos mascarillas quirúrgicas. Me dio una, se puso la otra en la cara y se pasó las tiras elásticas por encima de las orejas. Se volvió a la dueña de la casa.

—Ojalá tuviera una tercera para usted —le dijo. La mujer prefirió esperar abajo.

Me metí la mascarilla en el bolsillo y abrí la escotilla. Subí al ático, a otro ambiente sofocante inundado de tufos rancios y aire viciado, con olor a madera y lo que pensé que podrían ser excrementos de ratón. Dirigí la linterna hacia la pared este.

No tenía espacio suficiente para mantenerme erguido, así que me desplacé doblado por la cintura. Mi ojo captó algo en uno de los tablones del techo. Era una cosa oscura y, bueno, asquerosa.

—Cyn, ¿me oyes?

Sonó un traqueteo en la escalera, me giré y vi su cabeza asomar por la trampilla.

—Aquí estoy —dijo.

—Creo que tienen moho —dije.

Volvió a bajar la escalera.

Al llegar a la pared este, empecé a desprender el aislamiento. En un par de minutos ya había encontrado lo que buscaba: una bolsa

de plástico transparente, del tamaño de una carpeta gruesa, sellada con cinta aislante y llena de pilas de billetes sujetos con gomas elásticas.

Y una cosa más: varias bolsas de congelado pequeñas. Estaban metidas en una bolsa transparente, más grande, y parecían estar llenas de astillas de cristal roto o hielo, pero eso no podía ser hielo, dado el calor que hacía ahí arriba. Había cientos de esas hojuelas parecidas a cristales, algunas muy pequeñas y otras tan grandes como la punta de mi dedo.

—¿Qué coño es…?

Ahí fue cuando me di cuenta. Era metanfetamina.

Cuando Vince nos dijo que, además de dinero, guardaba otras cosas, no estaba bromeando.

Cincuenta y tres

Rona Wedmore se puso al teléfono con uno de los técnicos del departamento, un tal Spock. Ni siquiera sabía su verdadero nombre.

—Estoy en el centro, en una tienda de novias, y te necesito aquí hace diez minutos —dijo por el móvil.

—¿Te propuse matrimonio y se me ha olvidado? —preguntó él.

Spock apareció a los veinte minutos. Con su metro sesenta y cinco y sus ochenta kilos, se parecía poco al vulcano, aunque parecía compartir su inteligencia. En cuanto Rona lo dejó manipular el sistema de vigilancia de la tienda, que estaba instalado en un almacén lleno de cientos de trajes de novia, el hombre fue todo eficiencia. Había llevado su propio equipo, ordenador portátil incluido, y ya estaba enchufando cosas y pasando cables por aquí y por allá.

En lugar de revisar los vídeos de vigilancia de aquella mañana en el monitor barato del almacén, Spock prefería estudiarlos en su propia pantalla de alta resolución.

—¿Qué hora quieres examinar? —preguntó a Wedmore.

—No estoy segura. Antes de las diez. ¿Puedes trabajar en retroceso o necesitas que te dé una hora más temprana para trabajar hacia delante?

Spock, con los ojos fijos en la pantalla, le dijo:

—Puedo hacer cualquier cosa.

—Vayamos a las ocho y trabajemos hacia delante.

Spock retrocedió casi cuatro horas y puso la grabación en avance rápido. La cámara estaba situada sobre la puerta trasera, en un ángulo tal que captaba el aparcamiento y parte de la calle que pasaba por detrás de la tienda.

—Ahí —dijo Wedmore—. Un coche acaba de aparcar al otro lado de la calle.

—Sí.

—¿Qué es eso? ¿Un BMW?

—No sé nada de coches —dijo Spock—. Ni siquiera tengo carné de conducir.

—¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

Incluso en el costoso portátil de Spock, las imágenes eran granulosas y confusas. Un hombre y una mujer se bajaron del coche y empezaron a cruzar la calle, pero se desviaron a la derecha y salieron del cuadro. Segundos después, volvieron a entrar en la pantalla por la esquina inferior derecha, tan cerca de la pared que la cámara captó poco más que la parte superior de sus cabezas.

Se quedaron unos segundos frente a la puerta y luego entraron en el edificio.

—Puso cámaras —dijo Wedmore—, pero no activó la alarma. Empieza a avanzar rápido otra vez.

No tardó mucho en aparecer otro coche, pero, en lugar de aparcar enfrente, este se detuvo justo delante de la puerta. Era un Nissan beige de cuatro puertas. Vieron salir a Heywood Duran.

Wedmore sintió un nudo en la garganta. Cerró el puño izquierdo hasta clavarse las uñas en la palma.

—¿Este es el hombre? —preguntó Spock.

—Sí —dijo ella en voz baja.

Pasaron otros cinco minutos. La puerta volvió a abrirse y salieron el hombre y la mujer. La detective y el técnico vieron un plano de sus espaldas mientras pasaban junto al coche de Duran, cruzaban la calle y volvían al BMW. El coche arrancó, dio media vuelta en la calle y desapareció por donde había llegado.

—Vuelve a congelar eso.

—¿Congelar qué?

—El coche, cuando está girando, tenemos una oportunidad con la matrícula.

Spock congeló la imagen. El coche y la matrícula estaban igual de borrosos.

—¿No puedes ampliar eso? —preguntó Wedmore.

—No va a mejorar —dijo Spock. Y no mejoró. Aun con la imagen ampliada, los números y las letras de la matrícula estaban demasiado borrosos para distinguirlos.

—Mierda —dijo Wedmore.

—Puedo aprovechar el sistema de tráfico, comprobar las cámaras, buscar ese coche en esta zona y a esta hora. Con ese sistema tendré más posibilidades de sacar el número de matrícula.

—Si lo consigues, te compraré un juego completo de figuras de acción de *Star Trek* —le ofreció Wedmore.

—Detesto *Star Trek* —dijo Spock.

Cincuenta y cuatro

Terry

—¡Cyn! —susurré. Fue un susurro bastante fuerte. Quería asegurarme de que me oyera sin tener que llamar la atención de la pareja de ancianos que vivía en esa casa.

La cabeza de mi esposa asomó al desván por segunda vez.

—Les hablaré del moho —dijo.

—Necesito hablar con Vince.

—¿No has encontrado el dinero?

—Lo he encontrado, pero también algo más. Levanté una de las bolsas de metanfetamina.

—¿Qué es eso?

Lancé la bolsa hacia donde estaba ella y aterrizó a menos de un metro de la escotilla. Cynthia extendió el brazo, cogió la bolsa y la examinó. Se me quedó mirando.

—Sabes lo que es esto, ¿verdad?

—Tengo una idea bastante buena —dije—. Una cosa es conducir por toda la ciudad con dinero en efectivo, pero ¿y si nos pararan con esto en el coche?

—Dame un minuto.

Su cabeza desapareció. Intenté encontrar una forma de ponerme cómodo mientras esperaba su regreso. Me senté en una de las vigas, en sentido transversal, y apoyé los pies en otra que tenía delante. Las manos las puse en la viga de atrás y me recliné. Habría preferido un sillón reclinable de cuero.

Pasaron cinco minutos. Empecé a oír voces debajo de mí y luego el traqueteo de la escalera de aluminio.

Un segundo más tarde, apareció la cabeza de Vince. Levanté la bolsa y le dije:

—¿Crees que deberíamos andar con esto por ahí?

—Estás perdiendo el tiempo. Me han dicho que lo querían todo, así que se lo daremos todo. Tal vez sepan de esto. Quizá sea parte de lo que quieren. ¿Estoy esforzándome por salvar a Jane y te me pones quisquilloso con lo que tendremos en el coche?

—Te lo voy a lanzar. Puedes dárselo a Cynthia ahí abajo —le dije.

Una vez retiradas las drogas y el dinero en efectivo, volví a apisonar el aislamiento.

Para cuando llegué con mi escalera a la puerta principal, Vince ya estaba de vuelta en el coche. Cynthia les estaba dando a los propietarios de la casa una breve lista de contratistas a los que podían llamar para que fueran a echar un vistazo a su problema.

—Quién lo iba a decir —dijo cuando volvió a sentarse en el asiento trasero, junto a Grace—. Hemos hecho una buena acción.

Vince miró su reloj. Ya era más de mediodía. Pronto recibiría la llamada. Me dio indicaciones para llegar a otra casa.

Tuvimos suerte. Igual que en el primer lugar, no había nadie. Vince y yo entramos mientras Cynthia y Grace vigilaban la parte delantera. Para encontrar el dinero, tuve que levantar casi todo el aislamiento. Vince había pensado que estaba en un lado de la casa, pero resultó que estaba en el opuesto.

—Eldon —murmuró en voz baja.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté mientras buscaba el dinero, agachado, y Vince me observaba desde la trampilla—. Bert se ha largado. A Gordie lo ha atropellado un camión. Has dicho que Eldon también está muerto.

—Sí —dijo Vince.

—¿Cómo?

—No preguntes.

—¿Habrá sido él? —le pregunté.

—¿El qué?

—El que te robó. ¿Lo estaría ayudando su hijo? ¿Él y Stuart? ¿Algo salió mal?

Agitó la cabeza.

—No lo creo.

—Pero tuvo que haber sido alguien que sabía que el dinero estaba ahí. A Teresa nunca le dijiste por qué querías entrar en nuestra casa. Y tampoco se lo dijiste al paseador de perros.

—No, pero pudo haberlo descubierto.

—¿Me estás diciendo que no puede haber sido uno de los tuyos?

De repente, se hizo un gran silencio en ese ático. Pasaron varios segundos antes de que Vince hablara.

—Supongo que uno podría pensar eso, pero ese es mi problema, no el tuyo.

Terminamos, hicimos todo lo posible para dejar la impresión de que nadie había estado allí y salimos de la casa. Ya tenía la escalera atada de nuevo a la baca.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté mientras me ponía de nuevo al volante.

Vince volvió a mirar su reloj.

—Se supone que me llamarán en media hora. No tenemos tiempo para más. Su voz era monótona, como si estuviera en piloto automático, con la mente en otra parte.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

—No lo sé —dijo con voz pausada, un indicio de que sí lo sabía—. La mujer ha dicho que lo quería todo, así que podría no tratarse solo del dinero. Es la aguja en el pajar.

Grace preguntó:

—¿Qué?

—Tal vez se trate de esa metanfetamina. La gente que me la dejó lleva tiempo perfeccionando su producto. Quizá alguien quiera ese lote para averiguar cómo lo han hecho. O podrían ser documentos que estuvieran metidos con el dinero de otra casa. Saben de algo que está en uno de mis escondites, pero no quieren pedírmelo de manera explícita para que yo vaya a la casa adecuada a recogerlo. No quieren que yo sepa lo que es. Porque, si supiera que es tan valioso, quizá querría quedármelo.

—Así que puede que aún no lo tengamos —dije.

—Sí. —Pensó un poco más—. Eso es, más o menos, lo que espero.

Fijé en él mi mirada.

—¿Qué?

—Pero, si lo tuviéramos, aún podría tentarlos con algo más.

Ya no estaba hablando con nosotros. Estaba hablando solo.

Interrumpió su monólogo interior. Su móvil estaba sonando. Lo sacó de la chaqueta, miró la pantalla y dijo:

—Son ellos.

Cincuenta y cinco

Jane, atada y encapuchada y sentada en la silla, oyó que Joseph arrastraba algo por el suelo desde otro lugar de la habitación. Se quedó muy quieta, escuchando, intentando adivinar lo que el tipo estaba haciendo.

El ruido se detuvo de pronto, justo delante de ella.

—Solo quería ponerme cómodo —dijo Joseph.

Era una silla. Habría apostado a que acababa de arrastrar una silla con patas de madera. Oyó el crujido de la tela y sintió un ligero cambio en el aire cuando el hombre se sentó.

Tuvo un sobresalto al sentir que algo le tocaba las rodillas.

—Oye, no te preocupes —dijo él—. Soy yo, nada más. He acercado mi silla para que pudiéramos sentarnos con las rodillas juntas.

Ella intentó reacomodarse en su lugar, pero no había espacio. Joseph abrió las piernas para poder atrapar las de Jane entre sus rodillas.

—Así está mejor. Me gusta. ¿Y a ti? No hablas mucho, ¿verdad? ¿Sabes una cosa? Eso me gusta en una chica. —Le palmeó las rodillas, como si tamborileara—. Taratán, taratán. Apuesto a que te estás preguntando si tu padre va a sacarte de esta. Ya lo sé, me he equivocado. Reggie dice que él no es tu padre, que es tu padrastro. Yo tuve uno durante un tiempo. Logan y yo vivimos un par de años con un imbécil llamado Gert. Era de Baviera o algo así. A mi madre le gustaba, pero, entonces, lo conoció un poco mejor, hasta el punto de enterarse de que al tipo le divertía doblarle los dedos hasta casi rompérselos si la cena no llegaba a tiempo a la mesa. A mí, lo que le gustaba hacerme, y tengo que admitir que era una cabronada, era meterme en la secadora. Ya sabes, una de esas Kenmore blancas. Bueno, a lo mejor no era más grande que una secadora normal,

pero, cuando eres un niño pequeño y ni siquiera puedes ver por encima del aparato, te parece enorme. Así que, cuando yo era un incordio, el tipo abría la secadora y me metía dentro. Luego apoyaba una silla contra la puerta para que yo no pudiera salir. Sé lo que estás pensando. ¿La encendía? Ya sabes, ¿ponerme a dar vueltas y asarme hasta morir? Claro que no. Es decir, quizás tenía ganas de hacerlo, pero yo pesaba demasiado. Habría destruido la máquina, y lo último que él habría querido hacer era pagarle a un técnico para que la reparara. Así que me dejaba allí, hecho un ovillo. Una vez, debió de olvidarse de que me había metido allí, o quizás no le importó una mierda, porque se fue por la tarde a beber con sus amigos. ¿Tu madre te hizo algo así alguna vez? ¿Tenía un cuerpo bonito? Porque tú lo tienes.

Quitó la mano de una de las rodillas para tocarle un lado de la cabeza. Empezó a acariciarla a través de la capucha.

—Cambiando de tema, anoche vimos a tu padrastro. Yo no podía creerlo. Se meó en los pantalones. Supongo que lo asustamos. Debe de ser fácil de asustar, porque no estábamos siendo amenazantes ni nada. —Quitó la mano de la cabeza de Jane y la volvió a apoyar en su rodilla—. Y, bueno, volviendo a lo de la secadora…

Jane emitió un maullido de frustración.

—No me interrumpas. Yo solía ir a cierto lugar, digamos que, en mi imaginación, cuando Gert me hacía mierdas como esa. Iba a algún lugar lejano, con tal de no pensar en lo que estaba pasando. Era muy útil. A veces me imaginaba que estaba en un barco, en medio del océano, o en un cohete que iba a Marte o cualquier cosa por el estilo. Me pregunto si eso es lo que estás haciendo ahora: imaginar que estás en otro lugar. Porque, si no, creo que deberías empezar a hacerlo.

Alguien gritó desde arriba:

—¡Joseph!

—Chis —siseó—. Es mi hermano. Tal vez me quiera para algo. Sea lo que sea, podrá esperar. Primero podríamos divertirnos un poco. Incluso con una bolsa en la cabeza, eres guapa. A algunas chicas

querrías ponerles una bolsa en la cabeza para hacerles el amor. Tengo que levantarme un momento.

Le soltó las rodillas y se apartó. Jane se preguntaba si se iría, pero no tuvo la sensación de que se estuviera alejando. Podía oír su respiración. Entonces pudo oír algo más. Un tintineo, como el de la hebilla de un cinturón. Luego, el inconfundible sonido de una cremallera.

Lo más probable era que se la estuviera bajando.

—Ve a tu lugar especial —dijo él. Su voz sonaba muy cerca.

—¡Joseph!

Jane podía sentir el aliento de ese hombre, incluso a través de la tela de la capucha. Le había puesto la cara justo delante.

Pensó que, si en algún momento iba a poder intentar algo, era ese. No le llevó más de medio segundo figurarse lo que tenía que hacer y ejecutarlo.

Se inclinó hacia atrás, para darse unos centímetros de impulso, y luego echó la cabeza hacia delante.

Rápido.

Todo el asunto no había durado más de medio segundo. Jane no tenía modo de saber con precisión dónde estaba él, o dónde estaba su *nariz*, para ser más exactos, pero tenía un buen presentimiento. Había inclinado la barbilla hacia abajo y, con la frente por delante, había clavado esta con toda su fuerza, sin importar lo que tuviera delante.

Contacto. Fue solo un instante, pero lo suficiente para sentir cómo el hueso chocaba con la carne y el cartílago, lo suficiente para sentir la nariz de Joseph aplastada contra su cara.

El agudo grito llegó de inmediato.

—¡Ahhhhh! —Y, enseguida—: ¡Dios mío, Dios mío!

Jane sintió unas gotas calientes aterrizar en sus muslos. Y oyó, arriba, el ruido de pies que golpeaban el suelo.

—¡Joseph! ¿Dónde estás? ¿Dónde…? ¡Dios!

—¡Mi nariz! —gritaba este—. ¡Me ha roto la nariz!

—¡Mierda! —Esa voz era de la mujer: Reggie.

—¡Logan, me la ha roto! —decía Joseph entre lloriqueos—. ¡Está jodidamente rota!

—Vale, espera, espera. —La voz rezumaba desesperación.

—¡Que la mato!

Jane sintió que la agarraban por el cuello y le embadurnaban la piel unas manos húmedas y resbaladizas, justo por debajo de la capucha. El tipo le había rodeado la garganta con las palmas y empezaba a apretar.

—Basta. —Ese era Logan—. ¡Joseph, basta!

Alguien se lo llevó a rastras.

—Madre mía, está sangrando como un grifo. —Otro hombre. Tenía que ser el tal Wyatt.

—Ponle algo en la nariz —dijo Logan.

Más gritos.

—Tendré que llevarlo al hospital.

—¿Estás de coña? —preguntó Reggie—. No puedes ir a…

—¡Míralo! ¡Se va a ahogar con su propia sangre!

—¿Qué demonios vas a decirles en el hospital? —quiso saber Wyatt.

Joseph habló entre gárgaras:

—¡Que me lo ha hecho esta zorra! Que esta maldita puta me ha roto…

—¡No! —dijo Logan—. Les dirás que has tropezado y caído de bruces, eso es lo que les vas a decir.

—Necesito un médico —lloriqueaba como un desquiciado—. Me urge un médico.

—Bah, qué mierda, pero vale —se quejó Reggie—. Llévalo al hospital. Y cuéntales una buena historia.

—No sé cuánto tardaremos —dijo Logan—. Esto podría llevarse algún tiempo. Dios, ni siquiera sé si lo podrán arreglar.

—¿Tan mala pinta tiene? —dijo Joseph.

—¿Y qué demonios haces con los pantalones bajados? —le preguntó Reggie—. Mira, con toda franqueza, tenemos mucha mierda que hacer y tú estás aquí abajo fornicando con la criada.

—¿Y la reunión? —El que hablaba era Wyatt.

Reggie dijo:

—Podemos hacerla sin ellos. Idos al hospital. Nos encontraremos aquí más tarde.

—Seguimos queriendo nuestra parte —dijo Logan.

—No os preocupéis. Dios, llévate eso de aquí… Nos está dejando todo perdido. Mira la maldita moqueta.

Jane oyó los gemidos de Joseph, que se iban perdiendo mientras su hermano lo conducía fuera de la habitación y escaleras arriba, pero aún podía sentir la presencia de alguien en la habitación.

—¿Te ha tocado? —le preguntó la mujer.

Jane sacudió la cabeza bajo la capucha.

Reggie suspiró.

—Todo acabará pronto —dijo, y salió de la habitación.

Cincuenta y seis

Terry

Vince Fleming se puso el móvil en la oreja y dijo:

—Hola. —Con la mandíbula apretada, escuchó a la persona al otro lado de la línea. Pasaron unos treinta segundos antes de que dijera —: Entiendo. —Colgó y guardó el teléfono.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Debo darles el dinero en media hora.

—¿Media hora? —preguntó Cynthia.

—Tenemos que volver a tu casa —me dijo.

—¿Para qué?

Inclinó la cabeza hacia el asiento trasero.

—Hay que deshacernos de ellas.

—Tenemos nombres —le dijo Grace.

Vince se medio giró en su asiento para mirarlas.

—Necesito que me prestéis a Terry para esto. Necesito un conductor. Pero vosotras no podéis venir. Si vieran un coche lleno de gente, se asustarían. No creo que haya peligro. Solo les entregaré las cosas. Entonces me dirán dónde está Jane, pero no podéis venir.

—¿Cómo puedes decir que no será peligroso? —preguntó Cynthia —. ¿Y si esta gente cogiera el dinero y…? —Le estaba costando trabajo pronunciar las palabras—. ¿Y si cogieran el dinero y te pegaran un tiro o algo?

—Eso no va a suceder —dijo Vince.

—No puedes saberlo —le dije.

—Lo sé.

—Sabes que Cyn tiene razón. Hay muchas razones para creer que te meterán un balazo y se llevarán el dinero y nunca volverás a ver a Jane.

—Eso no es lo que va a ocurrir.

—¿Así que tienes algún plan brillante? —preguntó Grace.

El hombre no respondió por un momento.

—Sí —dijo—. Y cuanto antes me deshaga de ti y de tu madre, antes podré ponerlo en marcha.

A veces, Vince hacía muy difícil que te cayera bien.

Quité el pie del freno y puse rumbo a casa. Tenía la sensación de que Cynthia quería hablar conmigo, pero, delante de Grace y de Vince, no iba a decirme lo que pensaba. No quería que me quedara solo con Vince, yo lo sabía, pero ella tenía que saber que tampoco era buena idea que Grace formara parte de esa aventura interminable. En realidad, tenía sentido dejarlas a los dos y que yo me quedara con Vince. Aún estaba considerando la idea de llamar a la policía, de cuándo hacerlo. Me preguntaba si Cynthia la llamaría en cuanto la hubiéramos dejado en casa.

Estábamos a punto de llegar cuando Vince dijo:

—Cogeremos mi *pick-up.* Es probable que la estén esperando, pero podrás conducirla.

Ya en el camino de entrada y con el coche apagado, le dijo a Cynthia:

—No os quedéis por aquí.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Por qué no?

—No os podría asegurar que alguien no vendrá de vuelta por aquí. Y no será nadie que trabaje para mí, eso sí lo sé. Hasta que esto termine, vosotras dos os vais. Dad vueltas en el coche. Idos al centro comercial. No sé, pero no os quedéis aquí. Os llamaremos cuando hayamos terminado.

Le dije:

—Es una buena idea.

Salimos todos del coche. Vince reunió el botín, incluidas las bolsas que había traído del taller de chapa y pintura, lo llevó todo a su camioneta y lo puso en el suelo. Sacó las llaves del bolsillo y, cuando las puertas estuvieron abiertas, me las arrojó.

Fallé al tratar de capturarlas, así que tuve que agacharme para

cogerlas del césped. Me pareció ver una pequeña señal de fruncimiento en su ceño. Sin duda, se preguntaba si a la confianza que había puesto en mí le faltaba fundamento.

Yo habría dicho que sí.

El hombre cojeaba, aunque no parecía estar a punto de desplomarse; sin embargo, sí que parecía aún más débil que un par de horas antes. Dio la vuelta hasta el lado del pasajero de su camioneta, metió las bolsas detrás del asiento y se subió.

—¿Adónde se supone que debemos ir? —preguntó Grace.

—Al apartamento de tu madre —le sugerí.

Cynthia hizo una señal con la mano para alejar a Grace.

—Tengo que hablar con tu padre —dijo—. Esto no me gusta. Una cosa es reunir el dinero y otra ir a entregar el rescate a los secuestradores.

—No esperaba que mi día se desarrollara así, exactamente —le dije.

—Si quieres, ahora mismo pongo fin a todo esto. Llamaré a la policía. Vince se enfadará, pero no podrá hacer nada. Y, en lo que respecta a Grace, buscaremos un abogado y haremos lo que tengamos que hacer. —Vaciló—. Ahora mismo, en este preciso momento, se trata de Jane —añadió—. ¿Y si traer a la policía…? ¿Y si eso de verdad estropeara las cosas de alguna manera y terminara provocando la muerte de Jane?

—Con toda franqueza, no sé qué hacer, pero mi instinto me dice que esto lo tiene que resolver Vince, que es él quien decide cómo jugar a esto. Es su hijastra. No estoy seguro de que esto dependa de nosotros. Y si no, tampoco veo cómo podría dejarlo manejar todo esto solo. Su gente ha muerto o lo ha abandonado. Ahora mismo, nosotros somos lo único que tiene.

Cynthia me puso una mano en el hombro.

—Ten cuidado, ¿vale? ¿Me lo prometes? ¿No se te va a ocurrir hacer alguna estupidez?

—Ese consejo llega un poco tarde.

Estaba desesperado por hacer algún tipo de broma, y no la típica

escena del soldado que va a la guerra. Le di un beso rápido. Pensé que un beso demasiado largo le daría la impresión de que no iba a volver.

Y sí iba a volver.

Cynthia me cogió la mano y me la apretó. Abrí la puerta de la camioneta, me subí y me acomodé al volante.

—¿Recuerdas lo que te dije hace siete años? —preguntó Vince.

—¿Eh?

—¿Cuando tú y yo partimos en esta misma camioneta? Yo estaba ayudándote a averiguar lo que le había pasado a la familia de tu mujer. ¿La noche en que acabé con una puta bala en las tripas?

—Dijiste que no toqueteara la radio: «No toques las emisoras o te mato».

Vince asintió con la cabeza.

—Eso no ha cambiado —dijo.

Cincuenta y siete

Terry

—Quieren hacer el intercambio en el cementerio —dijo Vince en cuanto llegamos a la carretera—. ¿Sabes cuál? ¿En el camino hacia el centro comercial?

—Sí —dije—. ¿No es un topicazo?

Se quedó mirándome.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que no sean lo bastante originales?

—Mira, este es mi último intento: llama a la policía.

—No.

Bajé la voz. No quería ponerme a discutir con él. Solo quería exponer mi caso.

—Ya has admitido que, en este momento, tu futuro es un tanto sombrío. Si la gente que ha secuestrado a Jane no consiguiera matarte, la gente cuyo dinero estás usando para salvarla querrá hacerlo el día que vengan a cobrar. Así que no estamos hablando de salvar tu pellejo. Lo único que debe preocuparnos es Jane, y la policía tiene más posibilidades que tú de recuperarla con vida.

—La cagarían —dijo.

—Tienen helicópteros y dispositivos de rastreo. Saben cómo intervenir las cámaras de vigilancia de todo el mundo. Para seguir a esta gente, pueden disponer de policías de todos los tipos en coches normales. Tú estás solo. Conmigo, somos como uno y medio. Si los llamaras ahora mismo, podrían poner a alguien cerca del cementerio. Podrían vigilar todo lo que ocurra. Serían como refuerzos.

—Tenemos refuerzos —dijo Vince.

Aparté los ojos de la carretera un segundo para mirarlo.

—¿Qué?

—Aquí mismo —dijo, y abrió la guantera. Vi lo que parecía la culata de una pistola. La cogió con la mano y la sacó.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

—Ah, fabuloso. Sí, es una Mixmaster.

—¿Sabes qué tipo de arma es, listillo?

—No.

—Es una Glock 30.

—Estupendo —dije—. Así que ese es el plan. Ese ha sido siempre el plan. Vas a dispararle a todo el mundo.

—No. Al menos al principio. —Se inclinó sobre el asiento de modo que la pistola quedó a menos de medio metro de mí—. ¿Tienes idea de cómo usar una de estas?

—Dios, Vince.

—¿Sabes?

—Tienes que tirar de esa cosa de ahí. —Señalé el gatillo.

Cogió la pistola con la mano derecha y, con la izquierda, deslizó la parte superior hacia atrás.

—Así es como se sabe si hay alguna bala en la recámara. Y así es como se quita el cargador, y no es que esto sea importante.

—¿Por qué me lo dices?

—Cállate y escucha. No hay seguro, ¿entiendes? Una vez que pones el dedo en el gatillo, el seguro se desactiva, y una vez que aprietas el gatillo, el maldito cacharro dispara. Si te puedes hacer una idea de cómo usar esta, puedes hacerte una idea de cualquiera. No es neurocirugía.

—¿Me vas a dar eso?

—No.

—Si tienes otra por ahí, no la quiero.

—No tengo otra —dijo Vince. Dejó el arma en la parte superior de su pierna derecha.

—Vas a acudir a esa reunión con un arma.

—Sí, señor. La llevaré metida en el cinturón, donde puedan verla.

—Puede que no les guste —opiné.

—Ya lo creo que no les va a gustar.

—Si hubiera más de una persona, te la quitarían, así de simple.

—Eso es lo que yo haría si fuera ellos —dijo Vince.

—No eres Bruce Willis en *Jungla de cristal.* No tienes otra pistola pegada a la nuca.

—Lo sé.

—Y no tienes un arma para mí. No voy a esconderme detrás de una lápida para cubrirte el culo.

—Lo sé —dijo Vince.

—¿Así que vas a acudir a esa reunión sabiendo que aún no has vaciado todas las casas, sin saber si llevas lo que quieren o no, y además vas a dejar que te quiten la pistola?

—Cuento con que así va a ser —dijo.

Mantuve el pie en el acelerador. Empezaba a pensar que era Vince a quien Cynthia debía haberle dicho que no hiciera ninguna estupidez.

—Vince, te juro que si…

—¿Confías en mí? —preguntó.

Me reí.

—¿En serio? Reclutas a nuestra señora de la limpieza, escondes dinero en mi casa, no nos dices la verdad de lo que le pasó a Stuart ¿y tienes el descaro de preguntarme si confío en ti?

Vince se calló por un momento.

Luego dijo:

—Ya se lo he explicado a tu hija: Stuart fue asesinado en esa casa por alguien que no era Grace. Les pedí a mis chicos que le mandaran un mensaje hoy con el teléfono de Stuart. Quería que pensarais que seguía vivo y dejarais todo en paz, pero no lo habéis hecho.

—¿Qué ocurrió con él, Vince?

Otra pausa, y luego:

—Después de que Grace llamara a Jane, Jane me llamó a mí y me puso al corriente. Gordie, Bert y yo corrimos a ese lugar y encontramos al chico. Había recibido un balazo justo aquí. —Se tocó

la mejilla izquierda, cerca de la nariz—. Murió rápido, supongo. Lo envolví en plástico y lo metí en el maletero. Limpiamos el lugar lo mejor que pudimos, aunque con la intención de volver para hacer un trabajo más cuidadoso y reparar la ventana, que sigue abierta de par en par. Es posible que, a estas alturas, la casa esté llena de malditas ardillas y Dios sabe qué más. Revisamos el ático para ver si el dinero y lo que fuera seguían allí, pero no.

Volví a preguntarle:

—¿Qué hicisteis con él?

Vince se volvió hacia mí.

—Se lo dimos de comer a los cerdos.

Eso me dejó sin palabras.

Vince llenó el vacío.

—No lo van a encontrar nunca. —Había tristeza en su voz.

Me las arreglé para juntar algunas palabras.

—¿Y Eldon?

—Yo lo he matado.

Por segunda vez en diez segundos, yo no tenía nada que decir.

—Se había tomado mal la noticia —dijo Vince—. Quiero decir, ¿quién no? Puedo entenderlo. Y me lo esperaba, pero había empezado a acusarme de haberlo hecho. Decía que iba a llamar a la policía. Estaba fuera de sí.

Larga pausa. Me hizo recordar que el último en sugerirle que acudiera a la policía había sido yo.

—Has dicho que mi futuro es sombrío. Tienes razón. A estos gilipollas que me dejaron su alijo, bueno, si al final no consigo recuperarlo todo, ya se les pasará. Me importa una mierda, pero Eldon… —Sacudió la cabeza—. Creo que, para mí, ese ha sido el final del camino. No sé si lo he sabido en ese momento, pero ahora sí. Estoy acabado. Recuperaré a Jane y que pase lo que tenga que pasar.

Yo todavía no tenía nada que decir.

—Te has reído cuando te he preguntado si confiabas en mí. Así que te estoy exponiendo todo esto. Esto es lo que ha pasado, esto

es lo que he hecho. Y no tiene por qué gustarte, pero es la verdad. Así que, cuando te digo que voy a esta reunión con un plan, quiero que confíes en mí. Así que ¿confías en mí?

Yo sentía la boca seca.

—Sí —afirmé.

—Sé lo que piensas de mí. Sé que te crees mejor que yo, y quizá tengas razón. Crees que soy un pedazo de mierda sin sentimientos, que no tengo corazón, y puede que en eso también tengas razón. ¿Quieres la verdad? Desearía haber sido un mejor hombre. —Hizo una pausa—. Alguien como tú, pero no lo soy. Soy esto. No pretendo ser nadie más, no puedo, pero eso no significa que no me importe una mierda. Quien sí me importa es Jane. Para aquí.

Estábamos llegando a la entrada del cementerio. Reduje la velocidad, giré el volante y atravesé las puertas con lentitud. Vince habló:

—Me han dicho que buscara un BMW.

A menos de diez kilómetros por hora, fuimos avanzando por el estrecho camino asfaltado que serpenteaba entre las lápidas. Miré a la derecha y vi un coche y a una mujer de pie junto a la puerta del conductor.

—BMW —dije.

—Me resulta familiar —dijo Vince—. Se llama… Reggie. Eso es lo que me ha dicho, al menos.

Busqué la siguiente calle a la derecha y giré con cuidado para no pisar el césped. Unos treinta metros más adelante, el carril estaba bloqueado por el BMW.

—Cuando estés a unos cinco coches de distancia, para.

Y eso fue lo que hice.

—Apaga el motor —dijo Vince.

También hice eso.

Reggie era delgada, pelo castaño, de un metro sesenta y cinco. Vestía una camiseta negra y unos vaqueros que parecían costar más que todo lo que yo llevaba puesto, incluido mi teléfono. Se había movido, con el trasero apoyado en el capó y los brazos cruzados. En

su bolsillo delantero derecho me pareció ver el contorno de un móvil.

—No veo a Jane en el coche —dije—. A menos que esté echada atrás o en el maletero.

—No la habrán traído —dijo Vince—. Primero tienen que echarle mano al dinero. —Entrecerró los ojos—. Esta mujer me dio algo a guardar hace una semana. —Un momento de silencio—. ¿Para qué tomarse tantas molestias si iban a secuestrar a Jane?

—Estarían pescando —dije.

—¿Eh?

—Estaban tirando el sedal, viendo dónde había peces.

Se quedó pensando.

—Si las bolsas estaban cebadas con localizadores…, lo que querían era averiguar dónde tenías escondidas las cosas, pero había demasiados sitios. Eso pudo haber sido.

Se metió la Glock en la cintura del pantalón, cerca de la cadera, donde quedaría a la vista. Abrió sin prisas la puerta del pasajero y puso un pie en el suelo.

—¿Vienes? —preguntó.

Titubeé.

—Te lo preguntaré una vez más. ¿Confías en mí?

Asentí.

—No te preocupes. Tan solo déjate llevar. Sigue tus instintos. Cuando la oportunidad se presenta, hay que ir a por ella.

—¿Qué clase de…?

—En marcha.

Bajó la otra pierna, mantuvo la puerta abierta y salió del coche.

—Hola —le dijo a la mujer—. Encantado de verte de nuevo, Reggie.

Ella asintió y luego inclinó la cabeza hacia mí. Yo aún estaba detrás del volante, con las dos manos aferradas a él.

—¿Quién es? —preguntó cuando me vio salir de la *pick-up.*

—Trabaja para mí —dijo Vince.

—¿Es policía?

Vince se echó a reír.

—Sí, del FBI.

—¿Lo traes todo? —le preguntó Reggie.

Vince buscó en la camioneta y sacó las bolsas de Walgreens por las asas, tres en una mano y cuatro en la otra.

—¿Dónde está Jane? —preguntó.

—Está bien.

—No te he preguntado cómo está. Te he preguntado dónde está. Tienes que abrir tus putos oídos.

La mujer pareció sorprenderse. Se apartó del coche, pero no se acercó más.

—La liberaremos cuando tengamos lo que queremos. Y ni se te ocurra sacar esa pistola.

—Nunca sabes a lo que te enfrentas cuando tratas con delincuentes —afirmó Vince.

—¿Crees que he venido sola?

—No.

—Tienes razón. Ahora mismo te están vigilando. Y si tocas esa cosa, mueres, y tu hija también.

Quise mirar a mi alrededor, a ver si descubría quién más estaba allí, pero resistí la tentación. No creí que estuviera mintiendo.

—Entiendo —dijo Vince.

La mujer se me quedó mirando.

—¿Qué llevas?

—¿Qué? —pregunté.

—Quiere saber si tienes un arma —dijo Vince.

—No —le dije.

Reggie me miró durante unos segundos y luego volvió a mirar a Vince.

—Tráelas.

—¿Por qué no vienes a buscarlas?

Ella lo miró con fijeza.

—Dile a tu lacayo me las traiga.

Vince se volvió hacia mí.

—Hazlo —dijo.

Fui al frente de la camioneta, le quité las bolsas, las acerqué a la mujer y las puse en el suelo, delante de ella. Luego volví y tomé mi puesto junto a la *pick-up.*

La mujer miró las bolsas y luego volvió a mirar a Vince.

—Hay algo que debes saber —dijo Vince.

—¿Qué?

—Ahí no está todo.

Reggie se lo quedó mirando durante un momento con un silencio atónito.

—¿Qué?

—No he podido recogerlo todo. No me has dado suficiente tiempo. Queda un lugar donde hay una suma jodidamente grande. Tal vez sea la que buscas. No sé. Tengo la idea de que tal vez no solo buscas el dinero. En una de esas bolsas hay mucho cristal. ¿Eso querías?

Reggie se puso de rodillas y empezó a hurgar en las bolsas, una tras otra. Después de haber registrado la última, levantó la vista y dijo:

—Mierda.

—¿No hay nada que te guste? —le preguntó Vince, como si la mujer estuviera mirando zapatos.

—Veo mucho dinero. Y eso está bien, pero estoy buscando algo en particular.

—¿Qué?

La mujer titubeó.

—Es… un jarrón.

Vince se quedó pensando.

—Sí. Me lo dejó un chico apellidado Goemann. ¿Digamos que azul, así de alto? —Vince tenía las manos separadas unos treinta centímetros—. Wedgwood o algo así, con querubincitos y mierdecitas a los lados.

—Ese.

—Junto con un montón de dinero en efectivo.

—Sí —dijo.

—Qué suerte tienes. Eso está justo en el lugar al que no he tenido tiempo de llegar, pero aún puedo conseguirlo. Así que ¿cómo quieres que manejemos esto?

—Si hay tanto escondido en ese lugar —preguntó Reggie—, ¿por qué no has ido ahí primero?

—La casa no estaba vacía, pero ahora sí. La mujer que vive allí es enfermera y hace el turno de tarde en el hospital Milford. Vive sola, no tiene hijos. Este es un momento seguro para entrar en esa casa. Solo tengo que subir al ático. Te diré algo: espera aquí y volveremos en una hora, más o menos.

Ella se enderezó.

—No pienso perderte de vista. Ya no.

—Qué hacemos, ¿entonces?

—Iremos contigo —dijo Reggie.

—No sé.

—No, así es como lo vamos a hacer. Iremos contigo a la casa de la enfermera a por lo último. Y entonces dejaremos ir a Jane.

Vince dejó escapar un largo suspiro, miró el suelo y pateó un pequeño guijarro.

—No me gusta.

—Así ha de ser.

Tras pensarlo un momento, Vince dijo:

—De acuerdo.

—Y te deshaces del arma —dijo.

—No sé.

Reggie miró a su derecha, más allá de la camioneta.

—¡Wyatt!

Vince y yo nos giramos. Vimos a un hombre salir de detrás de un roble de tronco ancho. Tenía una pistola en la mano y apuntaba a Vince.

—Me acuerdo de ti —dijo Vince—. Tú también hiciste un depósito. Sois bastantes, vosotros dos y los demás. Dejadme adivinar: ¿GPS?

—Deja tu arma en el suelo —le dijo Wyatt.

Moviéndose con lentitud, Vince se sacó la pistola de la cintura, se inclinó y, cuando el arma estaba a medio metro del suelo, la soltó. La pistola cayó en la suave hierba sin hacer ruido. Wyatt apartó a Vince del arma con un ademán; luego se inclinó y la cogió.

Reggie señaló hacia mí.

—Tienes que registrarlo a él también —dijo.

Wyatt le entregó la Glock de Vince. Ella se quedó apuntando hacia mí mientras su compañero me cacheaba.

En cuanto Wyatt se apartó de mí, me dirigí a Reggie:

—Te he dicho que no tenía nada.

—De acuerdo, entonces —dijo ella—. Parece que estamos listos. Cogeremos mi coche. —Me entregó las llaves—. Tú conduces.

Wyatt le dijo a Reggie que se sentara delante conmigo, que él se pondría detrás, con Vince. Tendrían pistolas apuntando hacia nosotros todo el tiempo.

Mientras dábamos unos cuantos pasos hacia el coche, Vince llamó mi atención y sonrió.

Cincuenta y ocho

Terry

Wyatt guardó en el maletero las bolsas de dinero y los múltiples objetos recuperados de las casas que Vince había utilizado como cajas de seguridad. En cuanto estuvimos todos en el coche, Vince me tocó el hombro y me dijo:

—Sácanos de aquí y coge a la izquierda por Cherry. Cuando llegues a Prospect, gira a la izquierda.

Eso hice.

—Tengo curiosidad —dijo Reggie—. ¿Cómo lo haces? Escondes el dinero en casas de gente normal, ¿verdad? Pero ¿con el consentimiento de la gente o sin él?

—No lo saben —dijo Vince.

—Brillante, pero, entonces, ¿cómo puedes evitar que tropiecen con él? Para ponerlo en las paredes, entre los montantes, tendrías que cortar los paneles de yeso, hacer todo tipo de reparaciones, pintar… Ese tipo de cosas. Quiero decir, si piensas dejar algo allí durante diez años, está bien, pero no es así, ¿verdad?

—Ático —dijo Vince—. Por lo general, bajo el aislante.

Ya no llevábamos la escalera con nosotros. Mi esperanza era que, sin importar a qué casa nos estuviéramos dirigiendo, tuviéramos un fácil acceso al ático.

—Hay dos hombres, unos hermanos —dijo Vince—, Logan y Joseph. Están contigo, ¿verdad?

—Sí —dijo Reggie—. Todos te dejamos algo de dinero para saber adónde iba a parar. Y tienes razón acerca del GPS. Cada vez que te dábamos dinero, veíamos cómo iba a parar a un lugar diferente, pero no teníamos ni idea de cuántos lugares había. Si hubiera sido solo uno, hubiéramos podido manejar todo esto de otra manera. Al

final, tenía más sentido secuestrar a tu hija y que tú nos lo trajeras todo.

¿Estaría Vince pensando lo mismo que yo? Si sabían dónde estaba escondida una parte del dinero, quizá ellos eran quienes habían asaltado la casa de los Corro la noche anterior. Se habían marcado un tanto, pero no tan bueno como ellos pensaban.

—¿Cómo supiste de mí? —preguntó Vince.

—Uno de tus clientes. Goemann. Estaba escondiendo cosas que no le pertenecían. Se las había quitado a mi tío: un par de cientos de miles y el jarrón. Nos dijo que te los había confiado hacía un par de semanas, porque supuso que mi tío iría a por él antes de que pudiera vendérselos a otro interesado. ¿Cómo habrá sabido Goemann de ti?

—Se ha estado alojando con una chica. El novio de ella, un motero, le habló de mí. Al menos, eso me dijo.

—¿También escondes cosas para las bandas de moteros? —le preguntó Reggie.

—Sigue con tu relato.

—Goemann nos habló de este servicio bancario único que ofreces. Le preguntamos en qué casa estaba escondido su material. Creíamos que tal vez les revelabas esa información a tus depositantes, pero nos dijo que no lo sabía. Wyatt y yo lo presionamos, hasta que nos salió con que podría ser en aquella casa donde vivían un par de profesores jubilados, pero resulta que Goemann se había sacado la dirección de la manga, porque registramos el lugar de arriba abajo, incluyendo el ático.

Los Bradley. Esos dos habían asesinado a Richard y Esther Bradley. Reggie y Wyatt no eran solo un par de ladrones que estaban tratando de estafar a otro ladrón. Eran asesinos a sangre fría.

Vince me dijo:

—Gira aquí, a la derecha.

Obedecí. Pasamos por el centro histórico, a lo largo de Broad Street. Un minuto después, estábamos en Golden Hill.

—Aquí a la izquierda —dijo Vince—, y luego sigue por Bridgeport.

—Se volvió hacia Reggie—. Ahora tengo una pregunta para ti.

—Adelante. Aquí todos somos amigos.

—Ha sido mucho el capital inicial que has invertido en esto. Podrían no ser los mayores depósitos que he recibido, pero, acumulados, son una pasta.

—Bueno, en primer lugar, vamos a recuperarlo todo, ¿no? —dijo—. Pero, aunque lo perdiéramos, teníamos dinero para tirar. ¿Has oído del negocio de reclamar devoluciones a Hacienda?

—Déjame adivinar —dijo—. Roban identidades, presentan declaraciones con devoluciones decentes a nombre de esas personas y las hacen enviar a un apartado de correos.

—Más o menos. Wyatt, mi marido, es el cerebro de todo esto. —Miré por en el espejo y vi que el hombre sonreía. Reggie continuó—. Recibimos cheques de reembolsos con mucha regularidad. Es una gran línea de trabajo. No es como robar bancos. Aquí no te hieren. Quizás haya algunas lesiones por movimientos repetitivos, dado el tiempo que tienes que pasar delante del ordenador, pero, aparte de eso, es genial. Es el bebé de Wyatt. Yo me hago cargo de otros trabajos que tienen mayores exigencias físicas.

—¿Como matar gente?

—Lo que sea.

—Entonces, ¿por qué esto? —dijo Vince.

—¿Cómo? —preguntó Reggie.

—Todo esto de robar lo que hay en mis casas, toda esta mierda, cuando lo único que quieres es lo que me dejó Eli.

—Ya te lo he dicho: es un favor para mi tío. Recuperar lo que le pertenece, pero podrás ver cómo todo esto se ha convertido en una oportunidad de oro. Ha sido como pescar con redes. A lo mejor has salido a por salmones, pero, si acabas con una tonelada de langostas, no las devuelves al océano.

—A la izquierda en ese semáforo —me dijo Vince.

Puse el intermitente y me incorporé al carril de giro.

Reduje la velocidad, pisé el freno y encendí el intermitente izquierdo. Ya atravesado el cruce, en dirección sur, Vince me dio un

par de indicaciones más. Ahora nos dirigíamos por una calle que yo conocía muy bien.

—Es justo aquí —me dijo Vince—. Gira en esa casa de ahí, donde está el pequeño todoterreno con una escalera en el techo.

Me detuve en la entrada y apagué el motor. Yo ya había tenido la sensación de que podíamos estar dirigiéndonos a este lugar. Con razón, Vince les había dicho a Cynthia y a Grace que desaparecieran.

Estábamos en casa.

Cincuenta y nueve

Terry

¿Habría escondido Vince las cosas de Eli Goemann en nuestro ático?

De haber sido así, no llevaban mucho tiempo en ese lugar. Reggie había dejado claro que Vince las había tenido solo durante las últimas dos semanas.

¿Cuándo demonios había estado en nuestra casa, él o alguno de los miembros de su equipo? Y si había casi un cuarto de millón de dólares escondido sobre nuestras cabezas, ¿por qué Vince no había querido molestarse en recuperarlo antes de salir juntos a vaciar otras casas?

No era como si pudiera preguntárselo en ese instante.

Abrimos las cuatro puertas del BMW y Reggie me arrebató las llaves.

—Bonita casita para una enfermera —dijo. Noté que tenía la pistola de Vince en la mano. En cuanto Wyatt estuvo fuera del coche, vi que él tenía la suya metida en la cintura.

A Vince le costó algo de trabajo salir del coche. Después de ponerse en pie, se tambaleó un poco. No tenía buen aspecto.

—Necesito un baño —dijo—. Me voy a desbordar.

—¿Eh? —dijo Reggie.

—Mi maldita bolsa —le dijo Vince.

Ella parpadeó y se tomó un momento para averiguar de qué estaba hablando.

—Ah —dijo—. Bueno, entremos.

Vince señaló mi Escape.

—Coge esa escalera. Nos va a venir bien.

Wyatt tenía cara de perplejidad.

—Si la mujer que vive aquí está en el trabajo, ¿de quién es el

coche?

«Mierda».

Vince no esperó ni un segundo.

—El hospital está a solo cinco minutos de aquí. Se va en bicicleta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Wyatt.

Vince lo atenazó con una mirada.

—¿Crees que voy a dejar dinero en casa de gente sin conocer sus rutinas?

Fui al Escape. Por lo general, para bajar algo de la baca, abro una puerta o dos y apoyo los pies en el panel inferior. Así me es más fácil soltar las cuerdas elásticas, pero se suponía que yo no tenía la llave, así que me puse de puntillas para hacer el trabajo. Bajé la escalera con cuidado.

La llevé a la entrada principal, donde todos me esperaban.

—Has traído la llave, ¿verdad? —preguntó Vince.

Me llevé la mano al bolsillo.

—Sí —le dije, y saqué un llavero que incluía las llaves del Escape. Si a Wyatt o a Reggie les pareció raro que yo guardara el mando de un coche en el mismo llavero que la llave de una de las muchas casas a las que Vince tenía acceso, no dijeron nada.

—¿Conoces el código? —preguntó.

—Está anotado —dije, e hice ademán de buscar un trozo de papel en mi cartera; de hecho, era un recibo de gasolina. Volví a metérmelo en el bolsillo—. Lo tengo.

Me adelanté a Vince y a los demás para ser el primero en llegar a la puerta principal. Tanteé un poco. Metí la llave y giré la cerradura. Cuando la puerta se abrió y el sistema de seguridad empezó a pitar, avisándome de que solo tenía unos segundos para desactivarlo, fingí un momento de confusión, como si me preguntara dónde estaría el teclado.

Introduje el código de cuatro dígitos. El pitido se detuvo y volví a salir para traer la escalera. Se adentraron unos pasos en la casa. En ese momento, Wyatt se sacó la pistola de la cintura y la empuñó.

—Baño —dijo Vince.

Empecé a decirle:

—Está… —pero cerré la boca.

Luego, casi de inmediato, corregí:

—Creo que está ahí, al final del pasillo. Lo usé la última vez que estuve aquí.

Vince cojeaba mucho. Caminó unos pasos, encontró el tocador de la planta baja y entró. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Wyatt metió la mano y la bloqueó.

—No te voy a perder de vista —dijo.

—Estupendo —dijo Vince—. Puedes ver cómo lo hago.

Desde mi posición al final del pasillo, no podía ver nada, pero me bastaba la imaginación. Me preguntaba cuánto tiempo querría Wyatt ver a Vince vaciar una bolsa de plástico llena de orina.

—Ah, coño —exclamó Wyatt.

Resultó que no mucho. El tipo salió al pasillo, justo delante de la puerta de la cocina.

«La cocina».

Había fotos familiares sujetas con imanes decorativos por toda la nevera. Si Reggie o Wyatt entraran allí y miraran la nevera, si me descubrieran en una de las instantáneas, ¿cómo explicarlo?

Retrocedí a la cocina, fui a la nevera y eché el más rápido de mis vistazos a las fotos. Dado que yo había tomado la mayoría, eran raras aquellas en las que yo aparecía. Muchas de Grace y de Cynthia y de Cynthia y Grace juntas. De la docena o más de fotos, estaba bastante seguro de que solo salía en una de ellas: era una foto de hacía tres años en la que aparecía con una veintena de mis alumnos. Nos la habían tomado justo antes de que nos subiéramos a un autobús para ir a ver una obra en Broadway. Para mis alumnos de escritura creativa de entonces, había sido una excursión poco frecuente. En la imagen, mi cabeza salía tan pequeña que supuse que, aunque Wyatt o Reggie la vieran, no podrían reconocerme.

Oímos el sonido de la cisterna y Vince salió del baño.

—Vamos arriba —dijo Reggie.

—¿Te has lavado las manos? —preguntó Wyatt.

Vince cojeó hacia las escaleras y empezó a subirlas, seguido por Wyatt y Reggie. Yo iba atrás. Necesitaba algo de distancia, porque llevaba la escalera.

Tuve que fingir que no recordaba dónde estaba el acceso al ático.

—Aquí dentro, ¿verdad, Vince? —pregunté, de pie ante la puerta de la habitación que Cynthia y yo utilizábamos como estudio.

—Sí —dijo.

Entré, crucé la habitación y abrí el armario. El panel que daba al ático estaba arriba y, como el armario era profundo, con la balda y la barra para perchas empotradas, no era difícil de alcanzar. Abrí la escalera y me aseguré de que estuviera firme.

—¿Quién sube? —preguntó Reggie.

—Ve tú, si quieres —dijo Vince—, pero no seré yo. No puedo agacharme tantas veces. Las piernas y las rodillas me están matando. Y ahí arriba debe de hacer un calor del carajo.

—Yo tampoco voy a subir —dijo ella—. Y no sé dónde lo escondiste. —Se me quedó mirando—. Supongo que tendrás que ser tú.

—Sí —dije—. Yo iré.

—Yo también —dijo Wyatt—. Te sigo.

Miré a Vince, que me hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—Me vendría bien una linterna —dije—. Llevo todo el día usando el móvil, pero no es lo más práctico.

Todos se encogieron de hombros. No era como si alguien fuera a salir corriendo al Home Depot a comprarme una, y tampoco iba a decirles que podían encontrar una en un cajón de la cocina, junto al fregadero.

—Bien, subiré sin ella —dije—. ¿Me dices otra vez en qué esquina lo pusimos? —le pregunté a Vince.

—Busca por ahí. Lo encontrarás. —Quizás no lo sabía. Lo más probable era que aquí hubieran estado Gordie o Bert o Eldon, y no él —. Prueba en el punto más alejado de la abertura. Trabaja desde atrás.

Empecé a subir por la escalera y me detuve cuando estuve lo bastante cerca para apartar el panel. La trampilla era un cuadrado de un poco más de medio metro por lado. Aparté el panel y metí la cabeza.

Otro ambiente oscuro y caluroso, otro más. La abertura estaba en la esquina noreste de la casa, así que lo más probable era que el dinero estuviera escondido en la esquina suroeste. Terminé de subir y, con movimientos torpes, me puse de pie. Bajo la zona donde el techo era más alto había espacio suficiente para caminar erguido. Me aparté unos pasos para hacer sitio a Wyatt. El tipo aún tenía la pistola en la mano.

—Necesito algo —le dije, y le entregué mi móvil, que tenía activada la linterna—. ¿Puedes sostener esto y apuntar en mi dirección general?

—Claro —dijo, y lo cogió con la mano izquierda.

—Ten cuidado dónde pisas —le advertí—. No hay suelo. Solo los espacios abiertos entre las vigas. Usamos casas que no tienen suelo en los áticos para poder llegar con mayor facilidad al aislamiento.

—Vale —dijo.

Caminé por los montantes. Iba apoyando las manos en el techo para sostenerme y equilibrarme. Seguí la línea de la cumbrera hasta llegar a la pared del fondo. Luego tuve que agacharme para meterme en la esquina.

Me puse de rodillas, a horcajadas entre las vigas, y metí la mano bajo el aislante. Seguí pasando la mano, con la esperanza de toparme con algo.

No encontré nada entre los dos primeros juegos de vigas, así que me desplacé para poder examinar el siguiente par.

Lo recorrí con la mano a lo largo, y a lo largo, y…

Di con algo. Parecía una caja de cartón.

—Espera —dije, y empecé a levantar el aislante.

Era, en efecto, una caja. Larga, baja y estrecha. Con mi teléfono en la mano de Wyatt, la mayor parte de la luz me daba en la espalda y ensombrecía mi descubrimiento.

—¿Puedes ver bien? —preguntó Wyatt—. ¿Me necesitas más cerca?

—No hay problema —le dije—. Ahora que sé que está aquí, puedo ir tanteando alrededor.

Y eso fue lo que hice. Levanté las solapas de la caja y metí la mano. Esperaba sentir fajos y fajos de papel.

Y, de hecho, algo de eso fue lo que sentí, pero era papel arrugado, no en pilas. Lo habían utilizado como embalaje. Mi mano no lograba encontrar nada que pareciera dinero o un jarrón.

Lo que estaba tocando era algo muy distinto.

Un objeto frío, duro y metálico. Y no solo uno. Había varios. Fui recorriéndolos con los dedos, tratando de traducir esas sensaciones táctiles en una imagen mental.

«Armas».

Sesenta

Antes de cualquier otra cosa, Nathaniel Braithwaite sentía que debía encontrar a los perros. Y, una vez hecho eso, bueno, se iría.

Habiendo escapado de los matones de Vince Fleming, corrió directo al bosque. Tropezó dos veces. Las ramas le golpearon la cara, pero siguió adelante hasta salir por el otro lado, detrás de una pequeña plaza. Frente a los comercios encontró a una mujer que, sentada al volante de un taxi, tomaba café. Consiguió que la taxista lo llevara de vuelta al barrio donde había estado paseando a Emily y King y donde encontraría su Cadillac.

Ella se quedó mirando su labio.

—¿Te has metido en una hélice? —le preguntó.

Segundos después de haber saltado de la furgoneta y poco antes de que trataran de practicarle una operación dental con la Black & Decker, había oído el trancazo. Braithwaite alcanzó a mirar por encima del hombro, tan solo un segundo, lo suficiente para ver en la acera, delante del camión de FedEx, el distorsionado cuerpo de uno de los hombres.

No supo qué sentir. No era regocijo. No en ese momento. Solo alivio. Estaba seguro de que el muerto ya no iría a ir a por él y de que el accidente mantendría al otro hombre demasiado ocupado para perseguirlo.

Pero eso no significaba que no fueran a buscarlo más tarde.

Nathaniel tuvo suerte poco después de que el taxi lo dejara. King estaba arañando la puerta trasera de su propia casa. Emily, en lugar de volver a la suya, seguía junto a King, echada en la hierba, a todo lo largo, y observando cómo su compañero intentaba abrirse paso de vuelta a la residencia familiar.

Al ver a Braithwaite doblar la esquina de la casa, los perros

corrieron hacia él, moviendo la cola con tanta fuerza que sus cuerpos giraban.

—Vale, vale —dijo—. Natey ha vuelto. Todo va bien.

Abrió la puerta de la casa de King, guardó al perro dentro y volvió a cerrar. Luego acompañó a Emily a la suya, a solo cuatro casas, e hizo lo mismo.

Los perros estaban a salvo.

Los otros perros a los que debía haber atendido ese día tendrían que hacer sus necesidades en el suelo, pero sus dueños, al llegar a casa esa noche, encontrarían ahí a sus mascotas. No estarían vagando por el vecindario. Y, sí, algunas alfombras se ensuciarían, ¿y qué?

De dársele la oportunidad, y no estaba seguro de que la tendría, Nathaniel llamaría a esa gente para decirles que renunciaba. Con efecto inmediato. Sí, se enfadarían. Algunos empezarían a gritarle por teléfono. Eso iba a ser como si en la guardería te dijeran que, a partir de mañana, no aceptarán más a tu hijo. Tendrías que hacer otros arreglos.

Nathaniel sabía que algunos de sus clientes se pondrían al teléfono, desesperados, a encontrar a alguien que sacara a sus perros durante el día a hacer caca y correr.

El problema ya no era suyo.

Nathaniel tenía problemas más importantes.

Se puso al volante de su coche (Dios, cómo amaba ese Cadillac, único recuerdo de su vida de éxito) y enfiló a casa.

Una casa que no sería suya por mucho más tiempo.

Ya no solo lo estaría buscando el otro tipo de la furgoneta; también había que preocuparse por Vince, el hombre que lo había arrastrado a todo eso. Braithwaite no quería volver a tener nada que ver con él.

Pasó despacio por delante de su casa, en busca del camión de Vince o la furgoneta que habían utilizado para secuestrarlo. No los vio, pero tampoco serían tan tontos como para aparcar allí, ¿verdad? Así que dio una rápida vuelta por el barrio. Por la calle de atrás, la

de al lado. Y, como no encontró ningún vehículo que le hiciera saltar las alarmas, condujo de vuelta.

Entonces pensó: «Qué mierda».

Si alguno de ellos pasara pronto por allí, vería *su* coche y sabría que estaba en casa. Un secuestro al día era suficiente. Así que aparcó el Cadillac una calle más allá y volvió a pie. En los escalones del porche se encontró con Barney, que se había hecho un caballete con un par de sillas. Sobre ellas había colocado una larga pieza de madera esculpida: el pasamanos de la escalera. Tenía algunas herramientas esparcidas por ahí y un teléfono móvil apoyado en uno de los brazos de la silla; pero en lugar de trabajar, el hombre descansaba contra la pared, fumando un cigarrillo.

Orland estaba sentado en una de las sillas del porche, con la mirada perdida en la calle.

—Nathaniel —dijo Barney.

—Hola —le respondió este, sin dedicarle una mirada siquiera, mientras se acercaba a la entrada.

—¿Está usted bien? ¿Qué le ha pasado en el labio?

—Estoy bien.

—Vaya, le puedo asegurar que no tiene buen aspecto.

—Métase en sus malditos asuntos —le espetó Braithwaite.

Barney dio una larga calada al cigarrillo y expulsó el humo por la nariz.

—De acuerdo, entonces.

El ruido de un coche que se detenía delante de la casa hizo que Braithwaite se diera la vuelta. Sintió el corazón en la garganta, aunque respiró aliviado cuando vio que era la mujer del otro lado del pasillo: Cynthia Archer. Y con ella venía una adolescente: su hija. Ya la había visto por allí.

Pero lo último que quería era perder el tiempo charlando con ellas. Le quedaba poco tiempo y tenía mucho que hacer.

Subió de dos en dos los escalones hasta el segundo piso. Estaba abriendo la puerta cuando oyó que Cynthia lo llamaba.

—¡Oye, Nate, espera!

Él fingió no oír, abrió el apartamento, entró y cerró la puerta.

«Haz el equipaje».

Debajo de la cama guardaba tres maletas vacías. Una cuarta, más pequeña, ya estaba llena. Las sacó todas, puso las vacías sobre la cama y colocó la cuarta en una silla. Descorrió la cremallera de las tres grandes. Luego se dirigió a su cómoda de cuatro cajones, cogió ropa y la fue arrojando al azar en las maletas.

Alguien llamó a la puerta.

No hizo caso. Fue al armario, descolgó a tirones las camisas de las perchas, las hizo bolas y las empacó.

—¡Nate! —La voz de Cynthia se colaba a través de la puerta—. Sé que estás ahí. Quiero hablar contigo.

Él dejó de moverse, se quedó congelado. Si dejara de hacer ruido, ¿la mujer se iría?

Otro golpe.

—No me iré hasta que abras esta puerta —dijo ella.

Puso algunas camisas sobre la cama, cruzó el salón hasta la entrada y abrió. Cynthia estaba ahí de pie, con su hija al lado.

—Estoy algo ocupado —dijo él—. Ven más tarde.

Grace notó el labio destrozado.

—Puaj —exclamó.

Su madre empezó a hablar:

—Sé lo que ha estado ocurriendo.

—¿Ocurriendo?

—Entre tú y Vince Fleming. Y lo de hoy. Sus hombres te han secuestrado, ¿verdad? Y ellos te han hecho eso.

Eso lo pilló por sorpresa. ¿Cómo demonios se había enterado?

—Ya te lo he dicho, estoy ocupado. Déjame solo.

Grace se asomó y consiguió echar un vistazo al dormitorio.

—¿Te vas de vacaciones? —preguntó.

—¿Qué?

—Mira, mamá —dijo—, está haciendo las maletas.

Cynthia irrumpió en el apartamento y fue directa al dormitorio. Hizo un alto en la entrada para contemplar la escena.

Nathaniel se deslizó por un lado de Cynthia y cerró las maletas.

—Esto no tiene nada que ver con vosotras —dijo.

Grace también había entrado en la habitación. Estaba situada junto a la silla donde descansaba la cuarta maleta.

—Tiene todo que ver con nosotras —dijo Cynthia—. Estamos juntos en esto. Tú y yo, ambos fuimos usados de una forma u otra por Vince. Te utilizaba para entrar en las casas y esconder allí drogas, dinero y otras cosas. Y nos utilizó al convertir nuestra casa en uno de sus almacenes.

—Yo nunca habría conocido a ese hombre de no ser por ti —le dijo —. Cuando supo lo que yo hacía…, me coaccionó.

—Lo sé, y lo siento, pero lo hecho hecho está. Tú decidiste ayudarlo y ahora tendrás que pagar por ello.

—No es una persona a la que puedas decirle que no. Mandó darle una paliza al novio de mi exmujer. Yo sentía que, si le decía que no, él encontraría una manera de atarme. No sabía qué hacer.

Volvió a abrir las maletas. No había querido llenarlas delante de ellas, pero estaba perdiendo el tiempo. Abrió otro cajón. Calcetines, ropa interior. Lo cogió todo y lo metió en una maleta.

—¿Adónde vas? —preguntó Grace. Tenía la mano apoyada en el asa del cuarto maletín.

—Lejos —dijo—. Esos hombres han estado a punto de matarme. Iban a sacarme los dientes. Dios sabe lo que habrían hecho después. —Miró esperanzado a Cynthia—. Si te diera algunos nombres, ¿podrías llamar a esas personas y decirles que tienen que buscar a otro que pasee a sus perros?

Cynthia se dirigió a Grace:

—¿Cómo se llaman los dueños de la casa en la que estuviste anoche?

—Corro.

Se volvió hacia Nathaniel.

—Tú paseas al perro de los Corro.

—Esta semana no. Están fuera.

—Pero sabes cómo entrar. Tienes una llave, conoces el código de

seguridad, ¿no?

En lugar de vaciar el último cajón, volvió a centrar su atención en el armario. Se arrodilló y cogió los zapatos.

—¿De qué otra manera podría sacar a su perro?

—¿Eras tú? —preguntó Grace.

—¿Yo qué? —Ya se había puesto de pie y estaba empacando los zapatos. Cerró la cremallera de otra de las bolsas.

—¿Eras tú el que estaba allí anoche?

—Joder, suenas como los lacayos de Vince. ¿Vas a empezar a arrancarme los dientes?

—¿Le disparaste a Stuart? —insistió Grace—. ¿Fuiste tú, imbécil?

—Vaya locura —dijo él.

Grace echó un vistazo al maletín que, sin darse cuenta, había estado tocando.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

—¡Aparta tus putas manos de ahí! —gritó él—. Me largo.

—¿Por qué huyes? —le preguntó Cynthia.

—¿En serio? Huyo de esos cabrones chiflados, de eso.

—Responde a la pregunta de Grace. ¿Qué hay en esa maleta?

—Papeles —dijo—. Todos los papeles de mi negocio fallido. Mierda legal. Documentos. Cosas de patentes. Memorias USB.

—Ábrelo.

Nathaniel se echó a reír.

—Tú sí que eres una joya, de veras. No me extraña que tu familia tenga que descansar de ti.

Volvió a arrodillarse frente a la cómoda y sacó el cajón inferior. Cuando tiró de un voluminoso jersey, se oyó un ruido hueco. El jersey envolvía algo grande y pesado.

—¿Qué coño…? —exclamó Nathaniel.

Ante los ojos de Cynthia y Grace, el hombre metió la mano y sacó con delicadeza un empolvado jarrón azul de casi treinta centímetros de alto. Tenía la tapa sujeta con cinta adhesiva.

Sesenta y uno

Poco después de que Reggie salvara a Jane de las garras de Joseph, Wyatt había hecho la llamada a Vince para negociar el rescate. Jane apenas alcanzaba a oír su voz cuando hablaba por teléfono con Vince en el piso de arriba, pero escuchó lo suficiente para saber que el intercambio debía producirse en media hora. En un cementerio.

Se preguntaba si Wyatt iría solo. Si ese hombre quería tener apoyo de algún tipo, tendría que llevarse a Reggie con él, pero, entonces, la dejarían sola en la casa. Logan estaría con Joseph en el hospital mientras le reparaban la nariz a ese pervertido.

Así que, si Reggie y Wyatt iban a salir a recoger el dinero del rescate, tendría la casa para ella sola.

Y así fue como resultaron las cosas, ni más ni menos.

Reggie bajó a visitarla una vez más.

—Vamos a reunirnos con tu padrastro. Mientras tanto, tendremos que dejarte aquí sola. Y, aunque te tengamos bien inmovilizada, no estás atada a nada, así que tendré que hacer algo al respecto. No queremos que te pongas a deambular por la casa ni que intentes salir en nuestra ausencia, ¿verdad?

En ese momento, Jane sintió que le enrollaban más cuerdas alrededor del torso y los tobillos, hasta dejarla bien sujeta a la silla.

—Nos marchamos —dijo Reggie—. No te muevas de aquí hasta que hayamos vuelto.

Poco después, los oyó salir de la casa.

Se hizo un gran silencio.

Probó las ataduras que la sujetaban a la silla. Parecían estar cumpliendo su función, pero eso no significaba que no fuera a dar lo mejor de sí misma para escapar.

Era obvio que tenía que intentarlo. De verdad, ¿qué probabilidades había de que, una vez que tuvieran lo que buscaban, la dejaran vivir,

al igual que a Vince? Si te cruzaras con Vince y quisieras vivir un día más, ¿qué otra te quedaba, sino matarlo?

Así que cuando Reggie, Wyatt, Joseph y Logan hubieran vuelto, tendrían que matarla.

Jane necesitaba largarse.

Ya.

Se retorció y giró, tratando de hacer un poco de holgura, aunque fuera mínima, entre las cuerdas. Con una sola mano que pudiera liberar, el resto sería fácil. Siempre que consiguiera hacer el trabajo a tiempo.

Pensó en Vince, en cómo manejaría algo así. Él no era tonto. Bueno, a veces. Como si todo ese modelo de negocio de esconder dinero en casas ajenas hubiera resultado ser el plan más brillante de la historia.

Pero una cosa que Vince sí sabía era cómo pensaba la gente de su calaña, de lo que eran capaces. Sabría que Reggie y compañía tratarían de matarlo, igual que a ella, una vez que tuvieran lo que querían.

Así que él tendría un plan.

Tendría a Gordie y Bert en posición. Escondidos entre los arbustos o detrás de una lápida. Supuso que a Eldon lo tendría fuera de la jugada. El hombre estaría de luto en alguna parte, afligido, pero Vince no iría a un encuentro como este sin alguien que le cubriera las espaldas.

Tal vez, solo tal vez, lograría sacarla del apuro.

«Porque me quiere».

No le cabía la menor duda. Vince le tenía un gran cariño, pero no era como si fuera a mandar a la mierda a sus secuestradores. No podía imaginarse un escenario en el que él se negara a pagar, incluso aunque se viera impedido de dar a los secuestradores todo lo que querían.

Jane se echó a llorar.

«Resiste. Resiste y lárgate de aquí».

Estuvo luchando tanto que empezó a perder la noción del tiempo,

pero, en un momento dado, mientras hacía un alto para recuperar fuerzas, se le ocurrió que hacía mucho que sus anfitriones habían desaparecido.

Estaba segura de que había pasado más de una hora.

Según sus cálculos, deberían haber tardado diez minutos en llegar al cementerio; otros diez, como máximo, en recibir el rescate, y otros diez en volver. Eso era media hora.

Habría que darles otros quince minutos por el tráfico. Incluso diez más, en caso de que Vince hubiera llegado tarde, lo que no parecía probable.

Ya deberían haber vuelto. Reggie y Wyatt. O Vince.

«Alguien».

Pero, más de una hora (habría apostado que había pasado cerca de una hora y media), ¿y ni un alma?

Se preguntaba qué pensar. De una forma u otra, alguien debería volver a esa casa.

A liberarla o matarla.

No podían dejarla ahí. Si al final no llegaba nadie y ella no conseguía liberarse, ¿cuánto tiempo era capaz de sobrevivir una persona en sus condiciones? ¿Un par de días? ¿Media semana, tal vez?

¿Qué les podría haber pasado? Pensó en varios escenarios. Tal vez se habían matado a tiros. Wyatt. Ese era un nombre perfecto para un tipo que iniciaría un tiroteo al estilo del Viejo Oeste. Wyatt habría sacado su pistola, y Vince, la suya, y todos habrían empezado a dispararse unos a otros hasta matarse entre sí.

Eso podía haber ocurrido.

O, tal vez…

¿Qué era eso?

Se quedó quieta, dejó de respirar. Escuchó.

De arriba le llegó el sonido de una puerta que se abría y luego se cerraba.

Había alguien en la casa.

«Por favor, que sea Vince.

»Por favor, que sea Vince.
»Por favor, que sea Vince.

Sesenta y dos

La detective Rona Wedmore dejó a Spock haciendo su magia. Tenía la intención de volver a la comisaría para seguir otras posibles pistas. Pasaría algún tiempo trabajando en los teléfonos. Hablaría con parientes, antiguos compañeros de trabajo y amigos, tanto de Eli Goemann como de Heywood Duran. Con cualquier persona que pudiera encontrar. Hablaría con Joy para ver qué había averiguado.

Pero, por el camino, Rona decidió que necesitaba un momento.

A solas.

Dejó el coche en el aparcamiento del Carvel de la avenida Bridgeport. Entró y compró un batido de chocolate. Wedmore no recordaba la última vez que se había tomado un batido.

En lugar de bebérselo allí, condujo de vuelta al centro, buscó aparcamiento en South Broad Street, junto al Milford Green, dejó el coche y se sentó en un banco del parque, a la sombra de un imponente árbol. Ahí sentada, tomó un sorbo de su batido.

¿Qué le había dicho Heywood la noche anterior acerca de su cliente?

«En pocas palabras, quería recuperar lo que tú has sido para mí. Intentaba recuperar al amor de su vida».

Qué hijo de puta. ¿Por qué tuvo que decir algo así? Y si eso sentía, de verdad, ¿por qué había sido tan cabrón?

En los tiempos en que salían juntos, ella también lo había amado. Y solo Dios sabía lo mucho que le gustaba hacer el amor con él. Entre los turnos de Heywood y los suyos, sumados al hecho de que él vivía en Stamford y ella en Milford, sus ratos juntos eran irregulares y apresurados. A veces se encontraban en moteles de Fairfield o Norwalk, se colaban entre las sábanas, terminaban con una copa y luego se marchaban cada uno por su lado.

Pero, entonces, Rona descubrió que no era la única. Un día él se

escabulló del motel para ir a comprar cerveza fría y ella fisgoneó su móvil. Encontró unos correos electrónicos.

¿Qué podía decirle? Era policía. Estaba en su naturaleza. Él debería haber sabido que no tenía que dejar el teléfono a su alcance.

Y entonces, santo cielo, el móvil había sonado. Justo en su mano. Rona se estuvo debatiendo entre responder o no. ¿Y si estuviera relacionado con el trabajo? ¿Y si fuera algo importante de verdad?

—¿Hola? —saludó.

Una mujer:

—Ay, ay, debo de haber marcado mal.

—¿Estás buscando a Heywood? —le preguntó.

—No, creo que no. —Y colgó.

Cuando el muy cabrón volvió con las cervezas, no supo qué lo golpeó. Después de eso, las cosas se torcieron, a pesar de las protestas de él en el sentido de que la otra chica no significaba nada. Rona se negó a seguir viéndolo. Al poco tiempo, conoció a Lamont, y el amor que se profesaron era verdadero, sin duda, aunque él nunca sería el amante que Heywood había sido. Se casaron por la iglesia y hubo una gran recepción y luna de miel en Las Vegas, todo el paquete.

Entonces Lamont se fue a Irak y volvió convertido en una cáscara del hombre que había sido.

Pasó meses sin decir una palabra, pero ya estaba bien. Ella sabía que él nunca olvidaría lo que había visto, aunque creía que lo superaría.

Wedmore dio un largo sorbo a su batido. Todavía estaba muy frío. Debía tener cuidado de no bebérselo demasiado rápido o se le congelaría el cerebro.

Tenía ganas de llorar.

Rona Wedmore no iba a llorar sentada en un banco del parque en medio de Milford Green.

Pero tenía ganas. Por Heywood. Por Lamont.

Por ella misma.

Vio pasar a tres niños pequeños con globos. A una mujer de unos ochenta años que paseaba a un perro. Vio a una pareja joven que discutía en otro banco. Estaban demasiado lejos para oír los detalles.

Su móvil zumbó.

Suspiró para sus adentros. Tomó otro sorbo de su batido y apoyó el vaso de cartón en uno de los tablones del banco. Metió la mano en el bolso, encontró el teléfono y echó un vistazo a la pantalla. Era del trabajo. Se acercó el teléfono a la oreja.

—Wedmore.

—Soy yo, Spock.

—Dime —respondió.

—He encontrado el coche, estoy seguro de que es el mismo. Ha aparecido en una de las cámaras de tráfico. Tengo una imagen clara de la matrícula.

—Envíamela. La comprobaré.

—Voy muy por delante de ti. Tengo un nombre y una dirección, así que, si tuvieras un lápiz…

Wedmore sacó su cuaderno.

Sesenta y tres

Terry

Vince me habló desde el estudio de mi casa, donde Reggie, armada, lo estaba custodiando.

—¿Lo has encontrado? —preguntó. Había algo peculiar en su voz. ¿Picardía?

—Sí —dije. Mi cuerpo estaba bloqueando a la vista de Wyatt las armas que alguien había escondido bajo el aislamiento del ático. Una pizca de luz se filtraba a mi alrededor desde la abertura del techo y desde mi móvil, que, con la linterna activada, Wyatt sostenía entre a las vigas.

—Está bien —dijo Vince.

Luego habló Reggie:

—¿Hay un jarrón?

Yo estaba pasando las manos por el contenido de la caja, por todas las armas. Calculé que habría, al menos, un par de docenas.

—Aún no estoy seguro —dije—. Todavía estoy tanteando.

—¿Tan difícil puede ser decirnos qué estás tocando? —gritó ella.

Vince, por supuesto, tenía que saber lo que yo iba a encontrar ahí arriba. Recordé algo que me había dicho: si se presenta una oportunidad, aprovéchala.

¿Qué quería que hiciera cuando encontrara aquello? ¿Salir de allí soltando tiros? ¿Matar a Wyatt y luego a Reggie?

No, eso no tenía sentido. Teníamos que averiguar dónde estaba Jane, y no sería fácil con Reggie y Wyatt muertos. Además, como si disparar a un par de personas estuviera dentro de mis capacidades.

Ya le había dicho a Vince que no sabía mucho de armas de fuego, pero habría apostado a que estas eran Glock, igual que la pistola que estaba en la guantera de la camioneta de Vince.

«No tienen seguro».

Así que, si esas armas estaban cargadas, todo lo que había que hacer era apuntar y apretar el gatillo. Era posible que algunas estuvieran cargadas y otras no. Era como jugar a la lotería de Connecticut.

Miré a Wyatt por encima del hombro: teléfono en una mano, pistola en la otra.

Le dije:

—Necesito pasarte algo de esto para que lo entregues por el escotillón.

El hombre tendría que dar un paso más y agacharse. Además, se vería forzado a guardar el teléfono, la pistola o ambas cosas.

—Espera un segundo —dijo.

Eligió el teléfono. Se lo metió en el bolsillo delantero del pantalón y empezó a agacharse.

—Por el amor de Dios —dije—, no veo una mierda.

Se incorporó de nuevo.

—Vale, vale.

El teléfono volvió a aparecer y la aplicación de la linterna se reactivó. Esa vez, Wyatt se metió la pistola en la cintura de sus pantalones, pero, cuando empezó a arrodillarse, se dio cuenta de que tenerla por delante era bastante incómodo, así que la desplazó hacia un lado.

Se arrodilló. Empezó a mover el teléfono con torpeza, tratando de poner la luz donde él creía que yo la necesitaba.

Giré sobre mí mismo, en cuclillas, y le puse el cañón de la pistola en la sien.

Susurré:

—Ni. Una. Palabra.

Wyatt tomó aire.

—Como te muevas un centímetro, aprieto el gatillo —dije.

Y me quedé pensando «por favor, no te muevas».

—Vince —grité sin alzar mucho la voz.

—¿Sí, Terry?

—¿Podrías decirle a Reggie que nuestra situación aquí arriba ha cambiado?

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella.

—Supongo —dijo Vince—, que el equilibrio de poder ya no es el mismo.

—¿De qué hablas? —dijo otra vez Reggie.

—¿Podría decirse así, Terry? —preguntó Vince.

—Sí, tal cual. Estoy presionando la cabeza de Wyatt con una de estas Glock.

Wyatt se crispó, como si estuviera pensando en coger su pistola, pero habría sido un movimiento incómodo y no algo que, arrodillado como estaba, se pudiera ejecutar con rapidez.

Reggie exclamó:

—¿Qué? ¿Wyatt?

—Es verdad —dijo. Él había dejado mi teléfono boca arriba sobre el lado más estrecho de una viga. La luz ascendente resaltaba las gotas de sudor que se acumulaban sobre sus cejas.

—¿Cómo demonios ha ocurrido? —preguntó—. Madre mía. ¿Cómo te ha quitado el arma?

—No lo ha hecho. Su pistola estaba aquí arriba.

Vince dijo:

—Entrégame la pistola, Reggie, o los sesos de Wyatt pasarán a formar parte del aislamiento.

—¡No! ¡No puede ser! —gritó hacia arriba—. ¡Quítale de encima la pistola a Wyatt o te juro por Dios que voy a matar a tu jefe!

El sudor también resbalaba por mi frente. Una gota me cayó en el ojo y me picó como el demonio. Parpadeé varias veces.

Entonces dije:

—¿Cómo te gustaría manejar esto, Vince?

Él, dirigiendo su voz hacia mí, dijo con calma:

—Mátalo.

—Espera —gritó Wyatt.

Yo no podía estar más agradecido.

—¡No! —gritó Reggie—. Te juro que, si lo haces, voy a matar a tu

jefe un segundo después. Baja ese culo en este mismo momento, cabrón, y deja en paz a mi marido o mataré a Vince. ¿No me crees capaz? ¿Quieres ponerme a prueba?

Vince le dijo:

—Venga. Mátame. Y entonces mi amigo matará a tu marido. Eso es lo que tú puedes perder: a tu marido, pero lo único que perderá mi amigo es a un jefe gilipollas que, de todas formas, nunca le ha caído muy bien. En cambio, si me entregaras tu pistola, podría hablar con mi amigo para que no le haga ese agujero en la cabeza a Wyatt.

—Reggie —dijo Wyatt, que intentaba mantener la calma—, no quiero morir aquí arriba, joder. —Y entonces añadió una cosa interesante—. Nena, vamos, no puedes llevar lo de los impuestos sin mí. Me necesitas para eso.

O sea, que si Reggie fuera a salvarlo, lo haría por algo más que amor.

Sé que es un tópico, pero, de verdad, todo parecía ir a cámara lenta. Cada segundo que yo pasaba apuntando el arma a la cabeza de Wyatt parecía una hora. No era que la Glock pesara diez kilos, pero, al sostenerla con el brazo extendido, se notaba la tensión. Y mis piernas, encorvadas como estaban, gritaban de dolor.

Yo era profesor de secundaria, profesor de inglés y de escritura creativa. Apuntar con una pistola a la cabeza de un secuestrador no entraba en mi ámbito de experiencia. Por supuesto, las cosas se habían puesto bastante peliagudas hacía siete años, pero ni siquiera entonces me había encontrado en una situación así.

—Entonces, ¿cuál es el puto problema? —preguntó Reggie.

—Quiero a Jane —dijo Vince.

—Vale, bien, tendrás a esa zorrita de vuelta. Que Wyatt baje de ahí. Te entregamos a Jane y estamos en paz. Solo dame el jarrón y el dinero que está ahí arriba.

—No hay ningún jarrón —dije— ni dinero en efectivo.

—¡Busca bien! —chilló Reggie—. El jarrón no significa nada para mí ni para ti. No tiene ningún valor. Es de mi tío.

—Si buscas algo de lo que me dejó Eli Goemann —dijo Vince—, no está ahí arriba. Nunca ha estado ahí. Sus cosas están escondidas en otro sitio. ¿Lo de este lugar? Es de aquellos moteros por los que me has preguntado. Los de New Haven.

—Llévanos a donde escondiste las cosas de Eli —dijo—. Venga. Y entonces tendrás a Jane. Ese es el trato. Tómalo o déjalo.

—No. —Vince hablaba con voz muy tranquila—. No es así como van a funcionar las cosas. Recupero a Jane ahora mismo y vosotros dos seguís vivos.

Pensando si habría alguna forma de hacer avanzar las cosas, apreté con más fuerza la Glock contra la sien de Wyatt, hasta el punto de que el tipo estuvo cerca de perder el equilibrio. Le dije:

—Tiene que decidir cuánto te quiere y te necesita.

—¡Dale la pistola, por el amor de Dios!

Abajo, el silencio era casi total. Me pareció oír un «joder» en murmullos. Fueron, quizás, no más de diez segundos de tensión, aunque el momento pareció prolongarse mucho más.

Sentí un gran alivio cuando oí a Vince decir:

—La tengo.

—Vale —le dije.

—Ya podéis bajar. Wyatt, tú primero.

—Lleva una pistola —dije.

—Wyatt, sé un buen chico y deja que Terry alivie tu carga —dijo Vince.

—Con la mano izquierda —le dije. Había visto una o dos películas.

Wyatt levantó el hombro izquierdo y se sacó la pistola de la cintura. Me la acercó, colgada entre el pulgar y el índice, y yo la cogí con la mano izquierda. Sin mirar, la arrojé detrás de mí, sobre una parte del aislante.

—Supongo —le dije a Vince— que no tendré que bajar todas estas armas.

—Solo la que tienes en la mano.

Wyatt se dio la vuelta y bajó las piernas por el escotillón. Tocó con el pie un peldaño de la escalera y descendió. De camino a la

apertura, cogí mi teléfono. Cuando llegué abajo, pistola en mano, vi a Vince apostado en una esquina de la habitación. Apuntaba con su arma a una feliz pareja que esperaba de pie, hombro con hombro.

—Ahora mismo te vamos a decir dónde está y tú vas a dejarnos ir —dijo Reggie, todavía con un filo en la voz, todavía pensando que tenía alguna ventaja.

Vince me miró y suspiró.

—¿Parece que tengo algún tipo de problema mental?

—Vale. Te llevaremos —dijo Wyatt—. Te llevaremos a la casa. Te llevaremos con ella.

—¿Quién está con Jane?

—Nadie —dijo la mujer—. Está sola. Atada, pero bien.

Los ojos de Vince iban de ella a él y viceversa. Habló, más para sí mismo que para cualquiera otro en la sala:

—Para que nos lleven ahí, solo necesitamos a uno.

«Por favor, no mates a nadie en mi casa», pensé.

—Vamos —dijo Reggie, con un deje de súplica en la voz—. Estamos cooperando, de verdad.

—Te la devolveremos —dijo Wyatt con rotundidad—. Haremos lo que quieras.

—Volveremos en tu coche —dijo Vince— y tú conduces. —Estaba mirando a Reggie—. Yo iré atrás con tu marido.

Eso me ponía delante, de copiloto, por así decirlo. A menos que Vince ya no requiriera mis servicios.

Decidí preguntar:

—¿Todavía me necesitas?

Pareció dolido.

—¿Es cachondeo? Eres mi número dos.

Sesenta y cuatro

Terry

Vince había dicho que yo encabezaría el pelotón y él iría en la retaguardia, así que yo fui el primero en bajar las escaleras de mi casa, seguido por Wyatt y Reggie. Vince, cojeando un poco, iba el último. Tanto él como yo estábamos bien aferrados a nuestras armas.

Vince le había quitado las llaves del coche a Reggie. Había tenido la picardía de pedirle a Wyatt su propio juego, pensando que, sin duda, ambos tendrían llaves del BMW. Y tenía razón.

Arrojó las de Wyatt a los arbustos que había bajo la ventana de enfrente y se agarró bien a las de Reggie. Cuando todos estuvimos fuera de la casa, pulsó el mando y desbloqueó el BMW.

—Vamos, subid —dijo a la pareja—. Nosotros iremos enseguida.

Reggie se puso al volante y Wyatt se sentó detrás de su esposa.

Le pregunté a Vince:

—¿Crees que están diciendo la verdad, que Jane sigue bien?

Con rostro sombrío, me dijo:

—Hay que tener esperanza.

—Podías haberme dicho que ahí arriba había armas escondidas, en vez de dinero.

—Sabía que tú averiguarías qué hacer. Si lo hubieras sabido antes, te habrías puesto demasiado nervioso.

Como si no lo estuviera ya.

—Vince —dije, y extendí la mano con cautela hasta apoyarla en su brazo. Él la miró y se la quité—. Te había dicho que no volvería a decir esto de nuevo, pero, maldita sea, de verdad, podríamos llamar a la policía. Ya tienes a estos dos. Puedes entregarlos.

—Vamos —dijo.

—No sé si podré hacerlo —alegué.

—Tienes que hacerlo —dijo Vince con voz débil—, porque yo no puedo solo. Si estuviera solo, se me echarían encima. Estoy hecho una mierda. Al bajar las escaleras, todo me daba vueltas.

Cerré la casa mientras él cojeaba hasta el coche y se metía en la parte de atrás, junto a Wyatt. Siguiendo su ejemplo, yo iba a mantener el arma baja, cerca del muslo, para no llamar la atención de nadie que pasara por allí. Mientras me subía al asiento del copiloto, Vince le entregó a Reggie las llaves del coche.

Ella nos sacó del barrio hacia el norte y se metió por la 95 en dirección este, pero muy pronto tomó la Milford Parkway hacia el norte, hasta Merritt. Luego se desvió hacia el oeste. Bajó por Main y dobló hacia el norte. Pasó Sikorsky, a la derecha, y luego giró a la izquierda en Warner Hill Road, y otra vez a la izquierda en Colbert. Pronto estábamos subiendo con el BMW por la entrada de un anodino bungaló blanco. Reggie pulsó el botón de un mando a distancia que tenía enganchado a la visera. Delante de nosotros se abrió la puerta de un garaje.

Nadie había dicho ni una sola palabra en todo el viaje.

—Coge las llaves —me ordenó Vince.

Reggie las quitó del contacto y me las entregó. Al salir del coche, me las metí en el bolsillo del pantalón.

—Cierra el garaje —dijo Vince, y ella pulsó el botón.

En el garaje había otra puerta que daba a la casa.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Vince.

Wyatt asintió.

—Aquí vivimos.

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Sostuve las llaves delante de Reggie.

—¿Cuál es? —le pregunté.

Ella señaló una.

—Esta.

La inserté en la cerradura y la giré. Con la puerta ya

desbloqueada, aunque antes de que yo pudiera empujarla para abrirla, Vince dijo:

—Espera.

—No hay nadie más aquí —dijo Wyatt—. No hay más coches.

—Entra tú primero —le dijo Vince, y Wyatt obedeció. Yo entré tras él; luego, Reggie, y, como siempre, Vince el último.

Nos encontramos en un lavadero, junto a la cocina. Justo delante de nosotros, unas escaleras conducían hacia abajo.

Vince gritó:

—¡Jane!

—No puede hablar —dijo Wyatt.

El rostro de Vince se ensombreció.

—¿Dónde está?

Reggie dijo:

—Abajo.

—En marcha.

Bajamos al sótano en nuestra formación habitual. Llegamos a una sala de juego con paneles de madera, una mesa de pimpón, un par de sofás viejos y, en la pared, un televisor de pantalla grande. También había un largo escritorio con tres ordenadores portátiles y pilas de lo que parecían formularios fiscales. Supuse que eran los que usaban para sus estafas de devolución de impuestos.

Wyatt señaló una puerta en el otro extremo de la habitación.

—Ahí dentro —dijo—. Es un dormitorio.

—Yo los vigilo —me ofrecí. Apunté a los dos con mi Glock mientras Vince cruzaba la habitación.

Cogió el pomo de la puerta y mantuvo la mano ahí un segundo, como temeroso de lo que encontraría al otro lado. Al final, sujetó el pomo con fuerza y lo giró.

Todos nos quedamos mirando.

Había una silla vacía y, a su alrededor, trozos de cuerda esparcidos por el suelo.

Sesenta y cinco

Jane Scavullo oyó que se abría la puerta del piso de arriba y, enseguida, sintió pasos que entraban en la casa. Quería tener esperanzas. Por los sonidos que oía sobre su cabeza, se dio cuenta de que había entrado más de una persona. Dos pares de pasos, tal vez más. Eso, en sí mismo, no era ni buena ni mala noticia. Sí, podían ser Wyatt y Reggie, que habían vuelto, pero también podría ser Vince con, al menos, Bert y Gordie a remolque.

Pero su instinto le decía que no eran Vince ni Bert ni Gordie.

Y, en parte, sus instintos resultaron acertados. No eran Vince y su equipo, pero tampoco Wyatt y Reggie.

Eso lo confirmó en cuanto oyó una de las voces.

—Voy a matar a esa perrita.

La voz no era igual a la que recordaba, pero sabía de quién era.

Joseph había vuelto.

En realidad, no era a quien ella esperaba. Jane había supuesto que los hermanos estarían fuera de juego por un tiempo indefinido mientras a Joseph lo curaban en el hospital. Este no era un suceso ilusionante, sobre todo teniendo en cuenta que nada indicaba que Reggie y Wyatt estuvieran allí. Claro, tal vez la iban a matar de todos modos, pero Jane creía que Reggie lo haría más rápido.

No creía que Joseph fuera un hombre misericordioso.

Oyó pisadas rápidas por las escaleras. Segundos después, sintió que la puerta se abría. Una rápida ráfaga de aire.

Sin decir palabra, alguien agarró la capucha que le cubría la cabeza y se la quitó de un tirón. Las luces de la habitación estaban encendidas. Jane parpadeó rápido y tardó unos segundos en acostumbrarse a la luz. Llevaba horas en la oscuridad.

Dios, qué espectáculo.

En la camisa de Joseph, en su cuello y mejillas había manchas de

sangre seca. Si el tipo había intentado limpiarse, no lo había hecho muy bien.

Y luego estaba la nariz.

Jane no podía ver gran cosa del rostro de Joseph, oculto como estaba bajo esparadrapo médico blanco y un paquete de gasas del tamaño de una cartera, gran parte del cual estaba manchado de sangre. Se preguntó si en Urgencias lo habría atendido un médico ciego. Era el peor ejemplo de primeros auxilios que hubiera visto nunca.

—Lo voy a gozar —dijo Joseph. Estaba de pie, a medio paso de distancia, agitando un dedo en la cara de ella. Sonaba como si tuviera el peor resfriado del mundo.

Logan apareció en la puerta, entró, puso las manos sobre los hombros de su hermano y tiró de él.

—Aguanta, por el amor de Dios —dijo—. Eres un maldito tonto, ¿no te das cuenta? Un maldito tonto.

—Me la voy a tirar —dijo Joseph.

—Sí, sí, lo entiendo. No has dicho otra cosa en las últimas dos horas. ¿En qué demonios estabas pensando yéndote de Urgencias? Otros diez minutos y alguien te habría atendido.

—Yo mismo me he encargado de todo —dijo Joseph.

—Ah, sí, claro. —Logan miró a Jane—. ¿Has visto lo que ha hecho? Se ha comprado unas vendas y ha intentado curarse, porque estaba impaciente por volver aquí a atenderte. Maldita sea, ¿por qué has tenido que hacerle esto?

—Apártate —dijo Joseph, aunque sonó más como «abárdate».

Se abalanzó sobre Jane y le puso las manos alrededor del cuello. Así las tuvo durante medio segundo, antes de que su hermano se las arrancara.

—Escúchame. —Logan sacudió la cabeza, exasperado—. Te entiendo, sé por qué quieres hacerlo. Yo también querría matar a la perra. ¡Pero no puedes! ¿Vale? No puedes, eso es todo. No sabemos si es el momento adecuado.

—Déjame en paz. —«Déhame en bad».

—¡Escucha! Aún no han vuelto. Hasta que vuelvan, no sabremos si todo ha ido bien.

—Ha pasado demasiado tiempo.

—No *tanto.* Tal vez se han encontrado con alguna complicación. Quizás Fleming ha llegado tarde o ha tenido problemas para reunir el dinero, pero entiende algo: aún podrían necesitarla. Podría ocurrir, por ejemplo, que el tío tuviera el dinero y que, de pronto, le entrara el gusanillo de hablar con ella por teléfono antes de entregarlo o decir dónde está. Una cosa por el estilo. ¿Qué pasaría si llamaran para que la pusiéramos y tú ya le has retorcido el pescuezo? ¿Quieres joder todo esto? ¿Quieres que perdamos el dinero? Estamos así de cerca, Joseph. Así de cerca.

—Me ha roto la nariz —dijo.

—Lo sé, lo sé, y lo entiendo. Estoy seguro de que, cuando llegue el momento, Reggie estará de acuerdo en dejarte hacerlo, pero no *ahora.*

—Llámalos —dijo Joseph.

—¿Qué?

—Llámalos, a ver si ya tienen el dinero. Si ya lo tienen, podría hacerlo ahora mismo.

—No voy a llamarlos —dijo Logan—. Tenemos que esperar noticias suyas.

—¿Y si algo saliera mal? —preguntó Joseph—. ¿Y si se apareciera la policía? ¿Y si los detuvieran? La policía podría estar en camino. Por eso tenemos que tomar las riendas. Tenemos que acabar con ella ahora. Tiene que pagar por lo que me ha hecho, además de que no queremos que le diga a nadie lo que sabe.

Jane hizo unos ruidos desesperados detrás de la cinta. Quería llegar a algún tipo de trato. Decirles algo que los hiciera cambiar de opinión.

—Cállate la boca —le espetó Joseph.

Logan estaba pensando. Lo preocupaba esa última parte de lo que Joseph había dicho, la posibilidad de que algo hubiera salido mal.

—Vale —dijo Logan—. Podríamos hacer esto…

—¿Qué?

—Bueno, no íbamos a matarla aquí, de cualquier modo. Habíamos hablado de llevarla al bosque y de hacerlo allí. Podríamos adelantarnos. Sácala de aquí, ponla en la parte de atrás del Lexus. Tú conduces. Tarde o temprano, llamarán y dirán que ya está hecho, y entonces podremos terminar con ella. Mientras tanto, si nos pidieran ponerla al teléfono, aún la tendríamos con nosotros.

Todo el cuerpo de Joseph parecía electrizado, como el de alguien que ha tomado demasiada cafeína. Le urgía hacerlo.

—Cuando has dicho «terminar con ella», te referías a mí, ¿verdad? Tengo que hacerlo yo. Seré yo quien se la monte.

Logan sonrió y asintió con lentitud. Intentaba calmarlo.

—Tú mandas, Joseph, tú mandas. Vamos a desatarla de esta silla.

Joseph esbozó una sonrisa torturada bajo las gasas y la sangre.

—Eres un buen hermano, Logan. De verdad que lo eres. Y no te lo he dicho lo suficiente.

Sesenta y seis

Terry

—¿Estáis satisfechos? —preguntó Reggie—. Ha escapado. Así que todo está bien.

Vince entró en el dormitorio para examinar la silla vacía y los trozos de cuerda mientras yo permanecía de pie, pistola en mano, en la sala de juego, vigilando a Reggie y a Wyatt.

—Hay sangre —dijo Vince.

—Es de Joseph —dijo Wyatt—, le brotaba a borbotones. Tu niña le ha roto la puta nariz de un cabezazo.

Vince salió de la habitación y miró la mesa donde estaban los ordenadores y los archivos fiscales. Encima había un teléfono fijo. Se acercó a él, descolgó el auricular, se lo puso en la oreja y volvió a colgarlo.

—Da tono —dijo.

—¿Y? —preguntó Reggie.

Yo sabía adónde quería llegar Vince.

—Jane me habría llamado —dijo, y se volvió a mí—. Sí. De haber escapado, me habría llamado al móvil para avisarme.

—Puede que no —argumentó Reggie—. Si estaba asustada, lo más probable es que quisiera salir de aquí lo más rápido posible. No habría querido tomarse el tiempo de llamar.

Vince levantó el brazo y apuntó el arma a la cabeza de Reggie.

—Patrañas. Te doy cinco segundos para averiguar adónde ha ido.

Ella no pestañeó.

—¿Cómo coño voy a saberlo? Cuando me he ido, ella estaba aquí.

—Cuatro segundos.

—Me recuerdas a mi padre —dijo ella con voz gélida—. Y ojalá que siga ardiendo en el infierno.

—Tres segundos.

—¡Por Dios santo! —gritó Wyatt—. Tienen que haber sido Logan y Joseph.

Reggie lo miró.

—Se han ido al hospital.

Wyatt miró a Vince.

—Lo llamaré. Voy a averiguarlo. Pero baja esa puta pistola.

—Antes de llamar —dijo Vince—, debes saber lo que tienes que decir.

—Dime.

—Diles que ha habido un contratiempo. Diles que estoy listo para entregar el dinero, pero no antes de ver a Jane. No me basta hablar con ella por teléfono. Tengo que *verla.*

—Ni siquiera sé con certeza si la tienen —protestó él.

—Le voy a pegar un tiro en la cabeza a tu mujer —dijo Vince.

Yo no tenía ninguna duda de que estaba dispuesto a hacerlo. El hombre llevaba demasiado tiempo mordiéndose las uñas de nerviosismo. Una parte de mí se preguntaba si lo que Vince quería era matar a alguien sin importarle quién.

—Espera, espera, espera —dijo Wyatt. Cogió el teléfono fijo y marcó un número—. Está sonando. Sigue sonando. Deja de apuntar esa pistola a mi… ¡Logan! Logan, ¿eres tú? ¿Dónde…? No, aún no tengo el dinero, pero casi… ¡Cállate un segundo! ¿Dónde estás? Acabamos de volver a casa y la chica no está… ¿Por qué habéis hecho eso…? ¿No ha ido al hospital? ¿Es idiota? Sí, vale, de acuerdo, es un… Tienes que traerla de vuelta… ¡No puede hacerlo! ¿Me estás escuchando? Sé que está cabreado, pero no puedes dejar que haga eso. No podremos echar mano al dinero hasta que él vea a la chica… Sí, vale, de eso hablaremos después.

Vince le susurró a Reggie:

—Coge el teléfono y diles que vuelvan. Tengo la sensación de que eres tú quien da las órdenes.

Ella lo fulminó con la mirada, le arrebató el auricular a su marido y dijo, seca:

—¡Logan! ¡Será mejor que tú y tu hermano estéis de vuelta con esa chica en cinco minutos o vuestra parte se irá a la mierda! ¿Me has entendido? ¡Nada! No te va a tocar nada, ni el cincuenta por ciento, ni el veinticinco, ni el diez. Nada. —Esperó a que Logan le entrara en la sesera. Reggie puso la otra mano en el auricular para dirigirse a Vince—: Está hablando con su hermano. Solo tiene que… Sí, aquí estoy. —Hablaba de nuevo con Logan—. ¿El plan? Vuelve aquí con ella. Para entonces, ya habremos resuelto cómo la vamos a mostrar. Quizá un vídeo de mi teléfono. No te preocupes por eso. —Escuchó un segundo más y bajó el brazo. La llamada había terminado.

—Lo hará —nos dijo a los demás.

Vince preguntó:

—¿Dónde están?

—Unas diez millas al norte. Se dirigían hacia Naugatuck, al bosque estatal.

—Iban a ejecutarla en el bosque —dijo Vince.

Los ojos de Reggie se habían apagado.

—Sí. —Tragó saliva—. Pero lo hemos impedido. Yo no les he dicho que lo hicieran. Esto *no* estaba en nuestros planes.

—No a estas alturas, querrás decir.

Ella no hizo ningún comentario. Quizá ya se había dado cuenta de que mentir no tenía ningún sentido.

Desde la llamada de Grace la noche anterior, yo ya me sentía intranquilo. Apenas me cabía en la cabeza todo lo que había ocurrido desde entonces, pero, en ese momento, y a pesar de que Vince y yo teníamos la sartén por el mango, me sentía en el lugar más oscuro en que hubiera estado jamás.

Necesitaba saber cómo iba a terminar aquello. Vince tenía poco que perder. Yo estaba de acuerdo con que trajeran a Jane de vuelta, pero, entonces, ¿qué? Suponiendo que Vince consiguiera liberarla sana y salva, ¿cuál debía ser el siguiente paso? ¿Qué iba a hacer con Wyatt y Reggie? ¿Y con el tal Logan y Joseph, su hermano, a quienes yo aún no había visto?

El reloj avanzaba hacia un baño de sangre.

—Vince —dije.

—¿Mmm?

—Necesito hablar contigo.

—Habla.

Mis ojos se dirigieron a los otros dos y de nuevo a él. Entendió el mensaje. A Reggie y Wyatt les dijo:

—Tumbaos.

—¿Qué?

—Los dos. Poneos en el suelo, bocabajo, no demasiado cerca el uno del otro, y abrid los brazos y las piernas, como si fuerais estrellas de mar.

Después de que nuestros dos rehenes hicieran lo que él les había ordenado, se volvió a mí:

—¿Qué?

Lo atraje hacia la puerta del dormitorio donde habían tenido retenida a Jane, lo bastante lejos como para que no me oyeran si hablaba en susurros.

—¿Cómo va a terminar esto? —le pregunté.

—Recuperaremos a Jane.

—Sí, por supuesto, pero ¿después? ¿Qué pasará entonces?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Supongo que ya lo veremos.

—No puedo formar parte de esto —dije.

—Yo no he dicho nada.

—No tienes que decir nada. No te va a bastar con recuperar a Jane. Vas a querer vengarte.

—Hacer justicia —me corrigió.

—No puedes matar a cuatro personas.

—Estaban planeando matarnos a Jane y a mí. Y robarme, quitarme todo lo que tengo. ¿Crees que debería mandarlos a la cama sin contarles un cuento?

Sacudí la cabeza con decisión. Incluso sabiendo que esa pareja había asesinado a los dos profesores, yo no estaba dispuesto a

asumir el trabajo de juez, jurado y verdugo. Tal vez, en cuanto aquello terminara, encontraríamos el modo de apuntar a la policía en su dirección. Una llamada anónima, algo.

—No puedo formar parte de algo así —le dije—. Si quieres cazar a esta gente más tarde y llenarles la cabeza de balas, es asunto tuyo, pero no va a ocurrir mientras yo esté aquí.

—Podría matarte a ti también.

Quizá estaba siendo ingenuo o, tal vez, demasiado tonto, pero no creía que tuviera intenciones de hacerlo.

—Ahora mismo me necesitas, a menos que creas que puedes con estos dos, más los otros dos que vienen de camino, y que después serás capaz de salir vivo de aquí con Jane, pero, si solo piensas arrasar con todos ellos, estoy fuera. Me largo y te deseo lo mejor.

Apretó los dientes.

—No puedo predecir cómo irán las cosas.

—Pero puedes decirme cuáles son tus intenciones.

Me lanzó una mirada.

—De verdad, hablas como un puto profesor de inglés.

—Tengo que saber, Vince…

—Joder, ¿qué coño se supone que debo hacer? ¿Dejar que se larguen? ¿Qué clase de mensaje envía eso?

—¿Y qué dejas atrás? Tus chicos están muertos o huyendo. Tu negocio está jodido. Encima, estás enfermo. Yo puedo verlo. Cualquier tonto puede verlo. ¿Qué sentido tiene aumentar el número de cadáveres a estas alturas?

Por la expresión de Vince, me daba cuenta de que no le gustaba que le hablaran así, pero yo no había terminado.

—¿Y Jane? Si mataras a todos los involucrados en esto, nunca la volverías a ver. Te atraparían. Puede que en Connecticut ya no haya pena de muerte, pero morirás en la cárcel. Pasarás allí el resto de tu vida.

—No me queda mucha.

—Aun así, ¿cómo ayuda eso a Jane? ¿Y qué la hará sentir el que hayas ejecutado a cuatro personas por ella? ¿Cómo esperas que viva

con eso? ¿Y qué tal que estos gilipollas tuvieran familia, gente leal a ellos, y fueran a por Jane a ajustar cuentas cuando no puedan llegar hasta ti en la cárcel?

Negó con la cabeza.

—Me estás diciendo que debería dejarlos ir.

—Por ahora. Te quedas con todo el dinero, las drogas y la mierda que has sacado de esos áticos, además de salvar a Jane. Que se larguen corriendo. Déjalos.

Vince no dijo nada.

—Necesito saberlo —dije—. Necesito que me digas que esto no se va a convertir en un baño de sangre o me largaré por esas escaleras. —Tomé aire—. Cinco segundos.

—¿Qué?

—Cuatro.

—¿Desde cuándo tienes tantos cojones como para decirme qué…?

—¡Tres!

—¡Bien! —susurró—. Lo haré a tu manera. Al menos, lo intentaré. No puedo prometer nada, pero lo intentaré. Mucho depende de ellos. —Bajó aún más la voz—. Y si no te mato es por Jane. Por alguna estúpida razón, le caes bien.

Asentí. Esperaba que no me estuviera mintiendo, que hiciera lo que yo le había pedido, pero, maldita sea, parecía un niño que acababa de descubrir que no iba a tener un poni.

Sesenta y siete

Terry

Vince me dijo que vigilara a Wyatt y Reggie. Se quedaron tumbados en el suelo mientras él entraba en la habitación donde Jane había estado retenida. Lo vi reunir varios trozos de cuerda. Volvió a la sala de juegos y le dijo a Reggie que cruzara las muñecas por detrás.

—No —dijo ella.

—Mírame —dijo Vince. Ella giró la cabeza y vio una pistola que apuntaba a su cabeza.

Wyatt le dijo a Vince:

—Venga, hombre, estamos cooperando. Hemos hecho todo lo que nos has ordenado.

—Sí —dijo Vince, que no parecía agradecido—, pero las cosas se complicarán cuando aparezcan vuestros amigos. Necesito asegurarme de que no os pongáis pendencieros.

—Solo obedece —le dijo Wyatt a Reggie.

La mujer se llevó las muñecas a la espalda. Vince se guardó la pistola en el cinturón y se arrodilló para poder atarle las muñecas. Utilizó solo un trozo corto de cuerda, pero lo hizo valer. Me pregunté cuántas veces habría hecho aquello. Con otro trozo corto, le aseguró los tobillos.

—Ahora tú —le dijo a Wyatt.

Pude distinguir el miedo en los ojos del hombre mientras giraba el cuello y nos miraba desde el suelo. Él creía que era un paso en el camino a su ejecución. Sentí que yo tenía que decir algo.

—Todo va a salir bien —le dije—. Como has dicho, habéis hecho todo lo que os hemos pedido.

Vince me miró con desaprobación mientras le ataba las muñecas a

Wyatt por la espalda y luego los tobillos. Se levantó con cierto esfuerzo y se tomó un segundo para recuperar el aliento. Me dijo:

—Eso reduce la presión.

—Diles que no vas a matarlos. —No lo dije en susurros.

Él se dirigió a la pareja:

—Si os dijera que no voy a dispararos, ¿me creeríais?

Reggie dijo:

—Nos gustaría.

Vince movió la cabeza de arriba abajo.

—Pero no estaríais convencidos, ¿verdad? —Con la cara pegada a la alfombra, ella hizo su mejor esfuerzo para negar con la cabeza—. Bueno, entonces no tiene mucho sentido decíroslo.

Durante los minutos siguientes, los cuatro esperamos en silencio. Ya habían transcurrido unos quince minutos desde la llamada de Wyatt a Logan y Joseph. Yo había supuesto que, si estaban a diez millas, los veríamos muy pronto. No sabía qué iba a hacer Vince para resolver aquello, para coreografiarlo.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo a nuestros prisioneros:

—Cuando esos dos entren en la casa, es posible que peguen un grito. Les vais a decir que bajen, nada más. ¿Entendido?

—Sí —dijo Reggie.

—Sí —dijo Wyatt.

—¿Tienen mando del garaje? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

—¿Vienen en un todoterreno Lexus?

—Sí —contestó ella.

Vince me dijo:

—Arriba.

Ya en la cocina, me explicó:

—Había supuesto que entrarían por la puerta principal, pero ahora pienso que, como tienen mando a distancia, lo harán por el garaje. —Era lo suficientemente grande para dos vehículos, así que eso

tenía sentido—. Si traen a Jane, no van a correr el riesgo de que alguien los vea meterla en la casa.

Me sentía como si me hubiera tomado treinta tazas de café. Estaba temblando.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—No —admití.

—Esto casi ha terminado. Ellos traen a Jane, nosotros la recuperamos. Es así de simple.

—Nadie tiene que morir —dije.

—Nadie tiene que morir —dijo Vince.

Me preguntaba si seguiría sintiéndose así cuando la viera, cuando se enterara de cómo la habían tratado. Si yo estuviera en su lugar, ¿cuánta moderación sería capaz de mostrar? ¿Si esos hijos de puta le hubieran hecho algo a Grace, no querría matarlos? Aunque no le hubieran hecho daño físico, ¿no merecerían morir por lo que la habían hecho pasar?

Necesitaba mantener la cabeza fría. No solo por mí, sino para asegurarme de que Vince mantuviera fría la suya.

Él fue a investigar la zona junto a la puerta que conectaba el garaje con la casa. Señaló un lugar donde la pared tenía un encastre, detrás de donde se abría la puerta.

—Yo me quedaré ahí —dijo—. Antes de darse cuenta de que estoy detrás, ya habrán entrado en la casa. Les diré que suelten las armas. En ese momento, entras por esa puerta y les apuntas a la cabeza. Los tendremos cubiertos por ambos lados. Recuperamos a Jane, pero los llevaremos abajo, los ataremos y tendremos tiempo para escabullirnos. Nos llevaremos el coche de la mujer, volveremos al cementerio y cogeremos mi camioneta.

Claro. ¿Qué podría salir mal?

—Supongo —dije.

Vince frunció el ceño.

—Aquí no caben las suposiciones. Tu cabeza debe estar bien puesta en este juego. ¿Vas a poder hacerlo?

—Puedo hacerlo —dije.

—Ponte en posición. Dime si alcanzas a ver la entrada desde allí.

Fui al otro lado de la pared, justo después de la puerta que daba a las escaleras del sótano. Estaba en el comedor, a pocos metros de una ventana cubierta de visillos blancos, lo bastante traslúcida para poder ver el exterior. Tenía vista a la calle y a los dos tercios inferiores del camino de entrada.

—Tengo una buena vista —dije.

—En cuanto los veas girar, dímelo.

—No me lo pienso quedar para mí —alegué.

Y esperamos.

—¿Hay algo? —me preguntó al cabo de unos cinco minutos. Como si yo hubiera visto el todoterreno entrar y se me hubiera olvidado mencionarlo.

Solo dije:

—No.

Segundos después:

—Espera.

Un todoterreno estaba girando en la entrada. Venía un hombre al volante y otro en el asiento del pasajero. Era difícil distinguir algo desde mi posición, pero la parte delantera de su cara parecía medio cubierta de blanco.

—Se están deteniendo. Están…

Oímos el traqueteo de la puerta del garaje, que empezaba a enrollarse. Un coche que entraba. La apertura y el cierre de las puertas del coche.

Murmullos. Voces de personas.

Me asomé por la esquina y vi a Vince en su escondite. Él me hizo un gesto con la mano. Me estaba haciendo señas para que volviera detrás de la pared.

—Va a salir bien —dijo.

Sesenta y ocho

De pie, Nathaniel Braithwaite sostenía el jarrón con ambas manos. A Cynthia le llamó la atención —de hecho, le pareció extraño— que el hombre estuviera embelesado con ese objeto. Al fin y al cabo, era solo un jarrón.

Él miró a Cynthia y a Grace con una expresión mezcla de confusión y culpabilidad, y dijo:

—No sé de dónde ha salido esto.

Madre e hija intercambiaron una rápida mirada.

—Vale —dijo Cynthia—. Nosotras tampoco.

—No estaba aquí cuando me mudé. He usado todos los cajones de esta cómoda.

Sacudió la cabeza una última vez y decidió que no merecía la pena preocuparse del asunto ni un segundo más. Dejó el jarrón encima de la cómoda y volvió a centrar su atención en las maletas. Empacó todo lo que pudo, tiró de las tapas que aún estaban abiertas y cerró las cremalleras.

No había forma de que pudiera llevar todas las maletas a su coche en un solo viaje. Empezó por la más pequeña, la que Grace había estado tocando (algo que lo tenía muy nervioso, por cierto), y otra de las que estaban llenas de ropa, y bajó corriendo las escaleras.

Cynthia y Grace lo siguieron al primer piso y salieron por la puerta principal. Barney y Orland seguían con lo suyo, uno fumando y el otro con la mirada perdida.

—¿Qué le pasa? —preguntó el primero mientras Braithwaite daba pasos enérgicos hacia la calle y doblaba la esquina.

—Creo que estás perdiendo un inquilino —dijo Cynthia.

Grace preguntó a su madre:

—¿Qué crees que había en esa valija que no quería que yo tocara?

Barney dijo:

—¿Me estás diciendo que se va a mudar? Este hijo de puta no me ha dicho nada. ¿Se ha ido ya, así como así?

—Creo que volverá —dijo Cynthia—. Tiene más maletas.

Como si nada, Braithwaite dobló la esquina en el Cadillac. Aparcó en el camino de entrada, apagó el motor, cerró el coche y subió los escalones del porche.

Barney le bloqueó la puerta y le clavó un dedo en el pecho.

—¿Qué está pasando aquí?

—Que ha surgido algo. Me mudo.

—Vamos a ver. Espere un segundo, señor. La gente avisa cuando se muda. Yo espero un aviso con dos meses de anticipación, amigo mío.

—No soy su amigo y quítese de mi camino.

Nathaniel lo apartó de un empujón y entró furioso en la casa. Barney estuvo a punto de caerse. El cigarrillo se le escapó de entre los dedos.

—¿Estás bien? —le preguntó Cynthia.

Barney apagó el cigarrillo con su bota de trabajo.

—Sí, estoy bien. Si cree que se va a ir sin pagar el alquiler del mes que viene, que se lo piense mejor. —Tomó aire, hinchó el pecho y entró en la casa. Subió las escaleras pisando fuerte.

Cynthia y Grace subieron justo detrás de él.

Cuando Barney llegó a la puerta abierta del apartamento de Nathaniel, se plantó allí y le dijo:

—Págueme el alquiler del mes que viene ahora mismo, en efectivo, y estamos en paz.

Nathaniel gritó desde su dormitorio:

—Tendrá su paga, no se preocupe.

Cynthia pasó junto a Barney, se paró justo fuera del dormitorio y dijo:

—Nate, ese hombre te va a encontrar. Vince te encontrará. Y, si no él, la policía.

—Me importa una mierda la policía —dijo—. La policía no te coge de la calle para meterte un maldito taladro en toda la cara.

Barney entró desde el vestíbulo y se paró en el centro de la habitación.

—Necesito comprobar el apartamento, porque, si le ha hecho algún desperfecto, no le devolveré la fianza.

Nathaniel, cargado con sus dos últimas maletas, salió del dormitorio a toda velocidad.

—Me importa una mierda. Así, como lo oye.

Barney dijo:

—Espere un minuto mientras echo un vistazo. —Se quedó mirando la cocina, fue a la nevera y abrió la puerta—. ¿Va a limpiar esto?

—Por Dios —dijo Nathaniel, y dejó caer las maletas para poder sacar su billetera. La abrió y empezó a contar algunos billetes—. Aquí hay doscientos. Le enviaré el resto por correo.

Mientras Barney se acercaba a coger el dinero, echó un rápido vistazo al dormitorio.

Se detuvo.

Luego dio tres tímidos pasos hacia la puerta del dormitorio. Miró todo muy atento y fijó los ojos durante varios segundos en el jarrón. Luego se volvió contra Nathaniel.

—¿Usted es el detective? —le preguntó—. ¿Braithwaite es su verdadero nombre? ¿No se apellida Duran? ¿Ha estado viviendo aquí para espiarme?

Nathaniel preguntó:

—¿Qué?

—Me ha oído —dijo Barney—. ¿Usted es el detective? Quayle me había dicho que ese jarrón lo tenía un detective, que lo estaban usando para buscar huellas dactilares. *Mis* huellas dactilares. —Se volvió hacia su antiguo inquilino con los ojos entrecerrados—. ¿No ha ido a verlo mi sobrina? Reggie me dijo que iba a ir a verlo. ¡Respóndame!

Nathaniel negó lentamente con la cabeza.

—Señor Croft, le juro que no tengo ni idea de qué demonios está hablando.

—Yo tampoco —dijo Cynthia.

Sesenta y nueve

Terry

Al oír que la puerta empezaba a abrirse, me escabullí detrás de la pared. Agucé el oído. Esperaba que nadie alcanzara a escuchar los latidos de mi corazón.

Alguien gritó:

—¡Eh! ¿Dónde estáis?

Reggie gritó:

—¡Sótano!

Enseguida, una voz diferente, algo turbia, como la de un hombre resfriado:

—¡Qué coño! ¿Qué demonios está pasando?

Luego, una voz conocida. Baja y controlada.

—No te muevas.

—¿Qué dem…?

—No quiero tener que decírtelo otra vez. ¿Terry?

Doblé la esquina, con los brazos extendidos y las manos bien puestas alrededor de la Glock que había encontrado en el desván.

Como en las películas.

Vince estaba donde lo había visto por última vez, arrellanado en un rincón, con los brazos extendidos, igual que los míos, y su pistola a un palmo de la oreja del segundo de los hombres que habían entrado en la casa. Entre él y el otro hombre, cuyo rostro estaba cubierto de vendas y manchado de sangre, venía Jane. Tenía las manos a la espalda y un trozo de cinta adhesiva en la boca.

En el cinturón del hombre vendado vi una pistola, y también noté que su mano se movía hacia ella poco a poco.

Era mi turno de ser el duro.

—No —le dije.

Me miró con ojos vacíos y apartó la mano.

—Terry, quítales las armas.

Caminé seis pasos, me coloqué cauteloso frente al hombre y, con la mano izquierda, le arranqué el arma de la cintura.

—Ponte ahí —le dije. Yo sabía que Vince lo estaba vigilando.

El hombre vendado miró a Vince, sonrió y dijo:

—¿No te has meado en estas últimas horas? —Pensé que no era lo más inteligente que se podía decir a quien te está apuntando con un arma.

Pasé junto a Jane y le sonreí.

—Hola —le dije—. Dame un segundo.

Sus ojos bailaban.

Vi que el otro hombre no llevaba ninguna arma.

—¿Dónde está la tuya? —le pregunté.

—La he dejado en el coche —dijo.

—Regístralo —me dijo Vince, y eso hice. Le di palmaditas por todo el cuerpo, incluso en lugares donde yo no solía tocar a la gente. Estuve a punto de disculparme, pero lo pensé mejor. No encontré nada. Le di a Vince la pistola que le había quitado al otro.

—Ayuda a Jane —me dijo.

Ella se dio la vuelta para dejarme ver sus muñecas. Dediqué varios segundos a tratar de deshacer el nudo, antes de darme cuenta de que era más rápido usar un cuchillo. Me llevé a Jane la cocina con gentileza. Tuve que abrir un par de cajones para encontrar un cuchillo de hoja corta y afilada. Con cuidado, corté la cuerda hasta que Jane pudo soltar las muñecas. Entonces dejé caer el cuchillo sobre la encimera. De inmediato, ella se llevó las manos a la boca y se despegó la cinta poco a poco. En cuanto terminó de desprenderla, la hizo una bola. Le costó un poco de trabajo despegársela de los dedos para arrojarla al fregadero.

Se volvió hacia su padrastro y empezó a moverse en su dirección, atraída hacia él, pero los brazos de Vince seguían extendidos, y el cañón de su pistola, aún detrás de la oreja del otro hombre.

—Ay, Dios, Vince… Lo sabía, lo sabía… —Empezó a llorar. No, más

que eso: empezó a convulsionarse. Mientras sollozaba, sus hombros iban encorvándose—. Ay, Dios, ay, Dios mío…

En los ojos de Vince vi que él tenía ganas de consolarla, pero en ese momento no podía moverse.

—Tú —dijo.

Todavía con la Glock en la mano derecha, intenté abrazarla. Le puse la mano izquierda en la espalda mientras ella apretaba la cara contra mi pecho.

—No pasa nada —le dije en tono tranquilizador—. Todo está bien.

—Logan —dijo Vince al que tenía más cerca.

—Sí.

—¿Aún quieres tener contenta a tu madre? ¿Quieres mantener con vida al imbécil de tu hermano y a ti mismo?

—Claro.

—Entonces, esto es lo que vas a hacer. Mi amigo va a bajar las escaleras, y vosotros dos, tras él.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Están bien. Venga.

Bajé las escaleras con rapidez para poder darme la vuelta y apuntar mi arma a Logan y Joseph mientras bajaban. Justo antes de que Vince bajara también, vi a Jane darle un abrazo. Los oí hablar en voz baja y los vi asentir un par de veces.

Vince le dijo:

—Nos marcharemos de aquí en un minuto. ¿Por qué no esperas aquí arriba?

No me tomé eso como una buena señal. Me dio la impresión de que Vince no quería que ella viera lo que estaba a punto de suceder.

Bajó las escaleras, entró en la habitación donde Wyatt y Reggie permanecían atados en el suelo y donde nuestros nuevos visitantes esperaban de pie con aspecto muy inseguro. Aún quedaban algunos trozos de cuerda por ahí.

—Terry, hazte cargo del Hombre Venda. —Estaba mirando a Joseph.

Agarré un trozo de cuerda y, con un dedo, le hice señas a Joseph

para que se diera la vuelta.

—Vete a la mierda —me dijo.

Vince levantó el brazo.

—Joseph, hazlo —le dijo Logan a su hermano—. Si tuvieran intenciones de matarnos, ya podrían haberlo hecho. —Miró esperanzado a Vince—. ¿No es así?

Vince sonrió.

—Sí.

—¿Quieres chupármela? —preguntó Joseph. No estaba seguro de si se lo estaba preguntando a Vince o a mí.

Yo tenía la sensación de que no se tomaría a bien mis órdenes y de que, si me metía la pistola en el cinturón, se daría la vuelta e intentaría cogerla. Así que le entregué el arma a Vince. Ahí estaba el viejo, como Gary Cooper, con dos armas desenfundadas, mientras yo tiraba de los brazos de Joseph y le ataba la cuerda alrededor de las muñecas, por la espalda.

No era mi especialidad, pero hice lo mejor que pude.

—Los tobillos también —dijo Vince.

Para cuando terminé, el tipo estaba en el suelo, igual que Reggie y Wyatt. Luego me ocupé de Logan.

—¿Vince? —Era Jane, que lo llamaba desde lo alto de las escaleras —. Me quiero ir de aquí.

—Casi hemos terminado —dijo, y me devolvió la Glock.

Por lo que pude ver, ya estábamos listos para partir. Teníamos a Jane. El dinero estaba en el coche; los secuestradores, inmovilizados.

Pero Vince se había quedado de pie junto a ellos, como si sus zapatos estuvieran encolados al suelo.

—Vince —le dije.

Él no me miró. En cambio, sus ojos estaban clavados en los cuatro. La pistola, en su mano.

—Vince —volví a decir—. Tú y yo teníamos un trato.

Se volvió con lentitud y me miró.

—Se lo tienen ganado. No merecen piedad. Esto amerita un poco

de dulce justicia.

—No de tu justicia —dije—. Mierda, quizá sí se lo merezcan, pero ya te he dicho que no puedo formar parte de algo así.

Cerró los ojos un momento y su cuerpo flaqueó. Cuando los volvió a abrir, tenía el mismo aspecto que cuando se había desmayado en nuestra casa. Bajó el arma a un costado y extendió el brazo izquierdo en busca de algo con que apoyarse. Encontró el respaldo del sofá y se agarró de él.

—No me encuentro muy bien —dijo.

—Tenemos que marcharnos. ¿Podrás subir las escaleras?

Vince retiró la mano del sofá, como probando si era capaz de mantenerse en pie.

—Creo que sí. —Bajó la cabeza y se dirigió al grupo—. Lo más inteligente que podríais hacer es desaparecer. Más tarde lamentaré no haber hecho algo con vosotros. Y vendré a buscaros. Terminaré con esto de una vez por todas.

—Venga —le dije.

—El viejo no tiene cojones —dijo Joseph.

—Coño, cállate, imbécil —le espetó Reggie.

Dejé que Vince subiera las escaleras delante de mí. Creí que terminaría desplomándose en plena subida, por lo que sentí la necesidad de estar allí para atraparlo. Jane, como un ángel a la entrada de las puertas del cielo, lo esperaba al final de la escalera.

Cuando por fin estuvimos todos en la cocina, yo ya quería largarme de allí, pero Vince y Jane estaban trenzados en un abrazo, susurrándose cosas. Sentí que necesitaban un momento de intimidad, así que fui al salón a mirar la calle a través de los visillos.

Después de casi cinco minutos y un montón de deliberaciones entre ellos dos, Vince me llamó:

—Terry, nos vamos. —Su voz era la más tranquila que le hubiera oído nunca.

Abrimos la puerta que conectaba la casa con el garaje. Vince iba moviéndose como un soldado herido, con el brazo alrededor de

Jane. Ella abrió la puerta trasera, del lado del conductor, y lo ayudó a sentarse. Vince cayó en el asiento como un saco de arena.

—Necesita descansar —me dijo ella mientras yo abría la puerta del conductor—. ¿Te lo ha dicho? —Le brillaban los ojos.

—¿Me ha dicho qué?

—Que está enfermo.

Eso era bastante obvio.

—¿Cómo de enfermo?

Jane tomó aire.

—Cáncer. Y bastante avanzado, según me ha dicho.

Asentí.

—Ha sido un día largo.

—Sí. Supongo que deberíamos partir. —Apoyó su mano en mi brazo—. Gracias, profe.

Le dediqué una débil sonrisa.

—Con gusto.

Jane me soltó el brazo y empezó a rodear el coche por delante. En un momento dado, estuvo a menos de dos metros de la entrada de la casa.

En eso, la puerta se abrió de golpe.

Yo tendría que haber hecho un curso de nudos cuando era Boy Scout.

Era Joseph. Salió volando por la puerta, con un cuchillo en la mano derecha. Supuse que era el que yo había dejado sobre la encimera de la cocina después de haber liberado las muñecas de Jane.

El tipo tenía los ojos muy abiertos, enloquecidos, fijos en ella. Y Jane, al verlo, pegó un grito y levantó los brazos a la defensiva, pero esos brazos no harían mucho por salvarla contra un hombre enfurecido, mucho más grande y fuerte.

Tenía el cuchillo en alto, firme en el puño, como se sujeta un picahielos.

Mostraba los dientes pletóricos de saña, como los de un animal.

Resulta que mi Glock sí estaba cargada.

No pensé en nada. Mi brazo se levantó. Sería exagerado decir que apunté. Solo puse la pistola en su dirección y apreté el gatillo.

«No tienen seguro».

El disparo resonó en el interior del garaje. En el cuello de Joseph, por un costado, apareció una flor del color del carmín. El hombre desvió su curso y se alejó de Jane. Cayó sobre el hormigón hasta desaparecer más allá de la parte delantera del BMW.

—No —le dije.

De repente, el garaje se había quedado muy quieto. Jane había retrocedido unos pasos. Estaba apoyada contra el guardabarros del todoterreno, tapándose la boca con las dos manos.

Oí algo detrás de mí y me giré.

Era Vince, que acababa de salir del coche. Arrastrando los pies, pasó a mi lado y se arrodilló junto al parachoques delantero. Yo alcanzaba a ver su cabeza justo por encima del capó.

Se volvió y me miró.

—Buen tiro —dijo.

Tenía que preguntarle:

—¿Está muerto?

—Eso es lo que significa «buen tiro».

Con lentitud, se apoyó en el capó y volvió a ponerse en pie. Se acercó a mí y me tendió la mano. Entrégamela.

—¿Qué?

—La pistola.

Aturdido como estaba, tal vez incluso conmocionado, se la entregué.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté.

Vince se quedó callado un momento, luego extendió un brazo y me puso la mano en el hombro.

—Quería jugar a tu manera —dijo—, pero has cambiado las reglas.

Setenta

Terry

Pretender recordar lo que ocurrió en los minutos siguientes es, incluso ahora, como intentar recordar un sueño. Procuro tener claridad, pero es como ver las imágenes a través de papel encerado. Todo está un poco desenfocado, difuso, empañado. No podría decir que estaba en estado de choque desde un punto de vista clínico, pero, como mínimo, estaba aturdido. Lo que acababa de ocurrir era increíble.

Me costaba entender que acababa de matar a un hombre.

No parecía real.

Sin embargo, a cierto nivel intelectual, sabía que estaba ocurriendo, que *era* verdad, aunque me seguía sintiendo desconectado de los acontecimientos. Era capaz de escuchar y observar, pero incapaz de actuar. Estaba paralizado.

Recuerdo a Vince hablándome:

—Le has salvado la vida a Jane. Eso es lo que acabas de hacer. La has salvado. Has hecho lo correcto.

—Tengo que llamar a la policía —susurré.

—No, no tienes que hacerlo. ¿Sabes por qué? Porque, en lo que a ellos respecta, tú no has sido. ¿Ves quién tiene la pistola ahora? Yo. Serán mis huellas dactilares las que estén en esta arma, no las tuyas.

—Ha sido culpa mía —dije—. No lo he atado bien. Y el cuchillo…

—No te preocupes por nada de eso —dijo Vince. Todavía tenía la mano en mi hombro—. De verdad, eres mi número dos. Lo has conseguido.

Alguien más me estaba tocando: Jane. Tenía una mano en mi brazo.

—Sí, profe. Me habría matado. Lo habría hecho.

—Así que… había una justificación —dije—. Si se lo dijera a la policía…

—La cosa es, amigo —dijo Vince—, que aún no hemos terminado.

Se dirigió a Jane:

—Marchaos. Ya.

—No —dijo Jane—. Ven con nosotros.

—No te quiero aquí —dijo Vince—. Quiero que te marches tan rápido como puedas. Todo irá bien. Te veré pronto.

Vince quitó la mano de mi hombro y la puso en el de Jane. Estaban a centímetros de distancia. Jane estaba llorando.

—No, no vas a venir —dijo ella—. Me doy cuenta.

—No te preocupes. Y vas a estar bien. Haz lo que te digo.

Ella se lanzó hacia su padrastro y él la rodeó con el brazo que le quedaba libre.

—Te quiero —dijo Jane—. Lamento todo esto.

—Chitón —dijo Vince—. Llévate a Terry de aquí. Ahora mismo. Aún queda otro coche. Puedo quitarle las llaves a Logan. Estaré bien.

Yo quería despertar. «Por favor, despierta».

—Creo que será mejor que conduzcas tú —le dijo a Jane—. Terry está un poco fuera de sí.

—¿Por qué? —le pregunté a Vince.

—¿Eh?

—¿Por qué tienes que hacerlo?

Sonrió con tristeza.

—Esto tiene que terminar aquí. Si me fuera contigo y Jane ahora mismo, no se acabaría. Empezaría a girar sin control en cien direcciones. —Hizo una pausa—. Confía en mí.

Jane tiraba de mi brazo.

—Venga, tenemos que irnos.

Entré en el BMW por el lado del pasajero.

Quizá, una vez en casa, aún podría llamar a la policía. Confesar mi crimen. Lo entenderían, ¿verdad? Que había tenido que hacerlo para salvar la vida de Jane. Pero ¿qué pensaría la policía, y qué pensaría

un jurado, cuando todo lo anterior su pusiera en la balanza? ¿Qué pensarían de Vince y de mí secuestrando a Wyatt y Reggie? ¿Obligándolos a conducirnos a la casa? ¿Atándolos?

No pintaba bien.

Jane se sentó a mi lado, en el asiento del conductor, y miró a Vince.

—¿Las llaves?

Vince dijo:

—¿Terry?

Lo miré.

—¿Qué?

—¿Las llaves?

Yo no tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo.

—Las tienes tú. Están en tu bolsillo —dijo.

Me llevé la mano al bolsillo del pantalón y encontré el juego que le había arrebatado a Reggie en el momento en que habíamos llegado. Jane me las quitó y arrancó el coche.

Había un botón en la pared. Vince extendió el brazo hacia él.

—Os abriré la puerta —dijo.

Pulsó el botón y, detrás de nosotros, se levantó una ruidosa puerta de garaje. Jane bajó la mirada entre los dos asientos, puso la marcha atrás y se giró para vigilar el retroceso y sacar el coche del garaje por el camino de entrada.

Yo seguía mirando al frente.

Vince nos observó durante cinco segundos. Luego pulsó el botón para volver a bajar la puerta del garaje. Justo antes de que se hubiera cerrado, lo vi atravesar la puerta que lo llevaría de vuelta a la casa.

Setenta y uno

Terry

—¿Adónde vamos? —le pregunté a Jane.

—Al cementerio —contestó—. Vince ha dicho que ahí está su camioneta.

Por supuesto. Eso tenía sentido. Yo aún no estaba pensando con claridad. Necesitaba concentrarme, salir de la niebla.

—El problema es que no tengo ni idea de dónde estamos. Me han traído con una bolsa en la cabeza.

Incluso yo tuve que pensar un momento.

—Vale…, aquí arriba, gira junto a ese banco. Es posible que te orientes en cuanto hayamos salido de este barrio.

Un par de giros más adelante, Jane ya sabía dónde estaba.

—Vale, ya estamos bien.

—¿Te ha dado Vince las llaves de su camioneta?

Asintió.

—No dejes que me olvide de pasar a la *pick-up* todo lo que hay en el maletero.

—No —dije—. Al parecer, Vince ya no tendrá que preocuparse de que sus depositantes vuelvan para retirar su dinero. —La miré—. ¿Eso también lo sabías? ¿Este asunto que Vince ha tenido desde hace un tiempo?

—Los he oído hablar —dijo Jane—. A los que me han secuestrado. Vince tenía alijos de todo tipo escondidos en casas.

—Sí. Anoche, cuando Grace y Stuart entraron en ese lugar, se encontraron con alguien que estaba robando a Vince. Alguien había descubierto que allí había dinero escondido. Ahora pienso que podrían haber sido tus secuestradores. Consiguieron encontrar una casa donde había dinero escondido, pero averiguar todas las

ubicaciones era demasiado, así que te han raptado. Le han dicho a Vince que les entregara todo o… ya sabes.

—O me matarían.

—Sí.

—Bueno, han estado a punto de hacerlo —dijo—. Vince me ha contado rápidamente lo que estaba ocurriendo. ¿Me ha dicho que tenemos que sacar un montón de armas de tu casa?

Dios. Lo había olvidado.

—Sí, es una buena idea.

—Sabes lo que está haciendo ahora, ¿verdad? —preguntó.

—No quiero ni pensarlo.

—Nos está protegiendo. A los dos.

—Podría verlo haciendo todo esto por ti —dije—, no tanto por mí.

Jane se volvió a mirarme.

—Te respeta.

—¿Qué?

—Es verdad. Piensa que eres un buen hombre. Siempre ha pensado así, pero demostrarlo no se le da muy bien.

Yo me preguntaba por qué eso debería importarme. Vince Fleming era un matón. Un asesino. ¿Necesitaba yo el respeto de un hombre así? Y, sin embargo, cuando lo supe sentí algo difícil de explicar. Un destello de orgullo.

¿Porque ahora yo también era un asesino? No, era diferente del todo. Lo que yo había hecho no tenía nada que ver con el tipo de cosas que Vince era capaz de hacer.

—Aparca —dije de pronto.

Jane me miró.

—¿Qué pasa?

—¡Detente!

Desvió el coche a un lado de la carretera y yo abrí la puerta de golpe. Salí dando tumbos, doblándome y vomitando. No recordaba la última vez que había comido algo, pero fuera lo que fuera, acababa de irse.

Descansé allí un momento, con las manos sobre las rodillas,

mientras el motor del BMW marchaba al ralentí. Me levanté, inspiré hondo un par de veces y volví al coche.

Jane reanudó el recorrido.

Ya en el cementerio, sacamos todo del maletero y lo pusimos en la Ram de Vince, detrás de los asientos.

—Tendremos que limpiarlo —me dijo Jane.

Al principio no sabía a qué se refería. Ella fue a la camioneta, sacó dos paños y me dio uno.

—El BMW. Vince me ha dicho que lo limpiara. Huellas dactilares.

Jane tenía la puerta abierta y, con su paño, estaba repasando el volante, la palanca de cambios, el salpicadero…, casi todo. Yo me fui a hacer el lado del pasajero de delante, y, luego, el asiento trasero. Ella repasó la tapa del maletero y los tiradores de las puertas.

—El capó —dije—. Por el frente. Vince le ha puesto la mano encima para poder levantarse.

«Cuando estaba examinando al hombre al que he matado».

—Vince no estaba preocupado por sus propias huellas —dijo Jane —, solo por las nuestras, pero lo haré, de todos modos.

Lo último que hizo fue limpiar el propio llavero y arrojarlo al interior del coche a través de una ventanilla abierta.

Enseguida nos fuimos en la camioneta, otra vez con Jane al volante.

—Tenemos que limpiar tu casa —dijo.

Le expliqué cómo llegar y, diez minutos después, yo estaba en mi ático, bajando por la trampilla la caja de las Glock y la pistola de Wyatt mientras ella las esperaba al pie de la escalera. Volví a compactar el aislamiento, me metí en el hueco y puse de nuevo la cubierta en su sitio.

Coloqué la caja detrás de los asientos de la camioneta junto con las otras bolsas del botín.

—Dime que no vas a conducir con todo eso.

—No por mucho tiempo —dijo Jane.

Se plantó solemne ante mí, me dedicó una sonrisa débil y me dio un abrazo. Susurró:

—Lo siento mucho.

—¿Perdona? —le pregunté.

—Que Grace y tú os hayáis visto arrastrados a todo esto. Lo siento mucho, pero también estoy agradecida. Por que hayas ayudado a Vince. Y por salvarme. Ya sabes, cosas de ese tipo.

Apretó el abrazo.

—Y por creer siempre en mí, profe —dijo Jane. Acercó sus labios a mi mejilla y me dio un ligero beso.

Le devolví el abrazo.

—¿Vas a poder con esto? —me preguntó.

—Haré todo lo posible.

—Lo único que tienes que hacer es fingir que no ha pasado.

Estuve a punto de sonreír.

—Eso sí debería poder hacerlo.

—Se te pasará. De verdad.

—Dile a Vince que haré lo posible —le dije.

Me dedicó una triste sonrisa.

—No lo has entendido. No volveremos a verlo.

La vi subir a la camioneta, salir por el camino de la casa y coger la calle. Cuando dobló la esquina, volví a entrar en la casa, atravesé el vestíbulo y fui a la cocina.

Me acerqué al teléfono, descolgué el auricular y marqué el número de Cynthia.

Me contestó al primer timbrazo.

—¿Terry?

—Ven a casa —le dije.

—Pues… —dijo Cynthia—, resulta que aquí tenemos un ligero problema.

Setenta y dos

Cynthia se guardó el móvil.

Nathaniel seguía insistiendo en que su verdadero nombre no era Duran, que no era detective privado y que no estaba intentando encontrar huellas dactilares en aquel jarrón azul que había puesto encima de su cómoda.

—¿Y los doscientos mil? —le preguntó Barney—. ¿También los tienes tú? ¿Eli te los dio? Ese pequeño hijo de puta. Le di trabajo. Lo puse a arreglar algunos de mis otros apartamentos. Me apiadé de ese mierdecilla cuando me enteré de que no tenía dónde vivir, pero el cabroncete me estaba vigilando. Averiguó dónde guardaba mi dinero. ¡Treinta años! Treinta años me llevó ahorrar esa cantidad. —Miró con nostalgia el jarrón—. Pero lo más importante era recuperar a Charlotte. Nunca debí hablarle de ella a Eli.

Grace dijo algo en poco más que un susurro:

—¿Eso es… una urna?

Barney miró a la chica y sus ojos se ablandaron.

—Es Charlotte. Íbamos a casarnos. Tuve un accidente y estuve de baja mucho tiempo. Y mi mejor amigo, sí, ¡mi mejor amigo!, fue a por ella mientras yo me recuperaba. El muy cabrón. La alejó de mí y se casó con ella. Fue la única mujer a la que amé.

—No lo entiendo —dijo Cynthia—. Si se casó con ese otro hombre, ¿cómo te hiciste con sus restos?

—Porque se los robé —dijo, y sonrió con orgullo—. Cuando Charlotte falleció, hace dos años, fui al funeral. Así me enteré de que la habían incinerado. Un par de días después, iba pasando por delante de la funeraria y vi a Quayle, que salía por la puerta principal con un paquete en los brazos. Yo sabía lo que tenía que ser eso. Quayle subió a su coche y lo seguí. Hizo un alto en el camino y entró en un bar para lidiar con su pena. —Barney se rio—. Rompí la

ventanilla de su coche y me llevé a Charlotte. Nunca pude evitar que él la tuviera cuando estaba viva, pero podría tenerla mientras disfrutaba de su descanso eterno.

—Qué jodido está esto —dijo Grace.

Barney entró despacio, solemne, en el dormitorio. Con suavidad, cogió el jarrón entre las manos y lo acunó en su brazo como si fuera un recién nacido. Quitó la cinta adhesiva de la tapa, miró apenas el interior, y, satisfecho en apariencia con lo que acababa de ver, volvió a poner la cinta.

—No la han molestado —dijo.

Nathaniel, que tanta prisa tenía por salir de allí, parecía paralizado por aquel nuevo giro. Se había quedado junto a Cynthia y Grace, observando cómo el hombre se reunía con los restos de la mujer amada.

Barney, aferrado a la urna, clavó los ojos en Braithwaite.

—Quiero saber cómo se ha hecho con esto.

—No tengo ni puta idea de cómo ha llegado aquí.

—Yo sí —dijo Grace, y miró a Braithwaite—. Y, para que lo sepas, nunca te vi, de hecho, así que no tienes que preocuparte por matarme o algo así, pero, en realidad, debes de haber sido tú.

—¿Haber sido yo *qué*?

—Quien estaba en la casa de los Corro. Tienes el dinero, y agarraste esa…, esa cosa, también. Y mataste a Stuart.

—No —dijo él.

—Y ese maletín que no querías que tocara… Ahí está el dinero, ¿verdad?

Barney salió del dormitorio sin dejar de mirar a Nathaniel.

—También quiero mi dinero. Si no lo devuelves, conozco a alguien que encontrará la forma de sacártelo.

Con la mano libre, buscó el móvil en el bolsillo. Pulsó un par de botones y se acercó el teléfono a la oreja.

—Vamos, contesta, contesta —dijo en voz baja y, enseguida—: Reggie, lo he encontrado. Ya está aquí, en uno de mis edificios. No

sé cómo ha llegado a este lugar, pero ya lo tengo. La he encontrado. Llámame en cuanto hayas escuchado esto.

Guardó el teléfono.

—Lo más sensato sería que tratara conmigo, en vez de con ella.

—Quienquiera que sea Reggie, puede venir a rascarme los cojones —dijo Braithwaite, y recogió sus dos últimas maletas—. No sé qué coño está pasando aquí ni qué es lo que creéis que he hecho, pero me marcho.

Se dio la vuelta y fue al pasillo.

—¡Vuelva aquí, cabrón! —gritó Barney. Pasó por delante de Cynthia y Grace, con la urna abrazada contra el pecho, rodeándola con ambos brazos.

Cuando llegó al final de la escalera, Braithwaite ya había salido corriendo por la puerta principal sin molestarse siquiera en cerrarla. Segundos después, lo oyó subir a su Cadillac y girar el contacto.

—¡Vuelva aquí! ¡Vuelva! —gritó Barney.

Empezó a bajar las escaleras, pero no podía correr como Nathaniel. Cuatro pasos más abajo, tropezó. Separó un brazo de la urna y, por puro instinto, trató de coger la barandilla, pero no había tal. Su mano rozó la pared desnuda, sin agarrarse a nada, y el hombre cayó de frente.

Desde arriba, Cynthia lo vio lanzarse de cabeza por las escaleras. Luego oyó el ruido de la urna al hacerse añicos bajo Barney, que se deslizaba varios peldaños sobre el vientre.

Segundos después, el llanto.

Cynthia se dio la vuelta y rodeó a Grace con el brazo.

—Voy a llamar a tu padre para decirle que estamos en camino.

Setenta y tres

Vince actuó con rapidez.

Volvió abajo. Tres personas, tres disparos.

Hizo que merecieran la pena.

Los mató a todos con la misma pistola con que yo había matado a Joseph en el garaje.

Ya no quedaba nadie que dijera nada.

Volvió a subir a la cocina, buscó la estantería donde Reggie y Wyatt guardaban el licor y tropezó con una botella de whisky escocés Royal Lochnagar.

«Esto me servirá», se dijo.

No se molestó en buscar un vaso. Abrió la botella y bebió directamente de ella.

Aún podía hacer algunas cosas, pensó, pero ninguna era lo bastante atractiva. Ese asuntillo del dinero desaparecido de la casa de los Corro ya no le parecía tan importante.

Podría ir tras Bert. Localizarlo. Vince no pensaba que fuera muy difícil de encontrar, pero, en realidad, ¿importaba?

Y luego estaba Braithwaite, el maldito paseador de perros. Había burlado a Bert y a Gordie, había provocado la muerte de Gordie. Supuso que también Braithwaite estaría huyendo en ese momento. Podría ser más difícil de encontrar. Vince no conocía sus hábitos, no sabía quiénes eran sus amigos, pero, con suficiente esfuerzo, creía que podría cazar a Braithwaite.

Pero al diablo con eso.

—¿Cuál era el plan?

Prefería beberse el whisky.

Por último, estaba el asunto de Eldon. Su cuerpo todavía estaba en aquel apartamento. No quedaba nadie para ayudar a Vince con

ese asunto. Si quería resolver ese problema, tendría que hacerlo él mismo.

No le quedaba energía. Esas últimas veinticuatro horas había podido sentir que el cáncer lo carcomía.

Qué pena lo de Eldon y su hijo.

—Mierda —dijo en voz baja.

Se preguntó si debía hacerlo ahí mismo. Ponerse la pistola en la boca, apretar el gatillo y listo.

Jane estaba libre. Y también tenía la vida bien resuelta. Él le había dejado claro lo que quería que hiciera. Deshazte de las drogas, de las armas y todo eso; son cosas que pueden rastrearse, identificarse. Arrójalas al río Housatonic, pero quédate con el dinero. Quédatelo todo. Consigue una caja de seguridad en un banco de verdad.

Y vuela por un tiempo, tal vez. Vete a Europa. Llévate contigo a ese músico gilipollas. Vive a lo grande. Ten la vida que te mereces. Que este sea mi regalo para ti, mi forma de pedirte perdón por todo, por no estar ahí para tu madre cuando ella me necesitaba. Y por todo lo demás.

Cuando todas esas personas que le habían dejado dinero se enteraran de lo ocurrido (y lo harían, de eso Vince estaba muy seguro) y se dieran cuenta de que la única persona que podía localizar el botín estaba muerta, ¿qué demonios podían hacer? ¿Invadir todas las casas de Milford?

Tendrían que darlo por perdido. Eso tendrían que hacer.

Dejó la botella sobre la encimera. Había tomado una decisión. De verdad, no quería hacerlo ahí. Cogería el todoterreno de Logan, conduciría hasta su casa de la playa y lo haría allí. Tal vez se quitaría los zapatos y los calcetines y caminaría unos metros hacia el estrecho para sentir el chapoteo del agua en los tobillos.

Sí, eso sería estupendo.

Vince tuvo que bajar otra vez para encontrar las llaves en el cuerpo de Logan. Subir le costó un gran esfuerzo. Eso acabó con sus restos de energía.

Salió de la casa con una sola pistola, la Glock que Terry Archer

había encontrado en su propio desván, y volvió al garaje. Se acercó al botón de la puerta y lo pulsó para abrirla.

La vio levantarse con lentitud.

Había un coche aparcado al final del camino de entrada: un sencillo Ford sedán negro. «Un coche de policía encubierto», pensó Vince.

Y apostaba a que la mujer que estaba en medio del camino, mirando hacia el garaje, era policía.

Una mujer negra, fornida, de un metro sesenta, más o menos. Ella también tenía una pistola en la mano. En realidad, en ambas manos. Con los brazos extendidos, apuntaba directo a Vince.

—¡Policía! —gritó.

Vince se quedó parado. Con el BMW fuera del garaje, ella alcanzaba a ver el cuerpo de Joseph en el suelo.

—¡Suelte el arma! —gritó la mujer.

Él dirigió la mirada al extremo de su propio brazo y vio la pistola, pero no la soltó. Volvió a levantar la vista y dijo:

—Creo que te conozco.

—Señor, baje su arma.

—Te recuerdo haciendo preguntas hace años, cuando me pegaron un tiro. Wedmore, ¿verdad?

—Sí, señor, soy la detective Rona Wedmore y le estoy diciendo que suelte el arma.

Pero Vince seguía aferrado a ella.

—Aquí hay un buen lío —dijo—. El tipo que está detrás de mí y tres más en el sótano. He sido yo. Añade a un tipo que trabajaba para mí: Eldon Pollard. Lo encontrarás tarde o temprano. Y a su hijo…

—¡Suéltela!

La playa habría sido mejor, pero aquello no estaba mal.

Vince levantó el arma, rápido, y la apuntó directamente hacia ella.

Ni siquiera tenía el dedo en el gatillo.

Pum.

Setenta y cuatro

Terry

Esa noche, Cynthia volvió a dormir en casa. De ninguna manera íbamos a separarnos como familia; no después de todo lo que habíamos pasado, pero no volvió a traer todas sus cosas hasta pasados un par de días. No era que dudara del compromiso. No podía hacerlo, nada más.

Grace no la dejaba salir de casa.

Nuestra chica llamó para decir que estaba enferma y que faltaría los siguientes dos días. Y lo mismo hizo Cynthia. Pasaban mucho tiempo en la habitación de Grace, sentadas en la cama. Conversando, nada más. Yo me asomaba de vez en cuando, pero parecían estarlo pasando muy bien ahí dentro, así que les dejaba su espacio.

Me imaginaba que estarían hablando de la terrible experiencia de los últimos días, resolviéndola, trabajando en la teoría de que cuanto más nos enfrentamos a nuestros demonios, mejor podemos lidiar con ellos, pero, cuando yo pasaba por el pasillo, delante de la habitación de Grace, y alcanzaba a captar fragmentos de sus conversaciones, no eran sobre armas ni áticos ni muerte. Hablaban de chicos, de películas, de la escuela y de Angelina Jolie.

Aunque no siempre.

A veces, lo único que oía eran llantos. De las dos. Más de una vez me asomé y las vi durmiendo juntas, con la espalda de Grace apoyada en la de Cynthia, el brazo de la madre alrededor de la hija.

Tenía que contarle algo a Cynthia.

Estaba en todas las noticias. Una masacre, decían: cuatro muertos en una casa de Milford. La detective Rona Wedmore (conocíamos bien ese nombre), en un intento de localizar un coche que se creía

relacionado con un homicidio, había llegado a la casa justo cuando el famoso matón Vincent Fleming intentaba huir del lugar. El hombre había confesado los cuatro asesinatos antes de que Wedmore lo matara de un tiro.

A Cynthia le narré casi todo lo sucedido: la reunión en el cementerio y la vuelta a nuestra casa; cómo atrapamos a Wyatt y Reggie, cómo los llevamos a su casa y rescatamos a Jane.

Pues eso, que le conté casi todo.

Le dije que esas personas estaban atadas en el sótano; que Vince había hecho que Jane y yo nos fuéramos y que él nos había dicho que nos alcanzaría. No teníamos ni idea de que le iba a hacer daño a nadie, le conté. Especulé que, después de que nos fuéramos, el tal Joseph se había liberado y había intentado matar a Vince. Entonces Vince le habría disparado, y, en consecuencia, habría sentido que no tenía otra opción que matar a los otros.

Mi cuerpo temblaba mientras le contaba a Cynthia mi teoría.

—Madre mía —dijo—. Madre mía, no puedo ni imaginarlo. —Estaba conmocionada por lo cerca que yo había estado de tan horribles actos de violencia—. Si en esto quedara un clavo de dónde agarrarse, al menos saliste de allí antes de que todo empezara.

Sí.

La policía decía que Vince también había confesado el asesinato de uno de sus empleados, Eldon Pollard, así como el de su hijo, Stuart, aunque el cadáver del chico aún no había aparecido.

Grace había visto esa parte en las noticias.

—De ninguna manera —dijo—. ¿Que Vince estaba en la casa? ¿Que le disparó a Stuart? Fue el tipo que vivía enfrente de mamá.

Ella y Cynthia me habían puesto al corriente de esa parte, pero yo seguía sin saber qué pensar.

Llegué a leer y ver todo lo que pude encontrar sobre el caso. Aunque la policía creía saber quién había sido, no estaba segura de los motivos. Lo que sí descubrieron fue que Reggie y Wyatt habían estado al frente de una compleja estafa de fraude fiscal. Determinaron que una de las pistolas que aparecieron en la escena

era, con toda probabilidad, la que habían utilizado para matar a un detective privado llamado Heywood Duran. Y también creían que ese mismo matrimonio era responsable de los asesinatos de aquellos dos profesores jubilados, así como de un tal Eli Goemann. De cualquier modo, seguían investigando.

Eso no era novedad para mí.

Una de las historias incluía una entrevista con el tío de Reggie, que resultó ser el casero de Cynthia, Barney Croft. Cynthia lo vio explicarle a un periodista que, aunque a menudo hablaba con su sobrina por teléfono, incluida una llamada que le había hecho el día que ella murió y la cual se quedó sin respuesta, hacía muchos meses que no la veía. Desconocía, además, que ella estuviera implicada en algún tipo de actividad delictiva.

—Qué cabrón tan mentiroso —dijo ella.

Otra cadena de televisión local consiguió localizar a Jane cuando salía de trabajar en la empresa de publicidad.

—Sí, Vince Fleming estuvo casado con mi difunta madre —les dijo, adoptando una estrategia similar a la de Croft—, pero hacía meses que no lo veía y no sé nada de nada de esto. Eso sí, mi corazón está con las familias de aquellos a los que Vince presuntamente ha hecho daño. De verdad que sí. No sé qué más decir. —Se subió a su Mini y partió a toda velocidad.

Uno de los antiguos empleados de Vince, Bert Gooding, seguía desaparecido.

Una noche saltó otra noticia, sin relación aparente, sobre unas personas de apellido Corro que, al volver a casa de un viaje, se habían encontrado la ventana del sótano forzada a patadas, aunque en la casa no faltaba nada. Eso, en sí mismo, no habría sido noticia, pero es que daba pie a otra historia acerca de Nathaniel Braithwaite, un millonario del *software* reconvertido en paseador de perros.

No había aparecido para pasear a las mascotas. La gente empezaba a preocuparse por él.

Cada día que pasaba sin que la policía llamara a nuestra puerta,

me preguntaba si nuestra implicación en todo aquello iba a pasar inadvertida.

—Todo va a salir bien —me aseguraba Cynthia—. Vince lo tenía muy bien pensado.

Pasaron tres días. Luego, cuatro. Luego, una semana entera.

Yo estaba empezando a pensar que tal vez Cynthia tenía razón.

La noche del octavo día, un coche sin matrícula se detuvo en nuestra entrada. Lo vi desde la ventana. En esos últimos días, me sentaba mucho junto a la ventana. A esperar.

—Cyn —dije.

Ella y Grace vinieron al salón. Cynthia dijo:

—Grace, ve a tu cuarto y no hagas ruido.

Grace se fue. Ella sabía lo que estaba en juego.

—Es Wedmore —dije—. Ha llegado el momento. Lo han descubierto. Me van a coger.

Cynthia me miró.

—¿A ti? Pensaba que la que nos preocupaba era Grace.

Sonó el timbre.

Cynthia me estudió.

—Hay más, ¿verdad? No me lo has contado todo. Sé que hay más.

Como yo no quería mentir, no le dije nada.

El timbre sonó por segunda vez.

Cynthia se las arregló para ponerse en movimiento y fue a abrir la puerta principal.

—Dios mío —dijo—, detective Wedmore. No me lo puedo creer. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí que ha pasado —dijo ella.

Me puse a un lado de Cynthia.

—Hola. Me alegro de verla.

—Yo también.

Hacía años que Cynthia no veía a la detective Wedmore, pero la mujer había ido a visitarme a la escuela un año antes, más o menos, para interrogarme acerca de un caso en el que estaba trabajando en aquel momento. Trataba sobre un falso vidente con el que Cynthia y

yo habíamos tenido la desgracia de toparnos cuando estábamos en medio de nuestros problemas. Nuestros otros problemas.

Wedmore pidió entrar. La llevamos al salón y nos sentamos. Cynthia se ofreció a hacer café, pero la detective le dijo que no.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. Supongo que se trata de Vince Fleming.

Pensé que debía ser directo, que no debía actuar como si intentara ocultar algo.

—¿Qué lo hace preguntar eso?

—Bueno, vemos las noticias. Sabemos lo que pasó. Y Cynthia y yo lo conocíamos. Él nos ayudó. Y en eso estaba él cuando le dispararon.

Cynthia movió la cabeza de arriba abajo.

—Sé qué clase de persona era, no somos ingenuos, pero, incluso sabiéndolo, lo que pasó es bastante difícil de creer.

—Lo es —dijo Wedmore—. Me preguntaba si alguno de ustedes estuvo en contacto con él en los últimos tiempos.

Cynthia y yo nos miramos. Yo hablé primero:

—Lo visitamos cuando estaba en el hospital, pero, desde entonces…

—Yo le envié una tarjeta —dijo Cynthia—. Una tarjeta de pésame por la muerte de su esposa. Me encontré con él hace unas semanas y charlamos.

—¿Es todo? —preguntó Wedmore—. ¿Nada más?

Ambos negamos con la cabeza.

—Nada más —le dije—. ¿Por qué?

—Porque ustedes están en una lista —dijo.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Antes de que yo pudiera responder, Cynthia dijo:

—¿Qué lista? ¿Terry y yo estamos en la lista de quién? ¿Dónde?

—No usted y Terry, para ser exactos, sino su casa —dijo.

—¿Quiere decir en una libreta de direcciones, por ejemplo? —le pregunté.

—No precisamente. Estamos investigando poco a poco los diversos

asuntos en los que estaba implicado el señor Fleming. Uno de ellos parece haber sido una operación en la que escondía cosas de otras operaciones delictivas: dinero en efectivo, drogas, lo que fuera, en domicilios de personas que no estaban en el radar de ningún departamento de policía. Gente decente y honrada. —Hizo una pausa—. Como ustedes.

—¿Está diciendo que usó nuestra casa? —le pregunté—. ¿Para esconder cosas? Esto es cachondeo.

—No, no lo es —dijo Wedmore con calma—. Lo más probable es que esté en su ático.

—Eso es imposible —dijo Cynthia—, tenemos sistema de seguridad.

—Bueno, al parecer, encontraba formas de sortearlo. ¿Tienen perro?

—¿Perro? —pregunté—. No, no tenemos mascotas.

—Esa es una forma de entrar. ¿Han oído hablar de los paseadores de perros? ¿Gente que entra en las casas a lo largo del día para sacar al perro a pasear? Ellos tienen llaves, códigos de acceso.

Cynthia cogió eso al vuelo.

—Durante un tiempo, estuve viviendo en un lugar, al otro lado de la ciudad. Un apartamento. Terry y yo… Yo solo necesitaba algo de tiempo para mí. El hombre que vivía al otro lado del pasillo se dedicaba a eso.

Me preguntaba qué estaba intentando mi esposa, pero yo hubiera apostado a que Wedmore ya sabía que Cynthia había vivido, aunque por poco tiempo, frente a Nathaniel Braithwaite. Querría averiguar si Cynthia estaría dispuesta a contárselo por su propia cuenta.

—Es correcto. Estaríamos hablando del señor Braithwaite.

—Sí —dijo Cynthia—. ¿Lo que me quiere decir es que eso lo hacía para Vince? No es posible que hubiera tenido nuestra llave ni el código de acceso.

—Una forma de estar seguros sería comprobar su ático. ¿Le importaría?

Le dijimos que, según creíamos, estaba perdiendo el tiempo, pero

cogí una escalera y la coloqué bajo el escotillón. Ella subió y pasó unos cinco minutos rebuscando antes de llegar a la conclusión de que no había nada.

Cuando bajó, estaba acalorada y sudorosa. Esa vez sí aceptó la oferta de una bebida fría en lugar de café. De vuelta en el salón, Cynthia le dio una botella de agua de la nevera.

—Así que supongo que esto significa que lo que Vince estaba tramando no nos involucraba —dijo Cynthia.

«No seas demasiado ansiosa».

—Puede que no —dijo Wedmore, midiendo sus palabras. Destapó la botella y tomó un trago.

—¿Tiene esto algo que ver con toda esa gente a la que mataron? —le pregunté.

—Es posible —dijo Wedmore—. Los Stockwell, es decir, Reggie y Wyatt Stockwell, estaban ganando grandes sumas de dinero en efectivo a través de declaraciones falsas a Hacienda. Pudieron haber necesitado algún lugar para esconder el efectivo. Quizá el señor Fleming lo escondió para ellos y luego decidió quedárselo, y eso no les habría gustado, pero esto es solo una hipótesis.

Cynthia y yo la miramos expectantes, como si no pudiéramos esperar a recibir el siguiente chisme de información privilegiada.

—Lo interesante —dijo Wedmore—, es cómo sus nombres han aparecido un par de veces en relación con todo este asunto.

—No sé de qué significa eso —dije.

—Su casa está en una lista que tenía el señor Fleming. Se trata de lugares donde podría haber escondido ganancias del crimen. Su esposa vivió, aunque por poco tiempo, al otro lado del pasillo de este señor Braithwaite, que pudo haber estado ayudando al señor Fleming. Y ambos tienen una historia con el señor Fleming.

—No sé qué decir —dijo Cynthia, y, asombrada por las coincidencias, sacudió la cabeza. Se me quedó mirando—. ¿Se te ocurre algo?

Moví la cabeza de lado a lado.

—No, ni idea, pero me alegro de que nadie haya entrado en esta

casa.

—Vale —dijo Wedmore, y se puso en pie—. Gracias. Si se les ocurre algo, lo que sea, llámenme. —En la mesita dejó una tarjeta para nosotros.

La acompañamos a la entrada. Nos despedimos de ella y cerramos la puerta.

Cynthia se dejó caer de espaldas contra la pared.

—Dios mío —exclamó.

Yo me llevé una mano a la frente mientras recuperaba el aliento.

—Pensaba que me iba a dar un infarto.

—Cuando ha preguntado por…

El timbre volvió a sonar. Nos miramos, aterrorizados. Después de habernos tomado cinco segundos para recomponernos, Cynthia abrió la puerta.

Wedmore dijo:

—Lo siento. Quería preguntarles ¿qué le ha pasado a su jardín delantero?

Yo había hecho todo lo posible por reparar el césped que Cynthia había destrozado con el coche, pero aún quedaban dos franjas paralelas en las que a la hierba le costaba volver a crecer.

Wedmore nos indicó que saliéramos y lo hicimos de mala gana.

—¿Ven de lo que les hablo? —preguntó. Nos estaba señalando el lugar donde la hierba se había dañado hasta un par de metros antes de los arbustos, los que estaban bajo la ventana delantera.

Algo me llamó la atención. Algo brillante. En el suelo, en la base de los arbustos.

—Sí, déjeme que le cuente —dijo Cynthia, arrastrando las palabras. Era evidente que estaba tratando de discurrir algo. Mientras Wedmore se centraba en ella, yo eché un rápido vistazo hacia el suelo.

Era el juego extra de llaves del BMW.

El de Wyatt. El día que Vince cogió las llaves del coche de Reggie y Wyatt, como no necesitaba los dos juegos, lanzó uno hacia la casa. ¿Cómo explicar su presencia ahí en caso de que Wedmore lo

encontrara? No solo eran las llaves del coche, sino también las de la casa.

Esas llaves me conectaban con una casa donde habían sido asesinadas cuatro personas. Una de ellas, por mí.

—No, déjeme que le cuente cómo ocurrió —dije, y di tres pasos hacia el camino de entrada. Con eso obligué a Wedmore a girarse y dar la espalda a los arbustos.

La miré a los ojos. No solo para mantener su atención, sino también para dejar de mirar las llaves, que, al menos para mí, destacaban como un enano de jardín bajo el haz de un reflector. Tenía que echar a Wedmore de ahí, coger las llaves y arrojarlas a la alcantarilla más cercana.

—La verdad es que me da mucho corte contárselo —le dije.

Wedmore ladeó un poco la cabeza.

—¿Por qué?

—No quiero que me acuse de nada.

—¿Qué me está diciendo, señor Archer? ¿Estaba conduciendo bajo los efectos del alcohol?

—Cynthia le acaba de confesar que se mudó por un tiempo. Bueno, yo pasé por períodos en los que me sentía bastante deprimido. Una noche salí y, supongo, bebí más de la cuenta, entonces (y esta es la parte que me resisto a contarle) me subí a mi coche, conduje hasta la casa y me salté la entrada por completo.

Wedmore me evaluó. Yo no sabría decir si se lo había creído. Dijo:

—Eso fue una increíble estupidez.

—Lo sé.

—Pudo haberse matado. O a otra persona.

Cynthia ya había retrocedido un paso hacia la puerta. Quizás tenía ganas de meterse en la casa, de poner fin a todo aquello, pero estando de pie allí, si Wedmore se volviera hacia ella…

—Lo sé, lo sé. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, me llevé un susto de muerte —dije.

—Señor Archer —dijo la detective Wedmore—, aquí tiene una buena vida, una esposa que me parece que lo quiere, por muchos

problemas que hayan tenido. Por lo que recuerdo, tiene una hija encantadora, aunque habrá crecido mucho desde la última vez que la vi. Tiene una familia. No lo tire todo por la borda haciendo una locura como conducir borracho. No corra riesgos estúpidos como ese.

—Tiene razón —dije de inmediato—. Nunca volveré a correr un riesgo así.

—Asegúrese de cumplir —dijo—. Bueno, creo que he terminado aquí. —Wedmore me sonrió y se volvió hacia Cynthia—. Tiene muy buen… Epa, ¿qué es eso?

Puso un pie en el césped, se agachó y recogió las llaves. Había barro en el mando.

—¿Han perdido unas llaves? —preguntó. Giró y extendió el brazo.

—Ah, gracias a Dios —le dije—. Me he vuelto loco buscándolas.

Wedmore las dejó caer en mi palma. Cerré la mano con fuerza.

—Cuídense —dijo, y se dirigió a su coche.

Epílogo

Terry

Fue Grace quien nos dio la noticia.

Había pasado casi un mes desde la muerte de Vince. En todo ese tiempo, yo no había hablado con Jane ni una sola vez, no desde el día en que me dejó en casa después de haber sacado todas las armas del desván.

Pero resultó que Grace sí se había mantenido en contacto: algún que otro mensaje de texto, dos o tres llamadas telefónicas.

—Sigue queriendo saber si estoy bien —dijo Grace—. Quiero decir, si hay alguien a quien deberíamos llamar para ver si está bien, es Jane, ¿verdad?

Y, en ese preciso sábado por la mañana, Grace bajó a la cocina y nos dijo:

—Jane se marcha.

—¿Lejos? —preguntó Cynthia.

—A Europa. Va a visitar Francia, España, Italia y todos esos lugares. Se va con Bryce.

—Creía que habías dicho que habían roto —dijo Cynthia.

Eso era nuevo para mí, pero Grace y su madre siempre se ponían al día sobre las relaciones de la gente. Si no me metían en esos asuntos, era porque no me interesaban lo más mínimo.

—Están juntos otra vez —nos informó Grace—. Yo creí que lo iba a dejar por completo. Jane pensaba que él la había estado engañando, y tal vez lo estaba haciendo, pero se han arreglado, supongo, y ahora se marchan. Dejan su piso, su trabajo, todo.

—¿Cuánto tiempo piensa estar allí? —le pregunté.

—Ni siquiera sabe si volverá.

—Qué emocionante —dijo Cynthia—. Deberíamos hacer algo. Una

pequeña fiesta de despedida o para desearles buen viaje. —Se me quedó mirando—. ¿Qué te parece? —Su semblante emocionado empezó a desvanecerse. Hacer algo con Jane podría resucitar ansiedades que yo apenas empezaba a controlar. Sabía que eso preocupaba a mi esposa.

—Por supuesto —le dije—. ¿Por qué no?

—No tendrás que hacer nada. Grace y yo nos haremos cargo. Deberíamos darles algún tipo de regalo de despedida. Es muy difícil elegir cosas para la gente.

—Tal vez solo una de esas tarjetas de regalo Visa —dijo Grace—. Podrían usarla en cualquier lugar de Europa, ¿no?

Cynthia le pidió a Grace que le enviara a Jane un mensaje para invitarla a casa la tarde siguiente. Los pulgares de Grace se movieron a la velocidad del rayo y, en un minuto, Jane había aceptado la invitación. Esa tarde, las dos salieron a comprar lo necesario para una pequeña fiesta.

¿Cómo podría aguársela? Cynthia y Grace nunca habían estado tan unidas como en esas últimas semanas.

* * *

Jane y Bryce estaban invitados a las tres. Grace comenzó a vigilar su llegada alrededor de las tres menos cuarto. Se asomaba a la ventana del salón cada tres minutos.

Cynthia se acercó a mí y me susurró al oído:

—He hecho algo sin decírtelo.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué?

—He comprado algo para Grace. Estaba en el centro comercial y me he topado con él. Cuando lo he visto, he sabido que era justo lo que necesitaba.

—¿Qué?

Me lo dijo.

A las tres y cinco, Grace preguntó:

—¿Dónde están?

—Llevan solo cinco minutos de retraso —le dijo Cynthia—, que no es retraso en absoluto. A nadie le gusta ser puntual. Llegarán pronto.

Grace tenía el teléfono en la mano, preparado, como a la espera de que Jane le diera informes de los avances de su traslado de un lado al otro de Milford.

—Relájate —le dijo Cynthia.

—Es que nunca había conocido a nadie, un amigo, por ejemplo, que se fuera a Europa *para quedarse* allí.

Yo pasaba por el salón cuando vi entrar el Mini de Jane. Supuse que era Bryce quien iba en el asiento del pasajero. Cuando el tipo salió, pude ver que era guapo. Un metro ochenta, delgado. Pelo alborotado, como al descuido. Llevaba una botella de vino cogida por el cuello. Jane se bajó también y se colgó del hombro un gran bolso.

Casi habían llegado a la entrada cuando Jane se detuvo, miró su bolso y lo abrió en busca de su teléfono. Alguien la estaba llamando. Se puso el teléfono en la oreja y vi sus labios pronunciar:

—¿Diga?

Y entonces, detrás de mí, oí a Grace decir:

—¿Jane? ¿Dónde estás? ¿Vienes? ¿Qué? Ay, Dios.

Grace corría a grandes zancadas por la casa. Pasó a mi lado para ser ella quien les abriera la puerta.

—Ya casi llego —dijo—. Qué gracioso.

Abrió la puerta y se encaró con Jane. Ambas tenían el teléfono en la oreja. Se rieron, guardaron sus móviles y se abrazaron.

—¡Así que tú eres Bryce! —dijo Grace.

Él sonrió y le tendió la mano.

—Hola —dijo él, con un toque de timidez.

—¡Adelante! ¡Entrad! —Grace se apartó para abrirles el camino a la casa. Me miró, agitó su teléfono en el aire y dijo:

—Ha vuelto a hacer esa cosa rara.

No sabía de qué me estaba hablando.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas? Aquella noche te dije…

Se quedó callada, porque no sabía si Bryce estaba enterado de la noche en que ella y Stuart irrumpieron en la casa de los Corro. Yo esperaba que no supiera nada. Mi boca se había mantenido cerrada, y confiaba en que también la de Jane.

—¿Le pasa algo a tu teléfono? —le pregunté.

—A veces hay un eco curioso. Sucedió justo entonces. Y dos veces la otra vez…, ya sabes. Una hablando contigo y…

Grace miró a Jane y luego a mí. Jane también me miró. Sus ojos en busca de los míos.

En un instante, todo cobró sentido.

Despreocupado, Bryce dijo:

—Eso ocurre cuando la persona con la que hablas está tan cerca como para que prácticamente puedas tocarla.

Cynthia salió de la cocina.

—¡Hey, ya están todos aquí!

Bryce le ofreció la mano.

—Señora Archer, es un placer conocerla.

—Llámame Cynthia, por favor. ¡Venid! ¿Queréis tomar algo? ¿Una cerveza? ¿Una copa de vino?

Con una sonrisa forzada, les dije:

—Necesito hablar con Jane. Será solo medio segundo. Grace, dale a este joven algo de comer.

Grace sonrió y dijo:

—¡Claro!

No creía que se hubiera dado cuenta.

Mientras los demás se dirigían a la cocina, cogí a Jane del brazo con suavidad y la conduje hacia la puerta principal.

—¿Qué? —preguntó.

Fijé mi mirada en ella.

—Lo del teléfono.

—¿De qué hablas?

—Dímelo sin más.

—¿Decirte qué?

Ella había estado estudiando mi expresión segundos antes, pero ahora no quería mirarme a los ojos.

—Cuando Grace te telefoneó aquella noche, cuando te pidió ayuda, antes de llamarme a mí, tuvo ese mismo eco en el teléfono. Como le acaba de pasar ahora.

—Los móviles siempre están haciendo estupideces —dijo mi antigua alumna. Y fue la forma en que me lo dijo, la manera en que giró la cabeza, lo que me convenció de que yo estaba en lo cierto.

—Tú ya estabas allí. —No era una pregunta—. Si Grace lo hubiera sabido, ella ni siquiera habría necesitado su teléfono para hablar contigo.

Con la mano izquierda, Jane apretó la parte superior de su bolso. Sus dedos estaban amasando el cuero. Tensó la mano derecha, la abrió y la tensó de nuevo.

—No sé qué…

—Corta el rollo, Jane.

Miró hacia la calle. Tras varios segundos, suspiró y dijo:

—En un momento dado pensé que me había visto. Cuando llamó por teléfono, pensé que me había visto y que por eso me estaba llamando, pero no era por eso. Grace me estaba pidiendo ayuda, me estaba llamando para preguntarme qué debía hacer.

No comenté nada. Seguí esperando algo más.

—Vince me tenía jodida —susurró Jane—. No estuvo allí para mi madre. Yo estaba furiosa con él. —Hizo una pausa—. En ese momento.

—Así que decidiste robarle.

—Se suponía que la casa de mi madre era para mí, pero él se la había quedado. Yo no sabía que tenía intenciones de arreglar ese asunto. Él me lo dijo después, cuando me salvasteis de esos cerdos.

Me sentía aturdido.

—Siempre fuiste buena para escuchar a la gente, para fisgonear. Déjame adivinar: sabías todo sobre los negocios de Vince. Sabías dónde estaban las llaves. Encontraste un listado de los códigos de

seguridad. Entraste en la casa del modo fácil, no como Stuart, que tuvo que entrar a la fuerza.

Jane asintió.

—Lo que no sabía era lo mucho que valía esa casa. No tenía ni idea. Pensé que serían unos pocos miles, que Vince podría no echar eso de menos durante meses y meses.

—¿Cuánto?

—Había doscientos mil —dijo—. Eso y un jarrón.

Me quedé asombrado y horrorizado al mismo tiempo.

—¿Qué pensabas hacer cuando Vince se diera cuenta de que eso había desaparecido, cuando alguien volviera a reclamarle ese dinero? Eso podía haber ocurrido.

Jane mantuvo la voz baja y la cabeza gacha.

—No pensé con tanta antelación. No sabía qué hacer. Y entonces las cosas empezaron a suceder muy deprisa.

Aún no habíamos tocado la cuestión más importante.

—Stuart —dije. Jane empezó a darse la vuelta, pero la cogí por el hombro y la obligué a mirarme—. Stuart. Mataste a Stuart.

—No era mi intención. Fue un accidente, un completo accidente.

—¿Y llevar un arma contigo? ¿Eso también fue un accidente?

—Es que… A mi alrededor siempre ha habido armas. Me parecía tonto entrar en una casa sin… ya sabes, sin nada. Los oí, a él y a Grace, dentro de la casa, pero, al principio, no tenía ni idea de quiénes eran. Yo estaba en la cocina. Entonces, esta persona entró y yo… digamos que… me asusté. Entré en pánico.

—Dios —dije en voz baja.

—Muy pronto me di cuenta de quién era, de a quién le había disparado. Tenía que salir de allí. Grace estaba enloquecida, se tapaba los ojos con las manos y gritaba. Yo pasé corriendo junto a ella. Me escondí fuera un rato. Por la calle venía un coche de la policía. Entonces oí a Grace salir de la casa y mi teléfono zumbó. Vi que era ella y, como te he dicho, pensé que me había visto, pero no.

—Entonces llamaste a Vince para que él limpiara el desastre.

—Le conté todo —explicó ella—. La verdad.

—Pero no entonces —supuse.

—Como te acabo de decir, justo después de que me salvarais de esos cerdos. Tú estabas en la otra habitación. Le narré lo sucedido. Pensé que tal vez iba a necesitar el dinero. Yo lo tenía en una bolsa, en el trabajo, debajo de mi escritorio. Creí que se quebraría, ¿sabes? Pero no podía guardármelo por más tiempo. Me imaginé que tomaría lo que me diera, pero se puso raro. En lugar de enfadarse, se entristeció mucho. Dijo que había sido horrible conmigo, que lo solucionaría.

En ese momento, me di cuenta de otra cosa.

—Te lo has quedado todo —le dije.

—¿Qué?

—Todo lo que él sacó de las casas, todo el dinero. Te lo has quedado.

Asintió.

—Ni drogas ni armas ni nada. Solo el dinero. Vince me dijo lo que debía hacer.

Nos quedamos callados un momento. Aún había algo que no me estaba quedando claro.

—El jarrón —le dije.

—¿Qué pasa con eso?

—Terminó en el apartamento de Braithwaite. ¿Cómo fue?

Jane parecía estar conteniendo una sonrisa.

—Yo lo puse ahí.

—¿Por qué?

Titubeó y luego dijo:

—Aquella noche, después de dejar a Vince, lo oí hablar de Braithwaite al teléfono. Decía que era el sospechoso más lógico porque tenía una llave y conocía el código. Mencionó una dirección. A la mañana siguiente, cuando Braithwaite salió a pasear a los perros, me metí en su casa y planté el jarrón. Imaginaba que Vince y sus hombres registrarían el lugar y le echarían la culpa, aunque eso nunca ocurrió. Yo habría quedado fuera de sospecha.

—¿Cómo entraste en su casa? —le pregunté.

Frunció el ceño.

—Por favor. Mira con quién he vivido estos últimos años. ¿Crees que no podría entrar en un apartamento? Esa vieja casa no tiene sistema de seguridad.

Ahora estaba viendo a Jane como nunca la había visto.

—Enfadarte con Vince, robarle el dinero… En cierto modo, puedo verlo. Matar a Stuart ha sido bastante malo, aunque nunca quisiste que sucediera, pero ¿tenderle una trampa a Braithwaite? ¿A un hombre inocente, sabiendo que era probable que Vince y su equipo terminarían matándolo en cuanto encontraran ese jarrón? Eso no ha sido un accidente, Jane.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad, profe? Soy una superviviente. Uno hace lo que tiene que hacer. —Examinó mi cara—. ¿Qué pasa ahí dentro? ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —dije con franqueza—, pero mataste a alguien, Jane. Asesinaste a Stuart.

Inclinó la cabeza hacia atrás, con una nueva confianza en la mandíbula.

—Quizá deberías entregarme, entonces.

No dije nada.

—Tú también tienes las manos manchadas de sangre, profe. Mataste a un hombre. Y no creas que no te estoy agradecida. Y has dejado que Vince cargue con esa culpa. Parece que incluso asumió la culpa por lo de Stuart. Ha pasado un mes. Me pregunto cómo vería todo esto la policía ahora, si descubriera que fuiste tú quien mató a Joseph.

Sentí un martilleo en las sienes.

—Soy la única que sabe lo que hiciste y tú eres el único que sabe lo que hice —dijo Jane con frialdad—. Tal vez Grace se esté dando cuenta, pero apuesto a que un par de palabras tuyas podrían cambiar eso. Podrías decir que tu teléfono también ha dado problemas. Dile que es hora de comprarle uno nuevo, uno más chulo. Siempre los están mejorando. Le va a encantar. Yo puedo pagarlo si quieres.

No supe qué decir.

Jane se secó una lágrima con la manga y, con ello, pareció adoptar un nuevo rostro. Me dijo:

—Si algo descubrí cuando estaba en la escuela, en la época en que eras mi profesor, es que el único que va a cuidar de ti eres tú. Y luego, cuando mi madre se lió con Vince, bueno, de solo verlo, ese punto de vista se me quedó grabado. No puedes esperar a que otros mejoren tu vida. Uno ve lo que quiere y lo coge. —Me dio una palmadita en el hombro. No me gustó la sensación—. Eso no significa que no aprecie todo lo que has hecho. Has sido increíble. En este momento, tienes que pensar en lo que es mejor para *ti.* ¿Crees que te traería algún beneficio llamar a la policía y contarles lo que he hecho? Eres profesor. Ya te lo puedes imaginar.

La puerta se abrió. Era Cynthia.

—¿De qué demonios estáis charlando? Aquí hay comida y bebida. Jane, quiero oírte hablar de todos los sitios a los que vais a ir.

Jane le dedicó una amplia sonrisa y volvió a entrar en la casa. Cuando Cynthia me vio allí, de pie, inmóvil, salió.

—¿Estás bien?

—Sí —le dije.

—Puedo verlo en tu cara. Algo va mal.

Negué con la cabeza.

Cynthia tomó mis manos entre las suyas.

—Hemos pasado por un infierno. Tienes pesadillas todas las noches. Estamos pasando por un estrés postraumático, pero siento que todavía hay algo que no me has dicho, que tal vez…

Dentro de la casa, Grace gritó:

—¿Qué es esto?

Entramos corriendo. Del armario del recibidor, Grace estaba sacando una caja alta y estrecha. Se puso a leer la descripción del contenido.

—Qué chalada —me dijo Cynthia—, lo ha encontrado sola. Grace, se suponía que no… Ay, mierda. Te lo íbamos a dar más tarde, después de que Jane y Bryce se hubieran ido y…

Grace miró a su madre con lágrimas en los ojos.

—Me encanta. Es un telescopio mucho mucho mejor que el que tenía de niña.

—Cuando hablábamos en tu habitación el mes pasado, me dijiste, al menos cinco veces, que querías volver a observar las estrellas, que las echabas mucho de menos.

Grace apoyó la caja contra la pared y rodeó a Cynthia entre sus brazos. Yo me quedé mirándolas. Quería formar parte del momento, pero me contuve.

Jane me miró, sonrió y dijo:

—¿No es genial? Podría echarme a llorar.

* * *

Quizá Grace me preste su nuevo telescopio. Me dejará escudriñar el cielo en busca de asteroides, como hacía ella cuando tenía siete años. Solía preocuparse de que uno golpeara la tierra y nos borrara a todos.

En ese momento se me ocurrió que ninguna otra cosa podría devolverme la paz.

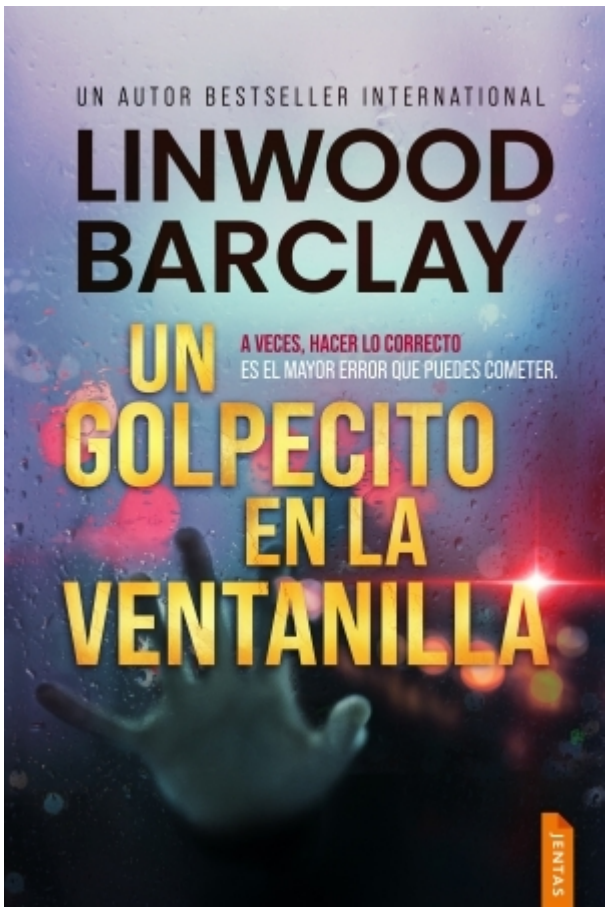
Agradecimientos

Esto podría ser solo para darles las gracias a los lectores. Con cada libro sois más, y quiero que sepáis que estoy agradecido con todos los que habéis dicho a alguien «deberías leer a este tipo».

Lo mismo digo a los libreros. Gracias, gracias, gracias.

Y hay algunas personas a quienes quisiera destacar: Kristin Cochrane, Mark Streatfield, Duncan Shields, Helen Heller, Juliet Ewers, Danielle Perez, Bill Massey, Kara Welsh, Heather Connor, Susan Lamb, Nita Pronovost, David Young, Gaby Young, Valerie Gow, Brad Martin, Camilla Ferrier y todos los de la Agencia Marsh, Ali Karim, Cathy Paine.

Gracias también a Spencer Barclay, a su equipo de Loading Doc Productions y a todos los que trabajan en los avances de mis libros: Alex Kingsmill, Paige Barclay, Eva Kolcze, Elia Morrison, Nick Whalen, Martin MacPherson, Katie Brandino, Jeremy Kane, Ian Carleton, Misha Snyder, Nick Storring, Gord Drennan.


UN AUTOR BESTSELLER INTERNATIONAL
LINWOOD BARCLAY
UN GOLPECITO EN LA VENTANILLA
A VECES, HACER LO CORRECTO
ES EL MAYOR ERROR QUE PUEDES COMETER.
JENTAS

Un golpecito en la ventanilla

Barclay, Linwood
9788742813867
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, hacer lo correcto es el mayor error que puedes cometer.

Desde que el hijo adolescente del investigador privado Cal Weaver murió en un trágico accidente, Cal y su mujer se han distanciado. Cal está atrapado en un duelo del que no logra salir. Y tal vez su dolor ha nublado su juicio.

Una noche, de camino a casa, una chica empapada por la lluvia golpea la ventanilla de su coche y le pide que la lleve. Sabe que un hombre adulto recogiendo a una autoestopista adolescente es una imprudencia, pero aun así la deja entrar. Pronto, Cal siente que algo no está bien con la chica o con la situación. Pero ya es demasiado tarde. Ya está involucrado.

Arrastrado a una pesadilla de secretos, mentiras y encubrimientos en su pequeña ciudad del norte del estado de Nueva York, Cal sabe que lo único que puede salvarlo es la verdad. Y está dispuesto a revelar los secretos de la ciudad, uno por uno... si logra sobrevivir el tiempo suficiente.

«**Un golpecito en la ventanilla eleva aún más el listón de Barclay**». *Toronto Star* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«La representación de Barclay sobre el devastador efecto de la muerte de un hijo **es perfecta**. **Los personajes** secundarios de la novela están **bien desarrollados y deliciosamente detallados**». *The Globe and Mail* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Un thriller de muerte**». *The New York Times* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**La trama de la novela es compleja**, pero al final, **Barclay lo une todo con maestría**... 'Un golpecito en la ventanilla' es como un guiso rico, a veces amargo pero sazonado con risas... [Linwood Barclay es] **un escritor que vale la pena conocer**». *The Washington Post* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Barclay captura con maestría los extremos a los que pueden llevar la rabia y el dolor, al mismo tiempo que navega por las complicadas relaciones familiares**... En 'Un golpecito en la ventanilla', **la tensión no termina** cuando descubres quién es el responsable de los siniestros acontecimientos. Gracias al **sobresaliente desarrollo de personajes** de Barclay, el lector aún necesita saber los motivos, y estos te destrozarán». *Quill & Quire* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Un thriller inteligente con giros y vueltas satisfactorias**. Los amantes del misterio no podrían pedir más». *Kirkus Reviews* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Morir solo

Kernick, Simon
9788742813768
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Político carismático. Marido leal. Asesino en serie.

Alastair Sheridan lo tiene todo. Es joven, atractivo y un millonario hecho a sí mismo, con una hermosa mujer y un hijo. En el caótico mundo de la política británica, donde los héroes escasean, tiene una oportunidad real de convertirse en primer ministro.

Pero Alastair guarda un oscuro secreto: es un asesino en serie al que le gustan las mujeres jóvenes. Protegido y ayudado por personas muy influyentes, ha matado durante años sin que lo atrapen.

Solo unas pocas personas saben qué tipo de monstruo es en realidad. Una de ellas es el antiguo sargento detective Ray Mason, que ahora está en prisión a la espera de ser juzgado por asesinato. Pero, durante un traslado al hospital, Ray es liberado por unos hombres armados, que le hacen una oferta: si asesina a Alastair Sheridan, podrá comenzar una nueva vida en el extranjero con otra identidad. Estos hombres afirman ser del MI6, y su razón para querer a Sheridan muerto es que representa una amenaza para la

seguridad nacional. Sin embargo, Ray pronto descubre que sus motivos son mucho más oscuros.

Con la policía pisándole los talones y enemigos por todas partes, la endurecida detective privada y exagente de policía Tina Boyd es la única persona en la que Ray puede confiar.

En un juego en el que todos son enemigos, ¿podrán Ray y Tina salir con vida?

«**Simon Kernick es un auténtico maestro de los thrillers llenos de adrenalina**».
Peter James ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Simon Kernick escribe **tramas excelentes**, con **grandes personajes** y **llenas de acción**».
Lee Child ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Simon Kernick escribe a todo gas. **¡Agárrate fuerte!**».
Harlan Coben ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

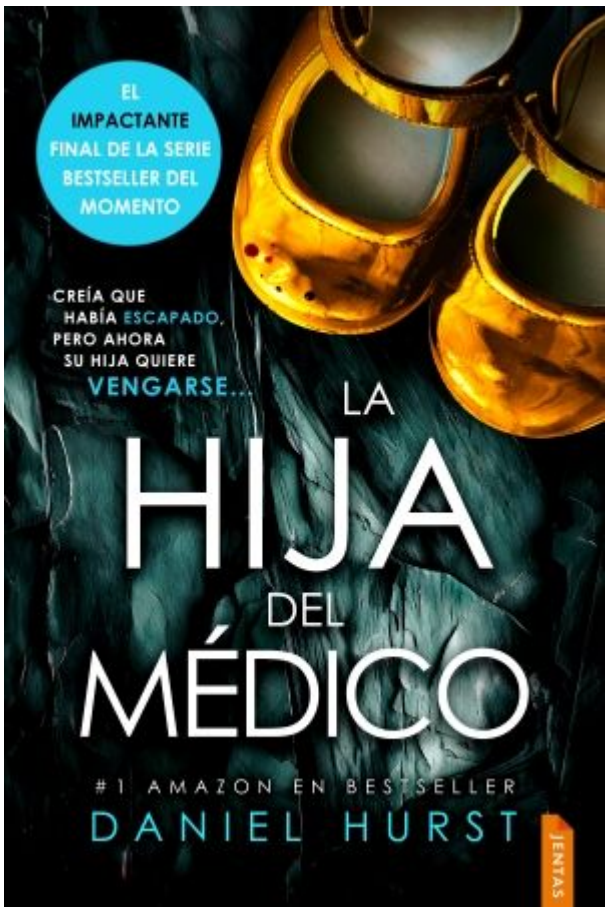
«Como siempre, Kernick entrega **un thriller rápido** y **contundente** con un personaje principal que ya ha cruzado muchos límites, y que en este libro cruza algunos más… **Kernick nunca decepciona**».
Crime Review ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una maravillosa adición a la serie que mantiene al lector en vilo de principio a fin**… Excelente trabajo, señor Kernick».
Book Reviews to Ponder ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Los libros de Kernick son como las películas de Bond: acción y emoción sin parar**».
BelEdit Book Reviews ⭐⭐⭐⭐⭐

«He visto libros descritos como trepidantes, pero pocos realmente lo cumplen. "Morir solo" lo hace. **Una lectura increíble**».
The Bookbag ⭐⭐⭐⭐⭐

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



La hija del médico

Hurst, Daniel
9788742813928
300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Creía que había escapado, pero ahora su hija quiere vengarse…

«Siempre te protegeré», me susurraba mamá al oído cada noche. Y cada vez que salíamos de nuestro pueblo costero, me agarraba la mano con tanta fuerza que sus nudillos se ponían blancos, mientras que su rostro estaba tenso y pálido. Nunca entendí por qué. Pero ahora lo sé.

Crecí rodeada de murmullos y rumores. Mi madre intentó ocultarme la verdad, pero fracasó. Sé exactamente lo que ocurrió hace dieciocho años. Sé que soy la hija del médico asesinado.

Todo podría haber sido distinto si la mujer del médico no hubiera arruinado la vida de mi madre… y, en consecuencia, la mía también. Podríamos haber sido una familia de verdad, viviendo en una gran casa con vistas al mar. En cambio, nunca llegué a conocer a mi padre, y mi madre es solo la sombra de lo que fue, siempre mirando por encima del hombro…

Ahora me toca a mí corregir los errores del pasado.

Dicen que la mujer del médico es astuta y calculadora. Que siempre se sale con la suya.
Pero nunca se ha enfrentado a mí…

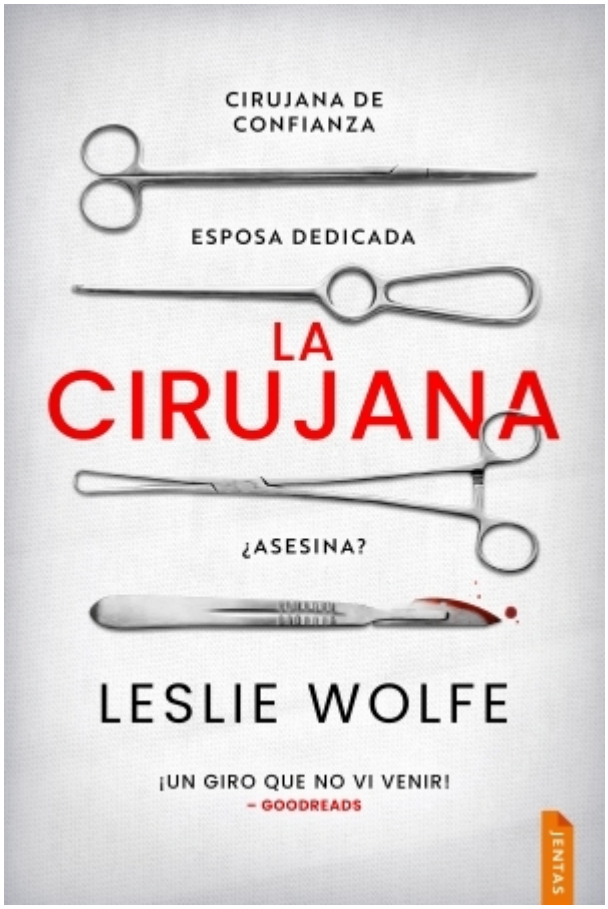
«**Puro suspense**… **¡Una serie increíble!** Sin duda, es mi serie favorita de todos los tiempos. **¡Fantástica!** Le daría 100 estrellas si pudiera».
@bookscoffeemorebooks ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Impactante, adictiva, entretenida, dramática** y **llena de giros** inesperados. Daniel Hurst lo ha vuelto a hacer con este libro… Al igual que los otros de la serie, fue una **lectura rápida y absorbente**. **¡Qué serie tan impresionante y entretenida!**».
Open Book Posts ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Daniel Hurst crea historias capaces de acelerar el corazón** de los lectores. Este es el **impactante desenlace de lo que ha sido una serie brillante**. He sentido cada emoción y vivido cada giro a medida que la historia se desarrollaba y se intensificaba».
KKEC Reads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Enganchada desde la primera página. **Un acierto total**… Me dejó sin palabras… **Espectacular**… **¡El final fue increíble!**».
Blue Moon Blogger ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CIRUJANA DE CONFIANZA
ESPOSA DEDICADA
LA CIRUJANA
¿ASESINA?
LESLIE WOLFE
¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
– GOODREADS
JENTAS

La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo»**.** – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!»**.** – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

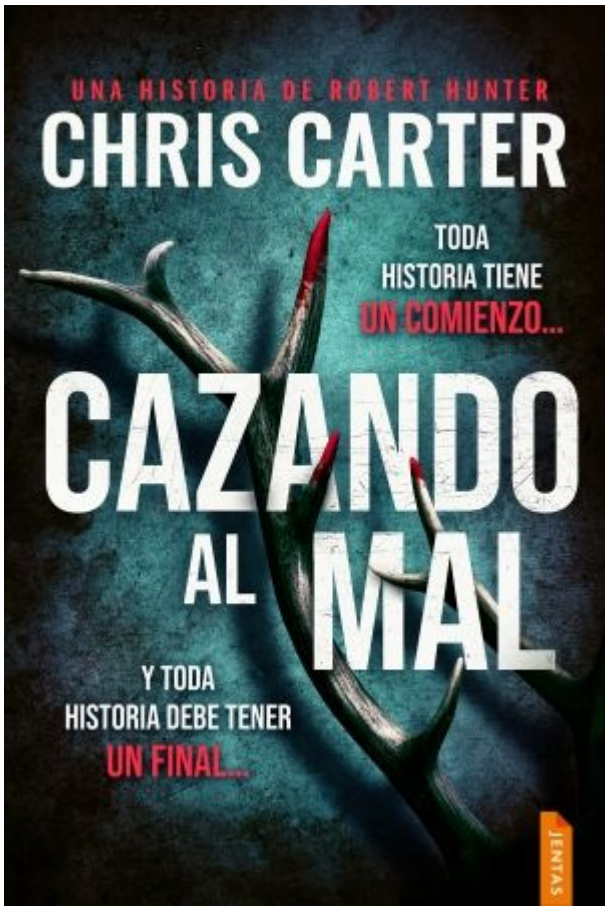
«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!»**.** – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!»**.** – *@rubie_reads*

⭐⭐⭐⭐⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads*
⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cazando al mal

Carter, Chris

9788742813881

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Toda historia tiene un comienzo…
Y toda historia debe tener un final…

Él es el asesino en serie más peligroso con el que se ha encontrado nunca el FBI.
Y acaba de escapar.

Junto con el FBI, Robert Hunter, en el caso más personal y devastador al que se había enfrentado, destapó los crímenes de Lucien Folter, su antiguo amigo y compañero de la universidad, y el asesino más meticuloso y peligroso de la historia de Estados Unidos.

Ahora, Lucien ha escapado y quiere hacer sufrir a la persona que lo llevó ante la justicia: su némesis, Robert Hunter.

Así comienza una caza contrarreloj en la que Robert deberá hacer uso de todo su ingenio para descifrar las pistas antes de que Lucien se cobre más víctimas en su intento de llegar a él.

«**Un autor de thrillers excepcional**».
Daily Mail ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Como excriminalista, Carter sabe crear **asesinos en serie que hielan la sangre**, así que prepárate para **un viaje aterrador**».
Heat ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Con su formación en psicología criminal, **Carter hace que los asesinos de sus novelas resulten aún más aterradores**».
Mail on Sunday ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una serie criminal increíble**. Extraordinariamente **bien escrita, con calidad y dramatismo** de principio a fin».
Liz Loves Books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller **intrigante y escalofriante**».
Better Reading ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller psicológico **absorbente**».
Breakaway ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Contundente y trepidante**».
Sunday Mirror ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)